

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
Incorporada a la U. N. A. M.

Facultad de Letras Españolas

Rafael López

Su Vida y su Obra

T E S I S

Para optar por el grado de

MAESTRA EN LETRAS ESPAÑOLAS

Presenta

SUSANA LOPEZ GUTIERREZ

XLH
1965
LOPg.

MEXICO, D. F.

1965



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedicó este trabajo a mis

PADRES Y HERMANA

Con todo cariño.

Mi agradecimiento a la Señorita Profesora

OFELIA MALAGAMBA

Por la dirección de esta tesis.

A todas aquellas personas que con su estímulo hicieron posible la realización de esta investigación.

A TODOS MIS MAESTROS

*Los cuales han contribuido a sembrar en mi
espíritu sus sabias enseñanzas.*

Quiero manifestar mi agradecimiento mas sincero a la Sra.

GUADALUPE VDA. DE LOPEZ E HIJOS

*Quienes me proporcionaron datos valiosos
para la elaboración de este estudio.*

R A F A E L L O P E Z

SU VIDA Y SU OBRA

I N D I C E



FILOSOFÍA
Y LETRAS 11

PROLOGO 11

DATOS BIOGRAFICOS

Semblanza del escritor: Infancia. Adolescencia, La Provincia ... 13

EL AMBIENTE LITERARIO DE SU EPOCA

Escuelas. Academias, Cenáculos y Revistas Literarias 27

El Modernismo y sus Influencias 35

CLASIFICACION DE SU OBRA

Obra poética 43

Crónicas costumbristas 51

Crónicas Históricas 53

Crónicas de tema diverso 57

Comentarios literarios y artísticas 56

Labor de Rafael López dentro del Archivo General de la Nación 58

TRAYECTORIA ESTILISTICA DE LA OBRA EN
PROSA DE RAFAEL LOPEZ

Influencia modernista 68

Paisaje 72

Profundo valor nacional 75

CONCLUSIONES 81

APENDICE 87

Enumeración cronológica de todos sus artículos esparcidos en
revistas y periódicos 87

Selección de algunos artículos 87

BIBLIOGRAFIA 203

Directa 203

Indirecta 203

PROLOGO

Importancia de la obra inédita de Rafael López

El movimiento literario en México, a partir de la segunda mitad del siglo pasado, nos muestra auténticos valores dentro de la Poesía Mexicana que por emisión u olvido, no se les ha colocado en el sitio justo que les corresponde o bien no se les ha dado a conocer como se debiera, tal parece que críticos, editores o literatos, se encargan de nulificar la obra de eminentes poetas, de hombres de letras quienes nos legaron páginas admirables, estudios profundos de su emotividad creadora y de su sensibilidad exquisita y delicada.

En esta ocasión hemos traído a la memoria y consideración de ustedes, las páginas admirables de un poeta nuestro, el verso y la música de sus bellos conceptos, la voz armoniosa que levanta y apasiona, la prosa elegante y sutil de este admirable poeta que además de ser un atildado escritor, es un cantor de las glorias de México y de nuestras gestas heroicas, me refiero al ilustre guanajuatense Rafael López.

Poeta pindárico, espectacular, fogoso, lleno de colorido, evocador que habla al oído y que llega al corazón con frase bella y delicada; nacional y heroico cuando evoca las fiestas gloriosas; musical y colorista cuando recuerda nuestros paisajes y nuestras ciudades; observador sagaz, oportuno y justo cuando describe y fija nuestras costumbres.

Será necesario buscar su obra, será preciso divulgarla, conocerla, solamente de esta manera se hará justicia y se ponderará esta creación literaria esparcida y casi olvidada. Sean aquellos espíritus selectos, conocedores de las bellezas de las Letras, quienes se den a la tarea de hacer de la obra de Rafael López un verdadero canto de admiración y con ellos se consagre un momento de nuestra vida; quedando así en el lienzo magnífico de las Letras Mexicanas, la pintura grandiosa de este artista de la palabra, que se elevó con su verbo y pensamiento a las cumbres más altas, legando a la posteridad los cuadros más bellos de

una vida callada, fecunda, merecedora del tributo del pueblo que le brindó las galas de su espíritu.

Sean estas palabras iniciales un testimonio de admiración al poeta exquisito, al orfebre del verso sonoro y musical y que la voz de los luceros a quienes tantas veces cantó en forma inmejorable nos encaminen al encuentro del hombre y de su obra a fin de obtener el tesoro de su númen, el encanto de su música y la grandeza de sus ideas hechas poesías.

Que su verso y su prosa sonoros y apolíneos sean propagados en las escuelas, en el libro, en la prensa; que la niñez mexicana sepa hablar por el corazón de sus poetas, que cada joven tenga en su mente la idea luminosa y presente del pensamiento musical del verso, del canto siempre nuevo y de la prosa vibrante.

Renazca una vez más el cariño y admiración hacia este mexicano, quien supo legarnos sus versos y sus prosas de glorias pretéritas y sus crónicas mexicanistas.

Y al pisar esa tierra de veneración, cuna de próceres, ciudad de historia y de leyenda, de himnos triunfales que duermen el sueño de la gloria, nos encaminaremos al lugar que le vió nacer y allí con devoción y gratitud depositaremos las flores de nuestra admiración sobre la placa granítica de su suelo que en letras de eternidad cantan sus versos como los latidos del corazón entrañable de la Patria.

D A T O S B I O G R A F I C O S

Semblaza del poeta: Infancia, Adolescencia, la Provincia

Fue el estado de Guanajuato y precisamente la capital el lugar de nacimiento del poeta. Sementera de hombres preclaros, de hechos patrióticos, capítulos luminosos de nuestra historia hecha acto, sangre y espíritu de nuestros héroes.

Bajo el cielo azul y limpio de Guanajuato, dentro del laberinto de callejuelas que serpentean esta ciudad de plata y oro; dentro de los muros de esta maravilla, de balcones, de rejas y de flores, de fuentes y de historia, en este relicario de arte nació el escritor Rafael López.

Rafael López ve la luz primera el 4 de diciembre de 1870 (1). Nace en los albores de una nueva etapa de nuestra historia donde las luchas sangrientas cubrían el suelo de la Patria. La historia no la podemos detener, es como un río caudaloso que fluye hacia un mar ignorado; es cambio constante de aspectos, de gentes, de hechos. La historia se hace y toma forma con los errores y aciertos del pasado, las angustias del presente y el anhelo fervoroso de los pueblos inquietos o reposados de un futuro mejor.

Sin embargo en esos años de desazón en que los hombres tomaban las armas para defender las leyes y posesiones de la Patria, otros en cambio tomaban la pluma, también con el afán de ser ciudadanos útiles al servicio de la causa. A este último grupo pertenece Rafael López quien dejó escuchar su clara voz por todos los valles, tratando de hacer llegar el mensaje de entendimiento fructífero dentro de todas las clases sociales.

Sus padres fueron José Trinidad López y Susana Castañón. Se desarrolló su vida en un ambiente tranquilo perfilado por los contornos de su ciudad natal "que son sus hombres hizo libre a la Patria y con su oro llenó de riqueza el Universo" (2), de ella fue tomando po-

co a poco sus vivencias para manifestarlas a los demás, llevándonos a épocas lejanas llenas de gloria para los mexicanos.

Desde sus tiernos años empezó a notarse en este joven el afán literario, quizá encontró terreno propicio en su casa para desarrollar estas actividades, ya que su padre procuró dar una buena formación a sus hijos para la mejor asimilación cultural. Inició sus estudios elementales en el "Colegio del Estado" y con maestros particulares fue ampliando su cultura, además su curiosidad intelectual lo movía a absorber los conocimientos recurriendo si era preciso a otras fuentes que fueron los libros que estudiaban por sí mismo. Sin embargo muchas ocasiones interrumpía sus horas de estudio para cooperar con su padre en el trabajo de un depósito de madera que poseía la familia.

No obstante ésto, nuestro joven poeta no se deja vencer por estos paréntesis en su vida literaria, continúa practicando e instruyéndose por sí solo, su mente se encontraba formada de grandes ideales, no era de los hombres que se resignaban a perder de vista su objetivo tan fácilmente, tenía grandes ilusiones, prometía mucho y todo lo dió entregándolo a sus compatriotas para que encontraran y admiraran al México que tenían en el ilvido; pues Rafael López fue un mexicano que sintió correr por sus venas la sangre de un pueblo heroico tenaz y justo que ha escrito su historia con las pasiones de los hombres, con sus mejoramientos, sus miserias, con sus dolores, sus triunfos o sus derrotas logradas a base de lágrimas, sudor y sangre.

En la Ciudad de León Gto., funda una revista en unión de Liborio Crespo y Manuel de la Parra, ésta recibe el nombre de *El Arte* (3), tuvo una existencia muy pasajera ya que contaba con mayor simpatía la que llevaba el nombre de *El Pueblo Católico*, según nos dice el mismo Rafael López, esta última era del agrado de la sociedad leonesa, "que si estaba de acuerdo con los cánones no estaba en muy buenas relaciones con la literatura" (4).

Fue a la edad de 33 años cuando nuestro poeta decide abandonar la Providencia para dirigirse a la capital, sus deseos se enardecieron cuando leyó en la *Revista Moderna* unos versos que Rubén M. Campos le dedicaba, aplaudiendo su obra e invitándolo a venir a la Capital:

"Ven escogido artista a beber nuestro vino
a partir el pan blanco del cordero divino." (5)

Pensaba que una vez instalado en la Ciudad de los Volcanes, podría editar sus versos, vislumbrar un horizonte más luminoso, una cristalización de su sensibilidad y naturalmente conocer a los poetas que entonces causaban admiración por su obra poética en la tierra mexicana. Sin embargo el ambiente no se manifiesta propicio, como él lo había imaginado, hasta ese momento no era más que el poeta de la provincia que al llegar a la capital había sido apagada su voz por los cantos sonoros de los grandes poetas de ese momento. En estas circunstancias Rafael López no toma parte en las actividades literarias de esos años, se concreta a ser el espectador que trabaja callado, esperando el momento de desplegar sus alas para cubrir con su sombra la tierra que llevaba en el fondo de su corazón.

Así pues encontramos a nuestro incipiente poeta realizando diversos trabajos en algunas negociaciones mercantiles hasta que Jesús Valenzuela lo invita a colaborar en la *Revista Moderna* de la cual es director (6). Realiza pues Rafael López un trabajo definitivo, ya que hay que tomar en consideración que antes de venir a la capital enviaba sus composiciones a dicha Revista de una manera esporádica. Este trabajo al mismo tiempo que la amistad con Valenzuela le sirvieron de eslabones para acercarse día a día a los ambientes que reflejaban lo que él había soñado. Y poco a poco su nombre aparece unido a los que con el tiempo tendría la primacía.

Instalado en una casa de huéspedes entabla amistad con el Sr. Malo; los paseos vespertinos, las pláticas amenas, el juego de salón ayudan para hacer descansar su mente y manifestarse con esa gracia tan peculiar de su habla, salpicando su conversación con chistes y anécdotas de la vida provinciana. Fue precisamente en este lugar donde conoce a la hija del Sr. Malo, la belleza de la joven, su atención y cultura le atraen enormemente y esta admiración de los primeros días se convierte en amor. Será en el año de 1910 cuando unen sus vidas con el Sagrado vínculo del matrimonio.

Aún el escritor no ha podido manifestar las cualidades que lo animan a tratar de alternar con los grandes grupos literarios, no obstante esto pudo alzar su voz y difundirla en los aires de la capital al pronunciar unos versos a la memoria de Benito Juárez con motivo del aniversario de su muerte (7). El círculo poético poco a poco fue abriendo sus puertas al nuevo poeta que desde un principio se manifiesta co-

mo un orfebre de la palabra. La revista *La Savia Moderna*, da a conocer esa Oda a Juárez y celebra su triunfo con un banquete en honor del autor. Su carrera ascendente continúa y participa en diversos actos en donde algunas veces toma la palabra para destacar algunos de nuestros valores literarios entre otros la figura de Don Manuel José Othón pronunciando una bellísima elegía (8), es en esta ocasión cuando sus compañeros de ideales le dan el apelativo de "El poeta del refinamiento por la exquisitez de sus expresiones, la elegancia de sus imágenes, la elocuencia de sus palabras".

En 1911 se organiza un torneo literario por la Sociedad de Alumnos de la Escuela de Jurisprudencia. En este año fue Rafael López quien recibe el premio otorgado en esa fiesta por su composición titulada "La Leyenda de los Volcanes". El jurado estuvo integrado por Manuel Puga, Julio Zárate, Francisco Sosa, Efrén Rebollo y José Peón del Valle. Esta composición fue premiada con una Rosa de Oro, además el Presidente de la República, General Porfirio Díaz otorgaba un premio al triunfador, consistente en un bronce que representaba la Fama. Dicho torneo tenía como lema la sentida frase "Por la Patria y por la Gloria" (9).

Impartió las cátedras de Literatura Española, Literatura Mexicana y Español, las cuales le fueron otorgadas precisamente el día de su boda como regalo por parte de Justo Sierra. Desde entonces dicta sus cátedras en la Escuela Nacional de Maestros. La labor dentro de ese campo le dió oportunidad al poeta para hacer llegar a la juventud los mensajes líricos de su poesía mexicanista y tratar de descubrir inclinaciones literarias, insistir en la importancia de nuestro legado tan fecundo y creador de nuestros poetas, de glosar las gestas de nuestra historia y admirar y venerar a nuestros héroes. Al mismo tiempo que hizo llegar a sus alumnos la vivencia de los valores representativos de otras literaturas.

José Vasconcelos publica los versos de Rafael López en el año de 1912, este libro se titula "Con los Ojos Abiertos" (10), por cuyo nombre podemos apreciar al hombre observador y certero en sus juicios, que supo y pudo captar la belleza que lo rodeaba para dejárnosla plasmada en sus composiciones.

Cuando José María Lozano es nombrado Ministro de Instrucción Pública recibe una sorpresa muy agradable nuestro poeta ya que es lla-

mado por su amigo a colaborar como secretario particular. En 1915 es nombrado traductor de francés y Redactor en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, cargo que le fue comunicado por Luis G. Urbina, al año de desempeñar esta labor pasó al puesto que ocupaba Argüelles Bringas en la Secretaría Particular. A raíz de este nombramiento fue felicitado y agasajado con diversos ágapes. *El Imparcial* empezó a publicar a algunas de sus composiciones en verso y *El Herald*, edición vespertina, da a conocer numerosas prosas. Durante el lapso comprendido entre los años de 1916 a 1918 Rafael López firma sus aportaciones literarias con el seudónimo de Lázaro P. Feel (11), continuando de esta manera la labor periodística de este poeta.

En *El Mundo Ilustrado* daba a conocer sus crónicas semanales (12), en *Revista de Revistas* hizo famosa la columna titulada "Crónica Semanal" (13), colaboró en *El Universal Ilustrado* de 1917 a 1919, también en el periódico *El Universal* publicó sus "Hebdomadarias" (14) y en *El Nacional* trabajó de 1933 a 1936, cuyos temas se basan en comentar los sucesos principales acaecidos en la semana.

Su labor en el periodismo se tuvo que ceñir a determinadas formas citadas por el periódico, lo cual hizo que Rafael López sintiera en carne propia las limitaciones impuestas por la índole de los temas por tratar.

Nuestro poeta no siente sólo la inspiración cuando se propone escribir algo, sino que se manifiesta creador y simpático en todos momentos, su conversación, como ya mencionamos anteriormente, era fluída, razón por la cual continuamente tuvo admiradores que gozaron y disfrutaron del ingenio de sus frases.

En el año de 1920 Rafael López es nombrado director del Archivo General de la Nación, no hay que omitir como acto sobresaliente de su vida que fue director desde 1930 del Boletín del Archivo con esta actividad incrementó con sus sabias observaciones y dedicación la publicación de esta revista (15), tuvo como compañero y colaborador durante muchos años al historiador Nicolás Rangel. Esto dió motivo para que en diversas ocasiones hiciera comentarios sobre nuestros valores nacionales; así como de aquellas inquietudes, situaciones, triunfos o derrotas ocurridas a través de nuestra historia.

En 1925 se da a conocer su obra en prosa titulada "Prosas Transeun-

tes" (16). Diez años más tarde se funda en México el Instituto de Investigaciones Estéticas, donde es nombrado ese mismo año director, esta fundación la llevó a cabo la Universidad Nacional.

En la vida de hogar hacía alternar sus actividades literarias y trabajos periodísticos con el piano, instrumento que ayudaba a su imaginación. Por lo que se refiere al trato con su familia siempre se mostró un esposo amoroso y un padre ejemplar.

Nuestra poeta tiene que abandonar sus clases debido a que empezó a perder el oído, este acto dejó honda huella en su sensibilidad, pues en sus clases era donde tenía oportunidad de platicar y encauzar a los estudiantes directamente. Una de las preocupaciones que le consumían era la de sentir que los años pasaban dejando su huella en él, las enfermedades van minando su cuerpo, sus hijos necesitan el apoyo fuerte de su brazo y sin embargo las fuerzas empiezan a flaquear. Los jóvenes escritores tratan de imponer formas diferentes en la literatura, el ambiente en general se va transformando.

Dado el espíritu y modo de ser de nuestro poeta, quien tenía la particularidad de sentir hondamente todos aquellos problemas ya fueran de carácter nacional o internacional o bien de índole privada, eran todos ellos motivos suficientes para postrar el ánimo de este escritor, reflejándolo así en su obra.

Su último libro fue publicado en 1941 con título de "Poemas" (17). Publicación que no fue del agrado del autor ya que se hizo sin su consentimiento. Además dicha obra adolecía de errores tanto tipográficos como de presentación. Esta edición aunque reducida (361 libros) fue entregada por indicación de Rafael López a la Secretaría de Educación Pública. Parte de esas poesías así como otras más se encuentran publicadas por Alfonso Reyes en la edición presentada por la Universidad de Guanajuato con el nombre de "Obra Poética de Rafael López" (1957) (18).

Se le ofreció también entre esa labor tan amplia e importante que realizó, ser miembro de la Real Academia Mexicana de la Lengua, cargo que no aceptó, no precisamente por no sentirse digno de entrar a dicha agrupación sino porque sus ideales eran otros, ya que suponían que un trabajo de esa índole era someterse a moldes ya establecidos que le mutilaban las ansias de superación que él poseía. Por otra par-

te consideraba que en muchas ocasiones la Real Academia se olvidaba de vocablos mexicanistas que era necesario seleccionarlos y no reconocer tan sólo las formas de España. Además el mismo nombre de esa agrupación iba contra sus pensamientos, todo aquello que olía a caduco o limitación trataba de evadirlo. Así nos lo demuestra en un poema dedicado a la Academia de la Lengua:

“Nació en tierras de oro,
donde entre paradas rocas crece el árbol enteco,
dignos de ser cimiento de algún alcázar moro,
y de erguirse en el aire de algún cuadro del Greco.
Morirá sin ser académico —gran cosa
que cura a los que tienen mental reumatismo—;
él ha opinado que la mejor prosa
es la que no se asusta de tal cual galicismo.” (19).

Poco a poco abandona el bullicio de los cenáculos, cafés, calles, los amigos unos han muerto, otros han dejado la capital por cumplir diversos trabajos. Rafael se recluye en casa rodeado de los afectos familiares sin olvidar aquellas lecturas asiduas, pero sin dejar que sus musas se exterioricen. Había notado que el mundo soñado y ambicionado por él se deshacía, que la realidad que le rodeaba era otra, algo que se realizaba muy diferente a su modo de sentir y pensar,

Tal vez en esta ocasión, Rafael López presentía su muerte, parece que el encuentro inevitable llegaba. Su gran preocupación era el envejecer, quizá dentro de esa calma aparente dentro de esa confianza inspirada por familiares y amigos había momentos de esperanza. Su inquieto espíritu buscador eterno de secretos escondidos, trataba de encontrar la razón suprema de la vida.

Una y otra vez a lo largo de su existencia, consultó su libro de cabecera, que según él mismo decía era su conciencia. ¿Cuántas veces, este artista soñador comulgó con su conciencia?. Seguramente en el amanecer del 16 de julio de 1943, el diálogo callado y secreto del poeta cesaba para siempre a la edad de 72 años. Rafael López dejaba de existir.

Pensamos que el pueblo de México a quien tanto quiso, esa tierra que lo vio nacer y a la cual cantó en forma tan bella con cariño y veneración, le dará el justo lugar que le corresponde por su meritoria labor literaria.

Obras publicadas de Rafael López

Rafael López, *Con los ojos abiertos*. México,
Biblioteca Atenea, 1913.

Rafael López, *Prosas Transeuntes*. México,
Biblioteca Aztlán, 1925.

Rafael López, *Proemas*, México, Biblioteca Cultura, 1941.

Rafael López, *Obra poética de Rafael López*.

Prólogo y texto al cuidado de Alfonso Reyes, Editorial
de la Universidad de Guanajuato, 1957.

N O T A S

- (1) Fecha de nacimiento que proporciona el mismo Rafael López en una entrevista que se llevó a cabo el 1o. de octubre de 1919 en el periódico *El Universal*, en la columna titulada "Nuestros Colaboradores" Año IV, Tomo XIII, No. 1078 p. 5.
- (2) "Nuestros Colaboradores" en *El Universal*, México 1o. de octubre de 1919. Año IV, Tomo XIII, No. 1078, p. 5.
- (3) Se alude a la publicación de esta revista en *Biblos*. Boletín semanal de información bibliográfica publicada por la Biblioteca Nacional. México 11 de septiembre de 1920. Tomo II, No. 86, p. 142.
- (4) *Ibidem*, p. 142.
- (5) Rubén M. Campos, "A Rafael López" en la *Revista Moderna* México, enero de 1900. Año III, No. 2, p. 28.
- (6) *Revista Moderna*. Revista Literaria y Artística, quincenal. Director Jesús E. Valenzuela, administrador G. de la Peña, impresor Eduardo Dublán. Tomo I al XVII. 1o. de julio de 1898 a mayo de 1911.
- (7) Versos que son recopilados en la revista *La Savia Moderna*, el 18 de julio de 1906 p. 308.
- (8) En el periódico *El Independiente* se hace Mención a este triunfo de Rafael López el 13 de mayo de 1913 México. Año I, No. 80 p. 6 La elegía a Othón se encuentra recopilada ahora en el libro titulado "Obra poética de Rafael López". Edición de la Universidad de Guanajuato, 1957.
- (9) En la revista *Arte y Letras* del 5 de febrero de 1911, se hace un comentario de este torneo literario y del triunfo de Rafael López. No podemos citar el volumen debido a que la revista no se encuentra ahora en la Hemeroteca. Pero la familia de nuestro escritor comentó ampliamente este suceso.
- (10) Rafael López, "*Con los Ojos Abiertos*". México, Biblioteca Atenea, 1913.
- (11) Este seudónimo consta de once letras, son las mismas que intervienen en su nombre de pila, arregladas en tal forma que llegaron a formar dicho seudónimo.
- (12) Estos artículos aparecen el 5 de enero de 1913 y concluyen el 17 de agosto del mismo año.

- (13) Aparece esta crónica el 31 de octubre de 1915 y finaliza el 16 de septiembre de 1917.
- (14) Esa columna tuvo una vivencia del 3 de septiembre de 1919 al 25 de diciembre de 1919 al 25 de diciembre de 1921.
- (15) Boletín del Archivo General de la Nación, Director Rafael López. Tomo I al XII de septiembre de 1930 a diciembre de 1941. Publicación semestral.
- (16) Rafael López, *Prosas Transeuntes* México. Biblioteca Antlán, 1925.
- (17) Rafael López, *Poemas* México. Editorial Cultura, 1941.
- (18) *Obra Poética de Rafael López*. Prólogo y texto de Alfonso Reyes. Editorial de la Universidad de Guanajuato, 1957.
- (19) Rafael López, "Auto-Silueta" composición en verso del libro "Obra poética de Rafael López". Editorial de la Universidad de Guanajuato, 1957, pp. 129-130. Dedicada a la Real Academia Española de la Lengua.

EL AMBIENTE LITERARIO DE SU EPOCA

*Escuelas, Academias, Cenáculos y Revistas literarias,
El Modernismo y sus influencias.*

De 1821 a 1867 se registra una etapa de lo más tormentosa en la historia de nuestra Patria. Frente a las tendencias que buscaban la continuación del régimen colonial, surgía otra cuyos propósitos eran la destrucción de aquel régimen y la realización de la justicia social. Los intereses de los hombres se bifurcan y en el transcurso de todo el siglo XIX una dualidad de pasiones sobrevienen y quitan la tranquilidad a un país independiente. Naturalmente que todas esas situaciones políticas y sociales tenían que hacer sentir repercusiones enormes en la vida artística y siendo la Literatura un espejo que capta fielmente la imagen que en él se refleja, nos muestra en esta época la influencia de dos grupos en el campo literario. Estas corrientes toman los mismos nombres políticos; el de los liberales y conservadores, el primero dará lugar al romántico y el de los conservadores a los que se apegan o siguen el estilo clásico.

De esta manera la literatura de ese siglo plasmó el modo de pensar y sentir de aquella época de torbellino, inquieta y desorientada.

No obstante esta situación, poco propicia al estudio de las Letras, surge a la vida cultural de nuestro país la *Academia de Letrán* (1836-1856), cuyo origen fue la reunión de unos cuantos en uno de los salones del Colegio de San Juan de Letrán, más tarde estas reuniones que habían presentado un aspecto informal fueron cobrando mayor trascendencia de estudios literarios, dirigidos por las observaciones ciertas de José María Lacunza.

Este centro de cultura albergó a verdaderos talentos, los cuales desarrollaron una actividad inusitada tanto en las ciencias como en las artes. Variados e interesantes fueron los temas tratados, pero principalmente el literario: discusiones, conferencias, críticas de altura fue el clima general de estas reuniones. Este singular momento de nuestra cul-

tura se manifiesta principalmente en las aportaciones de los estudios presentados por hombres como: Quintana Roo, Guillermo Prieto, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado, Ignacio Ramírez, Rodríguez Galván, Arango y Escandón. Todos ellos hablarán en voz alta para hacer patente sus ideales y sus sentimientos.

Todos los hombres con aptitudes literarias pusieron sus conocimientos el servicio de su Patria, como armas listas al combate.

Conforme la vida pasa va adquiriendo otro matiz la literatura, ahora heredará y buscará formas distintas a las de los años de lucha. El panorama es más tranquilo, reposado y alegre, carácter que favorece activamente el desarrollo de una literatura en México.

Una vez vencida la intervención vienen años aparentemente propiciatorios para el desarrollo de temas diversos. Benito Juárez instala su residencia en la capital de la República y a pesar de sus opositores lleva a cabo sus planes. A la muerte del Benemérito (1872) asume el poder el Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada, después de cumplir su período el Gral. Díaz ocupara la presidencia de 1876 a 1911. Puede decirse que México vive en un ritmo despreocupado dentro de un ambiente de paz y progresos materiales de la época. La provincia mexicana al igual que la capital disfrutan de tranquilidad, de trabajo, esto quiere decir que el medio invita al estudio, a la meditación. La tribuna para esos mensajes cívicos son el periodismo, la cátedra, los ateneos, las peñas o bien reuniones de grupos de amigos los cuales gustan de glosar en sus momentos de esparcimiento, hablar del presente o decirnos profundos pensamientos en bella forma o bien también deleitarnos con la lectura de sus relatos o presentarnos estudios de aquellos consagrados por la fama.

Manuel Altamirano hace el llamado a todos los escritores mexicanos sin distinción de partido, ni edad a que se reúnan a colaborar por el engrandecimiento de las letras mexicanas en las columnas del semanario *El Renacimiento* (1869). Las palabras del vate de Tixtla tuvieron eco en los demás escritores, emprendiendo de esta manera sus esfuerzos para lograr el auge de nuestra literatura.

Por la labor realizada por medio de este semanario nos damos cuenta que no sólo es el vehículo que hace patente la actividad literaria en su vida de resurgimiento sino que es el faro espiritual de esa época. Y

esos deseos de fraternidad que habían motivado aquellas reuniones al paso de los días se estrechan cada vez más con el objeto de lograr el engrandecimiento de la cultura mexicana.

Más tarde *El Liceo Hidalgo*, sustituye a la *Academia de Letrán*. Francisco Zarco y Manuel Altamirano fueron guías de este grupo literario, sin olvidar la actividad del *Liceo Mexicano*.

Todos esos esfuerzos se ven culminados con la fundación de la *Academia Mexicana de la Lengua* en 1875 (1), ya que este órgano cimentaba sólidamente el ambiente literario. Con esta fundación se preserva y difunde el idioma, se estudian los vocablos y se sancionan convenientemente dentro del caudal lexicográfico. En cuanto a la forma interior de su funcionamiento es completamente autónoma pero sin olvidar el estrecho lazo que la une a la española. A través del tiempo ha dado cabida en sus ámbitos a las figuras más preclaras de cada época ya que cada uno con su dedicación contribuye al engrandecimiento del acervo cultural.

Para poder comprender mejor las transformaciones estilísticas que se van presentando es conveniente hacer mención de lo que ocurría en el viejo Continente, de esta manera podemos comprobar que en muchos países europeos el romanticismo era ya una corriente que había dejado atrás sus mejores valores en cambio en México se nota el apogeo de la misma, notando una transformación en sus postulados, pues la inspiración violenta y desolada de sus primeros pasos se habrá trocado en más atemperada, más rica y quizá más profunda. Al mismo tiempo el escritor deja de manifestar su sensibilidad de cartón para descubrir sus nobles y sinceros sentimientos. Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Vicente Riva Palacio, Roa Bárcenas, Tomás Cuellar, Rafael Delgado, Peón Contreras y otros muchos llenan las páginas de nuestras obras literarias en esa época del XIX.

La vida pública ha perdido ya esa violencia de años pasados, ahora las letras cambian de rumbo por su propia cuenta.

El primer número de la *Revista Azul* (2) en 1894 parece señalar los derroteros precisos por donde ha de continuar el ambiente literario, sin olvidar la política de esos años que dará cauce a las manifestaciones de los nuevos valores culturales de las letras.

El porfirismo que es el nombre de esa etapa política fue propicio

para el campo literario aunque hubiera traído como consecuencia una desintegración cívica, una paz efímera, y un relativo progreso material. La cultura fue campo fértil para recibir las nuevas ideas y el nuevo gobierno.

Justo Sierra con la creación de la Universidad (1910), inicia una etapa nueva en la vida intelectual y cultural en nuestra patria, fruto de una meditación y de una inquietud ya latente en nuestra gente joven que se educa en las aulas o bien que escribe o investiga en los laboratorios. Fue Justo Sierra el maestro, el historiador, el sociólogo, el pensador, el hombre que notaba la necesidad urgente de una restauración cívica para esos tiempos ya caducos.

Anteriormente hemos citado la *Revista Azul* como una de las guías pero no hay que olvidar que concluida su vida de tres años, la *Revista Moderna* recogía en su seno las ideas que albergaba la fundada por Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo. Hay que tener en cuenta que en el año de 1907 se dió a conocer una segunda aparición de la *Revista Azul* (3), realizada por Manuel Caballero, sin embargo ésta no tiene los adeptos que había presentado la iniciada por el Duque Job, no obstante que es importante mencionarla porque se puede recoger a través de los críticos el pensamiento tanto de su director y editor señor Caballero como el pensamiento de los jóvenes intelectuales, entre los que se encontraba Rafael López, que protestaron ante la falsedad e irreverencia que plagaban las hojas de dicha revista. Manuel Caballero trataba de presentarse como una muralla que impedía el paso y asimilación de las nuevas formas literarias, como un conservador de los estilos anteriores y todo esto lo realiza escudándose bajo el nombre de aquella revista cuyo máximo exponente había sabido poner la semilla que fructificaría en sus auténticos continuadores.

Amado Nervo y Jesús Valenzuela fueron el cerebro y el corazón de la *Revista Moderna* (4) que comprende los años de 1898 hasta 1911. Desde las primeras publicaciones aparece el nombre del autor que venimos estudiando, a pesar de que aún no abandonaba la Provincia sus composiciones llegaban a la redacción de esta revista, inclusive podemos notar que en el año de 1900, Rubén M. Campos hace un comentario elogioso a la obra poética de Rafael López. Tal es la admiración y simpatía que siente Rubén M. Campos por su coterráneo, que en sentidos y elevados conceptos hace un llamado a nuestro escritor, invi-

tándole a que siga cultivándose dentro del amplio campo de belleza, de historia y de amor hacia todo lo que le rodea, ya que la provincia o sea el lugar de nacimiento es un relicario de arte lleno de historia y de ejemplos luminosos. Así lo podemos comprobar en los siguientes versos de Campos:

“¡Qué Rodenback te enseñe a amar los patrios lares
y tan sólo a Cimpango Guanajuato equipares!

Sé buzo en nuestras minas que tan temores pánicos
sé águila en nuestras cimas de verdores ossiánicas” (5).

La mayoría de los escritores de esa época son poetas que al gozar de esa calma han permitido que su inspiración deje despeñar cascadas transparentes, crepúsculos dorados o castillos de cristal. Entre aquella alegría, gloria y placer se olvidan de crear para México una cultura perdurable. A esta sensibilidad literaria se le conoce con el nombre de Modernismo; corriente que es reunión, mezcla, asimilación de los americanos. Francia fue uno de los países más atractivos para tomar en consideración formas que iban a ser de gran importancia para España y América.

Esta densidad de formas y temperamentos tuvieron que manifestarse en los escritores de distintas maneras, razón por la cual no se les puede colocar en un molde o grupo previamente elaborado. Todos tienen un sello que los distingue dentro de la misma familia pero al mismo tiempo son diferentes.

Las tendencias francesas del Parnasianismo y del Simbolismo son probablemente las que han proporcionado una enseñanza más eficaz. Del Parnasianismo herederían el culto a la forma con la intención de que sus composiciones fueran gustadas; del segundo tomaron en cuenta la musicalidad de las palabras, revestidas en un ropaje de comparación, a pesar del refinamiento y lo exquisito no desaparece esa libertad sentimental del romanticismo.

Los brotes de esta nueva sensibilidad que tuvo entre sus adeptos más destacados a Gutiérrez Nájera, continuarán con otros distinguidos poetas entre ellos: Amado Nervo, Díaz Mirón, Manuel José Othón, el misticismo basado en un panteísmo profundo en Nervo, la altivez y la serenidad en Díaz Mirón, la exaltación del paisaje y la provincia en Othón y Angel del Campo en la narración de temas nacionales.

Independientemente de las publicaciones antes mencionadas, en el año de 1906 se funda una Revista que trata de reunir a su alrededor a los escritores de esos momentos, los fundadores de este vehículo de opiniones fueron Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón: *La Savia Moderna* (6) que era el nombre con que se le conoce, reunía a los jóvenes escritores tanto mexicanos como extranjeros. En ella Rafael López da a conocer tanto sus versos como su prosa y viene precisamente a alcanzar mayor perfección de ésta, después de haber colaborado en la *Revista Moderna* como ya dijimos anteriormente, inclusive desde antes de su arribo a la capital. En *La Savia Moderna* tuvo como compañeros a Manuel de la Parra, Argüelles Bringas, Eduardo Colín, etc.

Si la época del Modernismo se apoyó en el hecho político del gobierno del General Díaz, el período contemporáneo tuvo como causa otro acontecimiento histórico que es la Revolución. Toda la República se convierte en una hoguera los hombres se aprestan a la lucha, los hogares se pierden, los trabajos no prosperan. Dentro de esta situación tan dura y difícil, nuestros escritores, entre ellos Rafael López, no se encierran en su torre de marfil; en las trincheras o barricadas, ellos están también presentes, ya sea por medio de la prensa, en el libro o en la cátedra. Estos mensajeros del espíritu, estos hombres que entienden su destino, son los encargados de hacer llegar su luz, ellos son los que entregan su antorcha con el fuego luminoso de su verbo o bien con la elocuencia diáfana de sus cantos.

La sensibilidad que existe latente en el pueblo mexicano y en el ambiente de sufrimiento de dolor y desamparo, se manifiesta en un afán por dar cauce a estos deseos populares; así como aquellos anhelos de transformación social. El momento no se deja esperar, las formas literarias son cuadros o representaciones vivas de lo que ocurría. La novela, el ensayo, el artículo periodístico encienden la llama del pueblo que advierte, siente y piensa el momento.

Al analizar detenidamente el campo literario nos percatamos de que una corriente no muere de inmediato sino que tiene una agonía larga, así pues, Valenzuela seguía sosteniendo los vestigios del *Modernismo* en su revista, frente al grupo del *Ateneo de la Juventud* el cual al paso del tiempo llevará el nombre de *El Ateneo de México* (1909-1914) cuya labor establecerá las bases de nuestra cultura contemporánea, sus intereses se resumían en una amplia preparación cultural, un interés

por el pensamiento universal y gran estudio e importancia por la cultura mexicana.

Nombres como Vasconcelos, Alfonso Reyes, González Martínez, Julio Torri, Roberto Argüelles Bringas, son las figuras de la época contemporánea y es precisamente rodeado de ese medio donde Rafael López colabora en el *Ateneo* manifestado el mismo entusiasmo que había reflejado el estar con Valenzuela en la *Revista Moderna*. De esta manera contribuyó durante ese tiempo a matizar con su propia inspiración y sensibilidad las páginas literarias. Más tarde nuestro poeta siguió difundiendo su verso y su prosa en diversos periódicos hasta su muerte ya que fue un incansable luchador, cuya existencia tuvo vida hasta el año de 1943 fecha luctuosa para las letras mexicanas. Un poeta de estirpe, hombre de fé, callaba su verbo de oro para siempre, dejándonos su obra imperecedera de belleza.

Sólo nos resta por decir que debido a encontrarnos en una época de plena evolución nos es imposible delinear las características que enarbolaba, sólo podemos afirmar que tuvo un pasado interesante, que forma el presente y nos incita a cultivarlo para preparar el porvenir.

Aparecen ya en el escenario de nuestra literatura un grupo destacado de poetas que al igual que los anteriores forman con su contribución escuelas o tendencias que son el fruto del pensamiento actual.

La corriente literaria que imperaba a fines del siglo se adentró en todos aquellos hombres de letras que en esos tiempos gustaban de escribir.

Fué así como Rafael López se sumó a esta corriente literaria, razón por la cual juzgamos oportunos detenernos a estudiarla y obtener de esta manera la raíz fuente de iniciación de este movimiento que en la literatura hispanoamericana alcanzó un lugar preponderante.

EL MODERNISMO Y SUS INFLUENCIAS

Una tarea bastante difícil que se puede presentar a todas las personas dedicadas a los estudios literarios es el de catalogar, estudiar y reunir las características que presenta una época o una escuela literaria, debido a la complejidad que se observa en las diversas facetas que muestran y las transformaciones que sufren.

Por lo que respecta al *Modernismo* en América es de gran importancia señalar los rasgos distintivos que hacen a esta época característica en la literatura.

Esta corriente señala la asimilación completa de otras formas al igual que el florecimiento pleno de la literatura americana. Los modernistas trataron de crear sus propias formas de expresión, su estilo, su idioma es decir exteriorizaron sus deseos persistentes de innovación, de sacudir el polvo de otras que se habían convertido en tiranas, para poder alcanzar con esa ruptura la emancipación y la originalidad de ese momento que había propuesto esos postulados como normas, así lo manifiesta Max Henríquez Ureña cuando dice:

“La reacción modernista iba contra la vulgaridad de la forma y la repetición de lugares comunes e imágenes manidas, ya acuñadas en forma de clisés”. (7)

Ahora bien, hay que tener en consideración que aunque se piense y manifieste que el Modernismo rompe los lazos con toda forma literaria, sin el aspecto de estar sojuzgado, no olvida el tomar en cuenta lo que pueda servir de aclaración y beneficio para llevar a cabo sus propósitos. Y es precisamente aquí donde debemos tener en cuenta la presencia de Francia en estas manifestaciones ya que era ese país el más fructífero y de igual forma el que se revestía de una vitalidad creadora en todas sus obras.

Tampoco podemos afirmar que América ha olvidado a España para refugiarse en otros horizontes, ni vamos a pensar que su literatura está atravesando por una época de decrepitud, sino que sólo reconocemos que en esos momentos la Península Ibérica carece de un espíritu de renovación y de una voluntad determinada para lanzarse por nuevos derroteros. Así lo afirman los mismos españoles, Leopoldo Alas “Clarín” nos proporciona un juicio al respecto:

“Parece que no vivimos en la Europa civilizada . . ., no pensamos en nada de lo que piensa el mundo intelectual; hemos decretado la libertad de pensar para abusar del derecho de no pensar nada. ¿Cómo ha de salir de esto una poesía nueva? (8).

Así pues la nueva época literaria anhela una emancipación, un rescate del mismo idioma que había caído en ocasiones en vulgarida-

des, de igual forma pretende mostrarse con una originalidad soberana, tratando de evadir lo insulso y lo monótono. Volvamos a citar la opinión de Max Henríquez Ureña:

“En el movimiento Modernista cabían todas las tendencias con tal de que la forma de expresión fuera depurada, esto es con tal de que el lenguaje estuviera trabajado con arte que es por excelencia, el rasgo distintivo del modernismo” (9).

Las formas europeizantes dieron pauta al apogeo del *Modernismo*, sobre todo como ya antes dijimos, Francia fue la luz en esos momentos, por tal razón al volver nuestros ojos a aquellos lugares nos detenemos en su ambiente y observamos que el medio inclina al hombre a una forma determinada de manifestar el arte, según sus problemas, alegrías, ideales, etc.

Cuando el hombre goza tan solo del placer meramente objetivo, de la realidad circundante, trata de revestirla de una belleza que llegue a ser el medio único e indispensable sin tomar en consideración las razones sentimentales, tan sólo se tomaba en cuenta la vibración de la palabra para manifestar el pensamiento, esta forma literaria se conoce con el nombre de *Parnasianismo*. La preocupación más grande de los escritores pertenecientes a esta corriente es la de buscar la expresión que reúna realmente la belleza de la forma, hay críticos que afirman que “el grupo del Parnaso supedita el fondo a los valores comunicantes” (10).

Pero pronto surge otra corriente que tiene como fin completar los vacíos que no habían podido ser apreciados por la anterior, a diferencia de los parnasianos el grupo que se presenta como reacción, trata de comunicar ese sentido interior a las cosas objetivas, éstos buscan la Poesía más allá de lo palpable, es decir trataban de expresar las afinidades de las cosas con algo que está sobre la realidad, por esta razón se le conoce con el nombre de *Simbolismo*.

A medida que el tiempo pasa las condiciones sociales y políticas se transforman, evolución que hace sentir un cambio en el arte, sin embargo todo lo pasado sería considerado como momentos de gestación para la aparición del Modernismo. Esta época parece ser la síntesis de las que han desfilado anteriormente pues presenta en su elaboración matices mucho más avanzados que en formas anteriores, así tomamos en cuenta que son observadores como los naturalistas, apasionados co-

mo los románticos, intelectuales como los clásicos, cinceladores como las parnasianos y creadores de fuerzas simbólicas como los simbolistas.

Por el camino del Modernismo los americanos han llegado a una nueva unidad de iniciativa americana.

Entre las diversas opiniones emitidas sobre la aparición de esta época de América, seguramente la expuesta por Federico de Onís es a nuestro juicio la más apropiada, la que más se apega a la realidad y anhelo del Continente hispanoamericano; inclusive el planteamiento, su tendencia, su pensamiento, en fin todas aquellas manifestaciones de esta corriente apasionante que si bien prevaleció o vivió poco, en cambio nos dió la oportunidad de conocer valores eminente en las letras; verdaderos y únicos poetas por los cuales se embelleció en forma rutilante esta época maravillosa de la Literatura. Basta evocar nombres como: Manuel Gutiérrez Nájera, Leopoldo Lugones, Guillermo Valencia, González Martínez, etc.

¿Qué es lo que nos dice Federico de Onís sobre el *Modernismo*? Busca primero las causas, el origen, el cambio de esa época que nos dió pruebas de un talento y de un sentimiento sin igual:

“El Modernismo nació en medio de la literatura romántica cuando ésta había llegado a sobrevivirse, y agotarse en la repetición y la vulgaridad, y sólo encontraba renovación en la imitación de los post-románticos españoles, Compamor, Becquer y Núñez de Arce” (11).

Este movimiento iniciado por los dos años de 1880, antes de terminar el siglo XIX marcará un cambio radical y una profunda transformación de la lengua castellana.

Para América significa lograr su independencia literaria, el camino para obtener esa liberación fue Francia. Sin embargo se dijo que el grupo que formó la corriente Modernista, no pensaba, ni sentía como hispanoamericanos, ya que los temas tratados, el modo de pensar y decirlo no encajaba al parecer con la época:

“Se dijo y se sigue diciendo que los modernistas no fueron poetas de América, porque a diferencia de los románticos abandonaron los temas americanos, y no se piensa que la originalidad de una literatura no consiste en tratar los temas propios sino en dar expresión propia y distinta a los temas universales, en crear una nueva sensibilidad. Esto es lo que hicieron los poetas modernistas” (12).

También podemos mencionar la opinión de otros críticos que señalan en el Modernismo dos etapas, momentos de un grupo literario o una corriente que siempre reflejan esos cambios con el tiempo, en el caso concreto del Modernismo en la primera face “hay un culto preciosista de la forma, favorece al desarrollo de una voluntad de estilo que culmina en refimientio artificioso” (13). Pero con el tiempo se van notando las diferencias y exageraciones, y se trata de cuidar unas y superar las otras, así pues podemos observar que en la segunda etapa pretenden “captar la vida y el ambiente de los pueblos de América, traducir sus inquietudes, sus ideales y sus esperanzas, a eso tendió el modernismo en su etapa final, sin abdicar por ello de su rasgo característico principal: trabajar el lenguaje con arte” (14).

Al Modernismo más que considerarlo una escuela debe ser reconocido como una época o bien como una “actitud”, “Es el momento de entusiasmo y libertad hacia la belleza” (15). La unidad de este grupo esta cimentada en haber producido poetas individuales que produjeran una literatura de valor universal que es el principio del desarrollo de la literatura hispanoamericana. Cada uno de los escritores supieron descubrir una visión, palpar una realidad y experimentar el sentimiento del espíritu de América.

En conclusión podemos decir que de todos esos pueblos americanos, México levantó su voz para hacer patente su pensamiento y defender sus puntos de vista.

Ya en diversas revistas se había propagado esta inquietud, surgieron escritores que poco a poco fueron asimilando esta forma literaria. Para ratificar este pensamiento podemos hacer mención de las reuniones que se llevan a cabo en la casa de los hermanos Castillo Ledón y Henríquez Ureña. En esas reuniones se comentaban los acontecimientos más sobresalientes, se leían algunas composiciones literarias, se festejaban a los escritores extranjeros que estaban en México o se aplaudía el triunfo de algún compatriota; otras veces se unieron para defender sus ideas y su organización como aquella que realizaron en el año de 1907 para desagrar la memoria de Gutiérrez Nájera que había sido ultrajada al pretender Manuel Caballero ser el director de una segunda edición o publicación de la *Revista Azul* (16) precisamente con el propósito de combatir el *Modernismo*, olvidando Manuel Caballero que fue en dicha revista, cuando estaba bajo la sabia dirección del Duque Job, donde se esparció con mayor ímpetu la semilla del Modernismo.

La protesta que llevó a cabo la joven generación de esa época puso de manifiesto el pensamiento y la forma de comprender ese momento literario. La carta abierta firmada por varios de los escritores de entonces, entre otros: Carlos González Peña, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Alfonso Cravioto, Emilio Valenzuela y nuestro poeta Rafael López motivo de nuestro estudio, fue dada a conocer en la misma *Revista Azul*. Su pensamiento lo exteriorizaron con estas palabras:

“Somos modernistas, sí, pero en la amplia acepción de ese vocabulario, esto es: constantes evolucionadores, enemigos del estancamiento, amantes de todo lo bello, viejo o nuevo y en una palabra, hijos de nuestra época y de nuestro siglo” (17).

Ciertamente en una forma general podemos decir que casi todos estos autores tuvieron a través de sus obras los rasgos distintivos de esta corriente que hemos venido analizando. Tanto en el pensamiento como en la forma y el vocabulario empleados por Rafael López encontramos características señaladas anteriormente. Sin olvidar que a pesar de haberse iniciado en el *Modernismo* en los años posteriores toma nuevos derroteros dentro de este mismo movimiento al igual que muchos de sus compañeros de ideales. Federico de Onís señala esta transformación surgida en el *Modernismo*: “Cuando los mismos poetas modernistas salieron de él por superación, llevando más lejos sus propias tendencias o por reacción corrigiendo sus mismos excesos o defectos. Estos dos modos que suelen llamarse *Ultramodernismo* y *Postmodernismo* respectivamente, son los que adoptan las nuevas generaciones (18).

N O T A S

- (1) Rafael López es invitado a formar parte de los miembros de dicha academia.
- (2) *Revista Azul*. Revista literaria. Redactores y propietarios Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo. Administrador Lázaro Pavía. México 1 de mayo de 1894 a 1896. Vol. I a V.
- (3) *Revista Azul*. Segunda época. Editor y Director Manuel Caballero. Secretario de redacción Juan S. del Villar. Administrador Agustín Acevedo. México 14 de abril de 1907. Vol. VI único.
- (4) *Revista Moderna*. Revista Literaria y Artística. Director Jesús E. Valenzuela. Administrador G. de la ePña. México 10 de julio de 1898 a 1911. Impresor Eduardo Dublán. Vol. I a XVII.
- (5) Rubén M. Campos, "A Rafael López" en *Revista Moderna*. México, enero de 1900. Año III No. 2 p. 28.
- (6) *Savia Moderna*. Revista mensual de arte. Directores Alfonso Cravioto y Luis Castello Ledón. Editor y administrador Evaristo Guillen. Jefe de redacción Roberto Argüelles Bringas. México 31 de marzo de 1906. Vol. I.
- (7) Max Henríquez Ureña, "Breve Historia del Modernismo". México-Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 1954 p. 11.
- (8) Guillermo Díaz Plaja, *Modernismo Frente a Noventa y Ocho*. Madrid, Espasa Calpe S. A., 195. p. 3.
- (9) Max Henríquez Ureña, "Breve Historia del Modernismo". México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 17.
- (10) Arqueles Vela, *Teoría Literaria del Modernismo*, México, Ediciones Botas, 1949, p. 10.
- (11) Federico de Onís, "La Poesía Hispanoamericana", en *Cuadernos*, México, Noviembre-Diciembre de 1956, No. 21 p. 16.
- (12) *Ibidem*. p. 17.
- (13) Max Henríquez Ureña, *Breve Historia del Modernismo*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 31.
- (14) *Ibidem*. pp. 33-34.
- (15) Juan Ramón Jiménez. *El Modernismo (Notas de un curso de 1953)*, Madrid-México-Buenos Aires, Ediciones Aguilar, 1962, p. 17.

- (16) Max Henriquez Ureña, Breve Historia del Modernismo, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 495.
- (17) Revista Azul, Segunda época. Editor y Director Manuel Caballero. Secretario de Redacción Juan S. del Villar, Administrador Agustín Acevedo. México 1 de marzo de '907 a julio de '907, Tomo VI, único.
- (18) Ibidem. p. 10.
- (19) Federico de Onís, Ibidem, p. 18.

CLASIFICACION DE SU OBRA

Obra Poética

Crónicas Costumbristas

Crónicas Históricas.

Comentarios Literarios o artísticos.

Crónicas de Tema Diverso.

Labor de Rafael López dentro del Archivo General de la Nación.

Después de analizar la biografía de Rafael López nos damos cuenta de la labor tan fructífera que desempeñó en los diversos cargos que tuvo oportunidad de llevar a cabo. Siempre se mostró como un hombre dedicado, amante de su trabajo entregado a su labor cotidiana.

En cuanto a su actividad plenamente literaria podemos apreciar con gran valía para nuestras letras, una doble función: como poeta y como prosista. A través de este trabajo no nos ocuparemos de su obra en verso, sin embargo es necesario mencionarla no tanto para investigarla o enjuiciarla sino para tenerla presente.

Rafael López empieza primeramente como poeta; el gusto por versificar, los sueños que tomaban materia en sus composiciones, los grandes ideales que reflejaba en su inspiración eran motivos para que su musa se explayara. A pesar de la timidez propia de su carácter, las composiciones que elaboraba empiezan, con paso indeciso, a hacer su aparición tanto en la revista llamada *El Arte*, a la cual nos hemos referido ya en hojas anteriores como en las revistas de la capital entre otras: *La Revista Moderna*, en sus páginas se va haciendo familiar ese nombre, que parece tan trivial y que no necesitó de dobles apellidos para ponerse en la fila de los grandes de la época. Así lo hizo notar Guillermo Jiménez cuando proporciona al público una opinión sobre la intelectualidad mexicana, cita en un orden planeado por él la importancia de los escritores y según su juicio la lista queda de la siguiente manera: Primero hace referencia a Díaz Mirón, luego a González Martínez, después a Luis G. Urbina y no tarda en aparecer el nombre de Rafael López con el comentario de que "Es un suntuoso cincelador de estrofas, soberbio prosador y delicado ironista" (1).

Entre los poemas que aparecen en *La Revista Moderna* podemos citar los siguientes:

"Leopoldo Lugones"
 "Flores de Humo"
 "Aguila Real"
 "Epicurea"
 "Te busco en la ilusión de la mañana"
 "Grisette"
 "Gobelinos"
 "Montañas de Guanajuato: El Cuarto; La Bufo; La Sirena"
 "Hidalgo"
 "La Hermana Ana"
 "De los Trofeos de José M. de Heredia; Esmalte; Fuga de Centauros; Antonio y Cleopatra"
 "Tres Instantes"
 "Las Epopeyas"
 "A Julio Ruelas"
 "Ojos verdes y trenzas rubias"
 "Las Tres Gracias"
 "Homenaje"
 "Farewell"
 "Las Afroditas"
 "Papeles Viejos"
 "Ultima Verba"
 "La Vendedora de Flores"
 "Pascual López Lamadrid"
 "A una Primavera"
 "Rosas Votivas"
 "Los Amantes"
 "A la Juventud"
 "Tu Trenza"
 "Al Cura Inmortal"
 "La Leyenda de los Volcanes" (2)

La *Savia Moderna* en igual forma acoge con gran satisfacción la inspiración del poeta guanajuatense que nos muestra sus facultades poéticas en los siguientes versos:

"Hojas de Otoño"
 "Ojos Antiguos: Siempre Bellos; Son como un viejo vino; Oceánica"
 "Por la Redacción de Savia Moderna"
 "Oda a Juárez" (3)

Revista de Revistas da a conocer algunos poemas entre los cuales podemos citar:

"La Cuarentena"
 "El Caballito"
 "San Silvestre"
 "De la Mano de Mármol"
 "Salomé"
 "La Manicura"
 "Venus Callejera"
 "Una Mesera"
 "Mi Florista"
 "Mecanógrafa"
 "Mina"
 "La Mezquita"
 "De Ceremonia"
 "El Rapto de Europa" (4)

Los periódicos también reciben la obra en verso aunque es más frecuente encontrar prosas, pero de ellas hablaremos en capítulo que trataremos en seguida.

A pesar de que no sea muy abundante la obra poética en el periódico no debemos omitir lo que se encuentra, así tenemos en *El Universal Ilustrado* algunas que señalan la calidad de nuestro escritor como son:

"La Danza Antigua"
 "La Manzana Amarga"
 "Tentación"
 "Pax"
 "La Mala Entraña"
 "La Danza Siria" (5)

Sus poemas con el paso del tiempo fueron recopilados y dados a conocer en dos volúmenes en años bastante distantes estas obras son: *Con los Ojos Abiertos*, Biblioteca Atenea, 1913, México, y *Poemas*, Editorial Cultura, 1941, México, obras que en la actualidad no se pueden leer por encontrarse agotada, muchas veces ni las grandes bibliotecas las poseen. La última obra en verso es la que publicó la Universidad de Guanajuato (1957) que reúne composiciones tanto de los dos obras ya mencionadas como algunos poemas publicados en periódicos y revistas. Es de suponerse que el afán de Rafael López de corregir sus composiciones fue uno de los motivos más poderosos para no activar ese trabajo de publicación.

P R O S A

Por lo que respecta a la prosa es todavía más difícil acercarse a ella ya que sólo se publicó un libro con el nombre de *Prosas Transeuntes*, Editorial Cultura, 1941, México, que tampoco se encuentra, todo el otro material está diseminado en revistas y periódicos, relegados al olvido esperando que la "Posteridad esa diosa ciega, voluble y caprichosa se encargue de escoger el peldaño que deba ocupar en las escaleras olímpicas", palabras del mismo Rafael López que pueden ser aplicadas perfectamente aquí, aunque las haya empleado el poeta al referirse a Luis G. Urbina en su muerte (6).

Esta empresa de investigación esta labor de búsqueda infatigable por tratar de encontrar las fuentes de la actividad creadora del artista, esta misión agotadora para adentrarse mediante la lectura, por diversos caminos llenos de obstáculos que parecen infranqueables, nos transportan a épocas pretéritas, escritas con el gusto atildado de este escritor que nos legó hermosas pinturas de hechos, fechas y comentarios. Gracias a su pluma e intelecto se nos ofrece aquel pasado que gustamos, con verdadero deleite y cariño, sacarlo a la luz para hacerlo presente a aquellos que gustan de esta obra literaria, enaltece nuestro acervo cultural y en general a la Literatura nacional contemporánea.

Pero esto no es todo, tenemos una deuda de cultura y de amor hacia aquellos hombres que nos brindaron páginas escritas con pulcritud y belleza de artista y por ello con un sentido de admiración y respeto debemos propagar esa caudal de pensamientos y músicas que nos llevan a peregrinar, sentir, ver y extasiarnos ante la magnificencia de una descripción, ante el canto de la epopeya heroica o bien ante el relato cariñoso de nuestras gentes.

Muchos de los periódicos capitalinos se enorgullecieron de contar entre sus comentaristas a esta figura, que no se ha sabido aquilatar ya que ha quedado en suspenso la balanza que atestigüe la calidad que posee.

La labor que realizó en ellos no fue de igual intensidad o duración, en algunos periódicos una que otra vez se recogía algún verso o artículo como en: *El Nacional*, *El Imparcial*, *El Herald*; en otros fue más estable su colaboración como en *Revista de Revistas* en la que escribió del 31 de octubre de 1915 al 16 de septiembre de 1917 sus "Crónicas Semanales"; en el *Universal Ilustrado* titula sus artículos con el

nombre de "Alas Nomades" y aparecen del 28 de septiembre de 1917 al 28 de agosto de 1919; en *El Universal* hizo famosa la columna titulada "Hebdomadarias de El Universal" que tiene una vida del 4 de septiembre de 1919 al 25 de diciembre de 1921 (7).

Hemos creído oportuno detenernos unos momentos más en el aspecto del periodismo por ser éste el medio por el cual Rafael López dió a conocer su obra en prosa.

Se ha comprendido por periodismo las publicaciones diarias ya sea de la mañana o de la noche con fines principalmente informativos. Es el periódico un órgano alrededor del cual se agrupan las ideas, llevado a través de sus páginas con recto juicio una labor no solo informativa sino señalando caminos y proporcionando momentos de esparcimiento mediante la lectura apropiada.

El objeto de nuestro análisis no es hacer un estudio del significado, trabajo y proceso periodístico sino fijarnos en la estilística literaria de la crónica que es perfectamente donde se desarrolla la actividad más fértil de la inspiración de Rafael López.

Supo unir a su temperamento, sus aptitudes de percibir la belleza al mismo tiempo que hacer ostensible esa vivencia literaria a los demás envolviendo la grandeza y prodigio de su pensamiento en tal forma que pudiera orientar y deleitar con la elegancia que plasmó en sus comentarios.

Para mejor estudiar y comprender sus prosas pensemos en el significado de la palabra "Crónica", para ello recurrimos a la definición que nos proporciona Pedro Bernaola: "El campo de la crónica en el periodismo lo constituyen las fiestas o las reuniones de las colectividades, es pues, su fin relatar detalladamente todo acto colectivo que tenga lugar en la localidad como son las solemnidades religiosas, las fiestas populares, las veladas literarias, los regocijos familiares, etc." (8).

Es la crónica de Rafael López la poesía cuidada y pulida del poeta, lo más importante en ocasiones o lo aparentemente insignificante tiene cabida en el panorama del cronista ya sea en su forma contemplativa o sentimental. Ofrece en sus relatos el comentario ágil y florido de un aniversario, la actuación de un hecho histórico, la noticia grata, el comentario oportuno, todo esto se desgrana en títulos como: "El Carnaval", "La Toma de la Bastilla", "Los Aguiluchos", "Ruinas Históricas".

cas”, “Domingo Electoral”, etc. Crónicas que glosan la existencia de los mil hechos ocurridos con vivas imágenes llenas de color y de gracia, artículos que no tienen una existencia efímera por ser remembranzas del pasado, presentación de diversos personajes, exaltación de momentos históricos todo ello presentado con una sinceridad y con el colorido de frase tan peculiar en la expresión poética de Rafael López.

Conforme vamos leyendo sus composiciones y observamos los temas trados por Rafael López nos señala él mismo cuales fueron sus asuntos preferidos, como los enfoca y que solución les da. Nos imponemos la necesidad de realizar una clasificación de su obra para poder comprenderlo mejor y dar en una forma mas justa el valor que se merece. Este infatigable observador de lo cotidiano que con mirada escrutadora analiza a su alrededor con un gran interés. Tanto en lo grande como en lo pequeño, deja a la posteridad páginas que encierran en sus líneas el panorama de la vida con una presentación de deslumbradoras palabras llenas de sonoridad rebozantes de júbilo.

Así pues sus artículos podríamos colocarlos en los siguientes grupos:

Crónicas costumbristas.
Crónicas históricas.
Comentarios literarios o artísticos
Crónicas de temas diversos.

Al realizar esta clasificación no tratamos de encasillar las diversas prosas en formas especiales ya que uno y otro pueden tener en algunos momentos caracteres del otro grupo, sólo se lleva a cabo este método con el objeto de encontrar formas más eficaces para el estudio temático y estilístico de la obra. Rafael López supo poner siempre la gracia en la frase, el atractivo en su expresión y el interés en el tema.

Hay algo que queda sin respuesta al repasar la obra de este autor y es precisamente el poco cuidado que se le ha otorgado para colocarle en el lugar de importancia que merece sitio que ocupó durante sus años de actividad, inclusive después de su muerte. Los críticos, compañeros y personas que le habían conocido hicieron elogiosos comentarios en las páginas de los diarios. Enrique González Martínez pronunció la oración funebre en nombre de la Academia Mexicana de la Lengua y dijo entre otras cosas: “Nunca olvidaremos los momentos de emoción

que esta musa de Rafael López tan perfecta, tan labrada como un mármol griego dejó en el corazón de los hombres" (9). De igual forma Genaro Fernández Mac Gregor al hacer alusión a Rafael López dice: "El poeta se ha puesto a pulir prosas ligeras, dejando por lo pronto, el verso. Pone al vivir cotidianos un escolio de belleza y al tiempo le hace un gesto leve de desenfado" (10).

Cronicas Costumbristas

Así pues la labor de Rafael López se extiende por el camino del observador sagaz que con gracia y viveza cuenta y opina sobre los acontecimientos diarios, es muy factible que los lectores conozcan ya el tema puesto que se refieren a fiestas tradicionales, trajes, costumbres antiguas o contemporáneas, pero todo esto en un cuadro de bellezas incomparables, de palabras desbordantes, y de profunda sensibilidad. Es precisamente en este grupo donde podemos percatarnos de que a pesar de lo inagotable de los temas que podía tomar en cuenta no escapó nunca a su mente hacer notar algo de lo mucho que este pueblo conserva y ama, no dejó de mencionar las inquietudes del momento y supo redondear el hecho con su palabra brindando páginas admirables de labor fecunda de escritor.

De esta manera nos deja entrever el sentimiento hacia esas fiestas cuaresmales al recodar el jueves santo en su querido Guanajuato:

"¡Oh! mi jueves santo provinciano, tan puro, tan austero, tan piadoso lleno de entusiasmos catecúmenos e inocente como la fresca mirada infantil que aún no ha regado con sus aguas claras ninguna adelfa de maldad.

¡Oh! mi jueves santo adorablemente místico, juvenil y bobalicón, florido de rosas limpias de la montaña natal. Oh jueves venturoso y manso, fiesta sagrada de mi religión entonces inconsútil como la vestidura de Cristo con que auténtica melancolía te recuerdo en esta ruidosa Babilonia cuyo férvido oleaje no se cansa de interrumpir tu quietud" (11).

Posiblemente la inspiración de estas crónicas con sabor provinciano tuvieron su origen en la contemplación de su ciudad natal dejando a su imaginación perderse en los rincones de cada una de las calles, para palpar el ambiente que tiene tanto de historia. Indudablemente que su mirada no desaprovecharía los marcos esplendorosos de un crepúsculo que bañara las vetustas casas de su Guanajuato como nos lo demuestra en las siguientes líneas:

“¡Oh cara ciudad prócer y grande entre las grandes, yo no puedo levantar el innúmero de tus historias insignes. Sólo me he atrevido a incorporarte levemente en tus sueños, al paso de la romería popular en esta mañana de himnos triunfales y laureles votivos. Duerme el sueño de la gloria con tu cinturón de rocas veteadas de oro, mientras mi recuerdo se queda echado a la sombra de tu montaña con la fidelidad de un viejo mastín” (12).

Encontró un venero inagotable en los temas tradicionales, podríamos llamarlos autóctonos mexicanos, valiéndole esto un lugar especial en la literatura mexicana, ya que continuó con uno de los postulados de la época consistente en reconocer nuestros valores, así como su amor a lo mexicano acrecentó el acervo de composiciones de temas mexicanistas, un ejemplo de esta índole lo pedemos apreciar en el siguiente fragmento de “La Guelaguetza”:

“Oaxaca está dividida desde antiguo en siete regiones principales, con sus siete usos y costumbres, con sus siete culturas ya petrificadas pero que se sostienen en un estado de inmutabilidad como ruinas de civilizaciones desconocidas y lejanas. Número cabalístico como los de los cuentos que aquí sirve también para hilar un maravilloso tejido de sones y ofrendas. Siete pequeños estados que vienen a la ciudad con sus productos y su regalos, como las caravanas que esperaban a Cortés, como los emisarios que rendían a Moctezuma el tributo de señoríos remotos. La Guelaguetza, según el uso ancestral, no es sino la ofrenda que cada miembro de una tribu hace a uno de las otras, cuando se ha hecho acreedor a ella. Es un uso hospitalario y bueno, una generosidad ejercida sin límite. La Guelaguetza es en general cualquier regalo que se hace a una persona de nuestra estimación. Y la que nosotros vimos por el privilegio de estar en Oaxaca en este Primer Congreso de Historia, fue una ofrenda excepcional y pocas veces vista, una delegación de prodigios que desfilaron de las regiones de este estado. El trabajo de los carrizos, los tapetes, las frutas, daban una idea oriental del espectáculo; una revista de melodías tristes y monótonas profundamente mexicanas” (13).

Pero hay que recordar que también lo del momento, la vida cotidiana, atraía su atención y supo dotarlo de esa espontaneidad que le acompañó en todos los momentos de su vida.

Envolvió sus ideas en todos los refinamientos y de todas las exquisiteces de una naturaleza inclinada a la observación curiosa, al alma descubridora, al ojo certero, razón por la cual sus prosas no son de

ayer sino que deben ser de todos los tiempos. Un artículo que deja al descubierto a ese observador de la vida cotidiana es el llamado "El Nuevo Circuito" en él nos hace el siguiente comentario:

"La novedad de ese día no estaba en los cines ni en los teatros. En la sala "Montmatre", últimamente inaugurada sólo se baila por la noche y la película más espeluznante cede en horror a los asesinatos misteriosos cuyos secretos guardan las crujías de la Penitenciaría.

Era preciso hacer lo que todos: gozar de la mansedumbre de la tarde a lo largo del nuevo circuito que acaba de establecer la Compañía de Tranvías, en un recorrido que permite al México viejo asomarse al México de las colonias.

El nuevo circuito se inauguró naturalmente, con eléctricos nuevos importados de los Estados Unidos por dicha compañía. Allí viene justamente dando la vuelta por la segunda calle de Abraham González, uno de estos carritos nuevos, más bien pintados que las jóvenes catecúmenas que cultivan la comedia y drama los domingos por la mañana en las tablas del "Ideal".

Están más coquetas y flamantes que "fifis" recién estrenados y causa pena indicarles que se detengan, aún en las paradas obligatorias, para tripularlos. Las buenas apariencias siempre imponen un vago respeto y nunca se les habla de la misma manera a la persona que usa jacquet y bombín, y aunque sea más baldía que un guardacantón, que el pobre diablo cuya indumentaria descuidada puede ocultar cualidades dignas de aprecio" (14).

Quizá todo el ambiente que le rodeó fue tema que le sirvió de inspiración a afael López tomando en cuenta que sus palabras no sólo van encaminadas a crear una forma exterior bella, sino que nos entrega la contemplación, arrebató, y extasis supremo de su alma que convirtió su voz en campana que lanzada a los vientos fue oída por sus compatriotas.

Como crónicas costumbristas podemos considerar los siguientes: "Tardes grises", "Los domingos de los mercados", "El nuevo circuito", "Domingo electoral", "Estampas viejas", "Viva Guanajuato", "Los juegos florales", "Chapala", "El árbol de Santa María del Tule", etc.

Crónicas Históricas

Rafael López no sólo nos habló de aquellas cosas o asuntos transitorios, también se asomó a la historia glosando pasajes y hechos gloriosos.

La vasta personalidad del poeta guanajuatense se yergue sobre el suelo mexicano gallardo y airoso como queriendo cubrir todo el territorio con su sombra. No sólo encontramos en sus composiciones descripciones de los muchos hechos sobresalientes de nuestra historia, ni tampoco retratos de nuestros héroes o calca del paisaje que evocan las gestas libertarias. No se concretó en copiar lo que veía o bien en reproducir lo sucedido siglos atrás. Su valor radica en ser el cantor que comprendiendo estos sucesos y habiéndolos asimilado se convierte en el defensor y evocador de los hechos nacionales. En esta forma se advierte la palabra magnífica y su canto rompe la noche silenciosa en sonora clarinada:

“En esta mañana augural el ángel del soberbio monumento se agiganta en el cielo y sus alas de oro parecen crecer infinitamente estiradas por las manos heroicas de los libertadores. A la sombra de estos recuerdos petrificados en la excelsitud de su triunfo o en la gloria de su martirio, el alma de la raza parece asistir a las etapas sangrientas que tuvieron como términos la realización de la patria actual en esos momentos están escritos a cincel los magnos capítulos de nuestra historia, los blasones que con justo orgullo se envanece esta vieja ciudad de Cuauhtémoc el indio y el criollo Hidalgo troncos insignes de la nacionalidad” (15).

“Rafael López es el poeta que supo traslucir el alma de nuestra nacionalidad y los momentos más gloriosos de nuestra historia, es el poeta de un instante que dura una eternidad”, aseveración que se lleva a cabo al comprender que “aquel que ha sabido encarnar y glorificar a la patria en escritos tan vibrantes y sonoros merece que se le honre siempre” (16).

Podríamos asegurar que el aspecto histórico en su obra es el elemento esencial de su creación literaria. Encontramos más de veinte nombres de artículos como: “Los aguiluchos”, “Las carabelas de Colón”, “El 18 de julio”, “Relieves Aztecas”, “Montealban y Mitla”, “Una estatua a Morelos”, “El 16 de septiembre”, “Un recuerdo glorioso”, “Querétaro”, “Juárez y Obregón”, “Diálogo de dos heroes”, “La Batalla de Churubusco”, etc. Son temas que dan a su obra un sabor de nacionalismo.

Rafael López trató de mencionar a través de sus artículos a todos aquellos que tomaron parte activa y dejaron su huella profunda de he-

roismo en los inquietos momentos históricos por los cuales ha pasado nuestro pueblo. A todos ellos les otorga un lugar de recuerdo y veneración en el altar de la patria. Fue pues este escritor quien con mano certera supo grabar en el friso monumental de la historia las hazañas heroicas de un pasado glorioso de nuestro México, para enaltecerlos y reivindicar los brillantes ejemplos de heroísmo, valor y patriotismo. Y así deja correr su imaginación y nos lega el pasaje inmortal de los cadetes niños en la forma que sigue:

“El viejo bosque se viste lujosamente para llevar sus inciensos ante el ara sangrienta. Es un mago que saca sus tesoros para condecorar regimiento el uniforme agujerado de los inmortales cadetes.

Septiembre suena como himnos ascendentes en las luchas de la libertad. Por eso el homenaje tuvo la solemnidad de las grandes conmemoraciones. Ya a la sombra de los árboles centenarios, vivimos una vez más las horas de la mañana trágica y gloriosa.

El viejo bosque recuerda la inolvidable proeza. Vió el gesto gentil con el cual se encararon los aguilucho al huracán. No olvida la resolución de las jóvenes alas abiertas en la tormenta, la serenidad con que rodaron, heridos de muerte, por los flancos de la montaña. Por eso en los aniversarios, parece vestirse con los esplendores de abril, para glorificar primaveralmente la memoria de los héroes muertos en flor” (17).

Leer sus composiciones épicas tienen como significado evocar el pasado de México hacerlo actual y palpitante:

“Nombre elocuente y lleno de evocación. Ilustre ciudad de abolenegregio en la historia de nuestras luchas. Cuántas inolvidables sombras ambulan en tu recinto y que fechas ha escrito la fama en tus murallas con su punta de diamante. . . .

Visitarla, es pasear de la misma mano de la Historia por los interesantes lugares consagrados a una perpetua recordación. Cuando nosotros salimos de aquella peregrinación al museo, que un momento nos acercó al glorioso pasado, agobiados por tantos y tan grandes recuerdos, encontramos sus calles con la tranquilidad típica y atrayente, en el reposo de los días felices, con los silencios claros de una meditación sin fin. Y nos pareció que la arboleda triunfal que se extiende soberanamente a su flanco la ceñía con un inmacersible laurel” (18).

Debemos añadir a este aspecto la sinceridad que acompañó a nuestro prosista al tocar este tema, es algo que vincula estrechamente con su personalidad. Nos atrevemos a hacer esta afirmación ya que podemos apreciar al leer sus crónicas históricas que no fue tan sólo una

postura ficticia la que tuvo delante de esos personajes y hechos que van apareciendo en sus páginas para mostrar su elocuencia, sino que fue un observador de nuestra historia que supo engalanar en la inspiración más sentida cada una de esas fechas que se han marcado en el corazón de los mexicanos.

Comentarios literarios a artísticas

En estas prosas tan emotivas de Rafael López se propone poner ante el lector a personajes y obras literarias y científicas para exaltar sus cualidades o rechazar sus ideas, naturalmente sin tratar de herir susceptibilidades. Este tipo de composiciones son como lámparas votivas para aquellos escritores queridos, en ellos nos muestra la honda sensibilidad que poseía. No se puede decir que sean enteramente críticos pues reflejan a través de sus líneas más bien las intimidades o posturas que guarda nuestro escritor con relación al personaje o hecho que se encuentra bajo su mirada y juicio así lo podemos comprobar en las líneas que dedica a Justo Sierra;

“Nunca admire yo más al maestro de la suprema elocuencia que cuando se deja llevar por las alas siempre vigorosa de su fantasía, en que no es común ver alzarse el vuelo tribunicio y gracias a la grande envergadura de esas alas, el horizonte que señorean es infinito y el paisaje que dominan espléndido” (19).

En otras ocasiones se refleja su intimidad desgranando su palabra en recuerdo de las almas que se fueron:

“Me parece verlo todavía, con sus 33 años ricos de salud espiritual y física, hondamente plantado en el corazón de la selva.

Me parece verlo desgarbado y risueño, enlutado y cordial con su juventud recoleta echada como una hija de María que tuviese el pecho cubierto de escapularios y los ojos suspensos de todas las curiosidades aún las más acerbas” (20).

O bien otorgando una opinión o comentario de lo que en ese momento era motivo de atención en el campo artístico, de este aspecto recogemos los nombres de algunas crónicas como son: Los ríos de Santos Chocano”, “La fiesta de la Raza”, “Jesús Urueta”, “Tepozotlán”, “Un libro sincero”, “El Balcón de Verona”, “Holocaustos”, “Agua de

meditación en rocas de silencio” “Ramón López Velarde”, “Los discursos de Don Justo”.

Crónicas de temas diversos

Rafael López fiel a sus juicios, a sus observaciones precisas, a su gran amor y cariño a la vida y a todo lo que le rodea, lleva a la prensa el comentario, la opinión o el consejo o bien simplemente nos da cuenta del acontecimiento que por su índole e importancia es de interés para la familia nacional.

En las crónicas catalogadas entre las de tema diverso Rafael López quiere poner toda esa luz propia de sus ideas, toda esa belleza de sus observaciones; nos sabe interesar en la narración precisamente por su forma de exponer, de considerar, de expresar los hechos. Todo espectáculo que merece su comentario, nos lo ofrece con detalle que seduce o con música que encanta, una y otra vez nos deleita con su prosa flexible, ágil bella y musical. Encuentra la belleza que transporta cuando nos habla de la bailarina Tórtola Valencia comparándola con Salomé:

“aquella de las verdes pupilas... Síntoma ingenuo y profundo de la divina inquietud que siembra en los corazones esta criatura pánica que va empujando sobre la tierra el misterio del amor y la muerte con la punta ensangrentada de sus pies salomeicos” (21).

Más tarde nos hablará de la niñez con esa forma brillante en imágenes y con acento de cariño y calor espiritual de una humanidad que aparece a la vida. Una vez más nos deleita con aquel comentario de Maeterlinck en que nos describe esa fantasía infantil:

“Hay un hermoso cuento de “El Pájaro Azul” de Maeterlinck, fantástica “ferie” en la que el glorioso belga muestra las almas de los que están a punto de encarnar en las terrestres arcillas, de los humanos que por venir que se preparan para la vida de este mundo. Es como la simiente espiritual de la humanidad que nace todos los días. El precioso perfume que contendrá mañana el botón humano. Todas esas almas están vestidas de colores variados, las hay deslumbradoras como estrellas: las de los hombres que aportarán alguna desconocida verdad, alguna maravillosa invención. Las hay opacas como los errores que sostendrán con su ropaje carnal. Todas las pasiones, las eternas pasiones que harán agitarse a la humanidad de mañana, el amor, los ce-

los, el odio, la envidia, están simbolizadas en los colores radiantes de esas almas que esperan su momento de vivir” (22).

Pero esto no es todo, los comentarios que hace a la llegada de la Primavera, al cambio del tiempo, a la recepción de un político, es decir, cualquier fecha, cualquier día se convierte en una fiesta, ya que mediante la imaginación de este escritor fecundo, glosa en su prosa aquellos acontecimientos para lograr plasmar en forma inmejorable aquel relato lleno de color, de contenido y acción.

Acudamos a esas páginas para perdernos durante horas en aquella perspectiva tan agradable, en los polvosos horizontes de nuestro valle... Para llegar y aspirar un aire de primavera, para bendecir a la Naturaleza siempre pródiga en sus perfumes, en sus flores, para sentirse un gentil enamorado en cuyo brazo juvenil se apoya la linda primavera como colegiala maliciosa que va de paseo con un galán” (23).

Es así como la prensa se engalanó con la crónica certera y amena del orfebre, del artista que deja correr a su fantasía en una cascada de vocablos, conceptos e ideas que marcan senderos de esperanzas, huellas luminosas al encuentro de la luz verdadera, venero que calma la sed infinita de belleza, todo esto encuadrado en cualquiera de sus emotivos artículos .

*Labor de Rafael López dentro del
Archivo General de la Nación*

Otra de las actividades que desarrolló Rafael López durante veintitres años fue la del puesto de director del *Archivo General de la Nación*, trabajo que desempeñó desde el 28 de junio de 1920 hasta su fallecimiento acaecido el 16 de julio de 1943.

A nuestro juicio creemos necesario hacer mención de este cargo puesto que es de interés tanto dentro del aspecto puramente histórico, como del literario y aún de interés general. Las razones son las siguientes: el gusto que presenta y el conocimiento que muestra, ayuda a que este director se entregue en cuerpo y alma a intensificar las publicaciones del Boletín, del cual también fue director. Su entusiasmo por los asuntos tratados en dicha dependencia contribuyó para que prosperara el trabajo que allí se realizaba. Entre las mejoras llevadas a cabo por

meditación en rocas de silencio” “Ramón López Velarde”, “Los discursos de Don Justo”.

Crónicas de temas diversos

Rafael López fiel a sus juicios, a sus observaciones precisas, a su gran amor y cariño a la vida y a todo lo que le rodea, lleva a la prensa el comentario, la opinión o el consejo o bien simplemente nos da cuenta del acontecimiento que por su índole e importancia es de interés para la familia nacional.

En las crónicas catalogadas entre las de tema diverso Rafael López quiere poner toda esa luz propia de sus ideas, toda esa belleza de sus observaciones; nos sabe interesar en la narración precisamente por su forma de exponer, de considerar, de expresar los hechos. Todo espectáculo que merece su comentario, nos lo ofrece con detalle que seduce o con música que encanta, una y otra vez nos deleita con su prosa flexible, ágil bella y musical. Encuentra la belleza que transporta cuando nos habla de la bailarina Tórtola Valencia comparándola con Salomé:

“aquella de las verdes pupilas... Síntoma ingenuo y profundo de la divina inquietud que siembra en los corazones esta criatura pánica que va empujando sobre la tierra el misterio del amor y la muerte con la punta ensangrentada de sus pies salomeicos” (21).

Más tarde nos hablará de la niñez con esa forma brillante en imágenes y con acento de cariño y calor espiritual de una humanidad que aparece a la vida. Una vez más nos deleita con aquel comentario de Maeterlinck en que nos describe esa fantasía infantil:

“Hay un hermoso cuento de “El Pájaro Azul” de Maeterlinck, fantástica “ferie” en la que el glorioso belga muestra las almas de los que están a punto de encarnar en las terrestres arcillas, de los humanos que por venir que se preparan para la vida de este mundo. Es como la simiente espiritual de la humanidad que nace todos los días. El precioso perfume que contendrá mañana el botón humano. Todas esas almas están vestidas de colores variados, las hay deslumbradoras como estrellas: las de los hombres que aportarán alguna desconocida verdad, alguna maravillosa invención. Las hay opacas como los errores que sostendrán con su ropaje carnal. Todas las pasiones, las eternas pasiones que harán agitarse a la humanidad de mañana, el amor, los ce-

los, el odio, la envidia, están simbolizadas en los colores radiantes de esas almas que esperan su momento de vivir” (22).

Pero esto no es todo, los comentarios que hace a la llegada de la Primavera, al cambio del tiempo, a la recepción de un político, es decir, cualquier fecha, cualquier día se convierte en una fiesta, ya que mediante la imaginación de este escritor fecundo, glosa en su prosa aquellos acontecimientos para lograr plasmar en forma inmejorable aquel relato lleno de color, de contenido y acción.

Acudamos a esas páginas para perdernos durante horas en aquella perspectiva tan agradable, en los polvosos horizontes de nuestro valle... Para llegar y aspirar un aire de primavera, para bendecir a la Naturaleza siempre pródiga en sus perfumes, en sus flores, para sentirse un gentil enamorado en cuyo brazo juvenil se apoya la linda primavera como colegiala maliciosa que va de paseo con un galán” (23).

Es así como la prensa se engalanó con la crónica certera y amena del orfebre, del artista que deja correr a su fantasía en una cascada de vocablos, conceptos e ideas que marcan senderos de esperanzas, huellas luminosas al encuentro de la luz verdadera, venero que calma la sed infinita de belleza, todo esto encuadrado en cualquiera de sus emotivos artículos .

*Labor de Rafael López dentro del
Archivo General de la Nación*

Otra de las actividades que desarrolló Rafael López durante veintitres años fue la del puesto de director del *Archivo General de la Nación*, trabajo que desempeñó desde el 28 de junio de 1920 hasta su fallecimiento acaecido el 16 de julio de 1943.

A nuestro juicio creemos necesario hacer mención de este cargo puesto que es de interés tanto dentro del aspecto puramente histórico, como del literario y aún de interés general. Las razones son las siguientes: el gusto que presenta y el conocimiento que muestra, ayuda a que este director se entregue en cuerpo y alma a intensificar las publicaciones del Boletín, del cual también fue director. Su entusiasmo por los asuntos tratados en dicha dependencia contribuyó para que prosperara el trabajo que allí se realizaba. Entre las mejoras llevadas a cabo por

él tenemos el restablecimiento del taller de encuadernación, la formación de índices de varios ramos de importancia y del catálogo de la biblioteca, actividades benéficas para la organización y auge de esta dependencia que guarda tesoros de tanta valía. De igual forma la correspondencia privada de Iturbide, la del invalorable y copioso Archivo de la Real y Pontificia Universidad. También se llevó a cabo la publicación de algunos volúmenes de interés entre otros podemos citar los siguientes:

La vida colonial, Las misiones en Sonora y Arizona, Correspondencia y diario militar de D. Agustín de Iturbide, Tomo I, II y III, Luz de tierra incógnita, Tres conquistadores y pobladores de la Nueva España, Los precursores ideológicos de la Guerra de Independencia Tomo I y II, Estado general de las fundaciones hechas por Don José Escandón Tomo I y II, La Iglesia y el Estado en México, Crónica de Michoacán Tomos I, II y III, El Segundo Conde de Revilla Gigedo, Los Judíos en Nueva España durante el Siglo XVI, Palestra Historial, Geográfica descripción Tomos I y II, Documentos inéditos relativos a Hernán Cortés, La administración de D. Fray Antonio María Bucareli y Ursúa, Cuadragésimo sexto Virrey de México Tomo I y II (24).

Ahora bien el Boletín del cual fue director Rafael López desde septiembre de 1930 hasta diciembre de 1941 tiene como objeto la publicación y propagación de ciertos manuscritos históricos que no sólo son de interés para los especializados en determinadas materias sino para todo aquel lector nacional o extranjero que quisiera por el estudio continuo acercarse a nuestras tradiciones históricas, tanto la azteca como la española para así comprender muchas de las características peculiares de nuestra raza. Por lo tanto ese Archivo de la Nación es un tesoro para nuestro pueblo que hay que conservar y dedicar más atención en nuestro tiempo. Se necesitan hombres dotados de aptitudes, cariño, resolución, conocimientos para acercarse a todas esas páginas que esperan a alguien que las ordena y sirvan a través de los años de testimonio de aquellas fechas que se fueron.

Hay que considerar también que Rafael López contribuyó en algunos volúmenes de los ya citados anteriormente no sólo a incrementar sus publicaciones sino también a hacer un comentario de lo tratado en ellos como introducción. Así lo muestran los volúmenes: *Estado General de las Fundaciones hechas por don José Escandón en la Colonia del Nuevo Santander, Costa del Seno Mexicano, Volúmen I, introducción*

por Rafael López, 1929, XVI, 532 pp. *Crónica de Michoacán por Pablo Beaumont*, Introducción por Rafael López, vol. I 1932, 574 pp. *Palestra historial por Fray Francisco de Burgoa*, Introducción por Rafael López, vol. I, 1934, 609 pp. *Documentos inéditos relativos a Hernan Cortés y su familia*, Introducción por Rafael López vol. I. 1936.

El estilo de Rafael López en estos documentos es diferente al que refleja en sus otras prosas, en el caso de sus Introducciones deja el estilo ampuloso y rebosante que fue muy propio de él, para revelarse reposado pero fino hasta podríamos decir sobrio, baste con señalar como ejemplos los siguientes fragmentos tomados de las obras ya citadas en líneas anteriores:

“No faltaban tampoco redentores violentos y de mala sangre que como el de Reinosá, acudían, en la enseñanza de la doctrina, a medios antípodas de los que empleaban la persuasión y la bondad.

De vez en cuando, altos ejemplos de virtud apostólica interrumpen estas irregularidades. El misionero Fr. Juan Llanos, observante de la provincia de Michoacán llevaba la cruz en el hombro con el gesto cordialmente paternal el venerable Morgil” (25).

En la Palestra Historial hace entre otros el siguiente comentario:

“Sobre la importancia de su contenido diremos que los historiadores han estimado la obra del P. Burgoa aparte los codices y las tradiciones, como la única fuente de información para la historia indígena y de la conquista espiritual de Oaxaca, realizada por los misioneros dominicos, verdaderos civilizadores de la región y en cuanto al mérito de la obra que nos ocupa nos limitaremos a transcribir el juicio que en sus Estudios Históricos y Estadísticos del Edo. Oaxaqueño hizo el escritor don Juan B. Camedo” (26).

NOTAS.

- (1) Guillermo Jiménez, "La intelectualidad mexicana", en *Biblos*, México, 13 de agosto de 1921, tomo III, p. 130.
- (2) Para comprobar datos bibliográficos ver apéndice a partir de la página 87 a la 88.
- (3) *Ibidem.* p. 89.
- (4) *Ibidem.* p. 92
- (5) *Ibidem.* p. 97 a la 99.
- (6) Rafael López, "Luis G. Urbina", en *Revista de Revistas* 15 de noviembre de 1936. Año XXVI, No. 1382.
- (7) En el apéndice de este trabajo se proporciona una lista del nombre de los artículos por orden cronológico para ejemplificar en una forma más amplia los conceptos expuestos.
- (8) Pedro Bernaola de San Martín, *Literatura Preceptiva*, Madrid, Editorial Ibérica, 1928, tomo III, p. 88.
- (9) Palabras tomadas de *El Universal* del 18 de julio de 1943, Año XXVII, Tomo CVII, No. 9697, p. 2. y 13.
- (10) Genaro Fernández Mac Gregor, *Carátulas*, México, Ediciones Botas, 1935, p. 31.
- (11) Rafael López, "Estampas Viejas", en las *Hebdomadarias de El Universal*. México 4 de abril de 1920. Año V, Tomo XVI No. 1265, p. 3.
- (12) Rafael López, "Guanajuato", en *Revista Tricolor*, México, Mayo-Junio de 1931, No. 44.
- (13) Rafael López, "La Guelaguetza", en *El Nacional*, México, 1936.
- (14) Rafael López "El Nuevo Circuito" en *El Universal Ilustrado*, Semanario Artístico Popular, México 10 de enero de 1919. No. 88 p. 1.

- (15) Rafael López, "16 de Septiembre", en *Revista de Revistas*, Crónica Semanal, México 17 de septiembre de 1916. Año VII, No. 333, p. 2.
- (16) Comentario por la muerte de Rafael López aparecido en *El Universal* del día 18 de julio de 1943. Año XXVII, Tomo CVII, No. 9697, pp. 2 y 13.
- (17) Rafael López, "Los Aguiluchos", en *Revista de Revistas*, Crónica Semanal, México, 10 de septiembre de 1916. Año VII, No. 332, p. 2.
- (18) Rafael López, "Queretaro", en *Revista de Revistas*, Crónica Semanal, México, 26 de noviembre de 1916. Año VII No. 343, p. 2.
- (19) Rafael López, "Los discursos de don Justo" en *Hebdomadarias de El Universal*, México, 28 de septiembre de 1919. Año IV, tomo XII, No. 1075, p. 3.
- (20) Rafael López, "Ramon López Velarde", en *Hebdomadarias de El Universal* México, 3 de julio de 1923. Año VI, Tomo XIX, No. 1719, p. 2.
- (21) Rafael López, "La divina inquietud", en *El Universal Ilustrado*, Alas Nómades, México, 18 de enero de 1918. Año I, No. 37.
- (22) Rafael López, "Al Derredor de los Niños", en *Revista de Revistas*, Crónica Semanal, México, 2 de julio de 1916, Año VII, No. 323, p. 2.
- (23) Rafael López, "Con el Cabello Gris, me acerco a los rosales del Jardín; *El Universal Ilustrado*, Alas Nomades, 14 de marzo de 1919, Año II, No. 97, p. 1.
- (24) Tuvimos conocimiento de la publicación de estos volúmenes por medio del *Boletín*, en el Tomo XIV de julio-agosto-septiembre. México 1943, No. 3, el director de esta publicación fue precisamente D. Julio Jiménez Rueda sucesor de Rafael López en el Archivo.
- (25) "Estado General de las Fundaciones hechas por don José Escandón", Introducción por Rafael López, líneas tomadas de la página IX.
- (26) "Palestra Historial" por fray Francisco de Burgos, introducción por Rafael López, página VII.

**TRAYECTORIA ESTILISTICA DE LA OBRA EN PROSA DE
RAFAEL LOPEZ**

Influencia modernista.

Paisaje.

Profundo valor nacional.

En 1899 aparece en la *Revista Moderna* el primer poema de Rafael López, tomando en consideración que era dicha revista el vehículo en donde se propagaban las formas literarias que entonces estaban en boga y la que en esos momentos tenía la primacía era el *Modernismo*. No hay que olvidar que había varias revistas que servían de principales medios de difusión de esa época literaria en ellas colaboró Rafael López, según mencionamos ya en capítulos anteriores, no obstante cabe señalar para tener presentes además de la *Revista Moderna*, la segunda edición de la *Revista Azul*, y la *Savia Moderna*, una vez que desapareció esta última continuaron los escritores su labor de estudio en la casa de los hermanos Castillo Ledón y Henríquez Ureña.

En el año de 1909 se establece el *Ateneo de la Juventud* que casi podríamos afirmar que va a señalar las bases de nuestra cultura contemporánea, Rafael López ingresa en las filas de este grupo deseoso de contribuir con las ideas que sostenía el *Ateneo*, pero no hay que olvidar que su sensibilidad estaba ya hecha. Esto será uno de los rasgos característicos en la estilística de Rafael López presentar a través de todos los años de su existencia una lealtad sorpresiva a la escuela literaria en donde había realizado sus primeros pasos poéticos, esto no significa que nuestro autor viva al margen de los acontecimientos que se llevaban a cabo alrededor de él, sino que se interesa en ellos, los estudia, toma en consideración lo que supone que es mejor y lo añade a su formación para después entregarnos todo aquello revestido de ese culto a la expresión sonora que no abandonó.

Una vez que el *Ateneo* se disolvió debido a la agitación política de esa época "Rafael López compartió con González Martínez la dirección de los nuevos poetas" (1) que se agruparon en torno de la *Revista Nosotros* (1912-1914). Ese nuevo grupo de escritores que tuvieron oportunidad de tenerle por maestro aprendieron una lección de vigor verbal y además una forma pausada para meditar sobre las innovaciones y seleccionar para su obra creadora aquello que fuera de más alto valor.

Entre esos discípulos podemos citar a Gregorio López y Fuentes, Francisco González Guerrero, Rodrigo Torres Hernández etc.

Más tarde la misma situación de intranquilidad motivó que los escritores se valieran de una forma de eludir en muchos momentos la dolorosa realidad que vivían y fue entonces cuando tuvieron como moti-

vos de inspiración la época *Colonial*, ésta la colocan los críticos entre 1917 y 1926. Podríamos decir que fue una afirmación de uno de los temas que habían defendido los ateneístas consistentes en tomar en cuenta los asuntos nacionales, así vemos que precisamente esa moda *Colonialista* ayuda a activar ese gusto. Rafael López al respecto, es uno de los escritores que más se solazó en asuntos mexicanistas, en ser un evocador de los hechos históricos, un continuador de las tradiciones, basta con señalar nombres de sus artículos como: "Guanajuato", "La Plaza de la Constitución", "Ruinas Históricas", "La fiesta de la Raza", etc.

Durante este lapso aparecen revistas como *Pegaso* (1917) *México Moderno* (1920-1923) que señalan poco a poco los derroteros que siguen los escritores. Enrique González Martínez iniciado en el modernismo hace una llamada a sus hermanos de ideales para que concentren mayor cuidado en el fondo de sus escritos, expongan ideas más trascendentales, opiniones de mayor profundidad. Al mismo tiempo López Velarde habla de la Patria de lo nuestro con un entusiasmo desbordante, Rafael López ha transmitido este gusto desde la *Revista Nosotros* por medio de sus discípulos y también en forma personal a través de sus escritores tanto en verso como en prosa, recordemos el siguiente fragmento tomado de una de sus crónicas:

"En estos instantes hondos de espectación y de zozobra, en que por encima de nuestros problemas nacionales los ojos se clavan hipnotizados en el formidable incendio que consume el viejo mundo: en estos minutos pródigos de inquietud en que se siente crujir la costra del planeta al choque de dos civilizaciones enemigas: en estas horas trágicas en que un temblor de espanto y de muerte sacude las alas de los misteriosos destinos, nuestra América —"la América fragante de Cristóbal Colón"— estos viejos imperios de aztecas y de incas donde los conquistadores hicieron florecer retoños de la ilustre civilización latina, se vuelven concorde a la aurora del descubrimiento y saludan la sombra del egregio Almirante con un gesto unánime y con una unánime lengua" (2).

La simpatía excesiva por lo extranjero que en años anteriores había sido muy propio de todos los hombres de letras fue tomando cauces diferentes. Vasconcelos hizo un llamado a una mejor comprensión y simpatía por lo hispanoamericano, no bastaba con que cada uno pensara en su propia nación sino que se sintiera hermano de los demás e hiciera propias sus alegrías y también sus angustias. Ahora vemos que

Rafael López toma en cuenta esta forma y ya que su labor literaria se había encauzado de una manera más estable en el periódico manifiesta ese gusto e interés por medio del órgano de difusión que puede llegar a todo el pueblo y de esa manera propaga el cariño por lo que le rodea inclusive fuera de los límites de la Patria pero de aspecto americano. Y de inmediato nos presenta su atención a circunstancias de los pueblos vecinos:

“Triste condición a la de los poetas, sin recursos pecunarios, dueños de plata de la luna y del oro místico de las constelaciones, metales que por su misma naturaleza divina, no se cotizan en los mercados ni en las jugadas de Bolsa. Con los cofres repletos de estas riquezas, Chocano atravesó el Continente escribiendo loas a Carranza, a Villa, a Estrada Cabrera todo ripio. El derrumbe de este señor lo ha sorprendido en Guatemala y amenaza tragárselo sin remedio. La musa del poeta, como la suntuosa mujer de Pedro Alvarado, está a punto de desaparecer en las fases unionistas del terremoto. La justicia de los hombres, que suele ser imperfecta, quiere activar los ripios en la obra de Chocano, sin tener en cuenta las excelsitudes. Y para ser un poco justos, hay que fijarse más en éstas que en aquéllas” (3).

De este grupo en torno a Vasconcelos se desprende otra manifestación encabezada por filósofos, educadores, escritores los cuales habían permanecido al margen, ahora se presentan en el escenario de las letras con el nombre de *El Vanguardismo* quienes más tarde tomaran el nombre de *Contemporáneos* (1928-1931).

El ambiente político dio tema a una forma conocida en la literatura como la novela de la revolución más tarde llegó a tomar un aspecto de contenido social ya que la literatura tuvo como propósito fundamental ponerse al servicio del pueblo y de las causas políticas. Rafael López siente este aspecto es evidente que como cronista tuviera en consideración todo aquello que tenía una atracción popular.

De igual forma hizo mención del aspecto *Indigenista* que tuvo un gran atractivo en los años de 1936 a 1945, el volver la vista a épocas precortesianas fue algo que atrajo su atención pues trató de reconocer y valorar la obra de individuos que defendieron su territorio y desempeñaron una actuación digna de ser considerada, este aspecto lo trató mucho más en su poesía que en su prosa, recordemos nombres de sus composiciones poéticas como son: ‘Aguila Real’, ‘Cuauhtémoc’, ‘Malintzin’, ‘Netzahua-cóyotl’, etc.

En prosa no olvida comentar las fechas que recuerdan algún momento importante de la antigüedad así lo atestiguan las líneas siguientes:

“Tal vez el emperador indio, como el rey Lear, que rugía sus quejas en las sonoras orillas de un mar indiferente, lamentó los rigores de su destino e increpó a sus dioses a las orillas de algún lago, mientras la inagotable sangre de los mexica teñía de rojo los collares verdes de la infortunada ciudad. Tal vez bajo un cielo cargado de trágicos presagios, viendo en los crepúsculos sangrar la nieve de los volcanes, con inmensas piras y a la luna huir como una Centeset vengativa, entre los rotos teocalis de las nubes, se reveló contra sus dioses a semejanza de Ayaz, el de la homérica leyenda. Tal vez, con esas videncias la revelación de que su gran esfuerzo no quedaría perdido y encarnaría más tarde en la materia de un Hidalgo y de un Juárez y de que sus grandes virtudes cívicas, amasadas con médula de heroísmo y sacrificio, retornarían en el porvenir de la desgraciada Tenochtitlán como el sempiterno frondaje de las encinas que florecen en los siglos”.

Ahora bien la vida literaria de Rafael López llevó consigo una atención por todos las evoluciones como antes mencionamos, nuestro escritor las conoció y no se deslumbró frente a ninguna, su carácter reposado lo llevó a pensar sin ofuscaciones para que de esta manera pudiera aprovechar el máximo de aportaciones que le brindaba cada grupo, pero sin desligarse de la forma cuidada y adornada de sus composiciones.

Dentro del estudio estilístico de la obra de Rafael López vamos a detenernos en el análisis de la influencia modernista, del paisaje y del profundo valor nacional que se reflejan en forma peculiar en su obra.

Al leer las páginas de Alfonso Reyes encontramos una opinión acerca de nuestro escritor de quien dice: “Rafael López no ha querido hacer innovaciones técnicas adoptó la técnica más elegante que su ambiente pudo ofrecerle” (5).

Influencia modernista

Al ser el modernismo el rasgo distintivo de su obra señalemos en ella algunas características de dicha corriente. Rasgo distintivo de esa época fue el gusto desmedido por lo francés, aspecto que Rafael López supo tomar muy en consideración, acerca de esta admiración podemos recurrir a la opinión del mismo escritor al respecto:

“Los franceses escriben con tinta; los españoles con aceite de olivo, con excepción de Valla Inclán en cuyo tintero cabrillea agua de la Castalia” (6).

Este gusto no sólo se manifiesta en las lecturas o bien en los adornos materiales sino que se reflejan inclusive en el uso que hizo de palabras de aquel idioma entre otras podemos citar los siguientes ejemplos: “savoir vivre”, “Jolis”, “derni cri”, “gros publique”, “ancien regimen”. “Chauffer”, “badeaux”, “sagesse”, etc.

Otra forma muy peculiar de esa época literaria era la de recurrir a la formación de vocablos que el diccionario aún no ha intercalado en sus páginas esto daba una originalidad mayor al escritor, entre otras palabras podemos mencionar las siguientes: liturbidistas, agolisados, porfirigénito, toaletas, falbalaes, Célquida, fimbriana, desoendiosos, esmargidinos, sopilaban, etc.

También es propio del *Modernismo* el que el escritor haga alusión a nombres y personajes de la antigüedad, de la mitología o bien de los personajes de la Biblia. Comprobémoslo en fragmentos como los siguientes:

“Cuando uno se va sintiendo maduro y los melancólicos grises de octubre van abandonando sus nieblas lo mismo en las sienas que en los pensamientos, se incurre en alarmas de esta especie que a la verdad, no se ven justificadas por la tradicional eficacia de los equinoccios. Así y todo, tenía mis temores de que al acercarse el sol errabundo al signo tradicional del Zodíaco, Aries, el cordero celeste, hubiera perdido con la edad algo de los claros vellones que conquistó Jasón en una selva de la Coloquiada misteriosa y lejana....

Por este motivo, o por otro que se escapa a la penetración humana la primavera persiste en su juventud desesperante, continúa alegre y gentil; está lo mismo que cuando presidía el nacimiento de Afrodita de la concha azul del Mediterráneo” (7).

En un relato que hace de Tepozotlán encontramos las siguientes líneas:

“No falta en este jardín erudito la consagración pagana que conocen los naranjos en sus frutos de oro, algunos de los cuales tienen los necesarios prestigios para ser cortados por París en honor de Venus. Y en medio de estos milagros y evocaciones de santidad y belleza, preguntaba algún excursionista: ¿Cuál es el mérito de este jardín?....

Nosotros no respondimos porque en esos cabales momentos el perfil de la Samaritana se inclinaba en el brocal de un pozo para refrescarnos la boca sedienta” (8).

Y en cierta ocasión que hace memoria de Jesús Urueta encontramos párrafos que dan a su crónica un colorido y bellezas de imágenes inigualables:

“Después de sus discursos, esta ciudad tradicional de aztecas y conquistadores perdía sus contornos y se esfumaba en lontananzas borrosas. Quedaba en su lugar Atenas o París. Atenas con sus mitos y sus leyendas, con sus dioses y sus héroes sus artistas y sus poetas. Chapultepec se nos antojaba el Partenón y don Porfirio el más tratable de los treinta tiranos. Zeus privaba en la Catedral y a cualquier dama católica que encontrábamos camino de la misa a las once de la mañana, la confundíamos con Palas, la diosa de los ojos claros o con Juno la de los blancos brazos, cualquier poeta con anteojos nos parecía Homero y Aquiles cualquier general sin batalla. Pedíamos el desayuno con un exámetro de la Iliada y la cena con otro de la Odisea. Y para cruzar en una alegre jira los inocentes canales de Xochimilco llevábamos una provisión de cera para taparnos las orejas a la manera del prudente Ulises” (9).

En otro trozo de la misma crónica leemos las siguientes palabras:

“La mujer fue su Antífona y su Medea. A sus pies deshojó las rosas más espléndidas de su guirnalda.

Y fue porque sabía que si Eva perdió al género humano éste fue redimido por la Vir en María, la que sosiega bajo sus plantas ingravidas la rotación del planeta, con la bendición de sus manos que todo lo perdona” (10).

Según la clasificación hecha a las crónicas de Rafael López quedaron colocadas en cuatro grupos, presentadas todas luminosas, amenas y admirables, dejando muestra de su talento y de su inspiración, además de todo esto el aspecto estilístico nos pone al descubierto la afición de nuestro escritor por adornar excesivamente sus escritos, rasgo que sostuvo a lo largo de toda su vocación literaria. Ya fuera en sus crónicas históricas, costumbristas, de comentarios artísticos o bien de temas diversos en las cuales hace derroche de las formas figuradas del idioma, en uno de tantos ejemplos podemos citar las siguientes líneas:

“¿Quién en la purpúrea mañana de la juventud, cuando mayo florece en los campos y en los corazones con la brisa corriente de su savia, no soñó en el viaje a Europa, en tripular la barca tradicional para lanzarse a la conquista del vellocinio que todos vimos centellar en una Célequida siempre inabordable y siempre fabulosa? ¿Quién en los radiantes días de su abril no pensó en prolongar indefinidamente las riberas de los lagos paternos y substituir los viejos remos de la canoa azteca con la hélice de un barco de proa apuntada a mares desconocidos en algún viaje atrevido de Simbad? De mí se decir, que entre las amarguras que me llevaré ocultas cuando torne a la tierra, contaré en primer lugar, la de no haber podido bañar mi frente en las sonoras claridades mediterráneas gratas a mi espíritu porque llenan de luz y de rumores las páginas de la Odisea y la de haber ignorado el talón de Aquiles del destino siempre aplastante cuando las islas maravillosas se ofrecen con más prestigios a los ojos atónitos de la ilusión y a los brazos abiertos de la esperanza” (11).

O bien traer a la presencia del lector el fragmento de la crónica titulada “Una estatua a Morelos”:

“En una isla del Lago de Pátzcuaro, paraíso de los monarcas tarascos, cabe la belleza Tzintzuntzan sonora de pájaros y salpicada de colibrís, se alzaré una estatua al gran Morelos de las olas. Sinuoso y eminente el panorama, como las campañas del Cura; ondulante y lleno de sorpresas como él mismo también en su salto de puma sobre las patrullas realistas. . . .

Hay en la lengua tarasca nombres sonoros que en sus últimas sílabas parecen arrastrar un himno; sonos que alcanzan el frenesí y la violencia hasta llegar a la altura del ditirambo. La vida de Morelos es un relámpago que taja los muros de la noche con su espada fulgurante. Es torrente despeñado de las serranías para convertirse después en río que fecunda los valles” (12).

A través de sus crónicas podemos apreciar de igual forma el prodigio y la grandeza de sus pensamientos, la elegancia de sus expresiones y esa característica tan singular de Rafael López que esa fina ironía que envuelven sus conceptos y proporcionan al lector momentos de solaz, apreciando el ingenio de nuestro cronista que sabe en que momento y con que intensidad debe hacer los comentarios, bástenos con traer a estas líneas un fragmento de alguna de sus prosas entre otras la titulada “Chapala”:

“Se necesita haber frecuentado los balnearios para ser bañista al aire libre. también poner un alto concepto de la propia estructura físi-

ca, para entregarla al examen de los demás con la satisfacción del pavo real cuando hace la rueda. Había allí un gordo de copiosas lonjas que se dejó deslizar por las playas entre las sonrisas del lago y la de los concurrentes. Al llegarle el agua a la cintura, él también reía socarronamente satisfecho quizás de la doble burla que hacían a la estética del concurso y a la del paisaje en cuyos lineamientos de cristal ponía la caparazón de un crustáceo placentero y optimista. Ni Afrodita surgente de la espuma en las fúlgidas ceremonias de Corinto, ni la soberbia hermosura de Frine al sentirse desnuda ante sus jueces tuvieron el aire de contento que este bañista exhibía ante nuestros ojos absortos. Eso no era un bañista, era una trastienda de jamones flotando en la superficie serena como resultado de un terremoto. Yo no sé cómo no le convirtieron en Tritón en justo castigo del ultraje que infería al espléndido panorama de las aguas en cuyos espejos esmeraldinos se sopilaban los jardines de Semíramis colgantes de la gloria del poniente” (13).

Inclusive en el aspecto histórico también hace uso de este estilo vivo e intencionado así nos lo muestra su crónica titulada “Diálogo de dos héroes” (14) o “La Fiesta de la Raza”, ejemplifiquemos esta última:

“La fiesta de la raza según las noticias de la prensa tendrá este año un brillo excepcional en la patria del insigne Cervantes. A la invitación hecha por España a sus antiguas colonias para que suscriban la gloriosa recordación éstas han respondido nombrando honorables delegaciones que representarán dignamente a las naciones americanas de origen hispano, en el preclaro solar de la lengua. Sujetos espiritualmente a la venerable metropoli por la comunidad del idioma, las libres naciones del Nuevo Mundo harán florecer un joven laurel en el viejo tronco de su castellana prosapia.

Que este laurel es ilustre, lo demuestran el mérito indiscutible de las personas que integran esas comisiones. La Argentina envía a Leopoldo Lugones y Colombia a Guillermo Valencia.

Al lado de estos ases del pensamiento americano, dueños del vuelo andino y del olímpico aletazo México pone a Don Manuel Caballero que se presentará en España como un lamentable recluta de las legiones líricas. El envió del señor Caballero bate el récord de una fantasía tropical.

Es como si el cura de mi pueblo se le ocurre mandar al sacristán a la canonización de Juana de Arco” (15).

Paisaje

El paisaje siempre ha sido tema para poetas, venero inagotable de estremecimientos y entusiasmo. La naturaleza pródiga en múltiples as-

pectos nos ofrece a cada paso el prodigio de la luz, del color y de los sonidos. Páginas de una belleza indescriptible se han dedicado en todos los países y bajo cualquier escuela literaria a inmortalizar los campos, las colinas y montañas. Se nos ha hablado de laberintos, de callejuelas, de arboledas que se pierden en la geometría caprichosa de la provincia, nos han descrito casas, balcones, rejas de épocas pasadas iglesias y capillas suntuosamente engalanadas o torres y cúpulas que rompen la monotomía de un agreste lugar.

Fue así que nuestro escritor asomándose una y otra vez a la contemplación del escenario magnífico del paisaje mexicano, del paisaje de nuestra patria que forma con nuestra vida diaria la idiosincrasia de este pueblo, nos legó esas páginas de imponderable belleza, nos hizo ver, recordar y sentir aquellos estados de nuestra alma. Sin olvidar que Rafael López no es un poeta descriptivo ni tampoco un paisajista, pero siempre que tuvo la oportunidad de plasmar en sus líneas el ambiente natural que le rodea tomó en consideración ese aspecto para dar mayor gala a sus escritos y sobre todo ese auténtico tono de mexicanidad.

A través de su obra recordamos la provincia, nuestros paseos, nuestra vida. Cuántas veces la evocación del pasado nos ha hecho sentir y vivir aquellos días dichosos o el momento feliz de aquella infancia ya lejana.

Rafael López toma la realidad que le circunda para encuadrar sus composiciones, no son ficticios sus cuadros, ni llenos de situaciones fantásticas sino que recoge el paisaje luminoso y transparente de nuestra ciudad, paisaje de nuestras mañanas llenas de luz “de este buen clima y de este sol que no se cansa de acariciar sus palideces con un largo baso de fuego... Tardes grises desfilando por las calles desiertas de la ciudad como extraviadas sonámbulas, predisponen a dialogar con el fastidio y el aburrimiento, esos dos únicos y silenciosos pajes de su cortejo” (16).

Esas tardes grises y lluviosas con ese aspecto de socio, de calma y reposo invitan a la meditación, al diálogo que conforta y acerca:

“Nada vale lo que el gris ropaje de las tardes julianas para dar valor y poner de relieve la belleza campesina. Se torna más hondo el verde de los árboles y el azul de la montaña. Los hilos de lluvia, desenredándose interminablemente dan forma a un pentagrama colosal, que raya la

extensión con sus cuerdas innumerables. Se siente el temblor vital de la tierra en el misterioso trabajo de su fecundación. Temblores y estremecimiento, de manos invisibles que hacen vibrar en las cuerdas del pentagrama" (17).

Rafael López nos describe en su forma tan peculiar es paisaje nuestro con las características de su estilo, es decir derroche de palabras, comparaciones, metáforas todo ello envuelto en la agilidad que muestran estas formas:

"El tren rodaba por una región paradisiaca en que el aire parecía de vidrio por la crudeza de la luz, El olor de las gardenias y de las inúmeras perfumaban a distancia, como los senderos que llevan a las islas de la canela en el país de Ceylán.

Las hojas de los platanos hacían girar sus verdes parasoles multiplicados a lo lejos como un océano de esmeraldas los sueños en flor se tendían instintivamente a ceñirse los botones preclaros del amor suspensos del naranjo nupcial. Tierra de ensueño, de ilusión, de bravura, de poesía, de amor, en cuyas cumbres anida el aguila de vuelo imperial y en cuyas florestas suelta el ruiseñor el canto periero. El Pico de Orizaba resplandecía como un pensamiento glorioso sobre el valle profundo; su punta lanzaba atrevidamente el azul en el que parecía incrustar un rizo de espuma en un mar inmóvil" (18).

Canta y ríe el poeta con la primavera florida, medita melancólicamente en los otoños que llegan con sus aire que anuncian el próximo invierno, y la carrera del sol que no se detiene en el inmenso azul marcando las estaciones a su paso. Así muestra Rafael López esos aspectos en las siguientes líneas:

"La primavera es como toda muchacha sin preocupaciones graves, de ilustre abolengo y más ilustre guardarroía, a quién le basta para no envejecer llevar al corriente la cuenta de la modista que promete a su blando cuerpo la delicia de ondular en un esplendido oleaje de sedas y muselinas, bajo la mirada naturalmente humeda de los tritones enomorados. La primavera sigue siendo solvente en el concepto solar y puede satisfacer todos sus desoendiosos caprichos. El viejo mercader oriental no le escatima linos ni satines, sobre todo aquellos que luce en mantos profusamente iluminados con las más bellas rosa de los Trópicos. El viejo mercader sabe bien los gustos de su clientela" (19).

Otras veces son los lagos que ofrecen una calma de espejo magnífico en el cual se retrata el cielo cuajado de estrellas, el motivo de

sus comentarios o bien el riachuelo que se pierde en un camino de plata llevando sus rumores hacia confines lejanos o le espectáculo grandioso de un panorama espléndido bañado por un sol poniente centelleante de gloria:

“Y he aquí porque volví los ojos al poniente, persiguiendo la última luz que se llevaba la tarde en sus pupilas de ambar. Ahora la tarde era una rústica Ofelia, abandonada por el crepúsculo indiferente de un sudario de flores.

La laguna que se había puesto enfática; recordando que algunos geógrafos la han llamado el mas chapálico, jugaba a personas grandes y azotaba soncramente la ribera que un tumulto de olitas coquetonas y casquivanas; que parecían ofrecer azahares ilusorios a novias sin esperanza.

Por la noche volvimos a la ribera y hallamos el lago muy entretenido con la hechicería de la luna. El creciente medraba y cruzaba su Preperatoria de luna llena con todo éxito” (20).

Noches espléndida de silencio, de murmullos de alas confidencias de voces suplicantes, luz de ojos que lloran, lamentos que se pierden en los amplios espacios de las noches siderales.

Esta es la forma que caracterizó los escritos de Rafael López, para él los dictados del corazón, su inquietud poética y sus grandes sueños de hombre, formaron el contenido de su vida espiritual que dió como fruto la creación de sus obras.

Profundo valor nacional

Rafael López sabe interpretar el sentir de su pueblo, es el cantor de fiestas heroicas, de las epopeyas magníficas, es el vate de la palabra sonora esbelta y fragante. Esto se manifiesta a través del camino ascendente propuesto ya por el autor, a pesar de las muchas dificultades que pudo encontrar a su paso, no desmayó en ningún momento así lo asegura el evocador de nuestros momentos históricos cuando dice “el arte de escribir se distingue de los demás artes en que no se llega a dominar con el tiempo; cada día las dificultades para hallar la expresión justa de los pensamientos son mayores; cada vez me cuesta más trabajo escribir”. Los escritores son pués los encargados de seleccionar las palabras para engarzarlas en el oro rutilante de sus expresiones, en este caso Rafael López nos encamina a hacernos ver que no debemos mutilar ni estropear el camino iniciado por nuestros antepasados, ex-

hortando con su palabra a los hombres a contribuir cada uno a formar la Historia de la Patria:

“El elocuente heroísmo del general Anaya en Churubusco la ha inmortalizado, la epopeya popular, los cantares sobre la hazaña. Pero tiene incluso el heroísmo de representar la asistencia de una tradición a la sustitución ligera por otra impropia y ajena. Por eso la ceremonia de hoy debe considerarse como un llamamiento a la comunidad nacional” (21).

Cantor eterno a quien le debemos rendir homenaje ya que sus prosas son perennes, son palabras que prevalecerán mientras el pueblo mexicano reconozca el valor de sus hombres. Cantó a todos los caídos en el campo de batalla, recogiendo lo que hace siglos fueron lecciones de heroísmo. Supo engrandecer nuestra raza y hacer de la tierra que lo vio nacer un loor de alabanzas, detengámonos en el siguiente trozo literario:

“Guanajuato es lugar de veneración emocionante y profundo. Sobre sus horizontes se levanta la fecha de 1810 como una lumbre solar. Y su nombre va unido perpetuamente en la memoria de todos, a la fimbriana doisa, que busca como las águilas, la soledad de las cumbres para sus alumbramientos heroicos, tuvo a bien labrar su cuna en el granito de las montañas guanajuatenses, bajo la leyenda mágica, de sombra que yo imagino poblada de cometas y de estrellas errantes, presentes por una taumaturgia celeste a la triunfal epifanía” (22).

Imaginación brillante, con la cual hace pasar lista de presente en las fiestas cívicas de la Patria a los consagrados por la Historia. En la oración fúnebre del hombre ilustre que deja nuestro suelo; dando el adiós al desaparecido, entre lluvia de flores y cantos de apoteosis.

En la conmemoración de los héroes allí está el poeta dejando escuchar su verbo de oro para ensalzar los hechos más grandes de la Historia o bien para mostrar los caminos luminosos de los héroes, como nos lo demuestran las siguientes palabras:

“Justo es que la crónica desteja sobre la memoria de Francisco Javier Mina la gala de un fresco laurel y zahuman el ara de mármol de las grandes veneraciones los olrosos copales de la glorificación” (23).

El ideal de su vida según se puede apreciar a través de su obra, fue el de hacer llegar al corazón del pueblo que se encuentra abatido entre la estulticia y la desesperanza, las hazañas victoriosas de los hombres que supieron rubricar los hechos con su sangre y correr los velos brumosos de las tempestades para esclarecer en el horizonte, la magnífica alborada del porvenir.

NOTAS

- (1) José Luis Martínez, *Las Letras Patrias*, México, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, 1946, p. 433.
- (2) Rafael López, "Los Ripios de Santos Chocano", en *El Universal*, Hebdomadarias, México, 30 de mayo de 1920, Año V., Tomo XV, No. 1320, p. 3.
- (3) Rafael López, "Las Carabelas de Colón", en *El Universal Ilustrado*, Alas Nómades, México, 12 de octubre de 1917, Año 1, No. 23.
- (4) Rafael López "Relieves Aztecas", en *Revista de Revistas*, Crónica semanal México, 27 de agosto de 1916, Año VII, No. 330, p. 2.
- (5) Alfonso Reyes, *Obras Completas*, Letras Mexicanas, Fcndo de Cultura Económica, México, 1955, Tomo I, p. 292.
- (6) Comentario hecho por Rafael López en una carta que envió a Alfonso Reyes recogido en *Biblos*, septiembre de 1920, Tomo II, No. 86, p. 141.
- (7) Rafael López, "Un libro sincero", en *Revista de Revistas* Crónica semanal, México, 6 de mayo de 1917, Año VIII, No. 366, p. 1.
- (8) Rafael López, "Tepozotlán", en *El Universal*, Hebdomadarias México, 14 de marzo de 1919, Año IV, Tomo XII No. 1011, p. 3
- (9) Rafael López, "Jesús Urueta", *El Universal*, Hebdomadarias México, 12 de diciembre de 1920, Año V, Tomo XVII, No. 1516.
- (10) *Ibidem*, p. 3.
- (11) Rafael López "Con el cabello gris me acerco a los rosales del jardín", *El Universal Ilustrado*, Alas Nomades, México, 14 de marzo de 1919, Año II, No. 97, p. 1.
- (12) Rafael López, "Una estatua a Morelos",
- (13) Rafael López, "Chapala", *El Universal*, Hebdomadarias, México, 14 de agosto de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1684, pp. 3 y 6.
- (14) Rafael López, "Diálogo de dos héroes", *El Universal*, Hebdomadarias, México, 22 de agosto de 1921, Año VI, Tomo XX, No. 1761, p. 3.
- (15) Rafael López, "La fiesta de la Raza", *El Universal*, Hebdomadarias, México, 21 de noviembre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1068, p. 3.
- (16) Rafael López, "Tardes grises", *Revista de Revistas*, Crónica semanal, México, 30 de julio de 1916, Año VII, No. 326, p. 2.
- (17) *Ibidem* p. 2.

- (18) Salvador Díaz Mirón, *Siluetas*, prólogo escrito por Rafael López.
- (19) Rafael López, "Con el cabello gris me acerco a los rosales del jardín", *El Universal Ilustrado*, Alas Nómadas, México, 14 de marzo de 1919, Año II, No. 97, p. 1.
- (20) Rafael López, "Chapala", *El Universal*, Hebdomadarias, México, 29 de mayo de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1684. pp. 3 y 6.
- (21) Rafael López "La batalla de Churubusco", *El Nacional*, México, 22 de agosto de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2626 segunda sección, p. 1.
- (22) Rafael López, "Guanajuato", *Revista Tricolor*, mayo-junio, de 1931, No. 44.
- (23) Rafael López, "Un recuerdo glorioso", *Revista de Revistas* Crónica semanal, México, 19 de noviembre de 1916, Año VI, No. 342, p. 3.

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

Rafael López, se nos presenta en todos los aspectos y en todos sus trabajos como un cuidadoso de la forma, de su palabra y de la idea por expresar. Trabajos que por su naturaleza encierran el mensaje de una época, la inquietud poética de una vida y las manifestaciones siempre grandes y profundas de su intelecto. Mensajes aquellos en los cuales Rafael López inspirado siempre y atento acaso encuentra “en estos poemas un remanso, una zona franca de todo problema e inquietud, por latir en ellos hasta cierto punto un propósito interperativo de lo impersonal de nuestro pueblo, de nuestra raza y nuestra cultura” (1).

De igual manera podremos decir y asegurar en lo que respecta a su prosa cuidada y a sus publicaciones periodísticas en general que bien puede verse y sentirse “el sentido y pasión de crear la fisonomía propia de nuestro solar” (2).

Es así como reunimos las características de este extraordinario escritor que si bien pertenece a esa corriente conocida por *Modernismo* abarca con su labor literaria toda una época, de la cual nos supo brindar su pensamiento su poesía es decir su vida y su obra. Cabe decir aquello expresado por Andrés González Blanco sobre el gran Darío “Trató de destilar belleza de la alegría y del dolor, y en el seno de esa belleza estar vibrando la alegría, el dolor, la vana interrogación, la duda, las vacilaciones de la época” (3).

Rafael López se mostró adicto al movimiento o corriente modernista. Fue característico de una época en la cual nuestro poeta se inició por los amplios caminos de la poesía. Las preocupaciones por la expresión, forma, lenguaje y profundidad se manifiestan en este escritor, fluido y decorador, de brillante imaginación, de voces sonoras; apoteósicas en

ocasiones, ostensiblemente hermosas en sus formas, aunque a veces también se muestre afectado o caprichoso. De todas maneras las cualidades de este grupo que siguió las huellas profundas de Gutiérrez Nájera, de Othón o Díaz Mirón aquí o bien los de fuera como Darío, Lugones, Silva o Martí. Semilla que fecundó en el surco abierto del corazón y alma de estos poetas nuestros los cuales supieron interpretar su época y glosarla con su poder genial de palabra alada y musical.

Ahora bien si Rafael López fue un modernista, su obra literaria que abarca una labor ininterrumpida participa de todos los movimientos que se suscitaron en años posteriores. Y así lo vemos militar en el *Ateneo* que marca un nuevo derrotero en la literatura, característica de esa época es la trascendencia en la expresión, en seleccionar y decir aquellas ideas que enaltecen llevando un mensaje de valores espirituales, cuya tendencia sería una nueva forma de pensar, basada en una honda preocupación filosófica pero bella.

Durante los años de 1917 en adelante la peculiaridad en nuestra literatura se mostró simpatizadora de aquello que se conoce con el nombre de tendencia Colonialista Rafael López fue un evocador entusiasta. La historia, las tradiciones, reuniones, fiestas, es decir todo ese aspecto de nuestro pasado, nuestro escritor lo comentó bellamente. La aparición de López Velarde principalmente y las publicaciones de revistas como son *Pegaso y México Moderno* dieron lugar a comentar aquellos temas: lugares o cosas que dan una fisonomía propia de nuestra Patria.

Ampliando esta labor y gracias a José Vasconcelos se inició una nueva tendencia de preocuparse y hablar de Hispanoamérica, esto dió lugar a la formación de un grupo conocido con el nombre de *El vanguardismo* quienes más tarde formarían el grupo de *Contemporáneos*. Dentro de esa pleyade de escritores, filósofos, y educadores nuestro autor siguió tomando parte activa.

Rafael López también recoge de la época precortesiana y del aspecto indigenista, una serie de hechos y fechas con las cuales logra composiciones de una belleza y una grandiosidad digna de este poeta. que logró páginas inmarcesibles de poesía.

Las principales actividades de este escritor fueron la cátedra, el periodismo, la tribuna y la poesía. Incansable soñador legó a la posteridad.

dad maguíficos trozos de una belleza de forma y de un contenido espiritual muy alto.

Rafael López como periodista y cronista comentó todos los temas, acontecimientos cotidianos, espectáculos sobresalientes, personajes ilustres o hechos heroicos. Es precisamente en este último aspecto donde a nuestro parecer alcanza una figura mucho más notoria, es aquí donde su corazón se inflama para cantar a nuestro pasado glorioso y exaltar las figuras de los hombres que les dieron vida. A través de sus composiciones podemos apreciar todo un mundo heroico, pedazos de leyendas que se van desgranando en las palabras elocuentes que hacen vibrar los corazones.

Con la misma dedicación realizó su fructífera labor dentro del Archivo General de la Nación. Al ser director de dicha institución realizó la publicación de diversos libros históricos, la recuperación de obras valiosas, así como el restablecimiento de talleres y formación de índices, todo ello reunido viene a formar tanto en lo material como en lo intelectual un conjunto en beneficio de la Patria.

Este poeta de honda sensibilidad, refleja en su obra sea prosa o verso, la añoranza de otros tiempos, el recuerdo de sus compañeros de lucha, el sufrimiento de épocas pasadas. Advierte los cambios y transformaciones de su pueblo, vive y anhela la justicia, la paz, las transformaciones sociales, la inquietud espiritual que le tocó vivir. Los comenta, los estudia, exalta los valores morales de su tiempo y condena la estulticia de aquellos que medran o engañan. Su prosa elocuente y gallarda es de un gran valor literario, tiene una categoría de grandeza, una justa forma plástica de expresión.

Finalmente hay que reconocer que la obra de Rafael López se debe recordar y exaltar dentro de las Letras Nacionales y darle el lugar que le corresponde en virtud del legado tan valioso. Ese debe ser el recuerdo y homenaje de su Patria, el de otorgarle un sitio de honor en nuestra literatura y así como él cantó a nuestros héroes y a nuestro suelo, la Patria le debe revestir del bronce eterno, debiendo consagrar su nombre, su obra y su memoria.

Por el interés despertado mediante la lectura de su obra y como complemento a este trabajo añado copia de una serie de crónicas extractadas de esta obra dispersa en revistas y periódicos.

N O T A S

- (1) Palabras del mismo Rafael López recogidas en la nota preliminar de la obra titulada *Obra Poética de Rafael López*, Prólogo y texto al cuidado de Alfonso Reyes, Edición de la Universidad de Guanajuato, 1957, p. VI.
- (2) *Ibidem* p. VI.
- (3) *Baladas y Canciones*.—Rubén Darío, Prólogo de Andrés González Blanco, Buenos Aires, Editorial T. O. R., p. 11.

A P E N D I C E

Enumeración cronológica de sus artículos esparcidos en revistas y periódicos.

Selección de algunos artículos.

Después de haber realizado este trabajo de investigación adjunto una lista de los artículos de Rafael López que aún no han sido publicados hasta la fecha en las ediciones existentes. Como ya lo mencionamos en el contenido de este estudio sería conveniente la publicación completa mediante una selección cuidadosa de acuerdo con el pensamiento del poeta para lograr de esta manera una síntesis de su valiosa aportación a las Letras mexicanas.

Para mejor claridad y de acuerdo con las fuentes obtenidas de los diversos diarios y revistas en que fueron publicados, se anota en esta relación con sus fechas respectivas cada uno de los artículos que vieron la luz a través de esta labor infatigable que Rafael López puso de manifiesto como poeta y como cronista.

REVISTA MODERNA

- "Revista Literaria y Artística" Quincenal, México, Director Jesús E. Valenzuela, Administrador G. de la Peña, Impresor Eduardo Dublán, 10 de julio de 1898 a mayo de 1911. Tomos del I al XVII.
- "Leopoldo Lugones", Guanajuato, junio de 1899 Año II, No. 6, p. 180.
- "Flores de Humo", Guanajuato, junio de 1899 Año II, No. 6, p. 191.
- "Aguila Real", Guanajuato, enero de 1903 Año VI, No. 10, p. 14.
- "Epicurea", México, mayo de 1903 Año VI, No. 10, p. 160.
- "Te busco en la ilusión de la mañana", marzo de 1905 p. 26.
- "Grisette", julio de 1905, Tomo V, No. 1 p. 277.
- "Guanajuato" (prosa), julio de 1905, Tomo V, No. 1 p. 282.
- "Gobelinos", octubre de 1905, Tomo V, No. 2, p. 117.
- "Romería Santa" (prosa), septiembre de 1906, Tomo VII, No. 1, p. 35.
- "Guanajuato" (Prosa), enero de 1907, pp. 265-273.
- "Montañas de Guanajuato: El Cuarto, La Rufa, Sirena", enero de 1907, pp. 276-278.
- "Hidalgo", enero de 1907, p. 279.
- "La Hermana Ana", febrero de 1907, pp. 370-372.
- "De los Trofeos de José M. de Heredia: Esmalte, Fuga de Centauros; Antonio y Cleopatra", junio de 1907 Tomo VII No. 4, p. 229.
- "Tres Instantes", julio de 1907, Tomo VIII, No. 5, p. 285.
- "Las Epopeyas", septiembre de 1907, Tomo IX, No. 2, p. 90.
- "A Julio Ruelas", octubre de 1907, Tomo IX, No. 1, pp. 3-7.
- "Ojos Verdes y Trenzas Rubias", noviembre de 1907, Tomo IX, No. 3, p. 188.
- "Las Tres Gracias", enero de 1908, Tomo IX, No. 5 p. 289.
- "Homenaje", abril de 1908, Tomo X, No. 2, pp. 77-79.
- "Farewell", junio de 1908, Tomo X, No. 4, p. 249.

- “Las Afroditas”, agosto de 1908, Tomo X, No. 6, p. 342.
“Papeles Viejos”, agosto de 1908, Tomo X, No. 6, p. 344.
“Ultima Verba”, octubre de 1908, Tomo XI, No. 2 p. 85.
“Alberto Leduc” (prosa), octubre de 1908, Tomo XI, No. 2, p. 144.
“La vendedora de flores”, noviembre 1908, pp. 145-149.
“Pascual López Lamadrid”, diciembre de 1908, p. 206.
“A una Primavera”, diciembre de 1908, p. 230.
“Rosas Votivas”, enero de 1909, pp. 276-278.
“Los Amantes”, mayo de 1909, Tomo XII, No. 3, p. 147.
“A la Juventud”, junio de 1909, Tomo XII, No. 4, pp. 201-203.
“Tu Trenza”, octubre de 1909, pp. 116-118.
“Al Cura Inmortal”, septiembre de 1910, p. 30.
“La Literatura Portuguesa Contemporánea”, (traducción), diciembre de 1910, Tomo XV, No. 4, pp. 235-44.
“La Leyenda de los Volcanes”, febrero de 1911, pp. 344-349.

SAVIA MODERNA

- ‘Hojas de Otoño’, Rafael López, marzo de 1906, Tomo I, No. 1, p. 27.
- ‘Ojos Antiguos’, Rafael López, abril de 1906, Tomo I, No. 2, pp. 121-122.
- ‘Por la Redención de Savia Moderna’, Rafael López, mayo de 1906, Tomo I, No. 3, pp. 142-144.
- ‘Oda a Juárez’, Rafael López, julio de 1906. Tomo I. No. 5, pp. 261-264.

EL MUNDO ILUSTRADO

Director: José F. Elizondo.

Publicación semanal de: Compañía Editorial Nacional, S. A.
Gerente General: Alfredo Petit.

Del libro "*Con los Ojos Abiertos*": "Un Chorro de fuente", "Sueños en la rubia trenza", "Felices pascuas" (poesía Rafael López, 10 de noviembre de 1912, Año XIX, Tomo II, No. 19.

"Redentio", (poesía), Rafael López, 1 de diciembre de 1912, Año XIX, Tomo II, No. 22.

"A José F. Elizondo", Rafael López, 8 de diciembre de 1912, Año XIX, Tomo II, No. 23.

Director y propietario: Lic. Ernesto Chavero.

"Estío", Rafael López, 5 de enero de 1913, Año XX, Tomo I No. 1.

"A vista de Pajaro", Rafael López, 9 de marzo de 1913, Año XX, Tomo I, No. 10.

"Literaturas Piadosas", Rafael López, 16 de marzo de 1913 Año XX, Tomo I, No. 11.

"La Resurrección de los dioses", Rafael López, 23 de marzo de 1913, Año XX, Tomo I, No. 12.

"Sonata de primavera", Rafael López, 30 de marzo de 1913, Año XX, Tomo I, No. 13.

"Thais", Rafael López, 6 de abril de 1913, Año XX, Tomo I, No. 14.

"Manon Lescaut", Rafael López, 13 de abril de 1913, Año XX, Tomo I, No. 15.

"Werther", Rafael López, 20 de abril de 1913, Año XX, Tomo I, No. 16.

"La Virgen de los Remedios", Rafael López, 27 de abril de 1913, Año XX, Tomo I, No. 17.

- “Una fecha inmortal”, Rafael López, 4 de mayo de 1913, Año XX, Tomo I, No. 18.
- “Influencias de mayo”, Rafael López, 11 de mayo de 1913, Año XX, Tomo I, No. 19.
- “Las Colonias Metropolitanas”, Rafael López, 18 de mayo de 1913, Año XX, Tomo I, No. 20.
- “Musas de Francia”, Rafael López, mayo 25 de 1913, Año XX Tomo I, No. 21.
- “El Jardinero Le Notre”, Rafael López, 1 de junio de 1913, Año XX, Tomo I, No. 22.
- “Juan de Dios Peza”, Rafael López, 8 de junio de 1913, Año XX, Tomo I, No. 23.
- “Xochimilco”, Rafael López, 15 de junio de 1913, Año XX, Tomo I, No. 24.
- “En Honor de Ricardo Wagner”, Rafael López, 22 de junio de 1913, Año XX, Tomo I, No. 25.
- “La mañana de San Juan”, Rafael López, 29 de junio de 1913, Año XX, Tomo I, No. 26.
- “Gran Guignol”, Rafael López, 6 de julio de 1913, Año XX, Tomo II, No. 1.
- “El 14 de Juilío”, Rafael López, 13 de julio de 1913, Año XX, Tomo II, No. 2.
- “18 de Julio”, Rafael López, 20 de julio de 1913, Año XX, Tomo, II, No. 3.
- “Alfonso Reyes” Rafael López, 27 de julio de 1913, Año XX, Tomo II, No. 4.
- “Chapultepec”, Rafael López, 3 de agosto de 1913, Año XX, Tomo II, No. 5.
- “Crónica en Verde”, Rafael López, 10 de agosto de 1913, Año XX, Tomo II, No. 6.
- “José María Lozano”, Rafael López, 17 de agosto de 1913, Año XX, Tomo II, No. 7.
- “Salutación Augural”, Rafael López, septiembre 7 de 1913, Año XX, Tomo II, No. 10.
- “Luis González Obregón”, (poesía), 14 de septiembre de 1913 Año XX, Tomo II, No. 11.

REVISTA DE REVISTAS (semanario)

Director: Lic. Luis Manuel Rojas.

"Papeles Viejos" (poesía) 29 de septiembre de 1912, Año II, No. 138, p. 9.

Director José Gómez Ugarte.

"Gobelino" (poesía) 5 de octubre de 1913, Año IV, No. 188, p. 9.

"El Rapto de Europa" (poesía), 18 de octubre de 1914, Año V, No. 236, P. 14.

Director: José de J. Núñez y Domínguez.

Gerente General: Rafael Alducin.

CRONICA SEMANAL

"Acuarela de Noviembre", Lázaro P. Feel, 31 de octubre de 1915, Año VI, No. 288, p. 3.

"La Vitalidad de Don Juan", Lázaro P. Feel, 7 de noviembre de 1915, Año VI, No. 289, p. 2.

"Myrto y Laurel", Lázaro P. Feel, 14 de noviembre de 1915, Año VI, No. 290, p. 2.

"La Plaza de la Constitución", Lázaro P. Feel, 21 de noviembre de 1915, Año VI, No. 291, p. 2.

"Holocaustos", Lázaro P. Feel, 5 de diciembre de 1915, Año VI, No. 292, p. 2.

"Conchas y Lupes", 12 de diciembre de 1915, Año VI, No. 293, p. 2.

"El Gran Morelos", Lázaro, P. Feel, 19 de noviembre de 1915 Año VI, No. 294, p. 3.

"La Navidad", Lázaro P. Feel, 26 de diciembre de 1915, Año VI, No. 295, p. 2.

- “La Cuarentena” (Poesía), Lázaro P. Feel, 26 de diciembre de 1916, Año VI, No. 295, p. 8.
- “Año Nuevo”, Lázaro P. Feel, 2 de enero de 1916, Año VII, No. 296, p. 3.
- “Los Reyes Magos”, Lázaro P. Feel, 9 de enero de 1916, Año VII, No. 297, p. 2.
- “Laude”, Lázaro P. Feel, 16 de enero de 1916, Año VII, No. 298, p. 2.
- “Nuestro Cumpleaños”, Lázaro P. Feel, 21 de enero de 1916, Año VII, No. 299, p. 2.
- “Viñeta de Febrero”, Lázaro P. Feel, 6 de febrero de 1916, Año VII, No. 301, p. 2.
- “La Vagancia Dorada”, Lázaro P. Feel, 13 de febrero de 1916, Año VII, No. 302, p. 2.
- “Hoteles de Ventas y Casas de Sueños”, Lázaro P. Feel, 20 de febrero de 1916, Año VII, No. 303, p. 2.
- “La Dama de las Camelias”, Lázaro P. Feel, 27 de febrero de 1916, Año VII, No. 304, p. 2.
- “Este era un Rey”, Lázaro P. Feel, 5 de marzo de 1916, Año VII, No. 305, p. 2.
- “Motivos primaverales”, Lázaro P. Feel, 19 de marzo de 1916, Año VII, No. 307, p. 3.
- “De Falda Corta”, Lázaro P. Feel, 26 de marzo de 1916, Año VII, No. 308, p. 2.
- “Las Fiestas de Guardar”, Lázaro P. Feel, Año VII, 2 de abril de 1916, Año VII, No. 309, p. 2.
- “Los Domingos de la Alameda”, Lázaro P. Feel, 9 de abril de 1916, Año VII, No. 310, p. 2.
- “Un Centenario Ilustre”, Lázaro P. Feel, 23 de abril de 1916, Año VII, No. 312, p. 2.
- “Gente Nueva”, Lázaro P. Feel, 30 de abril de 1916, Año VII, No. 313, p. 2.
- “Las Provincianas”, Lázaro P. Feel, 7 de mayo de 1916, Año VII, No. 314, p. 2.
- “Ruben Darío en las Escuelas”, Lázaro P. Feel, 14 de mayo de 1916, Año VII, No. 315, p. 2.
- “Una idea feliz”, Lázaro P. Feel, 28 de mayo de 1916, Año VII, No. 317, p. 2.
- “Los Niños Góticos”, Lázaro P. Feel, 4 de junio de 1916, Año VII, No. 318, p. 2.

- “Una grata memoria”, Lázaro P. Feel, 11 de junio de 1916, Año VII, No. 319, p. 2.
- “Sursum Corda”, Lázaro P. Feel, 25 de junio de 1916, Año VII, No. 321, p. 2.
- “AL derredor de los niños”, Lázaro P. Feel, 2 de julio de 1916, Año VII, No. 322, p. 2.
- “Salutación a la lluvia”, Lázaro P. Feel, 9 de julio de 1916, Año VII, No. 323, p. 2.
- “El Padre Rivera”, Lázaro P. Feel, 16 de julio de 1916, Año VII, No. 324, p. 2.
- “Tardes Grises”, Lázaro P. Feel, 30 de julio de 1916, Año VII, No. 326, p. 2.
- “La Ciudad Paralítica y Ciega”, Lázaro P. Feel, 6 de agosto de 1916, Año VII, No. 327, p. 2.
- “Después de la Huelga”, Lázaro P. Feel, 13 de agosto de 1916, Año VII, No. 328, p. 2.
- “Cafés y Cantinas”, Lázaro P. Feel, 20 de agosto de 1916, Año VII, No. 329, p. 2.
- “Relieves Aztecas”, Lázaro P. Feel, 27 de agosto de 1916, Año VII, No. 330, p. 2.
- “Oda a Rubén Darío”, Lázaro P. Feel, 27 de agosto de 1916, Año VII, No. 330, p. 15.
- “Los Domingos de los Mercados”, Lázaro P. Feel, 3 de septiembre de 1916, Año VII, No. 331, p. 2.
- “Los Aguiluchos”, Lázaro P. Feel, 10 de septiembre de 1916, Año VII, No. 332, p. 2.
- “16 de Septiembre”, Lázaro P. Feel, 17 de septiembre de 1916, Año VII, No. 333, p. 2.
- “El Caballito” (poesía), Lázaro P. Feel, 17 de septiembre de 1916, Año VII, No. 333, p. 11.
- “La película Policiaca”, Lázaro P. Feel, 24 de septiembre de 1916, Año VII, No. 334, p. 2.
- “El Sucesor de Rubén Darío”, Lázaro P. Feel, 1 de octubre de 1916, Año VII, No. 335, p. 2.
- “La Crítica y el cine”, Lázaro P. Feel, 8 de octubre de 1916 Año VII, No. 336, p. 2.
- “La Fiesta de la Raza”, Lázaro P. Feel, 15 de octubre de 1916, Año VII, No. 337, p. 2.

- “Vidas Humildes”, Lázaro P. Feel, 22 de octubre de 1916, Año VII, No. 338, p. 2.
- “La Academia de la Historia”, Lázaro P. Feel, 29 de octubre de 1916, Año VII, No. 339, p. 2.
- “Una Interesante Traducción”, Lázaro P. Feel, 5 de noviembre de 1916, Año VII, No. 340, p. 2.
- “La Orden del Bano”, Lázaro P. Feel, 12 de noviembre de 1916, Año VII, No. 341, p. 2.
- “Un Recuerdo Glorioso”, Lázaro P. Feel, 19 de noviembre de 1916, Año VII, No. 342, p. 2.
- “San Silvestre” (poesía), Lázaro P. Feel, 31 de diciembre de 1916, Año VII, No. 348, p. 13.
- “De la Mano de Mármol” (poesía), Lázaro P. Feel, 4 de marzo de 1917, Año VIII, No. 357, p. 14.
- “Salomé” (poesía), Lázaro P. Feel, 11 de marzo de 1917, Año VIII, No. VIII, No. 358, p. 14.
- “Surge et Ambula”, Lázaro P. Feel, 25 de marzo de 1917, Año VIII, No. 360, p. 2.
- “Vuelo de Garzas”, Lázaro, P. Feel, 1 de abril de 1917, Año VIII, No. 361, p. 2.
- “Al margen de un corpiño azul”, Lázaro P. Feel, 8 de abril de 1917, Año VIII, No. 362, p. 2.
- “La Manicura: Venus Callejera; Una Mesera, Mi Florista, Mecanógrafa” (poesías), Lázaro P. Feel, 8 de abril de 1917, Año VIII, No. 362, p. 9.
- “Almafuerte” Lázaro P. Feel, 15 de abril de 1917, Año VIII, No. 363, p. 3.
- “Ruinas Históricas”, Lázaro P. Feel, 22 de abril de 1917, Año VIII, No. 364, p. 3.
- “Mina” (poesía), Lázaro P. Feel, 22 de abril de 1917, Año VIII, No. 364, p. 13.
- “Champotón”, Lázaro P. Feel, 29 de abril de 1917, Año VIII No. 365, p. 2.
- “Un Libro Sincero”, Lázaro P. Feel, 6 de mayo de 1917, Año VIII, No. 366, p. 3.
- “La Mancha Roja”, Lázaro P. Feel, 13 de mayo de 1917, Año VIII, No. 367, p. 3.
- “La Nueva Temporada”, Lázaro P. Feel, 20 de mayo de 1917, Año VIII, No. 368, p. 3.

- “La Mezquita”, Lázaro P. Feel, 20 de mayo de 1917, Año VIII, No. 368 p. 9 (poesía).
- “La Epoca de los Medicis”, Lázaro P. Feel, 27 de mayo de 1917, Año VIII, No. 369, p. 3.
- “En el Lago Encantado”, Lázaro P. Feel, 3 de junio de 1917, Año VIII, No. 370, p. 3.
- “El Polvo”, Lázaro P. Feel, 10 de junio de 1917, Año VIII, No. 371, p. 3.
- “La Somectomanía”, Lázaro P. Feel, 17 de junio de 1917, Año VIII, No. 372, p. 3.
- “La Sonrisa de la Revolución”, Lázaro P. Feel, 24 de junio de 1917, Año VIII, No. 372, p. 3.
- “El Enemigo”, Lázaro P. Feel, 1 de julio de 1917, Año VIII, No. 374, p. 5.
- “El Ba.cón de Verona”, Lázaro P. Feel, 8 de julio de 1917, Año VIII, No. 375.
- “Gloria Victoribus”, Lázaro P. Feel, 15 de julio de 1917, Año VIII, No. 376, p. 4.
- “Mi Nevería”, Lázaro P. Feel, 22 de julio de 1917, Año VIII, No. 377, p. 5.
- “El Primer Aguacero”, Lázaro P. Feel, 29 de julio de 1917 Año VIII, No. 378, p. 5.
- “Aguas de meditación en rocas de silencio”, Lázaro P. Feel, 5 de agosto de 1917, Año VIII, No. 375, p. 5.
- “En Elogio del Buen Humor”, Lázaro P. Feel, 12 de agosto de 1917, Año VIII, No. 380, p. 5.
- “La Colonia Roma”, Lázaro P. Feel, 19 de agosto de 1917, Año VIII, No. 381, p. 5.
- “La Célebre Corina”, Lázaro P. Feel, 26 de agosto de 1917, Año VIII, No. 382, p. 5.
- “Películas Nacionales”, Lázaro P. Feel, 2 de septiembre de 1917, Año VIII, No. 383, p. 5.
- “La Ciudad egregia”, Lázaro P. Feel, 16 de septiembre de 1917, Año VIII, No. 385, p. 7.
- “De Ceremonia” (poesía) Lázaro P. Feel, 16 de septiembre de 1917, Año VIII, No. 385, p. 27.

EL UNIVERSAL ILUSTRADO

Semanario Artístico Popular.

Director y Gerente: Felix F. Palavicini.
Jefe de redacción; Carlos González Peña.
Administrador: Alberto Altuzarra.

“La Danza antigua” (poesía), Lázaro P. Feel, 3 de agosto de 1917,
Año I No. 13.

Alas Nomades

“Escotes Luengos y Pecheras Blancas”, Lázaro P. Feel, 28 de septiem-
bre de 1917, Año I, No. 21.

“Las Carabelas de Colón”, Lázaro P. Feel, 12 de octubre de 1917, Año
I, No. 23.

“El Nocturno a Rosario”, Lázaro P. Feel, 26 de octubre de 1917, Año
I, No. 25.

“Cosas del Frío”, Lázaro P. Feel, 9 de noviembre de 1917, Año I, No.
27.

“La Eglantina de Clemencia Isaura”, Lázaro P. Feel, 23 de noviembre
de 1917, Año I, No. 29.

“El Crepúsculo de Kerensky”, Lázaro P. Feel, 7 de diciembre de 1917,
Año I, No. 31.

“El Cuento de Blanca Nieve”, Lázaro P. Feel, 21 de diciembre de
1917, Año I, No. 33.

“El Oro de los Reyes Magos”, Lázaro P. Feel, 4 de enero de 1918, Año
I, No. 35.

“Divina Inquietud”, Lázaro P. Feel, 18 de enero de 1918, Año I, No.
37.

- “La manzana amarga” (poesía), Lázaro P. Feel, Año I, No. 37.
- “Pájaros Perdidos”, Lázaro P. Feel, 1 de febrero de 1918, Año I, No. 39.
- “Los mimos de Marcel Schweb”, Lázaro P. Feel, 15 de febrero de 1918, Año I, No. 41.
- “La Conquista del Aire”, Lázaro P. Feel, 1 de marzo de 1918, Año I, No. 43.
- “La Bestia del Apocalipsis”, Lázaro P. Feel, 15 de marzo de 1918, Año I, No. 45.
- “La Rosa de Betania”, Lázaro P. Feel, 29 de marzo de 1918, Año I, No. 47.
- “Una santa del Renacimiento”, Lázaro P. Feel, 12 de abril de 1918, Año I, No. 49.
- “Tentación”, (poesía), Lázaro P. Feel, 26 de abril de 1918, Año I, No. 51.
- “En Elogio de la Opereta”, Lázaro P. Feel, 26 de abril de 1918, Año I, No. 51.
- “La Probidad Artística de Tórtola Valencia”, Lázaro P. Feel, 10 de mayo de 1918, Año II, No. 53.
- “El Amor Oriental”, Lázaro P. Feel, 24 de mayo de 1918, Año II, No. 55.
- “El Mes Febril”, Lázaro P. Feel, 7 de junio de 1918, Año II, No. 57.
- “Los Poetas y la Guerra”, Lázaro P. Feel, 21 de junio de 1918, Año II, No. 59.

Director: Carlos González Peña.
 Administrador: Luis Cascos.

- “La Gloria de Jorge de Washington, Rafael López, 5 de julio de 1918, Año II, No. 61.
- “El 18 de Julio”, Rafael López, 19 de julio de 1918, Año II, No. 63.
- “El Olimpo de la Alameda”, Rafael López, 2 de agosto de 1918, Año II, No. 65 p. 7.
- “Madona Bertini”, Rafael López, 13 de septiembre de 1918, Año II, No. 71, p. 12.
- “Que estatua prefiera usted”, Rafael López, 4 de octubre de 1918, Año II, No. 74, p. 1.
- “Saturnino Herran”, Rafael López, 18 de octubre de 1918, Año II, No. 76, p. 7.

A partir de esta fecha aparecen en la primera publicación las siguientes crónicas bajo el nombre de *Crónicas Semanales*.

"La Muerte Radiante", Rafael López, 8 de noviembre de 1918, Año II, No. 79, p. 3.

"Pax" (poesía) Rafael López, 22 de noviembre de 1918, Año II, No. 81, portada.

"Al Margen del Triunfo", Rafael López, 22 de noviembre de 1918, Año II, No. 81, p. 1.

"El Domingo Electoral". Rafael López, 6 de diciembre de 1918, Año II, No. 83, p. 1.

"Wilson en París", Rafael López, 20 de diciembre de 1918, Año II, No. 85, p. 1.

"El Nuevo Circuito", Rafael López, 10 de enero de 1919, Año II, No. 88, p. 1.

Director Xavier Sorondo.

"Nuestro Primos", Rafael López, 24 de enero de 1919, Año II, No. 90, p. 1.

"La mala entraña", (poesía), Rafael López, 31 de enero de 1919, Año II, No. 91, p. 6.

"La Danza Siria", (poesía), Rafael López, 21 de febrero de 1919, Año II, No. 94, portada.

"El Carnaval", Rafael López, 28 de febrero de 1919, Año II, No. 95, p. 1.

"Con el cabello gris me acercó a los rosales del jardín", Rafael López, 14 de marzo de 1919, Año II, No. 97, p. 1.

"Los Volcanes caludican", Rafael López, 28 de marzo de 1919, Año II, No. 99, p. 1.

"El Mal del sueño", Rafael López, 11 de abril de 1919, Año II, No. 101, p. 1.

"Los cabarets de México", Rafael López, 8 de mayo de 1919, Año III, No. 105, p. 2.

"Inglaterra y la clase pensante en México", Rafael López Año III, No. 117, 31 de julio de 1919, p. 1.

"El millonario Carnegia", Rafael López, 21 de agosto de 1919, Año III, No. 120, p. 4.

"La nueva concesión de El Universal", Rafael López, 28 de agosto de 1919, Año III, No. 121, p. 4.

EL UNIVERSAL.

Gerente y fundador: Félix F. Palavicini.

Hebdomadarias.

- "Tepozotlán", Rafael López, 14 de septiembre de 1919, Año IV, Tomo XII, No. 1061, p. 3.
- "La fiesta de la Raza", Rafael López, 21 de septiembre de 1919, Año IV, Tomo XII, No. 1068, p. 3.
- "Los discursos de don Justo", Rafael López, 28 de septiembre de 1919, Año IV, Tomo XII, No. 1075, p. 3.
- "Fiume o la muerte" Rafael López, 5 de octubre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1082, p. 3. X
- "La literatura en la fiesta de la Raza", Rafael López, 12 de octubre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1089, p. 3.
- "Et in arcadia ego", Rafael López, 19 de octubre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1096, p. 3.
- "La panácea de ese tiempo", Rafael López, 26 de octubre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1103, p. 3.
- "Zoología funeraria" Rafael López, 2 de noviembre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1110, p. 3.
- "El luto de los Andes y el de don Alfonso Cravioto", Rafael López, 9 de noviembre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1117, p. 3.
- "La prisión de los Andes", Rafael López, 16 de noviembre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1124, p. 3.
- "Los prestigios del nombre en las obras del genio", Rafael López, 23 de noviembre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1131 p. 3.

- “Dólares y palingenesias”, Rafael López, 20 de noviembre de 1919. Año IV, Tomo XIII, No. 1138, p. 3.
- “Nuestro concurso de la novela corta”, Rafael López, 7 de diciembre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1145, p. 3.
- “Oros, verdes y bermellones”, Rafael López, 14 de diciembre de 1919 Año IV, Tomo XIII, No. 1152, p. 3.
- “Las bandas de Júpiter, las lunas de Saturno, y los diamantes azules de Sirio”, Rafael López, 21 de diciembre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1159, p. 3.
- “Las pólizas de El Universal”, Rafael López, 28 de diciembre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1166, p. 3.
- “El Año Nuevo”, Rafael López, 4 de enero de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1173, p. 3.
- “La sociedad al día”, Rafael López, 18 de enero de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1187, p. 3.
- “La comida literaria de El Universal”, Rafael López, 25 de enero de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1194, p. 3.
- “Trigo y laurel”, Rafael López, 1 de febrero de 1920 Año V, Tomo XIV, No. 1201, p. 3.
- “La serpiente del Nilo”, Rafael López, 8 de febrero de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1208, p. 3.
- “Mi reino por un tema” Rafael López, 22 de febrero de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1215, p. 3.
- “El nuevo presidente de Francia”, Rafael López, 22 de febrero de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1222, p. 3.
- “En el garito permitido”, Rafael López, 29 de febrero de 1920, Año V Tomo XIV, No. 1229, p. 3.
- “Como los antiguos romanos”, Rafael López, 14 de marzo de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1244 p. 3.
- “Un domingo como hay pocos”, Rafael López, 21 de marzo de 1920, Año V. Tomo XIV, No. 1251, p. 3.
- “El triángulo de Maeterlincke”, Rafael López, 28 de marzo de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1258, p. 3.
- “Estampas viejas”, Rafael López, 4 de abril de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1265, p. 3.
- “La falsa crucifixión”, Rafael López, 11 de abril de 1920, Año V. Tomo XIV, No. 1272, p. 3.
- “Hasta el volcán hecha chispas”, Rafael López, 18 de abril de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1279, p. 3.

- “Pobres de los solteros”, Rafael López, 25 de abril de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1286, p. 3.
- “El buen retiro”, Rafael López, 2 de mayo de 1920, Año V, Tomo XV, No. 1293, p. 3.
- “El hombre del oratorio”, Rafael López, 16 de mayo de 1920, Año V, Tomo XV, No. 1306, p. 3.
- “Gacetillas trágicas”, Rafael López, 23 de mayo de 1920, Año V, Tomo XV, No. 1313 p. 3.
- “Los ripios de Santos Chocano”, Rafael López, 30 de mayo de 1920, Año V, Tomo XV, No. 1320, p. 3.
- “Dos Vicente”, Rafael López, 6 de junio de 1920, Año V. Tomo XV, No. 1327, p. 3.
- “El mirador de Próspero”, Rafael López, 13 de junio de 1920, Año V, Tomo XV, No. 1334, p. 3.
- “Diplomacia y Literatura”, Rafael López, 20 de junio de 1920, Año V, Tomo XV, No. 1341, p. 3.
- “País espléndido y trágico”, Rafael López, 27 de junio de 1920, Año V, Tomo XV, No. 1348, p. 3.
- “Melones chinos”, Rafael López, 4 de julio de 1920, Año V, Tomo XVI, No. 1355, p. 5.
- “La toma de la Bastilla”, Rafael López, 11 de julio de 1920, Año V, Tomo XVI, No. 1362, p. 3.
- “La Emperatriz Eugenia”, Rafael López, 18 de julio de 1920, Año V, Tomo XVI, No. 1369, p. 3.
- “El último suicidio”, Rafael López, 25 de julio de 1920, Año V, Tomo XVI, No. 1376, p. 3.
- “Quiero ser diputado”, Rafael López, 1 de agosto de 1920, Año V, Tomo XVI, No. 1383, p. 3.
- “Las bellas historias”, Rafael López, 8 de agosto de 1920, Año V. Tomo XVI, No. 1390, p. 3.
- “El pato de mi cuento”, Rafael López, 15 de agosto de 1920, Año V, Tomo XVI, No. 1393, p. 3.
- “Música clásica”, Rafael López, 22 de agosto de 1920, Año V, Tomo XVI, No. 1404 p. 3.
- “William Fox y Flavio Josefo”, Rafael López, 29 de agosto de 1920, Año V, Tomo XVI, No. 1411, p. 3.
- “Susana Grandis”, Rafael López, 5 de septiembre de 1920, Año V. Tomo XVI No. 1418, p. 3.

- “Don Joaquín Casassus”, Rafael López, 12 de septiembre de 1920, Año V, Tomo XVI, No. 1425, p. 3.
- “Aun vive el alcalde”, Rafael López, 26 de septiembre de 1920, Año V, Tomo XVI No. 1439, p. 3.
- “Rosario la de Acuña”, Rafael López, 24 de octubre de 1920, Año V, Tomo XVII, No. 1467, p. 3.
- “Don Juan Tenorio”, Rafael López, 31 de octubre de 1920, Año V, Tomo XVII, No. 1474, p. 3.
- “La erudición de los poetas”, Rafael López, 5 de diciembre de 1920, Año V, Tomo XVII, No. 1509, p. 3.
- “Jesús Urueta” Rafael López, 12 de diciembre de 1920, Año V, Tomo XVII, No. 1516, p. 3.
- “Tarjetas postales”, Rafael López, 19 de diciembre de 1920. Año V, Tomo XVII, No. 1523, p. 3.
- “Muy Feliz año”, Rafael López, 2 de enero de 1921, Año VI, Tomo XVIII, No. 1537, p. 3.
- “El congreso del niño”, Rafael López, 9 de enero de 1921, Año VI, Tomo XVIII, No. 1544, p. 3.
- “Betelgeuse”, Rafael López, 16 de enero de 1921, Año VI, Tomo XVIII, No. 1551, p. 3.
- “La carambola”, Rafael López, 23 de enero de 1921, Año VI, Tomo XVIII, No. 1553, p. 3.
- “Convalecencia”, Rafael López, 20 de febrero de 1921, Año VI, Tomo XVIII, No. 1586. p. 3.
- “La hora oficial”, Rafael López, 27 de febrero de 1921, Año VI, Tomo XVIII, No. 1593, p. 3.
- “La predica apacible de Mr. Harding”, Rafael López, 6 de marzo de 1921, Año VI, Tomo XVIII, No. 1600, p. 3.
- “El concurso”, Rafael López, 13 de marzo de 1921, Año VI, Tomo XVIII, No. 1607, p. 3.
- “Ponson du Terrail”, Rafael López, 3 de abril de 1921, Año VI, Tomo XVIII, 1628, p. 3.
- “Malayos y ‘mal hayas’ ”, Rafael López, 10 de abril de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1635, p. 3.
- “Recreos astronómicos”, Rafael López, 17 de abril de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1642, p. 3.
- “El eclipse” Rafael López, 24 de abril de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1649. p. 3.

- “Las joyas y el fisco”, Rafael López, 8 de mayo de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1663, p. 3.
- “El combate de flores”, Rafael López, 15 de mayo de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1670, p. 3.
- “Una ilusión desvanecida”, Rafael López, 5 de junio de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1691, p. 3.
- “Viajeros celebres”, Rafael López, 12 de junio de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1698, p. 3.
- “La prensa” (poesía), Rafael López, 26 de junio de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1712, p. 3.
- “Ramón López Velarde”, Rafael López, 3 de julio de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1719, p. 2.
- “Los pegazos”, Rafael López, 10 de julio de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1726, p. 3.
- “Un centenario olvidado”, Rafael López, 17 de julio de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1733, p. 3.
- “Cuando llueve”, Rafael López, 24 de julio de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1740, p. 3.
- “El tiempo es polvo de oro”, Rafael López, 31 de julio de 1921, Año VI, Tomo XX, No. 1747, p. 3.
- “El seis doble y la india bonita”, Rafael López, 7 de agosto de 1921, Año VI, Tomo XX, No. 1754, p. 3.
- “Diálogo de dos héroes”, Rafael López, 14 de agosto de 1921, Año VI, Tomo XX, No. 1761, p. 3.
- “Gato por liebre”, Rafael López, 21 de agosto de 1921, Año VI, Tomo XX, No. 1768, p. 3.
- “Monseñor Montes de Oca”, Rafael López, 28 de agosto de 1921, Año VI, Tomo XX, No. 1775, p. 3.
- “Todavía nuevas nomenclaturas”, Rafael López, 4 de septiembre de 1921, Año VI, Tomo XX, No. 1782, p. 3.
- “Los juegos florales”, Rafael López, 18 de septiembre de 1921, Año VI, Tomo XX, No. 1796, p. 3.
- “De la bufonería a la tragedia”, Rafael López, 25 de septiembre de 1921, Año VI, Tomo XX, No. 1803, p. 3.
- “La danza de las horas”, Rafael López, 9 de octubre de 1921, Año VII, Tomo XXI, No. 1817, p. 3.
- “La iconografía de los virreyes”, Rafael López, 16 de octubre de 1921, Año VII, Tomo XXI, No. 1824, p. 3.

- Un pretendiente difícil”, Rafael López, 23 de octubre de 1921. Año VII, Tomo XXI, No. 1831, p. 3.
- “Las brujas”, Rafael López, 6 de noviembre de 1921. Año VII, Tomo XXI, No. 1845, p. 3.
- “La educación de la tauromaquia”. Rafael López, 13 de noviembre de 1921, Año VII, Tomo XXI, No. 1852, p. 3.
- “En los círculos dantescos”, Rafael López, 20 de noviembre de 1921, Año VII, Tomo XXI, No. 1859, p. 2.
- “El pulque”. Rafael López, 27 de noviembre de 1921, Año VII, Tomo XXI, No. 1866, p. 3.
- “El censo”, Rafael López, 4 de diciembre de 1921, Año VII, Tomo XXI, No. 1873, p. 3.
- “Un libro barato”, Rafael López, 11 de diciembre de 1921, Año VII, Tomo XXI, No. 1880, p. 3.
- “¿Para qué sirven los diplomáticos?”, Rafael López, 18 de diciembre de 1921, Año VII, Tomo XXI, No. 1887, p. 3.
- “De enero a enero”, Rafael López, 25 de diciembre de 1921, Año VII, Tomo XXI, No. 1892, p. 3.

EL NACIONAL

Director y Gerente: Froylan C. Manjarrez.

- "El premio nacional del periodismo", 1o. de enero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2401, p. 1.
- "La fundación de escuelas agrícolas", Rafael López, 4 de enero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2404, p. 1.
- "Roosevelt contra la plutocracia y la guerra" Rafael López, 8 de enero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2408, p. 1.
- "Don Ramón del Valle Inclán", Rafael López, 10 de enero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2410, p. 1.
- "Republicanos y demócratas", Rafael López, 16 de enero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2416, p. 1.
- "La misión del ejército", Rafael López, 18 de enero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2418, p. 1.
- "Rudyard Kepling", Rafael López, 20 de enero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2420, p. 1.
- "Arados y crédito ejidal", Rafael López, 22 de enero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2422, p. 1.
- "El Rey ha Muerto, Viva el Rey", Rafael López, 24 de enero de 1936, No. 2424, p. 1. Año VII, Tomo XV.
- "Trayectoria del corrido", Rafael López, 29 de enero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2429, p. 1.
- "El cine nacional y el extranjero", Rafael López, 2 de febrero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2433, p. 1.
- "La liga de las naciones en América", Rafael López, 20 de febrero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2451, p. 1.
- "Las izquierdas en España", Rafael López, 22 de febrero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2453, p. 1.

- “Rusia y Japón”, Rafael López, 2 de febrero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2455, p. 1.
- “Alderredor de Gustavo Adolfo”, Rafael López. 26 de febrero de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2457, p. 1.
- “Las nuevas rutas de la Universidad Autónoma”, Rafael López, 28 de febrero de 1936, Año VII. Tomo XV, No. 2459, p. 1.
- “El nacionalismo nipón”, Rafael López, 2 de marzo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2462, p. 1.
- “La asociación internacional en pro del indio”, Rafael López. Año VII, Tomo XV, No. 2460, p. 1.
- “La visita de Bernard Shaw”, Rafael López, 6 de marzo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2486, p. 1.
- “La ruta México, Morelia, Guadalajara”, Rafael López, 9 de marzo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2469, p. 1.
- “¿Otra guerra mundial?”, Rafael López, 11 de marzo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2471, p. 1.
- “Don Vicente Riva Palacio”, Rafael López, 16 de marzo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2473, p. 1.
- “Rusia y Alemania”, Rafael López, 20 de marzo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2480, p. 1.
- “Don Guadalupe Victoria”, Rafael López. 26 de marzo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2486, p. 1.
- “Un abuelo de la historia”, Rafael López, 30 de marzo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2490, p. 1X.
- “El juicio de Hauptmann”, Rafael López, 2 de abril de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2493, p. 1.
- “Las normas de lucha contra la delincuencia”, Rafael López, 11 de abril de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2502, p. 1.
- “El día de las Américas”, Rafael López, 13 de abril de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2504, p. 1.
- “El concurso del cuento de El Nacional”, Rafael López, 15 de abril de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2506, p. 1.
- “La organización de la industria nacional”, Rafael López, 18 de abril de 1936. Año VII, Tomo XV, No. 2509, p. 1.
- “García Lorca en Bellas Artes”, Rafael López, 22 de abril de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2513, p. 1.
- “La inutilidad de la Liga de las Naciones”, Rafael López, 24 de abril de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2515, p. 1.

- "El César Spengleriano", Rafael López, 28 de abril de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2519, p. 1.
- "Lope de Vega y García Lorca", Rafael López, 4 de mayo de 1936, Año VII, Tomo V, No. 2524, p. 1.
- "La caída de Addis Abeba", Rafael López, 7 de mayo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2527, p. 1.
- "La exposición de Morelia", Rafael López, 11 de mayo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2531, p. 1.
- "Oswald Spengler", Rafael López, 13 de mayo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2533, p. 1.

Director y gerente: José Angel Ceniceros.

- "Dos imperialismos en pugna", Rafael López, 16 de mayo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2536, p. 1.
- "El General Vicente Riva Palacio", Rafael López, 20 de mayo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2540, p. 1.
- "Medea", Rafael López, 24 de mayo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2544, p. 1.
- "La universidad más antigua de América", Rafael López, 26 de mayo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2546, p. 1.
- "La muerte de una soprano: Claudia Muzzio", Rafael López, 29 de mayo de 1936, Año VII, Tomo XV, No. 2549, p. 1.
- "Poesía negra", Rafael López, 1o. de junio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2552, p. 1.
- "La sociedad filarmónica", Rafael López, 5 de junio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2556, p. 1.
- "Fuente Ovejuna", Rafael López, 9 de junio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2560, p. 1.
- "Socialización de las profesiones", Rafael López, 11 de junio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2562, p. 1.
- "La música del siglo XVIII", Rafael López, 14 de junio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2565, p. 1.
- "Las becas de la Guggenheim", Rafael López, 17 de junio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2568, p. 1.
- "La muerte de Chesterton", Rafael López, 20 de junio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2571, p. 1.
- "Los juegos olímpicos", Rafael López, 30 de junio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2581, p. 1.

- “La carretera internacional”, Rafael López, 2 de julio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2583, p. 1.
- “Nuestro esplendor indígena”, Rafael López, 7 de julio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2588, p. 1.
- “José Ortega y Gasset”, Rafael López, 12 de julio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2593, p. 1.
- “La investigación estética universitaria”, Rafael López, 14 de julio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2595, p. 1.
- “La próxima temporada de la Orquesta Sinfónica de México”, Rafael López, 16 de julio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2597, p. 1.
- “La crisis española”. Rafael López, 28 de julio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2601, p. 1.
- “Antonia Mercé”, Rafael López, 31 de julio de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2604, p. 1.
- “La exposición de Revueltas”, Rafael López, 7 de agosto de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2611, p. 1.
- “La raza negra en las olimpiadas”, Rafael López, 12 de agosto de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2616, p. 1.
- “El Teatro infantil ruso”, Rafael López, 14 de agosto de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2618, p. 1.
- “La riqueza monumental de España”, Rafael López, 19 de agosto de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2623, p. 1.
- “La Batalla de Churubusco”, Rafael López, 22 de agosto de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2626, p. 1.
- “Shakespeare en Haití”, Rafael López. 26 de agosto de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2630, p. 1.

H O L O C A U S T O S *

Fue hace dos lustros, en la redacción de la Revista Moderna”, donde bajo cordial mirada de aquel poeta principesco que se llamó Jesús Valenzuela, se confundían los graves decires de los escritores ya no jóvenes y la charla gárrula de los nuevos, donde se codeaban en buena camaradería, los poemas sabios y aliñados con los aturdimientos artísticos de los talentos mozos. Epoca grata y risueña que no puede evocarse sin un dejo de melancolía, aunque no sea más que porque la vemos cada vez más distante, como esas bellas mujeres, pérfidas y adornadas, que se alejan a lo largo del camino agitado en los volantes de su enagua. nuestros insaciados deseos y los más brillantes girones de nuestra juventud.

Valenzuela amaba las inteligencias juveniles. Era Mecenas arruinado que aprovechaba los restos de su fortuna para estimular los balbuceos de los pájaros que mañana habrán de cantar. Y como poesían, además, la honda filosofía producto de una existencia tormentosa y desigual, gustaba rodearse de juventud, persuadido de que es el único medio que hay para no envejecer; o cuando menos, para merecer en su blanda ilusión. Las columnas de su “Revista” por las cuales acababan de pasar las firmas de Nervo, de Díaz Mirón, de Tablada, de Urueña, cobijaban amorosas el florecimiento de la nueva simiente. El público letrado de la Metrópoli conoció por ellas, los versos plenos de luna de Manuel de la Parra y los poemas ruidosas y fuertes —vestidos de acero como paladines medievales—, de Roberto Argüelles Bringas. Así, el periódico más literario de la ciudad, no se desdeñaba de amparar bajo su manto flor delicada, los nombres todavía oscuros de los que venían. Y era esto la carta de recomendación para los otros, los periódicos mercantiles, cuyos linotipos no se empleaban sino para los nombres de los viejos consagrados por la costumbre. Siempre habrá que dedicar a Valenzuela un recuerdo de simpatía afectuosa, por su noble tendencia en

* LAZARO P. FEEL, “Holocaustos”. Revista de Revistas, Crónica Semanal, 5 de diciembre de 1915, Año VI, No. 292 p. 2.

abrir un sendero a los recién llegados, en marcar una ruta a las alas no ejercitadas aún bajo ningún cielo. Vemos al viejo poeta con algo de Voltaire y de Sócrates en sus últimos años, incansable en la eximia tarea de despertar y ampliar los vuelos primerizos, con un ademán de halconero regio en su porte jovial, irónico y bondadoso.

Y a esta redacción, presidida por este inolvidable maestro cuya anguilosis se apoyaba en el hombro de la juventud, como sobre un florido bordón, llegó un día un poema, que era un fresco ramo de rosas cortadas en honor de unas manos. Los jardineros madurados en el oficio podrían poner reparo en tal cual matiz y tono de los colores que alteraba la simetría del conjunto, en tal cual espina que se oculaba bajo los pétalos como abrilños tempraneros. Siempre quedaba un hay primaveral con auténticos aromas, dignos de extenuarse entre las manos cuyos hoyuelos y blanduras cantaban. Siempre resaltaba una gentil ofrenda propia para marchitarse en el altar de una diosa. El nombre del nuevo poeta, largo como el de un oidor o de un arzobispo, nos era desconocido. Alguien dijo que se tartaba de un joven estudiante preparatoriano, oriundo de Veracruz, la tierra pródiga en hombres de inteligencia y corazón. Valenzuela no necesitaba fichas señalíticas para la publicación del poema, y éste pasó a las cajas incontinenti, como que llevaba la justa filiación que era preciso, la inconfundible filiación del talento. En cuanto al nombre del autor ya lo habrán adivinado ustedes. Era José de Jesús Núñez y Domínguez.

He querido recordar brevemente unos de los primeros pasos dados en el difícil y divino sendero por Núñez Domínguez, porque me parece que es al mejor manera de saber estimar el libro "Holocaustos", que hoy lanza a la luz pública, todavía enturbiada por el humo de la pólvora y los vapores de la sangre. Lejos de los ateneos y de la protección oficial, obligado a abandonar los estudios para encararse con la vida, y haciendo de la suya un perfecto holocausto para no traicionar las nobles facultades de su espíritu, Núñez y Domínguez debe a su solo esfuerzo la hermosa labor que hoy cristaliza en el libro que pone un resplandor en su cabeza de muchacho sano y alegre, tan exenta de melenas anacrónicas como de inútiles desfallecimientos. Ha logrado, por la fe en su propia energía y por la confianza en su aptitud, conservar sin mengua el tesoro de su poesía que llevaba a cuevas por abismos y desfiladeros; de la ergástula de la prensa diaria —como Daniel del antro de los leones—, salió ileso, trayendo consigo en "Holocaustos" las sartas de perlas gratas a los cuellos redondos de las Musas. Me regocijo fraternalmente. Un libro es semejante a un trofeo. Así me parece de prestigioso. Y esto sólo se alcanza en el campo de la lucha cuando se triunfa. Núñez Domínguez es un vencedor en buena lid. Lo felicito por ello y que sus dioses le sean propicios.

"Holocaustos" será leído con deleite por los que ya comienzan a ver amarillear en el archivo de su corazón, las historias de los amantes

que fueron y cuyos juramentos aún se escuchan con el encanto de una música lejana "A todas las mujeres que me han amado", se lee en la dedicatoria de la primera composición, donde se esfuman las sombras graciosas y adorables, hasta desaparecer finalmente, entre las bendiciones del elegido, todavía vibrante de recuerdos y dominado por el sortilegio. Los versos fluyen apacibles e impregnados de cierta unción; resuenan como un canto litúrgico en la religión del amor, sin revelar tristezas ni amarguras por el bien perdido, pero conteniendo, como redomas selladas, todo el perfume del amor gozado. Parece proyectarse en ellos la sombra acompasadamente movible de un pañuelo que dice adiós, agitado por una mano, serena y fuerte. La melancolía misma de la vida, independiente de todo individual sentimiento, revela aquí una emoción que demora hasta el fin del libro, persistente profunda, tenaz, no por discreta menos elocuente y expresiva. Es una suave y larga elegía, prolongada como una serena tarde de abril, por milagro resucitada bajo el cielo otoñal. Las pasiones juveniles, sin arrebatos ni estridencias, parecen tocados también por el mal de otoño. Cruzan casi en silencio estas páginas con un paso de convalescientes y con ojeras prematuras, deteniéndose en los sitios que les fueron gratos en los vulgares rincones ciudadanos embellecidos a la luz del idilio, en los barrios populares de la urbe, a la sombra de nuestros jardines, siempre en flor. Núñez y Domínguez que conserva en los ojos las claridades marinas de su región, tiene el secreto de la luz, para retocar como con esmaltes el color del paisaje. Muchos versos de él, dispersados en periódicos, y revistas desde hace años, detallan el paisaje veracruzano a rasgos seguros y firmes que traicionan la paleta del descriptivo y del colorista y la emoción del que se entusiasmó ante los aspectos de la Naturaleza, por que lo sabe contemplar con sensibilidad de enamorado y de artista. No sabemos por qué dio preferencia al poeta para la formación de su primer libro a *Holocaustos*, más bien que a esos felices ensayos, evocadores de la manera parecida y potente de Manuel J. Othón. Se habría vigorizado un poco más nuestra desmedrada bucólica, escondida hoy únicamente tal vez, bajo el manto episcopal de Monseñor Clearco Meonio. Hubo hasta un momento en que se creyó que nuestro poeta levantaba definitivamente la lira que abandonó la muerte sobre el sepulcro del inolvidable maestro que cantó el "Idilio Salvaje". En "*Holocaustos*" se verá esta facilidad innata para fundir las tintas y entonar las perspectivas de matinales horizontes o para cursar cielos nocturnos sobre las vedes cimeras de los árboles; facilidad ya estilizada y llena de pericia, y que recuerda en la firmeza actual, la espontaneidad primitiva del esbozo de antaño. Por eso es de desearse que la obra primigenia se colecciona definitivamente en otro libro.

Mientras tanto nos recreamos en la lectura de "*Holocaustos*". Es un prematuro presente otoñal que saborearán mejor los lectores en el decoro oportuno de noviembre, el mes de las tardes pálidas propias para despertar confidencias y añoranzas íntimas. Decimós prematuro con

razón, ya que el otoño se encuentra todavía muy lejos de la senda del corazón de Núñez Domínguez. Los poetas, aún los más sinceros, suelen pecar de exagerados y el nuestro no tardará en salir de una serenidad que le parece definitiva, solamente con el señuelo de una sonrisa o con el resplandor de una mirada. Este libro queda abierto, como un cordial himno de gracias, sobre las rodillas de las mujeres que amaron al autor. Esperemos el libro de mañana, el que estará dedicado a las mujeres que el poeta ame; entonces veremos los arrebatos, las fiebres y las cóleras encrespadas en los golfos del alma. Que no enbalde los antiguos estimaron sagrado el mal del amor, por la violencia de los excesos y la profundidad de la melancolía.

AL D E R R E D O R D E L O S N I Ñ O S *

En los buenos tiempos en que nuestros poetas versificaban con mucha música, pero con ideas que sabían hacer sonreír a las gentes intencionadas decía el popular Juan de Dios Peza en alguno de sus conocidos "Cantos del Hogar":

*"Juan y Margot, dos ángeles hermanos
que embellecen mi hogar con sus cariños
se entretienen en juegos tan humanos,
que parecen personas desde niños."*

Y algún zoilo de buen humor se preguntaba con asombro que sería de esos niños que sólo le parecían personas al poeta. ¿Serán quizás lepidópteros —continuaba— orugas, mariposas? Yo creo que el autor quiso decir "personas grandes o mayores". De este modo la estrofa citada ofrece un sentido razonable. Sino, que a veces sucede que los endecasílabos, como la falda corta que hoy está de moda, no alcanzan a cubrir las ideas y de ahí que la confusión y el error queden con los pies descubiertos a las vegadas más de lo que es conveniente y tolera una comprensión de facilidad relativa.

Estos versos me vinieron a la memoria una de estas mañanas en que la ociocidad y el buen sol lo encaminan a uno a la Alameda, para refrescarse un rato a la sombra pródiga del árbol y gozar la caricia del aire que allí circula oloroso y fresco como una égloga de Garcilaso. Sin pensarlo me encontré en medio de una criquillería riente y parlera, toda una humanidad en botón que espera un instante para florecer y dar fruto. Los niños, a cargo de ayas y niñeras, se agrupaban al rededor del carrusel que hacía girar ante sus ojos asombrados leones, caballos, elefantes. Otros más felices, cabalgaban esos cuadrúpedos denodadamente

* LAZARO P. FEEL, "Al Derredor de los Niños". Revista de Revistas, Crónica Semanal 2 de julio de 1916. Año VII, No. 322, p. 2.

como pequeños Tartarines de un ideal de tarascón. Todos llevan en los ojos la sorpresa de vivir. Muchos parecían personas grandes, como el Juan y la Margot del poeta. Algunos de estos ciudadanos en agraz esbozaban gestos y actitudes que no sería atrevido calificar de espirituales por lo que tenían de expresivo en su interesante precocidad. Vagas manifestaciones que parecían descorrer un poco las tinieblas del futuro destino.

Hay un hermoso cuento "El Pájaro Azul" de Maeterlinck, fantástica "feerie" en la que el glorioso belga muestra las almas de los que están a punto de encarnar en las terrestres arcillas, de los humanos que por venir se preparan para la vida de este mundo. Es como la simiente espiritual de la humanidad que nace todos los días. El precioso perfume que contendrá mañana el botón humano. Todas esas almas están vestidas de colores variados, las hay deslumbradoras como estrellas: las de los hombres que aportarán alguna desconocida verdad, alguna maravillosa invención. Las hay opacas como los errores que sostendrán con su ropaje carnal. Todas las pasiones, las eternas pasiones que harán agitarse a la humanidad de mañana, el amor, los celos, el odio, la envidia, están simbolizadas en los colores radiantes de esas almas que esperan su momento de vivir.

Yo me acordaba de esta inefable fantasía del gran poeta, contemplando a los niños que en torno a los "caballitos" se agrupaban alegremente bajo la infinita caricia de la mañana, cuya luz ponía tonos de Sévres en las tersas mejillas infantiles. Y algunas de aquellas cabecitas puras, de aquellas frentes armiñadas por los dedos de la inocencia todavía no contaminadas ni mordidas por el sufrimiento, creía encontrar vagos reflejos de las almitas que encerraban y dejaban al derredor de los caballos negros y blondos, un halo de tonos suaves que los que estilizan en los cuellos tornasolados de las palomas. Por ejemplo, aquel muchacho de ensortijadas guedejas y oscuros ojos vivaces, que a duras penas podía contener una niñera de brazos campesinos, se me antojó un héroe en miniatura, capaz de consumir mañana un alto sacrificio, de tomar una trinchera, de levantar un trofeo, de caer envuelto en su bandera. En cambio, ese paliducho de ralos cabellos y desteñida mirada, a la cual parece serle indiferente lo que le rodea, como si ya tuviera mil años de vida, me parece que irradia un lívido reflejo de crepúsculo. Tal vez será un filósofo que después de haber explorado todos los caminos, pida al suicidio una solución a sus dudas y un remedio a sus incertidumbres. Aquella niñita que hace presentir las alas de la mariposa en la oruga, con sus grandes ojos interrogadores y burlescos, escanciará mas tarde dulces venenos en el corazón de los hombres; podrá ser la inspiradora de ideas generosas y fecundas podrá, como ciertos árboles del trópico, dar la muerte a su sombra. Un tenue lampo de púrpura y de violeta parecen envolverla misteriosamente.

Los niños tienen mi veneración y los miro como seres sagrados que van participando poco a poco de nuestras miserias y descendiendo len-

tamente de su paraíso a nuestros infortunios. Son libros de hojas todas en blanco y cerradas en las cuales va escribiendo la vida su historia trivial, pero que el escritor hace valer por el estilo y la fuerza de la personalidad. Amémoslos, puesto que son los herederos y los continuadores de nuestra tarea. "El Pájaro Azul" saca indistintamente de sus limbos almas claras y oscuras, trabajemos porque en nuestro medio superen las radiosas a las opacas.

T A R D E S G R I S E S *

Nuestra hermana la lluvia ha erigido definitivamente sus tiendas bajo nuestro cielo. Es una convalesciente enamorada de este buen clima y de este sol, que no se cansa de acariciar sus palideces con un largo beso de fuego. A las tardes que la primavera vestía de escarlata en los lentos crepúsculos veraniegos, han sucedido las tardes que la lluvia viste de gris con sus finas agujas de cristal. Es un color uniforme y monótono que seguramente para las desocupadas lectoras que gustaban de los paseos vespertinos, resulta antipático por tedioso y tristón. Un color psicológico que conviene a las almas un tanto decepcionadas de la vida y que han comenzado a coleccionar desengaños. El color preferido por la tristeza y grato a la melancolía. El color que tienen las cabezas de los pensativos cuando la experiencia de vivir va tejiendo en ellas sus escarchas de sabiduría. El color familiar y discreto que toman las figuras de viejos amigos en las antiguas fotografías. Por eso no recomendamos su empleo a la gente moza y de buen humor. Su contemplación sólo despierta recuerdos adormecidos y exámenes de conciencia inoportunos a veces. Las tardes grises, desfilando por las calles desiertas de la ciudad como extraviadas sonámbulas, predisponen a diálogos con el fastidio y el aburrimiento, esos dos únicos y silenciosos pajes de su cortejo. Ahora los buenos, y los malos libros son artículos de joyería que se cotizan a precios enormes. No queda el recurso de esa compañía paciente y amable. Para penetrar un poco el encanto de estas blancas tardes lluviosas, hay que salir de la ciudad y emigrar al campo, aunque sea por breves horas. Allí se nos aparecerán estas mismas tardes en su belleza simple e ingenua, propicias al idilio, que tiene por marco una solitaria calzada de árboles, el dintel semiderrumbado de una casa ruínosa, el pórtico de la iglesia desierta. Siempre que en pleno campo se contemplan horizontes de agua, como dice Valle Inclán se sienten los deseos del escritor Blanco Fombona "de beber leche, de domar un potro, de atravesar un río". Y pasa por la imaginación el sugestivo final del soneto de un poeta nuestro: "Por julio tornaré, cuando en las lomas, se besen zurcando las palomas; y enrojezcan las tardes como fraguas, y luzcan las alegres campanillas y broten las doradas maravillas, y se anuncien los truenos de las aguas".

* LAZARO P. FEEL, "Tardes Grises", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 30 de julio de 1916, Año VII, No. 326, p. 3.

Nada vale lo que el gris ropaje de las tardes julianas para dar valor y poner de relieve la belleza campesina. Se torna más hondo el verde de los árboles y el azul de las montañas. Los hilos de la lluvia, desenredándose interminablemente, dan forma a un pentagrama colosal, que raya la extensión con sus cuerdas innumerables. Se siente el temblor vital de la planta mojada en sus raíces y la palpitación de la tierra en el misterioso trabajo de su fecundación. Temblores y estremecimientos, de manos invisibles que hacen vibrar en las cuerdas del pentagrama. Canto infinito que celebra en su aparente monotonía el renacimiento de la vida en la naturaleza creadora. La mirada no se detiene en las cornisas de los edificios ni se encauza en la estrechez de las calles como una barca en un arroyo, sino que se pierde en las pálidas lejanías y se posa en la noble arquitectura de los montes, como un águila real. Se está lejos de la oficina, tras cuya ventana la lluvia golpea con su amenaza de fango para el momento de la salida y de estrujones y molestias para tomar los trenes donde se prensan las recomendables clases trabajadoras. Sólo los capitalistas poseen la comodidad del auto y a pesar de nuestras numerosas compañías petrolíferas, parece la gasolina importación asiática está más cara que la mirra. Si las tardes pálidas nos hostigan y molestan en la ciudad con sus ojos turbios y sus mantos de brumas, en el campo se presentan cambiadas. No tienen tiempo para hostilizar a las buenas gentes. Cumplen con su generosa labor de madurar las siembras para las cosechas futuras. Vamos a reconciliarnos con ellas como los amantes de Las Eglogas, al pie de algún plateado álamo o de un pino de fronda sonora, que diría mi viejo amigo Alicandro Epirótico, bien conocido entre los arcades.

RELIEVES AZTECAS *

La semana que acaba de pasar ha sido evacadora como una liturgia en los ritos de la libertad. En ellos se conmemoraron dos fechas históricas de eterna recordación: el gesto supremo de la raza de bronce simbolizado en la figura trágica de Cuauhtémoc y la gloriosa derrota del general Anaya en el vetusto convento de Churubusco. De ambas catástrofes parece surgir el alma de la raza con vigores semejantes a los que cobra la tierra después de haber sido azotado por la tormenta. El corazón de la Patria se siente confortado al recuerdo de esos dos hechos lejanos entre sí, pero unidos en la memoria del pueblo por iguales eslabones de oro. Como que ambos demuestran en su afirmación categórica que la tradición de heroísmo no sufre eclipse bajo nuestro cielo y que pueblo que tiene en su pasado el esplendor de esas fechas severas, puede ver el porvenir con el mismo ceño tranquilo y fuerte que el que

* LAZARO P. FEEL, "Relieves Aztecas", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 27 de agosto de 1916, Año VII, No. 330, p. 2.

plasmó el artista en la figura de bronce alzada como un penate familiar en la glorieta de la Reforma. El máximo Emperador de cara al Oriente, parece esperar la salida del sol para templar en las divinas fraguas su última flecha. Saúdemos la egregia estatua y veamos en su invicto ademán un símbolo y una esperanza.

Hasta el sol de agosto, con la constancia de un lampadario perenne, llamea con fulgor de apoteosis en las broncas plumas de su airón, en la flecha que blande resuelto y heroico, en el trazo de aguililla de su duro perfil. Los bajorrelieves, que hablan de su martirio y de sus proezas, parecen animarse y tomar vida en la mañana de la conmemoración. A su sombra se viven por un instante los tiempos de la conquista y surge la figura del sagitario, no con los contornos borrosos de los códices y los colores indecisos de las variadas interpretaciones arqueológicas, esfumada en las penumbras de los jeroglíficos, como se esfuma en las escrituras heroicas de Bernal Díaz, sino como el genio tutelar de la ciudad lacustre, envuelto en pieles salvajes, como Alcides y convocando a sus compañeros con el sonido legendario del ronco caracol. Es un joven jaguar que defiende la integridad de su montaña tras el tronco de un roble. Un brazo desnudo, pero firme, que desafía sin temblar la cólera asombrada de los hispanos. Pero la suerte estaba hechada y las zarpas del bravo león se embotaron sobre las férreas corazas y en el hierro de las armaduras.

Tal vez el emperador indio, como el rey Lear, que rugía sus quejas en las sonoras orillas de un mar indiferente, lamentó los rigores de su destino e increpó a sus dioses a las orillas de algún lago, mientras la inagotable sangre de los mexicas teñía de rojo los collares verdes de la infortunada ciudad. Tal vez bajo un cielo cargado de trágicos presagios, viendo en los crepúsculos sangrar la nieve de los volcanes, con inmensas piras y a la luna huir como una Centeset vengativa, entre los rotos teocalis de las nubes, se reveló contra sus dioses a semejanza de Ajax, el de la homérica leyenda. Tal vez, con esas videncias lejanas que se tienen en los instantes supremos de la vida, tuvo la revelación de que su gran esfuerzo no quedaría perdido y encarnaría más tarde en la materia de un Hidalgo y de un Juárez; y de que sus grandes virtudes cívicas, amasadas con médula de heroísmo y sacrificio, retoñarían en el porvenir de la desgraciada Tenochtitlán como el sempiterno frondaje de las encimas que florecen en los siglos.

Y por eso sonreía en el tormento y una frase altiva, dura como el pedernal de sus flechas, abrió sus labios desdeñosos cuando el fuego le mordiera con sus bocas de llamas. Por eso en la mañana de la conmemoración gloriosa, el sol, con fulgor de apoteosis, centelleaba en su perfil torvo, en la gallardía de su airón, en los crinados leones que decoran el monumento como una representación elocuente de su fuerza y extraordinaria bravura.

El sentimiento de la nacionalidad se perfuma con el recuerdo del sacrificio memorable. Y en el árbol sagrado de la libertad, culmina, como una rosa de cien pétalos, esa regía flor de la raza. Defendámosla de los malos vientos y de los huracanes traidores.

LOS DOMINGOS DE LOS MERCADOS *

Bien merecen una viñeta pomposa, llena de vivos y brillantes colores, esos sitios populares donde se expende cotidianamente el artículo de primera o segunda necesidad. La vida de los mercados, a pesar de la carestía reinante, no se amengua ni decrece. Antes bien, este año ha sido abundante en frutas y legumbres, con ejemplares dignos de lucir en una exposición. Los domingos, especialmente, las amas de casa y las fámulas provistas de sus canastos correspondientes, se apiñan en estos lugares para proveer el gasto de la semana y surtir la despensa conforme a la vieja costumbre española. Los mercados son unos de los pocos rincones que nos recuerdan los pintorescos aspectos del México antiguo. Al menos, la abigarrada multitud que allí desfila y cuyos perfiles típicos apenas se ven subrayados por alguna que otra Miss de cabellos de cáñamo, con el hereditario regateo por la mercancía, origen de tantos diálogos estridentes, nos lleva a los tiempos en que don Manuel Payno escribía las páginas encantadoramente desaliñadas de "Los Bandidos de Río Frío", en que magistrados y covacuelistas extendían junto a un "puesto" sus largos paliacates para enriquecer el clásico puchero con las frutas de la estación.

Ahora se vive más de prisa. No hay tiempo de cultivar esos deportes inocentes. Y hasta el puchero ha cedido el paso al "lunch comercial".

Pero nosotros no queríamos hablar de los mercados para lamentarnos de los tiempos idos. Al contrario, de lo que reza la copla de Jorge Manrique, no creemos que "el tiempo pasado fue mejor". Nos ocupamos de ello porque agosto lo exige. Porque nunca como ahora habían exhibido con tan abundante riqueza las frutas de todas las regiones. Parece que la tierra, siempre generosa y liberal, devuelve en mieles la lluvia de sangre que la ha humedecido. Mojemos pues, la pluma en la miel de las frutas. Es más grato su sabor que el de las leguminosas, por ejemplo, a pesar de las importantes funciones que desempeñan en la economía. Así habrá esperanzas de que la crónica pueda endulzar un poco la insipidez de las cuartillas. Aunque no sea más que por la afirmación del viejo refran: "el que anda en la miel"....

Y de miel son los mangos de oro pálido que madura el Sur en la tierra caliente, las piñas, cuya corteza bronca recela un corazón perfumado y exquisito, los chicos de pulpa azucarada fundente como un bom-

* LAZARO P. FEEL, "Los domingos de los Mercados", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 3 de septiembre de 1916, Año VII, No. 231, p. 2.

bón. Los mercados son ahora un variado museo de pomas. Todos los climas están representados en las frutas que se amontonan en torno de sus vendedoras como alderredor de Pomonas modestas y risueñas, los dones de las antiguas alegorías. Allí están los racimos de plátanos, haciéndose perdonar su plebeya fecundidad por el recuerdo de su origen. Con efecto, los naturalistas lo llaman en su lenguaje científico "musa paradisiaca", que traducido en buen romance quiere decir musa del paraíso, por sus cualidades alimenticias, su sabor blando y la blancura de su carne. Es oportuno recomendarlo a los poetas que empiezan. Allí las sandías enormes, liturbidistas, puesto que llevan en la cáscara, en la corteza y en la roja pulpa los colores del pabellón de Iguala. Los aguacates de fúnebre ropaje, tan calumniados antaño por los diccionarios, pero cuya buena fama no se cansa de sostener el guacamole. (Los diccionarios afirmaban de esta fruta que tenía la particularidad de que desechaba su carne y se comía sólo el hueso). Allí los duraznos, las peras, los chabacanos, con suavidades de terciopelo y que me recuerdan las bellas huertas del terruño, la amable tierra que riega el Río Turbio y calienta el sol del Bajío.

Las frutas son gratas a los ojos, al paladar y a la sa'ud. De pocas cosas puede decirse tanto. Alguna vez que tuvimos la fortuna de sentarnos en tierra veracruzana, a la mesa del más glorioso de sus poetas como le manifestáramos cierta prevención en tomar frutas, cuyos nombres hasta ignorábamos, nos dijo nuestro anfitrión: "cuídese usted de las cosas que hacen los hombres, porque no es raro que dejen de dañar. De la fruta no, porque la hizo Dios". La frase no convencerá a un criterio científico; pero a mí me agradó y ya se ve que no la he olvidado.

Id a los mercados este fin de estación. Es una delicia ver los buenos dones de la tierra fecunda, cuyos jugos más dulces se cuajan en las pomas odorantes y multicolores, doradas por los pinceles del estío.

LOS AGUILUCHOS *

Bajo el ondulante follaje de los ahuehuetes, perpetuamente verdes, como el recuerdo de las hazañas memorables que presenciaron, se glorifica en esta primera década del mes, la memoria de los niños héroes. El viejo bosque parece tener conciencia de la egregia celebración. Su vieja alma parece remozarse con la evocación gloriosa y en torno al monumento humilde en cuya sencilla pirámide relumbran los nombres de los elegidos con esplendores de leyenda, el bosque extiende sus ramas invcitas como un patriarca risueño que se viste de fiesta para presidir un aniversario familiar. El último viernes, a la pálida luz de una mañana blanca que descogía sus armiños en el azul, nuestro legendario

* LAZARO P. FEEL, "Los Aguiluchos", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 10 de septiembre de 1916, Año VII, No. 332, p. 2.

parque concentraba una frescura primaveral, que derramaba en el aire suspenso, abrileñamente. De abril semejaban las rosas que se encendían en sus clámides de esmeralda, y los soplos que viajaban en su ambiente lleno de perfumes. En las aguas estáticas se duplicaba la fronda tupida e inmóvil, surgiendo la visión de un jardín sumergido. Un verde triunfal, el bello color que prefieren para sus mantos de emperatrices, la primavera y la esperanza, se fundía dulcemente en los cielos pálidos. El viejo bosque que parece detener el impulso de su savia para solemnizar como un rey de larga magnificencia, la fecha adamantina que registra la historia de la injusta invasión. El viejo bosque se viste lujosamente para llevar sus inciensos ante el ara sangrienta. Es un mago que saca sus tesoros para condecorar regiamente el uniforme agujereado de los inmortales cadetes.

Septiembre sueña como himno ascendente en las luchas de la libertad. La recordación de hoy como que nos prepara para la celebración del grito de Dolores, del cual solo es una nota. Pero, ¡Cuán significativa y conmovedora! Nunca muestra la patria un perfil más noble y más santo, que cuando se inclina sobre estos niños sacrificados impiamente y los acaricia con su mirada llorosa. Entonces es verdaderamente maternal. Si llora también al pie de los cadalsos de un Hidalgo y de un Morelos, parece que este dolor es menos amargo. Y sólo se escribe el gesto de Niche en su semblante sereno, cuando contempla a los más jóvenes de sus hijos, frustrados por la muerte para la realización de preclaros destinos.

Por eso el homenaje tuvo la solemnidad de las grandes conmemoraciones. Y a la sombra de los árboles centenarios, vivimos una vez más las horas de la mañana trágica y gloriosa. Todavía un grande hombre, ilustre en la lucha de Independencia, se mantenía en pie en la lucha de la invasión. Don Nicolás Bravo era el director del Colegio, el mismo que había combatido junto a Galeana en la vanguardia de Morelos el que tantas veces había desatado las sandalias de la Victoria junto al gran Capitán, el que se había hecho dos veces insigne por su valor y su generosidad. Bajo su mando combatieron los aguiluchos en la defensa del Castillo y ya se ve que fueron dignos de su General. Rindieron la vida hermosamente, como sus abuelos en las pasadas pugnas, con la sencilla espontaneidad de los que en cualquier momento están dispuestos a morir. El viejo bosque recuerda la inolvidable proeza. Vio el gesto gentil con el cual se encararon los aguiluchos al huracán. No olvida la resolución de las jóvenes alas abiertas en la tormenta. La serenidad con que rodaron, heridos de muerte, por los flancos de la montaña. Por eso en los aniversarios, parece vestirse con los esplendores de abril para glorificar primaveralmente la memoria de los héroes muertos en flor.

Este número comenzará a circular en las primeras horas del sábado, en que la libertad celebra sus pascuas de resurrección. Será una bandera más entre las mil que agita alegremente el aire épico de la mañana triunfal. Una nota de himno polífono que entona la patria arrodillada en loor de sus hijos ilustres. Una hoja de laurel puesta en la guirnalda espléndida que ha tejido la ciudad para coronar la frente del mármol de los héroes. Un humilde y cordial homenaje que llevamos, como los demás, a la grandiosa conmemoración, entre el ruido de las fanfarrias y el bullicio de la muchedumbre que se extiende como un río de colores desde el remanso verde de la Alameda hasta la glorieta de la Independencia, cuya bella columna se levanta del suelo como una esperanza invencible.

En esta mañana augural, el ángel del soberbio monumento se agiganta en el cielo y sus alas de oro parecen crecer infinitamente, estiradas por las manos heroicas de los libertadores. Ellos son nuestros eternos penates. Su sombra nos ampara y hoy es el día de su glorificación. Como las antiguas víctimas de los sacrificios destinados a llevar a los dioses la gratitud de los hombres, ciñamos de cintas y de flores nuestros pensamientos, a fin de que sus manos nos sean propicios y vuelvan a ejercitar su virtud en la hora oportuna.

La multitud desfila por el Paseo de la Reforma bajo la caricia de este buen sol de Septiembre que muestra su faz gloriosa poniendo reflejos de oro en los monumentos y en las estatuas que decoran sus calzadas. El alma colectiva comulga en estos lugares con los altos ejemplos eternizados en el mármol y el bronce que las embellecen y que se antojan los máximos florecimientos de las ideas grandes, motoras de las tareas generosas y fuertes. A la sombra de estos recuerdos petrificados en la excelsitud de su triunfo o en la gloria de su martirio, el alma de la raza parece asistir a las etapas sangrientas que tuvieron como término la realización de la patria actual en esos monumentos están escritas a cincel los magnos capítulos de nuestra historia, los blasones de que con justo orgullo se envanece esta vieja ciudad de Cuauhtémoc el indio y del criollo Hidalgo, troncos insignes de la nacionalidad. Allí la figura soberana del descubridor que parece, con el inmenso ademán de su brazo, agrandar los términos del planeta y sorprender un contingente nuevo en cuyos pliegues soñaba la antigua Tenochtitlán, la ciudad imperial de los verdes collares y los volcanes blancos. Allí el bronce altanero que perpetúa el gesto indomable de la raza india, personificado en el perfil de águila de su último emperador. Toda la epopeya de la Conquista sirve de fondo al arión de plumas y a la macana azteca

* LAZARO P. FEEL, "16 de septiembre", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 17 de septiembre de 1916, Año VII, No. 333, p. 2.

que golpeó brevemente la armadura de Cortés, bajo la mirada indiferente de los dioses vencidos. Allí el célebre "Caballito", obsequiado por Branciforte a la ciudad. Rastro trashumante de la dominación hispana que nos recuerda el período de virreinato y cuyo constante galope resuena con la estridencia de un anacronismo sobre el suelo libre de México. Allí, finalmente, la columna conmemorativa que comenzó a labrarse en 1810, con el esfuerzo generoso de Hidalgo, con el entusiasmo juvenil de Allende, con la espada radiante de Morelos, buída por la libertad para el triunfo y para la gloria. Estas grandes sombras ensangrentadas y las demás que duermen en el panteón de la historia de largo sueño de su inmortalidad, se ciernen hoy sobre la muchedumbre que las venera. Proyectan sobre nosotros un rayo del entusiasmo con que lucharon, una chispa de la fe con que combatieron, un reflejo del incendio a cuyos resplandores tuvieron desde su cadalso, la visión de un México independiente.

Y por eso el pueblo en fiesta desfila por la Reforma con el aspecto de una teoría pagana y con el aire de una peregrinación rotiva. Las pequeñas estatuas de los héroes menores, alineadas a lo largo del Paseo como una valla de honor, contemplan, el paso de la multitud unánime en la celebración del rito supremo. De los batallones en marcha, del marcial rumor de los tambores y clarines, de las músicas que llenan el aire con sus cantos sonoros, de los niños que llevan coronas, mientras las manos pueden con las espadas de todos los ciudadanos que sin distinción de categorías se confunden en brillante homenaje, se alza un himno para los héroes muertos. El himno triunfal de un pueblo que ha conservado incólume la sagrada herencia de sus mayores.

Es el mejor canto.

EL SUCESOR DE RUBEN DARIO *

Leemos en un periódico de Nueva York que varios literatos de habla castellana se reunieron en esa ciudad con el fin de decidir a cuál poeta, de los que escriben en la lengua de Cervantes, podía considerarse como el sucesor de Rubén Darío. Quien obtuvo la mayoría de los sufragios fue Eduardo Marquina, según la propia noticia. Vino después Guillermo Valencia y en tercer lugar Leopoldo Lugones. Finalmente, algún espíritu enfermo de melancolía, —enfermedad de ilustre abolen-go— dijo su único voto a favor de nuestro Luis Urbina, el manso poeta que ha puesto quejumbres de paloma enamorada en la lira de México. Entre otras personas, formaron parte de este singular jurado José Santos Chocano y Pedro Henriquez Ureña asaz conocidos entre nosotros. El primero lleva los tesoros de sus abuelos los incas en sus cofres líricos

* LAZARO P. FEEL, "El Sucesor de Rubén Darío", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 1 de octubre de 1916, Año VII, No. 335, p. 2.

y Henríquez Ureña sería un crítico eminente como es un prolijo erudito, sino fuera por la manera inocente de declarar "ex-cathedra", con tonos de un carácter definitivo e inapelable, juicios y preferencias literarias, un poco distanciadas de la opinión general, y que en suma descansan principalmente sobre las personales simpatías o antipatías que se tienen, según el caso.

Se recordará que tratándose de la poética mexicana, no tuvo inconveniente en afirmar que la tradición literaria, entre nosotros se interrumpía desde los tiempos de Sor Juana Inés, hasta los actuales en que escribían un Nervo, un Urbina, un González Martínez. Este antecedente nos hace pensar que tal vez fue él quien se preocupó en buscarle sucesión a Rubén Darío, para nosotros incierto, como todos los grandes artistas de personalidad soberana. Y si hubiéramos tenido la ocasión de esa especie de Consejo de los Duxes, nos habríamos guardado de pensar en un heredero del poeta nicaragüense, convencidos de la imposibilidad de encontrarlo.

Quien sabe si sería más razonable considerar que esa herencia se derrama por partes desiguales entre los grandes poetas contemporáneos. Es privilegio de los maestros insignes influenciar por modos diversos su época y Rubén Darío no sería genial si no hubiera tenido ese poder. Valencia, con sus poemas mediatos de una retórica brillante, Marquina con una rica inspiración que para nosotros parece asfixiarse a veces entre las brumas de los símbolos, Lugones, enorme de grandeza hugoniana en "Las Montañas del Oro" y con las alas sutiles de un divino Ariel en "Los Crepúsculos del Jardín", están no lejos de la herencia en cuestión, podemos aceptarlos como sucesores de Darío. Y sin embargo, así en "Los Ritos", como en el "Vendimión", y en los versos del excelso argentino hay algo, un soplo nada más si se quiere, de los frescos vientos que renovaron los colores vetustos de la poética castellana. Y sabido es que el dueño de este viento germinal fue Darío.

Los agraciados con el inespeardo honor, se han de sentir poco satisfechos, supongo, agolisados como están con los timbres de su respectiva gloria. Aquí se considera a Lugones y a Marquina como astros de órbita y luz propias. A su vez son dos maestros que dejarán profunda huella en la literatura actual. Es hacerles justicia seca dejarlos libres del inmenso fardo que no necesitan para conquistar nuestros votos. Si el jurado de Nueva York, sin preocuparse por discernir imposibles sucesiones, hubiera querido sentar fama de discreto, bien pudo jurar un nuevo rey en el imperio de la lírica española, a la moda de Francia. Si nuestros recuerdos son buenos, a la muerte de Víctor Hugo fue Verlaire el heredero del glorioso principiado. Y ya hay distancia, por cierto entre las fanfarrias sonoras que hinchas sus gorjas de oro en "La Leyenda de los Siglos" y los actos de humildad, con que reclamaba la protección de la Virgen María el converso de "Sagesse". Si es indispensable que las mesnadas líricas lleven a su cabeza a un gran poeta, no hay inconveniente en que sea Marquina o Lugones. Las dos

cabezas están unguadas y las dos son dignas de la púrpura real. Quizás los literatos reunidos en Nueva York pensaron únicamente en una sucesión de gloria. Y en ese caso estamos de acuerdo.

Yo desearía conocer sobre este asunto la opinión de escritores de aquí. Y si algún poeta de claro entendimiento y de serias cualidades artísticas entre los jóvenes, quisiera darnos la suya, tendríamos nuevos elementos para formar criterios en un tópico de interés y de oportunidad.

UN RECUERDO GLORIOSO *

Por esos días fue el aniversario de don Francisco Javier Mina, el heroico navarro que se ha hecho célebre en nuestra historia por su inolvidable expedición. Justo es que la crónica destaja sobre su memoria la gala de un fresco laurel y zahuman el ara de mármol de las grandes veneraciones los olorosos copales de la glorificación.

Mina es un guerrero que parece de leyenda por el glorioso esplendor que lo ilumina. Una vida digna, por sus hazañas, de ocupar un capítulo de la historias de Plutarco, entre los semidioses, junto a la gloria de Teseo. Una ave prócer de altanería que lleva en el corazón la fuerza de aquellos fieros gerifaltes de Carlos V cuando volvían triunfadores al puño de su señor con las garras hundidas en las presas palpitantes de la conquista. Una figura que se acusa con soberano relieve sobre el cuadro sangriento de nuestras luchas de emancipación; una figura épica que admiramos los mexicanos como vaciada en el bronce ideal de entusiasmo, de audacia, de juventud. Válganos la luz que se desprende de ese recuerdo, para que podamos con tersa pluma tejer una corona de pensamientos fragantes y puros como aquellas flores que pedía Virgilio para la tumba del joven Marcelo.

Antes que en México, Mina estuvo en Londres. Allí conoció a algunos mexicanos que le hablaron de los asuntos políticos de Nueva España, entre otros a uno que ocultaba su estatura de héroe bajo pliegues de la sotana y cuya tonsura parecía iluminarse con un halo resplandeciente cuando hablaba de la independencia de su patria. Era Fray Servando de Mier. El gran fraile acababa de escribir su historia de la Revolución de Nueva España y creía en la emancipación de México con la doble llamada de su corazón de católico y su inteligencia de libre pensador. Era un vidente y un convencido. Y fue el soplo que enardeció los heroismos latentes en los sueños de Mina, a cuyos altos ideales les señaló el derrotero de México, en donde no se cansaba de correr la sangre por la conquista de la libertad, la santa, la divina dulcinea de aquel Quijote de veinticinco años, que la reconoció en todos los

* LAZARO P. FEEL, "Un Recuerdo Glorioso", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 19 de noviembre de 1916, Año VII, No. 341, p. 3.

países, la adoró esperanza en flor, enterrando en su corazón todas las sensibilidades que lo hacían hombre, para no acordarse sino de sus ideales guerreros que lo convirtieron en héroe.

La expedición de Mina, es un meteoro deslumbrante que se apaga en la noche de la patria, dejando una persistente huella de luz. Siete meses escasos duró su campaña, pero con ellos tuvo para llenar, una de las páginas más gloriosas de la epopeya nacional y para vigorizar, frente al estupor del gobierno de la Colonia, nuestro amor a la libertad. Es un canto de esperanza que vuelve a articular la patria muda sobre la tumba de Morelos y la sanción del derecho que tiene el pueblo para vivir libre. Hijo intelectual de la revolución francesa, enemigo de la tiranía gótica de Fernando VIII, que había destruido la Constitución de 1812, Mina hizo suya nuestra causa y la defendió con la fe que sólo da el convencimiento de la verdad y la justicia.

Yo siempre he sentido veneración y entusiasmo por este revolucionario incluido en la lectura de los enciclopedistas y de las filosofías inquietantes del siglo XVIII y que me recuerda con sus proclamas el verbo tempestuoso de la Gironda. Un retrato que poseo de él me lo presenta con la melena brava revuelta sobre la frente; la boca es de trazo resuelto y en la mirada desdeñosa parece desvanecerse una cólera de regicida. La cabeza juvenil emerge del alto cuello de la casaca militar con un vago aspecto de Convencional, como en Barbaroux de aquende los Pirineos.

La muerte de Mina dio blasones a las armas del Virrey Apodaca, premiado por el Rey de España con el título condal de "El Venadito" Sangre tan ilustre tenía que perfumar la mano que la hizo correr, como se perfuma el hacha con el cedro que bate. La España liberal y moderna le quita la mancha de traidor y lo venera como una gloria de su raza. Combatió contra la tiranía de su patria, pero derramó la sangre por un sacratísimo ideal. Renegó del despotismo, pero prohibió la libertad. Es un ornamento de la humildad que descansa sobre la historia de los pueblos hermanos, bajo la gracia de la civilización.

Q U E R E T A R O *

Nombre elocuente y lleno de evocaciones. Ilustre ciudad de abo-lengo egregio en la historia de nuestras luchas. Cuántas inolvidables sombras ambulan en tu recinto y que fechas ha escrito la fama en tus murallas con su punta de diamante.

Uno de nuestros claros recuerdos de muchachos, que brilla como un insecto de oro en el jardín de esos días juveniles, se finca en un viaje que hicimos a la histórica ciudad cuando conocimos por vez pri-

* LAZARO P. FEEL, "Querétaro", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 26 de noviembre de 1916, Año VII, No. 343, p. 2.

mera sus calles tranquilas en donde dormitaba perezosamente el silencio, sus casas señoriales cuya grandeza recordaba un esplendor pretérito, sus templos recargados de oro en que la plegaria infantil apenas se atrevía a alzarse hasta una divinidad que se ostentaba rica y fastuosa, turilante como un rajah. Parecía imposible que aquella calma, la radiosa paz de ese cielo con reflejos de perla hubieran sido enturbiados alguna vez con el humo de la pólvora con el sordo rumor de las conspiraciones políticas y con el estruendo de la tragedia que desgarró púrpuras reales en el cerro de las Campanas.

Y no era posible dudarle, nuestras curiosidades de viajeros nos llevaron a una dependencia del Palacio de Gobierno que guardaba, como un relicario, objetos venerables y preciosos recuerdos de los días heroicos, inapreciables preseas de los triunfos antiguos, despojos insignes que se salvaron de las viejas pugnas para hablar a las generaciones nuevas. con la elocuencia de las cosas inmóviles, de la gloriosa leyenda revivida dentro de los muros de la noble ciudad. Allí vimos la célebre chapa tras la cual vibró el grito de alerta de la Corregidora; allí los banquillos en que Miramón y Mejía respondieron al consejo de guerra que los juzgó; allí la mesa donde se firmó la sentencia; allí el ataúd una sencilla caja de madera con cubierta de cristal, donde se colocó el cuerpo sin vida del Archiduque. El cristal dejaba ver, aquí y allá, en el interior de la caja, algunas manchas oscuras que parecían de tinta; era la sangre del porfirigénito ennegrecida por el tiempo. Qué enormes capítulos de historia sintetizados en esos objetos disímbolos; qué sucesos más interesantes detallaba la mirada en esas reliquias de museo. Volvíamos a ver a la Corregidora en la tranquilidad de su dicha doméstica. trabajando por la libertad de su patria con las virtudes de una mujer antigua. No la enervó la posición social de su marido, ni la paz dorada de la ciudad que parecía desarrollarse prosperamente en la quietud de la Colonia. Más allá de las mansiones espléndidas y las iglesias enriquecidas por la gratitud de los encomenderos, Doña Josefa Ortiz veía al miseria del rebaño que vegetaba como extranjero en tierra propia y no vaciló en sacrificar las comodidades de su existencia feliz, contribuyendo a la magna empresa, con la decidida voluntad que se sabe. Hay otro rasgo en la heroína que pone de relieve su superioridad espiritual. Cuando años después Iturbide, para premiar sus eminentes servicios, la nombró dama de la Emperatriz, la Corregidora declinó cortésmente ese honor, persuadida sin duda que con él no añadía nada de prestigio a su nombre. Nunca fue más feliz la musa de nuestro Gutiérrez Nájera, que cuando cantó la gloria de la ilustre dama en unos versos que seguramente están en la memoria de todos.

Los otros objetos nos recordaban los últimos días de Maximiliano, del príncipe azul enamorado de un poema y que se encontró "con la máscara de la Tragedia Antigua". Estaba escrito que en esta ciudad de dulce clima y de cielos risueños, en este lugar más propio para engarzar pensamientos apacibles en la miel de una égloga que para defen-

der un imperio, se desenlazará tan terriblemente el hermoso sueño de Miramar. Allí estaba, sin embargo, donde la espada de Miramón brilló con el fulgor del último triunfo. Todo inútil. Allí la sombría masa del convento se redujo en los cuatro metros de una celda; la dilatada extensión del imperio; allí la colinilla de las Campanas que se flordelizó con la sangre del Archiduque iluso.

Se ve que la ciudad tiene motivo para enorgullecerse de sus blasones y guardar celosamente su extraordinaria leyenda. Visitarla, es pasear de la misma mano de la Historia por los interesantes lugares consagrados a una perpetua recordación. Cuando nosotros salimos de aquella peregrinación al museo que un momento nos acercó al glorioso pasado agobiados por tantos y tan grandes recuerdos, encontramos sus calles con la tranquilidad típica y atrayente, en el reposo de los días felices, con los silencios claros de una meditación sin fin. Y nos pareció que la arboleda triunfal que se extiende soberanamente a su flanco la ceñía con un inmarcesible laurel.

R U I N A S H I S T O R I C A S *

Bajo la sugestión de este título, el dócil lector verá brillar probablemente en lejanías borrosas, las ruinas interesantes de Palenque. Se acordará de la célebre cruz sobre cuyos labrados misteriosos se desliza la ciencia en vano, sin lograr establecer la filiación de las razas primitivas que tales huellas dejaron en el continente. O si no es amigo de largos y fatigosos viajes, cuando menos se detendrá en Teotihuacán, donde las pirámides del Sol y de la Luna se alzan como definiciones incomprensibles a los ojos interrogantes de los sabios bajo la sonrisa sideral de los dos astros mofletudos e irónicos. El lector ingenuo requerirá los códices para penetrar el sentido de los jeroglíficos y la oscuridad esotérica, posible tras el título de esta crónica. Podría encontrarse en ella el hallazgo de un hueso inesperado que modificara fundamentalmente la anatomía del hombre ancestral y que diera la clave de la barbarie antigua. Podría comentarse aquí un nuevo aspecto de la teogonía indígena, sintetizado en alguna divinidad recién descubierta. Tiempo perdido. Las ruinas de que yo voy a ocuparme pertenecen a la Cavallieri. Ultimamente expuestas en la pantalla cinematográfica, esas reliquias de una belleza famosa, se contemplan con un dejo de pena. Y si me permito calificarlas de históricas, es por una tendencia innata, al eufemismo y a ser grato a las damas. En rigor, son legendarias. Comprendían un ciclo de elegancia y galantería en los días aegres de la Ciudad Lux.

Hace veinte años que Lina Cavallieri deshojaba loamente la flor de su hermosura a los cuatro vientos de la pasión y del escándalo. Era

* LAZARO P. FEEL, "Ruinas Históricas", Revista de Revistas, Crónica Semanal. 22 de abril de 1917, Año VIII, No. 364, p. 3.

una falena que iluminaba las noches de París con su piel macerada en aromas como la de la reina Esther y cubierta de perlas y diamantes a guisa de divinidad oriental. Era el consuelo de los Asueros contemporáneos que se agrupaban a sus puertas sin necesidad de Mardoqueos oficiosos... o providenciales. Compañera de aquella Cleo de Mérodeo, cuyos negros "bandeaux" de virgen bizantina volvieron cismático al católico rey de los belgas, la Cavallieri llenó con el ruido de sus proezas galantes y el brillo de sus toaletas refinadas la dorada chismografía de los salones y los comentarios suavemente perversos de los cronistas agueridos. Los industriales solicitaban su firma para lanzar al mercado jabones y perfumes. Y los modistos hacían cola en su boudoir para hacer valer el "dernier cri" de los brocados y las muselinas. Algún hijo de familia, enamorado precoz de la vida intensa, se levantó la tapa de los sesos, nostálgica de su sonrisa. Algún príncipe ruso —cuando esta fauna delicada no sentía el zarpazo de la Duma— derramó sus rublos hasta arruinarse en el regazo voraz de la nueva Danae. Algún libertino privilegiado, después de hacer saltar la banca de Montecarlo o de Baden, sintió resbalar sobre la cien ca'entur'en'ta sus manos de seda, en la embriaguez de una noche de Alejandría. A haber vivido con cien años de atraso, esta célebre belleza llenará las memorias galantes de la época, al lado de una Teresa Cabarrus, la fastuosa querida de Tallien. Como esta, era digna de aparecerse desnuda a los ojos de la multitud maravillada, domando la ferocidad de un pro-cónsul en un carro tirado por leones.

Y bien, esta hermosura de timbres tan insignes en las fiestas de la vida mundana y cuya figura se complacía uno en considerarla desposada con una perpetua juventud, es la "dramatis personae" que la otra noche vimos desfilan en un argumento de cine. Argumento sin importancia y con la banalidad necesaria para adular lo estético de la mayoría; pero terriblemente eficaz para patentizar el aniquilamiento de la Cavallieri, en el único aspecto que podría interesarnos. La Cavallieri de la pantalla se presenta envuelta en una madurez que infunde respeto. Cuando se acorta la distancia focal y la acerca al primer término, o cuando los movimientos de la pasión modelan en su rostro la máscara trágica, el espectro de los años innumerables se avecina fatalmente y la heroína de tantas leyendas ya no posee el secreto del Doctor Fausto que guardaba en el fondo de sus retortas las aguas de juvenio para ser el amante de Margarita. Triste destino el de la artista que se empeña en sobrevivir a su juventud, s'n llamarse Sarah Bernard. Y cuenta que en la film de que se trata la Cavallieri nos da el simulacro de una amante de un conde que se la lleva al festín de París, de una muchacha aturdida y casquivana que desdeña por un poco de oro, el amor de un pobre pintor. Qué mal gusto el del joven conde. Y que desastre el de esa belleza moribunda, obligada, por una empresa de cinematógrafo, supongo, al gesticular en la pantalla la canción de Manón Lescaut cuando la divina sonrisa del amor ya no ilumina los hoyuelos de

la juventud, sino que corre por las arrugas como un riachuelo entre torrentes. Decidamente, esta Caballieri es una usurpadora. Me suena ilegal desde la nuca a los talones. Y aunque el cine hace morir bellamente en un aire envenenado de rosa, yo me burlo del cine ya que él se ríe de mí, y sigo creyendo que esta supervivencia, de la gloriosa flor de Paris, expira naturalmente atacada de arterioesclerosis.

U N L I B R O S I N C E R O *

Embarcarse en un trasatlántico sin otro equipaje que los entusiasmos de la juventud y la esperanza que se reservaba Alejandro, es una cosa vulgar en nuestra raza, descendientes de los conquistadores. Sólo se quiere tener veinte años y una parte mínima de aquel espíritu de aventura a cuyo atavismo no es fácil sustraerse completamente. Pero anotar las vicisitudes del viaje en apuntes que se leen con interés a pesar de las infinitas monografías de la materia, es circunstancia digna de estima y por ello entrego ahora la curiosidad del lector, hablándole de un libro que acabo de recibir, publicado en la ciudad de Monterrey, ya famoso por el ciudadano de sus tipógrafos y la pulcritud de sus ediciones. El libro de que se trata se titula "Por Tierras de Quevedo y Cervantes" y si no miente el retrato que encabeza el prólogo, su autor será un joven de veinticinco años, con una decisión en la mirada de firme fijeza. Se adivina en la pupila franca la voluntad de vencer. Y los espejuelos que la cubren no acusan miopía. Acaso son signos de penetración, y en todo caso ponen un sello vago de austeridad en la cabeza juvenil. Se llama el autor Eusebio de la Cueva y yo me permito presentarlo a ustedes como el más audaz y el último de los argonautas.

¿Quién en la purpúrea mañana de la juventud, cuando mayo florece en los campos y en los corazones con la briosa corriente de su savia, no soñó en el viaje a Europa, en tripular la barca tradicional para lanzarse a la conquista del vellocino que todos vimos centellar en una Célquida siempre inabordable y siempre fabulosa? ¿Quién en los radiantes días de su abril no pensó en prolongar indefinidamente las riberas de los lagos paternos y substituir los viejos remos de la canoa azteca, con la hélice de un barco de proa apuntada a mares desconocidos en algún viaje atrevido de Smbad? De mí sé decir, que entre las amarguras que me llevaré ocultas cuando torne a la tierra, contaré en primer lugar, la de no haber podido bañar mi frente en las sonoras claridades mediterráneas gratas a mi espíritu porque el enan de luz y de rumores las páginas de la Odisea, y la de haber ignorado el talón de Aquiles del destino, siempre aplastante cuando las islas maravillosas se ofre-

* LAZARO P. FEEL, "Un Libro Sincero", Revista de Revis'as, Crónica Semanal, 6 de mayo de 1917, Año VIII, No. 366, p. 2.

cen con más prestigios a los ojos atónitos de la ilusión y a los brazos abiertos de la esperanza.

Eusebio de la Cueva fue más afortunado. Contentó su esperanza y fortificó su ilusión con la realidad del viaje oportuno. En sus apuntes nos muestra como arribó a España, con más cartas de recomendación que monedas, y cuenta que aquéllas se reducían a los renglones dirigidos al ministro plenipotenciario entonces en ejercicio (1913) por un prohombre del antiguo régimen. Ayuda ilusoria. El señor Ministro atareado con las atenciones de su guardarropa y los cuidados de las fiestas sociales, todo protocolo, no tuvo tiempo para remediar la situación precaria del conterráneo, que tenía el atrevimiento de pasear en la Puerta del Sol, su juventud fuerte y resuelta, y de dar pábulo a su curiosidad colonial, con el espectáculo interesante de la Metrópoli. El señor Ministro frunció las cejas cuando supo que el desvalido escritor tenía probabilidades de colaborar en un periódico poco grato al Gobierno. Pero el señor Ministro no se preocupó por el cumplimiento de un deber minúsculo en favor de un mexicano digno de ayuda. Gracias a Nervo, el de la lira de marfil y gesto de samaritano, pudo de la Cueva reconciliarse un poco con los aires glaciales de nuestra legación desdeñosa. Es de desearse que en los tiempos que corren los mexicanos encuentren más hospitalidad en esas lejanas representaciones del país.

De la Cueva no tiene una queja hacia la indiferencia del humano egoísmo. Con un buen humor que me recuerda mi mocedad, recibe con un encogimiento de hombros las traiciones de la fortuna. Y con una generosidad un tanto socarrona que da relieve al personaje inolvidable de "La Reliquia", a veces casi se empeña en justificar las faltas ajenas. Todo lo que indica juventud y fuerzas saludables. La generosidad siempre corre pareja con la fortaleza y con la confianza en sí mismo. Sólo los enfermos, así de la inteligencia como del cuerpo, se consuelan inefablemente con las llagas de los demás. De la Cueva es un muchacho que desborda salud y que escribe sus impresiones con alegría y sinceridad. Lo que siente lo dice denodadamente con el mismo impulso que tuvo cuando se lanzó a este viaje con la espontaneidad de la gaviota que se prende indiferente al rizo de la espuma. Eso, la sinceridad es la sustancia medular del libro. Condición muy digna de tomarse en cuenta en la labor de un escritor. Pues a veces se presenta con tales prestigios que como los apuntes de que me ocupo se puede disimular la falta de arte y de literatura, en cambio del interés que ofrece asomarse a un alma verídica y cordial. Y estas notas de viaje, escritas bajo la impresión del momento, muestran esa rara cualidad, como un íntimo tesoro. Yo deseo que en el libro de mañana, este nuevo escritor realice en forma amplia y definida, los caracteres apreciables que me hicieron propicia la lectura de "Por Tierras de Quevedo y Cervantes".

LA EPOCA DE LOS MEDICIS *

La compañía que dirige la señora Fábregas, se dio a conocer últimamente con un drama de autor inglés, arreglado al español por Linares Rivas "El Cardenal" despertó el interés del "gros publicque" con algunas escenas de infalible efecto dramático para sacar la emoción a flor de piel y dar tensión a los nervios enmohecidos en el espectáculo del idilio contemporáneo. Los acostumbrados a conmoverse dulcemente con los argumentos de Dicenta de Benavente y del mismo Linares Rivas encontrarían tal vez de una violencia excesiva este drama que no hace más que rendir con fidelidad en episodio corriente en la vida de la Roma papal, cuando unas cuantas familias ilustres se disputaban el imperio del mundo sintetizado en la silla de San Pedro, con la ardiente dinámica que ponía en su sangre el gran sol del Renacimiento. Si "El Cardenal" peca por exceso de efectismo, culpa es del siglo XVI y no del autor. Tanto valdría consagrar a Shakespeare por su Ricardo III cuya ambición desenfrenada y estridente ofreció al enorme William recursos inapreciables para la escena. A este respecto se puede parodiar el verso de Quintana, diciendo: culpa fue de los tiempos, no de los dramaturgos, y convengamos en que el siglo de los Médicis, de los Borgia, de los Sforza, es un museo copioso de violencias espléndidas. En él se manifiestan todos los instintos con la fuerza ingenua de una animalidad primitiva. Con la vuelta de los dioses mitológicos a los mármoles y las teas, parece despertar la barbarie latina, dormida en los descendientes bautizados de los patricios y de los cónsules. El puñal y el veneno se manejan con la misma maestría que los colores y los buriles. Se destruye y se crea gloriosamente, bajo la bendición definitiva del Santo Padre, que con ella premia por igual al remate de una obra artística insigne y la supresión oportuna de un enemigo. El siglo XVI es desmesurado en todo y sus grandes líneas características culminan especialmente en los principados italianos, semilleros inagotables en energías de toda la especie. En ellos parece palpitar la nueva juventud del mundo con la fuerza de un organismo poderoso. Es un momento de la Historia extraordinario y único, aquel en que sobre el largo crepúsculo de la Edad Media se condensa el sol radiante del Renacimiento.

"El Cardenal" evoca con el conjuro prestigioso del arte, una de las figuras representativas de ese tiempo. De las más notables representativas. Juan de Médicis no es el papa ceñudo y batallador que arroja al Tiber por inútiles las llaves de San Pedro, para reservarse únicamente la espada. No tiene las rapacidades de su antecesor para acrecer las tierras de la Iglesia. Su sueño es más alto. Ambiciona el poder

* LAZARO P. FEEL, "La Epoca de los Médicis", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 27 de mayo de 1917, Año VIII, No. 369, p. 3.

para aumentar la belleza del mundo con el florecimiento de las ciencias y de las artes. La influencia de Platón y Virgilio se cierne en el reclinatorio de sus meditaciones. Un verso de éste último flota sobre el drama armoniosamente, con la porfundidad de un acento sibilino. Afortunadamente, la intriga del pérfido Sinon. no prevalece y el Cardenal podrá realizar sus sueños bajo la tierra del pontífice, para honor y gloria de la cristiandad.

Imagino un día de la vida del Médici, entre Miguel Angel y Rafael, contemplando el esplendor de los mármoles y el prodigio de las telas bajo el sol de Roma; hojeando el poema de Ariosto mientras las loggias se iban iluminando con las figuras eternas del color y del pincel; o bien absolviendo el último asesinato de Benvenuto con la bendición pontifical, en gracia de una custodia repujada divinamente por las manos del orfebre único. Imagino al excelso pontífice haciendo representar en su corte "La Mandrágora" de Maquiavelo y cuidando como diademas los manuscritos griegos y latinos que hicieron ilustre la biblioteca Laurentina de Florencia. Y lo recuerdo en su gesto regio de generosidad médica, cuando el Mecenas cristiano pagaba quinientos ducados por un epigrama. Con razón Juan Médicis, "El Cardenal", mereció dar su nombre al gran siglo del Renacimiento. pues es sabido que la Historia llama con justicia el siglo del León X.

Los admiradores de Champotón tienen también para este pontífice ilustre, serios motivos de simpatía. Procuró, por medio de burlas y reclamaciones piadosas, disminuir los padecimientos de los indios sujetos a la férula de los conquistadores. Yo venero la egregia memoria del que fue protector de las letras y de las artes. Y envió un aplauso a la distinguida artista del Mexicano, en cuya pingüe hermosura hizo vivir momentáneamente a la esposa fiera y exquisita de Lorenzo el Magnífico.

LA SONRISA DE LA REVOLUCION *

Entre las hornacinas pobladas de figuras históricas y de leyenda que habitan el polvoso panteón de mis recuerdos, existe una que me es familiar como una antigua conocida a cuyo lado se vivieron momentos emocionantes de trágica locura, en los días inolvidables y sangrientos de la Revolución Francesa. Es una figura de mujer, iluminando con su doble prestigio de la juventud y la belleza, la opereta de idilio fragante que en el crepúsculo de la monarquía se complacían en representar los gentilhombres vestidos de zagales y las marquesas disfrazadas de pastoras. Marquesa fue también de cabellera empolvada y hueco tontillo, la heroína de que me ocupó. Algún abate perfumado le cosquilleó la

* LAZARO P. FEEL, "La Sonrisa de la Revolución", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 24 de junio de 1917, Año VIII, No. 373, p. 3.

concha rosa de la oreja con el susurro alieiante de un madrigal. Algún vizconde rubio, como en el verso del poeta, consagró con una estocada afortunada el fulgor de sus ojos donde reía la luz del mediodía. Al verla en alguna fiesta cortesana, midiendo el compás de un minué o los aires de una gavota con el tacón rojo, entre la inquieta espuma de los falbalaes, exquisita y frágil, con figuras de porcelana y cristal en su hermosura risueña, apenas el desconcertante Cagliostro, mediante su ciencia misteriosa, penetra el extraordinario destino de esa mujer, presintiendo las desnudeces de la diosa Razón, tras el escote "ancien régime" de la aterciopelada marquesa, de la ciudadana Cabarrus, como la bautizó la igualdad democrática, cundo el "Incorruptible", triunfaba como una divinidad sanguinaria, en el club de los jacobinos.

La hermosura de Teresa, fue incomparable, y habrá de perdonar a Tallieu, en gracia de su ineludible influencia el que haya economizado la sangre de muchos aristócratas, cuando el temible convencional, dominaba en Burdeos. Difícil era resistir, en verdad, el brillo de un semblante radioso, donde quedaba alguna cosa de infantil, unos ojos negros y dulces, unos labios de voluptuoso relieve, una espléndida cabellera de jade. Según la expresión de un contemporáneo, los ojos no se cansaban de admirar "esta escala de perfecciones humanas, que el creador se complació en extender sobre su figura, un día de fiesta paradisiaca". Disimulemos pues, a Tallieu, las pequeñas traiciones que cometió a la revolución y loemos la soberana belleza que en los días del terror supo arrancar tantas víctimas a la guillotina y a las prisiones,

Desde mis primeros años de francés, despertó mi curiosidad adolescente esta gentil amiga de Madame Recamier, de la emperatriz Josefina, de Madame Stael. Los entusiasmos imberbes se colgaban a su carro de triunfo cuando en el hombro del procónsul, suntuosa y magnífica en la resurrección de una apoteosis romana. Lamartine, con su Historia de los Girondinos me introdujo a sus fiestas y me dejó ver su generosidad innata, que le permitía abogar por los vencidos, con la espontaneidad de un ángel de misericordia. Posteriormente he sabido por Custine, Turquan y Sonolet, en las cuidadosas monografías que han escrito sobre la Cabarrus, que la bella marquesa no desdeñaba el dinero, sus joyas para interponer su influencia en favor de quien la necesitaba. Pero estas son aclaraciones que interesan especialmente a los eruditos, y yo sigo creyendo que Teresa hacía el bien, como lo manda el evangelio, sin esperar recompensa alguna. Recomiendo la lectura de Lamartine a los que deseen conservar vivo. su amor por los héroes y las heroínas.

Pero ni Lamartine se le ocurrió a pesar de su tendencia romántica a idealizar las figuras de la época, presentarnos a la cálida española, hilvanando un capítulo de Pablo y Virginia en las vísperas de Fermidor. Tocaba a la pantalla sorprendernos con el hallazgo de una Teresa

sentimental y casi fiel al amor que le consagra de Guéry. Es esta una actitud demasiado ingenua, inconcebible en la loca enamorada que cambiaba de amantes, como la multitud de aquellos tiempos, cambiaba de favoritos, en la incesante lucha de las facciones. En amor, la hermosa amiga de Taillieu, siempre fue antípoda del suspiro inútil y de la abstinencia enervante. Sus aficiones literarias la hacían preferir seguramente la Nueva Eloisa de Juan Jacobo a las teorías platónicas. Fue una derrochadora del beso que fluía de su boca pródiga inagotablemente. Y por esto hay que canonizarla en el martirologio de las enamoradas voluntarias. Marquesa en el crepúsculo del antiguo régimen, diosa de la libertad bajo el terror. Nuestra Señora del Buen Socorro en Termidor reina de la carne y del placer bajo todas las épocas, sobre el horizonte negro de su tempo, brilla como la estrella del amor y de la juventud. Su beso invencible se deshoja como una flor sobre las matanzas del 93 y las mascaradas del Directorio. Fue la sonrisa de la Revolución.

EL BALCON DE VERONA *

La pantalla es una buena amiga, de compañía silenciosa y discreta como un libro que se toma o se deja a voluntad. Yo le agradezco que sea mi colaboradora en estos breves comentarios donde gusto de volver a proyectar sus sombras; algunas de las sombras que en los eliseos de la poesía viven la eterna vida del arte. Ayer fue D'Annunzio, en cuya frente se entreteje el mirto del genio con el laurel del heroísmo, el que dio a la pantalla la Silvia de la Gioconda mut lida de las manos como una victoria de sus alas, y modeladas en metales ardiente de inquietud, dóciles a los dedos plásticos del creador, maestro en captar soberanamente las complicaciones diversas del alma moderna. Hoy es Shakespeare el que ennoblece, los senderos de la cinta, con las radiantes figuras de Julieta y Romeo, gratas a la ilusión y a la esperanza porque están embalsamados con los perfumes de un absoluto amor. Nadie puede respirar en los círculos encantados de la leyenda, sin sentirse sustraído a la opaca vida por la luz que desprenden las siluetas de los amantes. Si los jóvenes ven subir sus propios deseos por la escala de Romeo tras la eterna ilusión, los que llevan enterrado en el corazón el cadáver de la esperanza, todavía pueden bendecir la vida en la sonrisa de Julieta que rescita el recuerdo más bello de la juventud. ¿Quién no cambió un juramento de amor bajo el balcón de Verona, ocultando la palidez del rostro en la máscara de la noche?

Shakespeare, ese brujo de potentes alquimias que enloquece a Macbeth con el brebaje de la ambición, a Hamlet con el vino amargo de la duda, a Oteló con el mortal bebedizo de los celos, y que dilata un

* LAZARO P. FEEL, "El Balcón de Verona", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 3 de julio de 1917, Año VIII, No. 375, p. 5.

perfume de nardo en las almas de Ofelia y Desdémona, unión para la eternidad a la pareja gentil. Romeo y Julieta son inmortales en la memoria de los hombres de la perpetua juventud que infundió la poesía en un beso de amor más inmarcesible que un filtro de milagrosas esencias. Por eso nuestros deseos van en pos de Romeo a la cita del jardín en la sombra mágica ataviada de un triunfal plenilunio, cuando las estrellas tiemblan como flores de azahar sobre la frente de la noche.

Y para que el poder infinito del amor se revele en su grandeza profunda, Shakespeare lo hace surgir del odio, y con la magna videncia de su genio lo destaca en un fondo purpúreo de asesinatos y violencias. Es un lirio que se corona de pétalos blancos con la savia de un pántano sangriento. Un lucero que redime de súbdito la negrura de un nubarrón. Un pájaro melodioso que glorifica la mañana desde la copa de un árbol envenenado. Cuando Romeo conoce a Julieta, el pensamiento de la muerte columpia la cuna de su amor. Tengo miedo —exclama— un presentimiento funesto parece decirme que en medio de las alegrías de esta noche, algún suceso, todavía suspenso de los astros va a comenzar su curso terrible. Ella murmura con melancolía: mi unico amor nace del único objeto de mi odio. Y los dos se cambian los corazones en el beso inmortal donde plugo al genio del britano escribir un himno al amor con músicas de salterios celestes.

Julieta es el símbolo fiel de la amante atenta y exacta, el vaso de elección de que hablan las Escrituras para contener íntegramente el más noble sentimiento de la vida. Semejante a sus otras hermanas trágicas, es una azucena de belleza deshojada por el ineludible dolor; por eso lleva el presentimiento de sus nupcias trucas en la cabellera nocturna y en sus ojos de sombra. Así la vimos anoche en el jardín ilusorio de la pantalla, alejando con la frase célebre el canto de la alondra que ponía fin a su embriaguez. “No es tiempo. Ese canto es del ruiseñor. No te vayas todavía”. Yo decía dulcemente la paráfrasis de nuestro Nervo:

*“Acaso, de la dueña que te cela,
previniendo el reproche,
te digo, ya me voy. No estés en vela.
¿Oyes la alondra? Ya se fue la noche
Y tú presa de amante desvarío
respondes, la que canta es Filomela,
No te vayas aún, amado mío.”*

Sólo con la voz de la lira puede uno tocar el manto ensangrentado de Julieta. Al triunfo del amor no cuadran otros sonidos. Porque ella no ha muerto a pesar de ser “una belleza brillante para los usos de la vida”. Pues en las noches propicias cuando las bocas amantes se juntan en la eternidad efímera del beso embrujado de luna la enamorada de Romeo, sonrío con la flor bermeja de sus labios desde el balcón de Verona.

AGUAS DE MEDITACION EN ROCAS DE SILENCIO *

La lluvia de esta humilde tarde rezandera acompaña con su monótona letanía a la sordina las lecturas del breviario. Parece que se da cuenta del éxtasis que me invade murmurando las últimas antífonas del *Rosaire au Saleil* de Francis Jammes. Pues por sus dedos pálidos discurren las gotas de cristal como las cuentas sagradas por las manos religiosa de Dominica, tersamente. El conocido misticismo que tiene manifestaciones de epifanía en las "Geórgicas Cristianas" y en "Mafille Bernardette", cristaliza en la frente de Dominica con un suave fulgor encarístico, con una sensación de blancura que recuerda las alas de las palomas asiduas iluminadas por el sol a través de los vidrios policromos del ábside. Dominica es la idealización de Pomme l'Anís; la manzana limpia de toda corteza y conservada en la miel, como la santa de la "Leyenda Dorada". Ella me ha hecho ver con la virtud de su mirada, "simple y dura, como la de un pájaro", lo que ella misma sorprendía en el plácido silencio de sus horas pensativas; aquella tapicería milagrosa que la Virgen borda en canevá de cielo azul con los actos humildes. oh Dominica, tú que sabes cicatrizar las llagas con los óleos que fluyen de las cuentas piadosas de tu rosario, resérvame un poco de tu renunciación sencilla y cordial a fin de que yo pueda remachar los grilletes que aflojan sin descanso las fieras bermejas de mi deseo.

La tarde sigue desgranando también camándula. Y por un movimiento instintivo que me lleva a prescindir del mundo visible, invitándome a un remanso misterioso de alberca, abro el último libro de Enrique González Martínez, el Libro de "La Fuerza de la Bondad y del Ensueño". ¿Será Dominica, la que con sus manos de azucena, me empujó suavemente a este remanso donde se filtran las aguas vivas de la meditación por una roca santificada de silencio? Tal vez. Bien podría esta silenciaria en la orden monástica de la belleza, encaminarme a la heredad donde González Martínez bendice la tierra con un gesto sembrador de buenas simientes. Si a mí me complace que suenen juntos en esta nota los nombres de Jammes y González Martínez, no es para fundir las diferencias de sonido en uno solo, a favor de amistosas alquimias, ni para congestionar puntas de narices académicas, que no han olfateado la gloria del poeta francés. Es para decir que por la limpidez de la inspiración, la sinceridad del sentimiento y el misticismo que se inclina desde la cumbre de los versos para saludar hasta la cinta de hierba y el guijarro del sendero, González Martínez puede hacer vibrar las campanas de oro que anuncian el angelus de la mañana y el de la tarde en la torre gloriosa de Jammes. Dominica posee penetraciones

* LAZARO P. FEEL, "Aguas de Meditación en Rocas de Silencio", Revista de Revistas, Crónica Semanal, 5 de Agosto de 1917, Año VIII, No. 379, p. 5.

astrales en su dura mirada de pájaro. No dudo que fue ella quien me llevó a la sembrada heredada hoy florecida con las buenas simientes.

La fuerza de la bondad y el ensueño, es un trébol que yo quisiera ver palpar en todos los jardines líricos, para que se abreviaran en su corola los picos sedientos de las aves. Estas tres cosas constituyen los panes ózimos que alimentan y dignifican la vida. La fuerza, es decir, la virtud que nos permite transmutar la tristeza de vivir en un sentimiento piadoso hacia todas las sombras que se proyectan en el muro terrestre, es de origen divino, es hija del sol y como tal, hay que bendecirla. La bondad es su hermana consanguínea. Jamás conocí en los tres reinos, seres que siendo débiles, fueran generosos. Sólo los fuertes son benévolos... con excepción quizás de Mr. Wilson, para confirmación de la regla. Es una suprema afirmación de la vida. La médula de la solidaridad humana que nos une las manos en el callejón por donde corremos a la muerte. En cuanto al ensueño, yo soy su viejo amigo y la gratitud que le debo podrá volverme hiperbólico. Pero siempre que la vida me desploma y la melancolía me roza el alma con sus alas de murciélago, ese protector egregio, como la divinidad favorable al sutil odiseo, me dice palabras aladas y me consuela con la infinidad de su sonrisa que se mece desde el temblor de la estrella hasta el perfume de la rosa.

Y la fuerza de la bondad y el ensueño se funden como tres rayos de un mismo foco, en el libro de González Martínez. Es un fanal que anuncia el puerto a los barcos que se aparejan para salir, y que trazan senderos de oro sobre las olas en la oscuridad de la noche. A toda esa juventud que respira alquitrán y yodo a plenos pulmones y entretiene la inquietud de la partida, contemplando los tornaboles de un caracol desenterrado en la playa, le será grato la compañía de este libro bueno, sincero y cordial, que les alegrará el viaje contándoles cuentos pensativos en un tono sentido y profundo; y les ayudará a interpretar el vuelo de los pájaros y el rumbo de los vientos, bajo la radiosa asamblea de las estrellas atentas.

Y sea bienvenida la revolución, mi poeta, que te ha permitido aislarte y obscurecerte, por fuera, más para seguir llenándote de esplendores internos y filtrar las aguas vivas de tu meditación por una roca santificada de silencio.

L A S C A R A B E L A S D E C O L O N *

En estos instantes hondos de expectación y de zozobra, en que por encima de nuestros problemas nacionales los ojos se clavan hipnotizados en el formidable incendio que consume al viejo mundo; en estos minutos pródigos de inquietud en que se siente crujir la costra del pla-

* LAZARO P. FEEL, "Las Carabelas de Colón", El Universal Ilustrado, Alas Nómades, 12 de octubre de 1917, Año I, No. 23.

neta al choque de dos civilizaciones enemigas; en estas horas trágicas en que un temblor de espanto y de muerte sacude las alas de los misteriosos destinos, nuestra América —“la América fragante de Cristóbal Colón”— estos viejos imperios de aztecas y de incas donde los conquistadores hicieron florecer retoños de la ilustre civilización latina, se vuelven concordes a la aurora del descubrimiento y saludan la sombra del egregio Almirante con un gesto unánime y con unánime lengua.

La mano levantada del Descubridor sobre los cuatro frailes que decoran su monumento en la glorieta de Reforma parece extenderse sobre el resto del Continente en un amplio ademán de unificación racial. Parece que acaba de soltar para confiarla a la guarda de nuevas naciones, la sagrada y gloriosa herencia que viajó en las carabelas audaces, a la sombra radiosa de las velas latinas agitadas por el soplo de los alisios. Parece marcar un camino en el ignoto porvenir a las generaciones que más tarde surgían de la mezcla de las dos razas. Parece señalar la trinchera donde se defiende mañana el derecho de las nacionalidades. Reivindiquemos sin reserva este común origen a los hombres de habla española y glorifiquemos la memoria de inmoral genovés que nos inscribió categoricamente en el rol de la civilización europea, cuando Rodrigo de Triana gritó “tierra” desde la borda de la “Santa María”.

Véase hasta que punto el vuelo de unos pájaros marinos pueden influir en los destinos futuros de un continente. A propósito de la primera excursión del Almirante, se refiere que éste, temeroso de prolongar el viaje, pues los marinos se lo habían ya insolentado y le amenazaban de muerte, queriendo arribar pronto a una playa, siquiera fuese de una pequeña isla, puso la proa al oestesudoeste, al ver que volaban grandes bandadas de aves que venían del norte “Este cambio, hace observar el sabio Humboldt, fué la incalculable influencia para el desarrollo futuro de la América, pues decidió la distribución del Nuevo Continente entre las razas latina y germánica, preponderantes en Europa”.

Traigo esta observación a cuento, porque pienso que bien pudieron esas aves, funestas como el cuervo de Poe, retardar sus vuelos fatídicos para no contrariar el rumbo de las carabelas. Se siente uno feliz únicamente ante la posibilidad de quedarse sin primos, unos primos, tan incómodos como los que habían de suscitar con su vuelo. Pero el destino guarda toda suerte de sorpresas en su manto tejido de tinieblas.

Mas a pesar de todo, el porvenir, como en los tiempos de Honoro, duerme sobre las rodillas de los dioses, y hay que confiar un poco en las fuerzas que no se ven, pero que acusan su presencia en los grandes momentos de la historia. Cualquiera que sea la suerte reservada a este hermoso girón iluminado por el lejano resplandor de la civilización latina, por amargo que sea el fruto amasado en estos instantes por las opacas manos del destino, un punto de luz se queda en los ojos angustiados, cuando se tornan a la épica aurora del descubrimiento, alzada sobre el mar Atlántico como un pórtico de prodigios, en la fecha máxima que

hoy se recuerda. Tras la singadura de las naves colombianas, sombras venerables y gigantescas nos alientan indefinidamente. Parecen recordarse poco a poco en la bruma de oro y surgir revividas en un rompimiento de gloria. Allí el político y frío Fernando, que al mismo tiempo clava el pendón de Castilla en el palacio de Boabdel y la cruz de Cristo en nuestras tierras ignoradas; allí la reina —cuyo nombre es prez de una de nuestras avenidas— perfumada de virtudes y envuelta en óleos de santidad como una madona de vitral. Y las figuras regias, bajo la bendición de los buenos frailes de la Rábida, ven cómo las carabelas vuelven por los horizontes marinos a semejanza de obedientes palomas portadoras del extraordinario mensaje, la revelación del Nuevo Mundo. Por eso estas naciones de hispano origen, como las estrellas de un mismo plano, están equidistantes del astrolabio de Colón; y por eso siguen con ojos hipnóticos las tremendas vicisitudes y las peripecias de la guerra mundial, por encima de los quebrantos locales. La mano del Descubridor es la que nos acerca y el corazón nos afila con los que defienden una civilización que es nuestra y que se está inyectando con generosa sangre que no se cansa de correr. Sólo D. Manuel Ugarte pudo pintar en sus alforjas de viaje, el ideal latino y su inesperada germanifilia. Saludemos la magna figura del navegante con un voto por el triunfo definitivo de los héroes que han resucitado las viejas hazañas en la defensa de Verdum y en el Monte de San Gabriel. La fiesta de la raza es favorable para que ese ardiente voto sea oído, porque se unifica en la glorificación del preclaro Almirante. A través de la apoteosis universal que año por año ilumina su gloria imperecedera, parece que la modesta figura de bronce levantada unos cuantos palmos de la tierra sobre la glorieta de Reforma, crece desmesuradamente para recibir el homenaje de veinte naciones sobre el silencio orgulloso de las cumbres, mientras la espléndida mañana del descubrimiento flota sobre el brazo extendido como una heroica bandera. Reconozcámos bajo sus lienzos simbólicos.

LA DIVINA INQUIETUD *

No debemos quejarnos mucho de este principio del año que comienza a asomarse por el pórtico de los volcanes como un monstruo del Apocalipsis, erizado de amenazas tremendas. Peor se ha portado en Guatemala, en donde, a excepción del gobierno de Estraba Cabrera, todo lo derrumbó el último temblor, si hemos de creer a los cables. Lo que, entre paréntesis, demuestra que la estabilidad de algunas tiranías es superior al sacudimiento de los sismos. En cambio, el año viene para nosotros con una que otra sonrisa en el misterio de sus labios imber-

* LAZARO P. FEEL, "La Divina Inquietud", El Universal Ilustrado, Alas Nómades, 18 de enero de 1918, Año I, No. 35.

bes. Ayer fué el premio gordo de la lotería de Madrid el que hizo rodar la fortuna por sus clámides, rutilante hasta pródiga ciudad que en plena crisis mundial sigue acuñando "hidalgos" y "aztecas" en oro de buenos quilates. Hoy la suerte nos manda a Tórtola Valencia por la vía del sol, ruta que convierte a las aves de vario plumaje; de este modo la luz puede beber un poco de sombra en las plumas oscuras y regocijarse en las alas radiosas. Es una nueva fortuna, demostrativa de que no hemos ofendido mucho a los dioses, cuando nos favorecen con distinción tamaña.

Ya los cronistas han dicho las excelencias de su danza, en donde sobresalen los compases de la muerte y del amor; es decir, los mismos elementos vitales que escogió Salomón para la eternidad del Cántico de los Cánticos. Los mismos soplos que desencadenan la pasión en la torva cumbre de la tragedia, azota su cabellera medusina. Las propias cuerdas que hacen vibrar en los poemas egregios el miserere de la pobre carne vencida, estallan sonoras en el acero lírico de sus nervios. Y en el fulgor maligno de sus ojos se refleja la inquietud de que fué pródiga la mano perversa de Oscar Wilde, para encender lunas de maldad, en las verdes pupilas de su Salomé, esa obra maestra de lujuria y de melancolía.

Una correspondencia profunda enlaza los gastos que plasmó la inquietud en las figuras atormentadas de su danza, con los mármoles y las telas donde se convulsiona el dedo creador del artista insigne. Es dueña de una sensibilidad que se nutre con levaduras amargas de dolor junto a fuentes de alegría dionisiaca, de un hondo sentimiento de la vida, despierto bruscamente sobre la frialdad de una loza tombal.

Los heroicos artistas del Renacimiento latino, no hubieran puesto reparo para moldear sobre el mármol cálido de su carne, el gesto desesperado de Dido viendo alejarse todos los dones del amor en la barca de Eneas. Miguel Angel habría tomado algo de su misterio para el rostro profético de sus sibilas y Benvenuto algo de su ferocidad para las cabezas espantables de sus gorgonas. Viene del pasado a hacernos comulgar en el presente con el polvo de las viejas razas. Sobre las lentejuelas de sus ropajes, se tiende la sombra de las teogonías pretéritas y de las civilizaciones difuntas. Es Eva confabulada con la serpiente para arrojar a los hombres del Paraíso y Venus para hacerlos morir dulcemente sobre el lecho profundo de los indomables deseos. La barbarie oriental agravada con el infierno cristiano. Una nióbida desolada y trágica que cubre con sus cabellos de ceniza los hijos malditos de la culpa y del remordimiento.

Ayer la he visto en una lejana terraza egipcia, bailando la "Danza del Incienso" bajo la noche color de violeta. Avanzada hierática y sacerdotal, soltando, con las manos extendidas hacia la noche, los cuervos augurales de la hermótica Isis. Ella misma parecía remota e im-

penetrable con sus músculos rígidos y su manto talar teñido con la sombra de los hipogeos. Mientras purificaba el aire la oblación del incienso, los vuelos circunflejos trazaban signos fatídicos sobre su cabeza de sierva de Cleopatra que espera funestas nuevas de Roma. Dicen que se llama Tórtola. Yo no lo creo. Es una Lógida que nació hace mil años bajo el reinado de la XII disnatía. Por eso resplandece el ojo de Osiris en la fijeza de su perfil y la magnificencia de la diosa Hator en el poderío de sus flancos.

Que las damas de nuestra sociedad se entremezclan asustadas ante la belleza profunda de sus bailes, es natural. Ellas quisieran con más azucar, como las compotas de durazno, el arte de esta ménade sacra que cuaja en diamantes espléndidos la sal de la voluptuosidad y el dolor. Es un platillo demasiado fuerte para los paladares que gustan indefinidamente las fresas con crema y las poesías sentimentales; todo malas exégesis para entrar en los misterios de Eleusis. Los comerciantes en general y los profesionistas en particular también refunfunan ante los simulacros divinos. Les carga la Marcha Fúnebre y tosen con el humo litúrgico claro; las fluctuaciones de la panocha y las exigencias de la clientela alejan a todos del mágico Oriente y sus esplendores. Se sienten amendratados bajo la influencia de la Bayadera y prefieren un tango de la Conesa zapateando como Dios manda. Por algo arrojó Cristo a los mercaderes del templo.

No así los poetas y los artistas, deudores a la animadora del soplo que hace vibrar las liras con el temblor de los corazones suspensos. En este mismo número se leerán unos versos de mi poeta preferido, López Velarde, echados al cuello de la que supo en una noche color de violeta, colmarnos el alma de inquietud con la sombra de su rostro, pleno de elocuencia nocturna. Ellos brillarán como amuletos religiosos sobre el seno opaco de la esfinge.

La leyenda mundana de esta emperatriz de Bizancio ha embravecido los dientes habitualmente pacíficos de algunos ciudadanos, hoy hambrientos de teogonías, y con especialidad de sus sacerdotisas. En espera de una fortuna singular, de un capricho de la diosa, los niños se alargan los pantalones, los adultos se dedican al estudio de los jeroglíficos o de los hieroglífos, como quiere que se diga un sabio orientalista, y los ancianos cultivan el hierro nuxado, los bien parecidos se ponen más petulantes que el humo, y los feos, pasándose la mano por el semblante, se horrorizan como Pafnucio de su propia fealdad. En cuanto a los desaseados, se inician en el baño tibio y se arruinan en cuellos limpios. Es una comezón general epidémica.

Síntoma ingenuo y profundo de la divina inquietud que siembra en los corazones esta criatura pánica, que va empujando sobre la tierra el misterio del amor y la muerte con la punta ensangrentada de sus pies salomeicos.

LA BESTIA DEL APOCALIPSIS *

Las familias católicas que en estos días de meditación distribuyen su tiempo entre el cine y los ejercicios cuaresmales, alejan sus probabilidades de salvación asistiendo a la película donde Naná corta flores de pecado en los perversos rosales del vicio. Realmente, es una película para verla con cierta discreción desde la sombra de un dominó en cualquiera noche de Carneslotendas. O bien para que los libertinos irredimibles rompan los ayunos litúrgicos bajo su amparo en las pascuas floridas. Más para estos tiempos en que se encadena el pecado en los sotanos de la conciencia y la tentación anda por la calle con los ojos bajos, es muy peligrosa la compañía de Naná. Sólo Bordenave puede juntarse impunemente con ella. Bordenave no tiene conciencia y parece que presintió "La Demisión de la Morale" de Faguet. Los fieles corren el peligro, huérfanos de tales preservativos, de no entrar en Jerusalem. Pues podría ser que prefieren con lamentable aturdimiento de mariposas, quemarse las alas en las llamas aviesas de los ojos y emborracharse de miel pérfida en la húmeda flor de la sonrisa cortesana; una flor de envenenada corola donde se oculta el beso como un asesino sutil que se disimula en un lecho de púrpuras. Hay que hacer el signo de la cruz frente a este hermosa diabólica, surgida de la literatura realista como una cantártida de fango, para emponzoñar el aire con el vuelo de sus alas verdes. A manera de la sabia Atenea que nace de la olímpica testa con casco y escudo, esta representación viviente del tercer enemigo del alma brota perfecta del cerebro de Zola. No le falta ni la medusa sobre el casco ni la gorgona sobre el escudo. El Jupiter de Medan fué pródigo para sellarla con una terrible armadura, bajo cuyo peso se doblan las mas fuertes virtudes. No tuvo taxativas para moldear en cauces de concupiscencias el barro maligno de esa cortesana donde trazan su brutal imperativo, todas las potestades de la carne. ¿Cómo pretenden los fieles ingenuos entrever las palmas del Domingo de Ramos al través de esta pecadora impecable? Hay que desertar de tales abominaciones, o en todo caso, desafiarlas con un eficaz exorcismo.

A mi me llevó a la temerosa película el deseo casi cristiano de asistir a una resurrección. Literariamente, Naná está bien muerta desde que discípulos del maestro del naturalismo lanzaron aquel famoso manifiesto que tanto daño causó a la escuela en boga. A propósito de este escándalo literario no resisto el deseo de traducir, para delicia de mis amigos, el principio del artículo, donde Anatole France comenta el caso con su habitual ironía, cintilante de gracia risueña y sutil. "Ya sabéis

* LAZARO P. FEEL, "La Bestia del Apocalipsis", El Universal Ilustrado, Alas Nómades, 15 de marzo de 1918, Año I, No. 45.

que el Sr. Zola acaba de probar el mismo tratamiento que el patriarca Noe. Cinco de sus hijos espirituales han cometido a su respecto, mientras dormía, el pecado de Com. Esos hijos malditos son Bonnetain, J. H. Rosny, Lucien Descaves, Paul Margueritte y Gustavo Guiches. Se han burlado públicamente de la desnudez de su padre Fernand Xau, imitando la piedad de Sesm, ha extendido su manto sobre el viejo dormido, por lo cual será bendito en los siglos de los siglos. Así la antigua ley es imagen de la nueva y Emilio Zola es positivamente aquel que estaba anunciado por las profecías”.

Sí; Naná está bien muerta y si la viruela negra con la cual la mató su creador no se opone, se encontrará enterrada seguramente en una fosa del camposanto de Montmartre, bien lejos de aquella pobre Margarita Gauthior, que pretendió eludir la crueldad de su destino, cogiéndose con las manos temblorosas a los ropajes divinos del amor.

Y no es que la hija rebelde de Copeau no tenga parentescos ilustres y afinidades singulares con las más célebres sacerdotisas de vida intensa. Ama la luz radiante de las joyas como Thais y en su regazo profundo puede revolcarse indefinidamente la abstinencia feroz de cualquier santo de la Tebaida. Su origen plebeyo no es obstáculo para que sepa adquirir el tacto que reclaman las distinciones innatas y las elegancias de abolengo. Puede llevar como Teodora, una diadema real y presidir la fiesta del Grand Pris con la soberanía de una reina exquisita en el derrumbamiento inminente del Segundo Imperio.

Pero antes estuvo en Babilonia, donde aprendió los halagos invencibles de las voluptuosidades profundas. Y en Lesbos, donde la poetisa de la melancolía le mostró las violetas copiosas de sus jardines decadentes. Es de Grecia y Paris simultaneamente. De Babilonia y Egipto por igual. Reliquia monstruosa de las ciudades malditas purificadas por el fuego. Es posible que se acuerde haber alzado en el desierto una pirámide con el producto de sus encantos. Lo que está fuera de duda es que, a semejanza de las más perfectas sacerdotisas de Afrodita, disuelve sobre sus redondas rodillas los deberes más firmes y las virtudes más sálidas. En suma el monstruo de que habías las escrituras, la hidra que vió San Juan, la bestia de las siete cabezas cuya diadema sobrepasa las más altas montañas.

Es una Circe vestida a la moda por Zola, pero con el poder de la encantadora latente en sus brazos rapaces, envueltos en las sedas de “ches” Paquín.

Mas a pesar de este legendario linaje, la figura de Naná se pierde en los senderos del arte como una sombra fantasmagórica, sin perfiles humanos en sus desmesurados contornos. El realismo de ultranza de Zola, le quitó los esmaltes divinos que no pierde el amor aún cuando rueda en todos los fangos y se manche en hondos pantanos. La célebre cortesana del Segundo Imperio quedará como una muestra curiosa de

la abitraria literatura de tesis, un momento prestigiada por el talento innegable del Jefe de Naturalismo. Por un momento solamente. Sobre la tumba de su creación descaradamente brutal, no crecerán las eglantinas cuyas ramas se enlazan sobre las cabezas de los amantes que supieron espiritualizar el amor con el precioso perfume del misterio y la delicada tortura de la inquietud.

EL 18 DE JULIO *

Pasaron las solemnidades de julio avivando la fe y la esperanza de los que creen en el triunfo de las causas cuya justiciera está fuera de discusión.

Primero fue el aniversario de la independencia norteamericana sintetizada en la figura venerable de Jorge Washington, el que saludamos el 4 de julio con el fervor de nuestros corazones y nuestro cordial deseo porque los soldados de Wilson regresen a sus hogares con la paz del mundo asegurada en sus victoriosas mochilas. Después fue la fiesta francesa la que celebramos con amplia fraternidad, bajo la bandera que ondea agitada por el honor y la dignidad humana en la patria espiritual de todos los pueblos libres de la Tierra. México independiente retoño cercano del glorioso tronco plantado por los franceses en 1789 y cuyos remajes maduraron prodigiosamente bajo el propicio cielo de América, recordó este año la fiesta universal con el mismo amor de otros días, pero añadiéndola la gratitud y la admiración que provoca en Francia contemporánea, legítima descendiente de los "descansados" heroicos. Como en las postrimerías del gran siglo, vuelve esa gloriosa bandera a sentirse sacudida por el soplo de las marsellesas triunfales. A su nombre se remoja nuestra fe en su triunfo y se rejuvenece nuestro viejo amor por ella. Si los hombres del 89 enseñan como en medio de las sangrientas luchas ante la Europa amotinada en sus fronteras, se defiende la tierra de los mayores y se avienta a los surcos de la buena semilla de la libertad, los de ahora nos muestran cómo se asegura la cosecha, para que no se muera de hambre y sed de justicia el género humano; más allá del Rhin es otra especie la que puebla al planeta. Mientras mas pólvora gasten los teutones, en la lucha tremenda, se leerán mejor sobre los colores del pabellón francés en los principios políticos de las modernas nacionalidades que defiende.

También el 18 de julio nos viene una alentadora esperanza, inmóvil en el gesto broncíneo de Juárez. El pueblo que recordó ayer la memoria del Reformador acumuló sobre el hemicycleo marmóreo las reverentes ofrendas, a cambio del vigor de la entereza y de la confianza que

* RAFAEL LOPEZ, "El 18 de julio", El Universal Ilustrado, Alas Nómades, 19 de julio de 1918, Año II, No. 65.

se admiran entre las grandes cualidades del inimitable zapoteca. Ellas fluyen de su tumba incensantemente como de los manantiales las fuentes que luego en ríos se dispersan fecundando la tierra con pródigos barrios. El pueblo regresó de la romería de San Fernando como de las fiestas francesas, con mas confianza en el porvenir y un aumento de fe en los desconocidos destinos.

La historia de Juárez es un argumento contra los que no creen en el triunfo de las causas justas inermes. Desde sus oscuros orígenes, dignos de intercalar las leyendas cuando alderredor de la laguna encantada de Guelatao pasaba, postorcito devalido, detrás de sus ovejas hasta los días épicos en que la Reforma y la Intervención lo vieron convertido en pastor de huracanes. La egregia figura va modelándose poco a poco en moldes preciosos. De su rincón eclógico, en que la exuberancia de la tierra verdeante de limoneros y naranjos suaviza las líneas bravías de las cordilleras, salió Juárez hacia la antigua Antiquera, sin mas tesoro que el singular destino que le ocupó en suerte.

La lucha sangrienta de la Reforma se prende con todas sus vicisitudes en su biografía, hasta que impuso finalmente el señorío de las nuevas ideas sobre una sociedad en la cual seguían privando disfrazadamente los privilegios de la época colonial. Las inolvidables figuras de Ocampo, de Degollado, de Lerdo, de los principales corfeos que esgrimieron una piqueta o un pensamiento en ese trabajo titánico de destrucción y reconstrucción, son los relieves de su monumento.

Y como si no bastara el capítulo de la Reforma, capaz por sí solo de eternizar la memoria de un hombre, el destino todavía le preparaba un segundo acto en la tragedia clásica de la intervención. En su máscara de bronce, como un arrecife ineludible, se estrelló la barca poética del imperio, tripulado por príncipes de leyenda; un cuento azul que todavía hincha de suspiros las gargantas apergaminadas de las improvisadas damas de honor. Tan conmovedor en el cuento, que D'Annunzio no se desdeñó de ilustrarlo con una marginalía brillante en un paseo que hizo por Italia visitando el salón de un alcazar real, donde había dormido Maximiliano. He aquí la frase danunciana "la hermosa flor de Hapsburgo, de ojos cerulios, caída en tierra bárbara una mañana de estio". No hay motivo, como se ve para que felicitemos al célebre autor de "Laus Vitae"; pero tampoco habrá que censurarle por su acritud, ya que él es el primero que corrige esa frase injusta, aunque literaria, combatiendo como combate a los invasores de su patria. Y eso fue poco mas o menos lo que hicieron nuestros abuelos, si bien careciendo de aeroplanos.

Del cuento azul transformado en tragedia, Juárez salió igualmente triunfante. Del primero a pesar de un apoyo cesáreo, quedan unas cuantas decoraciones desteñidas en una húmeda sala de museo, algunos paramentos imperiales, un archivo trunco de indumentaria pinto-

resca, la vajilla, restos de una función teatral. Del zapoteca resta su ejemplo formidable, su sombra enorme y tutelar proyectándose en la conciencia de la nacionalidad como sobre la llanura de nuestro valle la cumbre invencible del Popo.

Se ve por esto que la justicia suele preocuparse por el equilibrio de su balanza, aún bajo los golpes de la fuerza. La historia del Reformador lo demuestra.

EL DOMINGO ELECTORAL *

El domingo electoral tiene sus afinidades con los países donde más o menos intensamente, se rinde culto a la religión reformada. El domingo que acaba de pasar, destinado a la elección del nuevo municipio, se distinguió, sobre todo para aquéllos cuyos nombres no jugaron en las casillas ni en las clásicas urnas, por una tristeza luterana. A no haber sido por la misa de doce de San Felipe, que alegró un poco la desierta Avenida Madero con un estimulante desfile de caderas católicas cuyos contornos comienzan a lucir los primeros brocados y terciopelos de invierno, se creyera uno en cualquiera ciudad presbiteriana de allende el Támesis.

La misa de doce es excepcionalmente interesante en estas mañanas que echan por boca y narices el aliento congelado como cortesanas frías que fumarán cigarrillos egipcios. Ningún ciudadano, de educación aceptable y poseedor de un modo honesto de vivir se atreve a traicionar el descanso dominical antes de las diez de la mañana, bien hallado en la tibieza de los eredones y en la temperatura benévola de su alcoba. Sabe que por las calles corre un vientecillo ríspido, favorable para agitar las fúnebres castañuelas de la influenza cuya espontaneidad no se hace suplicar mucho para bailar la danza de la muerte en un tablado cualquiera, y ese ciudadano precavido, leyendo el periódico, opta por opinar sobre la extradición de los Hohenzollern, tranquilamente arrebujando en las sábanas. Y el asunto de la extradición se presta ciertamente a esperar en la cama la primera llamada de la misa de doce. Mientras el foro patrio, inclinado sobre el derecho internacional, declara con respecto al ex-Kaiser que no hay delito que perseguir y sobre se es imparcial, ecuaníme y erudito, en el proceso, tenemos que Lloyd-George y Monsieur Clemenceau no piensan así y encuentran que el fugitivo de Postdam, es extraditable. Yo desearía por un sentimiento de patriotismo muy comprensible, que en nuestros jurisconsultos se llevarán la palma en esta cuestión, si bien confieso que hago votos particulares por que Clemenceau se salga con la suya. Entiendo que de

* RAFAEL LOPEZ, "El Domingo Electoral", El Universal Ilustrado, Alas Nómades, 6 de diciembre de 1918, Año II, No. 83, p. 1.

este modo la vindicta mundial quedará más contenta, aunque se tuerzan un poquito las cláusulas relativas del derecho entre naciones.

Pero decía que a la baja temperatura de estas mañanas, hay que sumar la amenaza de la influenza, y por tales razones, la gente se levanta tarde y apenas tiene tiempo para cumplir con sus deberes religiosos, asistiendo a la misa de doce. Y por eso mismo, esta misa es excepcionalmente interesante; se encuentra concurrida por un público distinguido, fiel creyente a base de jabones antisépticos y buenas aguas de tocador. El fresco perfume de la María Farina se confunde con el olor litúrgico del incienso y la bendición sacerdotal se derrama sin contratiempos mayores sobre una grey exquisita y de limpia vejez.

Y la misa es la única nota del domingo tradicional. En cuestión alejándose de la pila de agua bendita y de la charola de la catedral, donde reluce uno que otro medio hidalgo revolucionario, con pudores de catecúmeno, la tristeza del domingo electoral cuelga sus velos democráticos en la risueña faz del día consagrado al Señor. En las calles no circulan los habituales peatones domingueros característicos de la hora; los gendarmes se desesperan, más aburridos que bolshéviques en receso; no encuentran un infeliz "fiff" a quien significarle que se incorpore a la circulación. Los filarmónicos de la Alameda, huérfanos de paseantes, desentonan escandalosamente en sus partidas, confiados en el escaso sentimiento musical del Neptuno, la Venus, las Danaides y el resto de la gente mitológica que se democratiza en las glorietas; los olímpicos son los únicos oyentes de la banda. Y finalmente, los fieles que hayan sentido irritadas las pituitas a la vista de las viajeras, no encuentran ni con cambio en el bolsillo, la compañía de un aperitivo alentador que los reintegre a los antipáticos, si bien meritorios deberes domésticos. Tienen que conformarse con los inocentes biberones de Sanborns. Todo por culpa de las elecciones. Las casillas interesan más que la escasez de la moneda menuda y no se quitan los ojos de las urnas, como si en ellas se viera acostada, pongo por yacente, a la Pavlowa.

En las épocas de la dictadura, los domingos de Cuasimodo, sin variedad. Entonces no había más votadores que los que distinguían en el frontón, haciendo rebotar en la cancha las pelotas legítimas de Oscariz. En estos tiempos, todos vamos a las casillas a votar; a balazos o como se pueda, ejercemos ese noble derecho de la ciudadanía, heroicamente. Sería de desearse que nos pusieramos en un término medio, con nuestro voto, es claro, pero sin pistola.

Que es lo que yo hice en la casilla de mi cuartel sufragando en favor de un candidato que es poeta; con la esperanza de que si triunfa le destinen el ramo de los jardines y otras cosas amables, para desquitarme con el futuro embellecimiento de la ciudad, de la murría inherente al domingo electoral.

EL NUEVO CIRCUITO*

El día primero, como cualquier honrado ciudadano que puede distraer dos horas de asueto a las ineludibles fatigas consuetudinarias, quise alegrarme un poco los huesos al calor de este incipiente sol de enero, que con pretensiones abrileñas lucía ostentosamente en las calles de la ciudad.

La novedad de ese día no estaba en los cines ni en los teatros. En la sala "Montmartre", últimamente inaugurada, sólo se baila por las noches y la película mas espeluznante cede en horror a los asesinatos misteriosos cuyo secreto guardan las crujías de la Penitenciaría. El crimen castigando al crimen, en el tenebroso corredor de un establecimiento penal, es un asunto digno de ser explotado por un trágico superior, de los que no abundan mucho entre los confeccionadores de libretos, ni entre lo intérprete abracadabrantés de la cinta.

La realidad es a veces más desconcertada que la fantasía y el negro Brown, sin conocimientos de literatura dramática, puede hacer en un momento dado que palidezcan la intensidad emocionante de un drama clásico. No había que pensar en los cines; los acontecimientos de la Penitenciaría, son sin duda, más interesantes.

En cuanto a los teatros, se corría el peligro de tropezar con alguna obra de mérito escaso que hubiera sido un serio tropezón para la estética mas desenfadada; aún para la de cualquier estudiante de economía Política, ciencia que hay que suponer reñida con el gusto teatral mas rudimentario. Es cierto que tenemos en "Iris", donde las alegrías y las penas se diluyen suavemente en la zoz azucarada de Mayendia; pero como se afirma que lo que se hace el primer día del año se repite hasta el último de diciembre, no es cosa de enhebrar los doce meses en los hilillos quebradizos de las coplas, por gratas que sean. La vida necesita mas consistencia. Tampoco había que pensar en los teatros.

Era preciso hacer lo que todos; gozar de la masendumbre de la tarde a lo largo del nuevo circuito que acaba de establecer la Compañía de Tranvías, en un recorrido que permite al México viejo asomarse al México de las colonias y al revés.

El nuevo circuito se inauguró naturalmente, con eléctricos nuevos importados de los Estados Unidos por dicha compañía. Allí viene justamente dando vuelta por la segunda calle de Abraham González, uno de estos carritos nuevos, más bien pintado que las jóvenes catecúmenas que cultivan la comedia y el drama los domingos por la mañana en las tablas del "Ideal".

* RAFAEL LOPEZ, "El Nuevo Circuito", El Universal Ilustrado, Alas Nómades, 10 de enero de 1919, Año II, No. 88, p. 1.

Están más coquetos y flamantes que “fifís” recién estrenados, y causa pena indicarles que se detengan, aún en las paradas obligatorias, para tripularlos. Las buenas apariencias siempre imponen un vago respeto y nunca se le habla de la misma manera a la persona que usa jaquet y bombín, aunque sea más baldía que un guardacantón, que al pobre diablo cuya indumentaria descuidada puede ocultar cualidades dignas de aprecio.

Los carritos en la frente tienen un letrero que reza “Correo-Roma”, y están dotados de una puerta que se abre y se cierra automáticamente, a igual de los señores diputados que en las secciones dicen “sí” o “no” automáticamente también. Con dificultad encuentro un asiento —el único disponible— al lado de un pasajero cuyo aspecto congestionado bien podría hacer que se muriese de apoplejía en el curso del año. Está furioso por incomodidad que, según él, caracteriza a los nuevos trenes.

Una persona con más de dos metros de estatura, se ve constreñida a ir con la cabeza ligeramente inclinada como la de Alejandro, si viaja de pie, y la que sea dueña de cien kilos de grasa, tiene que comprimirse extraordinariamente en el asiento, si goza la fortuna de estar sentada. Vehículos —dice mi vecino— para razas retardatarias en su desarrollo.

Luego se extienden las críticas a la manufactura. El flamante barniz no alcanza a disimular la carrocería de munición. En cuanto al deterioro natural gaste la primera capa, se verá lo corriente y mal labrado de la madera. Sucede con estos eléctricos lo contrario de lo que afirma el proverbio de que “una mala copa oculta un buen bebedor”. Los coches son de lo más barato que produce las fábricas americanas, y su nombre de “Correo-Roma” les viene de perlas; podrían aprovecharlos el correo en el reparto de la correspondencia.

Yo creo que mi compañero exagera un poco. Por la teoría de las relaciones, su copiosa humanidad empequeñece lo que le rodea. Porque ya, en mi calidad de hombre de peso ligero y de mediana estatura, no voy del todo mal en mi asiento, que por fin abandono en la Avenida Jalisco algo apesadumbrado; me sentía a mis anchas con la blandura del movimiento y su velocidad moderada.

A circuito nuevo, carros nuevos; es oportuno. Lástima que la Compañía no haya ido hasta el fin de las novedades; los motoristas, lo mismo que los cobradores, son del año pasado; no pudieron estrenar uniformes, ni mejor educación para tratar a los pasajeros.

Hay que conformarse, sin embargo, con los carritos tal como son; unas verdaderas abucherías que, en lugar de haber sido importadas de una fábrica americana, parecen comprados en la mercería El Jonuco. Un poco estrechos, quizá, pero muy “jolis”.

Decididamente exagerada mi vecino de asiento. Mi vecino, ahora que pienso en ello, es probablemente dueño de alguna empresa de camiones. Y por eso hablaba con tanta acrimonia. No lo duden ustedes.

CON EL CABELLO GRIS ME ACERCO A LOS ROSALES DEL JARDÍN*

Dudaba yo un poco de que la Primavera viniese este año tan juvenil, tan risueña, tan colegiala como en años anteriores. Cuando uno se va sintiendo maduro y los melancólicos grises de octubre van abandonando sus nieblas lo mismo en las sienes que en los pensamientos, se incurre en alarmas de esta especie que, a la verdad, no se ven justificadas por la tradicional eficacia de los equinoccios. Así y todo, tenía mis temores de que al acercarse el sol errabundo al signo principal del Zodiaco, Aries, el cordero celeste, hubiera perdido con la edad algo de los claros vellones que conquistó Jasón en una selva de la Colquiada misteriosa y lejana.

No ha sido así; el precioso trisón no se acaba, y las ruelas del sol han podido seguir tejiendo con hilo de oro los vestidos lujosas de la casquivana princesa.

La primavera es como toda muchacha sin preocupaciones graves, de ilustre abolengo y más ilustre guardarroía, a quien le basta para no envejecer llevar al corriente la cuenta de la modista que prometé a su blando cuerpo la delicia de ondular en un espléndido oleaje de sedas y muselinas, bajo la mirada naturalmente húmeda de los tritones enamorados. La primavera sigue siendo solvente en el concepto solar y puede satisfacer todos sus desoendiosos caprichos. El viejo mercader oriental no le escatima linos ni satines, sobre todo aquellos que luce en mantos profusamente iluminados con las más bellas rosas de los Tróicos. El viejo mercader sabe bien los gustos de su clientela.

Por este motivo, o por otro que se escapa a la penetración humana, la primavera persiste en su juventud desésperante, continúa alegre y gentil; está lo mismo que cuando presidía el nacimiento de Afrodita de la concha azul del Mediterraneo.

Ahora preside un espectáculo un poco menos agradable y alejado del paganismo; sus ojos de pervinea se posan sin ajustarse en la cara larga de la Cuaresna; contempla curiosamente una malhecha cruz de ceniza que la buena señora lleva en la frente arrugada; de la cruz de ceniza bajo los ojos de similor que se advierte en la pasta del devocionario, por las junturas de los dedos lívidos y magros; de aquí, los infortunados ojos casi parecen naufragar en la fúnebre indumentaria que

* RAFAEL LOPEZ, "Con el Cabello Gris me Acero a los Rosales del Jardín", El Universal Ilustrado, Alas Nómades, 14 de marzo de 1919, Año II, No. 97, p. 1.

observan en el manto sombrío con que la anciana se enreda la cabeza neurálgica y en el largo rosario de cuentas oscuras y que da vuelta en la muñeca temblorosa y senil.

Y la Primavera sonríe. Como ignora el pecado y no tiene de que arrepentirse, conserva la pureza de sus ojos de pájaro y la alegría de su juventud permanente. Con igual criterio glorifica las fiestas de Corinto como alegra con un toque de luz, los gestos viejos y avinagrados.

Yo agradezco a la florida diosa su perseverancia en mantenerse adolescente y su benevolencia manifiesta para curar a los enfermos de melancolía. Si este mal se anuncia como calentura palúdica, con el ascenso de la temperatura a raíz de un escalofrío, podría ser que yo fuera un candidato de sanatorio. Estaba en la creencia de que esta indisposición se adquiriría en los países de nieve y bruma, donde sobre las ramazones de los abetos, escriben los inviernos los poemas crepusculares del frío; me pasaba por la imaginación que después de concluir una doctrina filosófica, de dictar un tratado sobre finanzas de leer un discurso parlamentario, pudiera uno caer enfermo de ese mal; suponía que el contagio no sería difícil, si el organismo se hallaba debilitado el disgusto ajeno a un erróneo cálculo mercantil o una pasión contrariada o una de tantas, vicisitudes que nos espían frónicas en las encrucijadas de los caminos; pero no soy comerciante y desgraciadamente ignoro las satisfacciones de la propiedad, vivo a conveniente distancia de las noche locas y aún de las tardes concupiscentes y en cuanto a los caminos, no soy anariego, no conozco otro que los que sintetizan en las primeras calles de Bucareli. Con esto y viviendo en un país de sol, perecerían que cualquiera estaba a cubierto de ataques de melancolía. ¡Qué ganga! Hay que contar con los ojos de otoño que van cayendo sin remedio en los senderos del corazón.

Presiento la llegada del mal ocultamente, como si se acercara por sucesivos túneles. Quizá venga por el camino de Veracruz, que a una obra maestra de la ingeniería, según opinión de los técnicos. Pero estas reflexiones de aspecto científico no me consuelan.

Hace muy poco aún, que la primavera, la grata primavera de la vida, me sonreía como Manón al Caballero de Grioux. E igual que el Caballero yo pagaba esa sonrisa con el oro reluciente de la mocedad, con los bellos escudos acuñados en el troquel de los incansables deseos. Esa ya envejeció, y los deseos, por no olvidar el oficio, siguen acuñando moneda falsa, confiando en la tolerancia de las autoridades. ¡Qué tragedia!

Habrá que conformarse con la fiel primavera del año, a la que calumnié un momento por un error de perspectiva. No envejece. Es

cordial y posee un magnífico humor para enfermera, cristiana paciencia para oír confidencias que no entiende, manos sutiles para ofrecer provechosas antipirinas.

Sobre todo, conoce las humanas flaquezas y no se burla de las debilidades del corazón; las divinas debilidades que suspiran gloriosamente en el verso inmortal:

“con el cabello gris, me acerco
a los rosales del jardín”

Porque ya saben ustedes que la especialidad de la Primavera son los rosales, discretos amigos de los cabellos grises. Y de las solapas melancólicas.

LOS VOLCANES CLAUDICAN*

Se creía hasta ahora que nuestros volcanes eran completamente inofensivos; algo semejante a ciertos espíritus revoltosos e inquietos que el verse invadidos por los hielos de la vejez, olvidan su juventud batalladora y son los seres mas amables del mundo. Mr. Anatole France, refiere con su sencillez característica, que conoció a un anciano muy pacífico, muy sedentario y muy amigo de la fiel observancia de las leyes, el cual había sido en sus verdes años un revolucionario de la especie mas violenta para la estabilidad del gobierno. Este buen viejo, ya con la carga de setenta y ocho inviernos en los endurecidos huesos, no toleraba siquiera, que un alboroto sin importancia de pilluelos interrumpiera la tranquilidad de su barrio. Apenas oía un ruido insólito bajo su ventana, se enfurecía terriblemente y quería acudir a los gendarmes. —El orden público, exclamaba, es indispensable para la vida de las sociedades. Las autoridades son demasiado bondadosas para no impedir estos escándalos callejeros que pueden degenerar en tumulto—. Los años se habían llevado todos sus arrestos y ya no se acordaba de sus pretéritas intemperancias.

Lo mismo sucede con los volcanes. Son tan viejos, hace tantas centurias que se les congeló la sangre en los torsos de mármol, que desde que los conoció Bernal Díaz, su venerable senectud inspiraba confianza. Diego de Ordaz los visitó tranquilamente; se atrevió como audaz conquistador, a echar un brazo al hombro del Popocatepetl, quizá para preguntarle en las orejas arcaicas y ya sordas de vejez si reconocía a S. M. el Emperador Carlos V. Y no obstante la impertinencia de la pregunta, Ordaz se despidió pacíficamente del viejo patriarca cuyos

* RAFAEL LOPEZ, “Los Volcanes Claudican”, El Universal Ilustrado, Alas Nómades, 28 de marzo de 1919, Año II, No. 99, p. 1.

ojos, enfermos de ceguera senil, parecían conservar en su fondo el remoto esplendor de las peregrinaciones de Aztlán y las pompas de los imperios moribundos. Ordaz y el volcán quedaron amigos, actitud que, por lo que se refiere al coloso, no debe tomarse como falta de espíritu nacionalista; más bien podría explicarse esta benevolencia por la ignorancia natural en él de la lengua castellana y por la centenaria insensibilidad del tímpano, ambas cosas mortificantes de confesar a un advenedizo cualquiera.

Se sabía, eso sí, que los cándidos alcázares en donde viven están habitados por una princesa tan fría como cruel, en cuyos brazos graciales podía encontrarse la muerte y cuya altivez no perdonaba fácilmente ningún descuido social de sus admiradores, forrado de pieles y en besamanos de mero cumplimiento. Pero fuera de estos inconvenientes, gustábamos de creer a los poetas, para los cuales no existen seres más pintorescos y amables que los volcanes. En efecto, según los poetas que nunca han sido excursionistas, los volcanes aparecen como un elemento decorativo del patrio horizonte, de tan poco peligro como los gobelinos que adornan el comedor de cualquier casa rica donde, naturalmente, se sepa apreciar la bella labor del tejido. Nos hablan de sus cumbres que en un sereno aburrimiento bostezan de soledad y de silencio, bajo el ojo congestionado del sol veraniego; de su nieve —fatalmente impoluta— que al golpe de la luz sufre metempsicosis fantásticos. Ya bermeja sobre los riscos semejantes a capitales de carey que sostienen techumbres de zafir, ya amortaja con sus pálidos sudarios las comisiones salvajes de un castillo de Escocia que estuviera habitado por Osián, el bardo de la sombría majestad. Hasta los poetas de musa casera se vuelven épicos en frente de los volcanes; los que cultivan el caramelo lírico sorprenden en sus arquitecturas, próceres terrazas de cristal en donde se pasean silenciosamente las estrellas; los heroicos los consideran como panoplias enormes donde las auroras entrecruzan los puños de oro de sus espadas virginales y los crepúsculos veteranos cuelgan sus puñales oxidados. En suma, los volcanes de los poetas no son sospechosos de ninguna amenaza para el orden público; son burgueses pacíficos, un poco amigos de la ostentación y de cierta tendencia a la fanfarronería, muy excusable en su insigne chochez.

Los geógrafos contribuyen igualmente a afirmar nuestra confianza en las cumbres tranquilas de los volcanes. En cuanto se persuaden de que están apagados, los registran plácidamente en la orografía sin asteriscos alarmantes y son muy reservados hasta para hacerlos responsables de los sismos y sus consecuencias.

La información dada en días pasados por "El Universal", a propósito de una desgracia ocasionada en el Popocatepetl, en cuyo cráter perdieron la vida dos indios infortunados que fueron a rascarle las narices al coloso para extraerle un poco de azufre, viene a rectificar al-

gunos conceptos erróneos de la lírica nacional. Al referir el suceso, la información nos ilustra detalladamente sobre el modo **asaz cruel** que tuvo el volcán para deshacerse de los intrusos. Para unos —la mayor parte—, resucitó el suplicio del Conde Ugolino; los mató dentro del mismo cráter convertido en la torre del hambre; dos infelices que más fuertes que sus compañeros, lograron salir de las quijadas del monstruo, fueron raptados por los huracanes que a guisa de soplos benignos crean su pétrea eternidad.

Y bien, según el verídico reportazgo, tenemos que los volcanes están lejos de la serenidad, de la soledad, del silencio y del buen carácter inofensivo que se les atribuye. Tampoco la nieve es impoluta como quieren los poetas; ni el estar apagados constituyen una garantía absoluta, como insinúan los geógrafos. La serenidad carece de pasiones, —las únicas que fuera de las enfermedades y de los accidentes, ocasionan la muerte—, y los volcanes todavía matan; la explotación del azufre tiene forzosamente que violar lo mismo la soledad que el silencio donde se ejerce esta industria, así sea en las mudas y solitarias cumbres, y en cuanto a la virginidad de la nieve, es probable que su impoluto carácter se enturbie con la huella autóctona, más o menos perfecta, de planta indígena, enterrada en su piel de lirio. Los reportazgos son implacables; van con la escoba de la verdad barriendo la poesía de las cimas y los reporteros, poco idealistas, tratan sin consideración los símbolos todos del arte y de la belleza.

¿Ií tienen ustedes al volcán, con toda su ilustre prosapia y su espléndido manto de templario, enconándose plebeyamente en esos pobres indios, en modo alguno mercaderes de tan olímpica suerte. De tal fin apenas serían dignos el descubridor de un mundo, el apóstol de una fecunda y generosa idea, el fundador de una religión o de un pueblo; Rómulo y su hermano, arrebatados al sol en una columna de fuego, magnifican la grandeza del hombre que hace sombra al poder de los dioses. Los infelices proyectados por el huracán desde el cráter del Popocatepetl, se antojan dos palillos de dientes escúpidos por una boca enferma de dolor de muelas. Decididamente, el noticierismo contemporáneo es enemigo de la epica de las cumbres; hace claudicar sin misericordia su legendaria majestad.

TEPOZOTLAN *

Desde las nueve de la mañana un tren especial esperaba en la estación de Colonia, el momento de la partida. Sin apresurarse, las personas que formaron parte de la excursión iban llegando poco a poco,

* RAFAEL LOPEZ, "*Tepozotlán*", *Hebdomadarias de El Universal*, 14 de septiembre de 1919, Año IV, Tomo XII, No. 1061, p. 3.

abusando discretamente de nuestras perezas criollas que nos facilitan concurrir a toda clase de citas —con excepción quizás de las eróticas— con media hora de retraso. La máquina resoplaba suavemente, como una buena bestia domesticada, semejante a una vieja yegua que ha declinado el derecho de impacientarse, bien hallada en la comodidad de su caballeriza. Un tren especial es la cosa más amable que existe; carece de método para echar a andar y se detiene donde se quiere; es paciente como un mayordomo educado y sumiso, como un perro fiel; cancela hasta la posibilidad de que se le extravíe a uno el boleto de pasaje, por la simple razón de que los boletos únicamente se hicieron para los trenes vulgares, sujetos a la promiscuidad viajera y esclavos de los horarios justos. Yo comprendo que los trenes especiales hayan tenido la preferencia de los bravos milites hasta hace poco tiempo, cuando los coleccionaban con un entusiasmo decidido y consciente; ofrecen sin disputa una manera ideal de viajar y dan carácter a la personalidad más horrorosa. Tener a nuestra disposición un tren, como se tiene un retinto o un tordo rodado, pendiente de la rienda para echarlo a cualquier hora por esos caminos, es un simpático privilegio del heroísmo y uno de los ejercicios más envidiables de la democracia.

Yo hacía estas cuerdas consideraciones, mientras nuestro tren rodaba como un sonoro caracol rumbo a Cuautitlán, sobre la interminable ola verde y azul de la campiña y que rizaba este heroico sol de septiembre. A trechos las silvestres alfombras se manchaban ricamente con el oro venal de los girasoles, como si de repente, la mezquina tierra nos mostrara los tesoros de Moctezuma —en el supuesto de que el legendario emperador los tuviere acuñados; a trechos se esculpían en el azul los libres pabellones de las nubes que el aliento de la mañana extendía como los triángulos de las carabelas en el viaje del descubrimiento. Así llegamos a Cuautitlán envueltos en una ola de esmeralda, bajo la hueca turquesa, de nuestro cielo que parecía ofrecernos allá lejos, pálidos islas de alabastros, fictantes en un atlántico de añil.

En Cuautitlán se modificaron notablemente nuestras apreciaciones optimistas sobre los medios de viajar. Del confortable carro, pródigo en suavidad cardenalicia y de cuyos asientos parecía alzarse una blanda canción de cuna, pasamos a ocupar unos carricoches ladinos, que no obstante su aspecto inofensivo, nos ofendieron la anatomía en forma que apenas les es permitida a los estudiantes de medicina y en todo caso a los titulados en la materia. Seguimos el filo del camino bordeado de árboles, y a poco pudimos ver no muy distante la masa del convento que desde una eminencia el paisaje, con la quietud de su silueta mística; las ingenuas ironías del campo nos hacían verlo más cerca de lo que estaba. Y todavía fue preciso sufrir una serie de "rounds" que los baches nos propinaron por medio de los vehículos para llegar a la prodigiosa iglesia un poco molidos pero fervorosos como Parsifal cuando venciendo tentaciones y superando fatigas, logró ser dueño del Santo Graal, oculto en el tabernáculo de Monsalvat.

En mucho tiempo no olvidaré esta peregrinación a Tepoztlán, en donde se ha quedado petrificada una de las frondas más opulentas y suntuosas de la selva arquitectónica de Churriguera. Yo también he sido un poco Churriguero en la lírica. Y los festones, las flores y los frutos, una complicada y profusa ornamentación, encubre los desvarios de mis sueños. Por eso ante la hermosura de la fachada que en calados y bordados de piedra reproduce las delicadas encajerías de una mantilla española ante las esculturas y relieves que se amontonan por todas partes ante las brillantes policromías semiahogadas en el oro encrespado de los altares, ante la locura deslumbradora del artífice, que no dejó una superficie inútil sin grabarla con el sello de su imaginación inagotable, saludo como un modesto picapedrero la venerable sombra de ese eximio poeta de la arquitectura; él supo hacer de la piedra —el corazón opaco y cruel del planeta— una cosa palpitante como una flor y ferviente como una plegaria, para honor y gloria de la Virgen, que antaño bendecía los días infantiles apareciéndose en un desván del infinito, con su manto flordelado de estrellas, y el pie ingravido sobre un cuerno del creciente.

Luego pasamos a la biblioteca donde esperaba una sorpresa a la erudición de mi excelente amigo don Rubén Martí; comienzo a consultar algunos respetables infolios escritos en latín, con los títulos de Opera de San Crisóstomo, Opera de San Agustín, Opera de San Hilarión, etc.,... y supuso con algunos visos de razón que todos estos santos padres de la Iglesia eran filarmónicos; algún latinista magnánimo aclaró el musical error.

El patio de los aljibes más que las maravillas churriguerescas nos presentó de un lejano y religioso encanto nos dirigimos a él por una serie de corredores solitarios, pero gloriosos de copiosa luz; la luz es la única madre abadesa un poco sensual que los transita, ocultando trabajosamente, bajo las pálidas tocas el toison de sus cabellos de oro; es una momia que todavía suspira por las inquietudes del mundo. El patio de los aljibes tiene una colección de campánulas que parecen archivar el azul donde Boticelli trazó las graciosas figuras del "cinqueceto"; la altura de sus muros vetustos se coronó por una sonrisa de nidos de golondrinas, que como inocentes y aprovechadas discípulas de Churriguera allí amontonaron sus casas, haciendo competencia a los copiosos adornos del altar. Una herbazón loca y profusa hiedra junto a las rosas de Alejandría digna de ser aspiradas por las pituitarias voluptuosas de una princesa bizantina. No falta en este jardín erudito la consagración pagana que cuecen los naranjos en sus frutos de oro, algunos de los cuales tienen los necesarios prestigios para ser cortados por París en honor de Venus. Y en medio de estos milagros y evocaciones de Santidad y de belleza, preguntaba algún excursionista: ¿Cuál es el mérito de este jardín?... Nosotros no respondimos, porque en esos cabales

momentos el perfil de la Samaritana se inclinaba en el brocal de un pozo para refrescarnos la boca sedienta.

Con que placer nos hubiéramos quedado en ese lugar meses en comunión con las cosas eternas, sintiendo apaciguarse el tumulto del alma, bajo las manos de seda del Silencio, en la tranquilidad de una celda. Quien sabe si entonces hubiéramos escrito la vida de Santo Domingo de Silos, quitándole algo de la monotonía rítmica que deslustra la del primitivo Berceo. Yo me conozco. Con una cocina bien provista y una bodega de vinos en consonancia con el arte de Churriguera se podrían hacer algunas cosas de cierto mérito en favor de la literatura mística y profana.

Pero la vida ordena los humanos destinos como se le antoja y no hubo más remedio que regresar a la ergástula de la ciudad, dejando al ilustre convento de Tepozotlán engastado sus pavimentos esmeragdinos, tal como lo elevaron al cielo la Fe y la piedad de las generaciones exintas.

LA FIESTA DE LA RAZA *

La Fiesta de la Raza, según las noticias de la prensa tendrá este año un brillo excepcional en la patria del insigne Cervantes. A la invitación hecha por España a sus antiguas colonias para que suscriban la gloriosa recordación, éstas han respondido nombrando honorables delegaciones que representarán dignamente a las naciones americanas de origen hispano, en el preclaro solar de la lengua. Sujetos espiritualmente a la venerable Metrópoli por la comunidad del idioma, las libres naciones del Nuevo Mundo harán florecer un joven laurel en el viejo tronco de su castellana prosapia.

Que este laurel es ilustre, lo demuestra el mérito indiscutible de las personas que integran esas comisiones. La Argentina envía a Leopoldo Lugones y Colombia a Guillermo Valencia. "Arcades ambos". Repitamos el verso virgiliano sin las clásicas malicias con que suele emplearse.

Efectivamente, desde que Darío duerme el sueño de los inmortales en los Elíseos de su gloria, Lugones, el extraordinario poeta argentino, ejerce indiscutiblemente la hegemonía de la lira a lo largo de este Continente. El asombro que provocó hace veinticinco años con las gigantes visiones de "Las Montañas de Oro", el deslumbramiento de aquellos amplios cuadros en que las fuerzas naturales sirven de marco a la vieja angustia humana, el romántico y lamento chaporroteo lírico que

* RAFAEL LOPEZ, "La Fiesta de la Raza", Hebdomadarias de El Universal, 21 de septiembre de 1919, Año IV, Tomo XII, No. 1068, p. 3.

arde sin intermitencias en "El Hijo del Hombre", en "Las Nubes", en el bélico "Himno de las Torres"; todo esto pareció ofuscarse ante el suave deliquio estético, sucitados por los sonetos de "Los Crepúsculos del Jardín", en donde perfuman rosas métricas de exquisita sensualidad, sin parangón por la elegancia de la forma en los libros castellanos. En el "Lunario Sentimental" Lugones desconcertó con una nueva faz de su talento a las muchedumbres de media cultura; junto a las bellezas más ideales de la fantasía, puso una serie de imágenes funambulescas en giros arbitrarios y sorprendentes, dando vida a poemas tan notables como el "Himno a la Luna" y "Los Burritos" que desde entonces hicieron de moda los rebuscos más variados en numerosos pegajosos un poco olvidadizos de su propio relincho. Finalmente, en "El Libro Fiel" y "El Libro de los Paisajes". Leopoldo Lugones ha encontrado a nuestro entender, la nota más honda y cordial de su canto; sólo en cristal y con un diamante caído en la diadema de una emperatriz de Bizancio, puede escribirse esos poemas de luz, de azul y de cielo, las tres mixturas elementales que lucha la voz en la gloria de las alondras.

Lugones, además, se ha prodigado en Artículos de crítica, de estudios sociales, de meros pasatiempos literarios reveladores de su vena inagotable y de su diversa cultura. Tiene un libro de cuentos casi desconocido en México, donde con erudiciones de sabio y penetraciones de pensador, pone la ciencia al servicio de la literatura en la solución de interesantes problemas; este libro me lo mostró una mañana Francisco González Guerrero, celosamente, como puede mostrar un ángel huraño las delicias del paraíso a un pecador reinidente. Por esto, muy someramente aparecido, se comprende que Lugones es un inminente representativo de la clase intelectual de su país y que no podía ser más adecuado su nombramiento para la glorificación de la raza.

Puede considerarse sin hipérbole, como un maestro de todas estas generaciones de ahora que a la sombra de los Andes, se acercan temblorosas y reverentes a doblar la rodilla en las supremas comuniones del arte. Estoy cierto que arribará a las playas españolas, egregiamente, descendiendo de su cóndor andino armonioso y radiante como Lohengrin de su cisne.

Guillermo Valencia es otro gran poeta de la más pura aristocracia intelectual; una magnífica vida consagrada exclusivamente a la creación de muy altos valores de belleza y que asciende por la cuesta de la madurez por los escalones de sus gloriosos poemas. No hace mucho tiempo que su patria se propuso coronarlo en homenaje a la excelstitud de su obra, mucho más restringida que la del poeta argentino, pero cuya eximia calidad le hará vivir en las páginas de las más selectas antologías. El nombre del artista Conde de Casa de Valencia es igualmente de reputación continental y quien lo lleva puede sentarse con todo honor entre los más nobles primates de la lengua, para la celebración de la raza.

Al lado de estos ases del pensamiento americano, dueños del vuelo andino y del olímpico aletazo, México pone a Don Manuel Caballero que se presentará en España como un lamentable recluta de las legiones líricas, cargando en la misérrima módula su Aurea Covadonga (realmente hay mucho de coba en todo esto) y las demás baratijas de similar que le han premiado en los concursos literarios. Mediz Bolio de veras tenía deseos de visitar España cuando no lo detuvo esa incómoda compañía. Yo también quisiera alejarme aunque fuera temporalmente del Arbol de la Noche Triste por radicarme algún tiempo en los alrededores de la Puerta del Sol; conocer la cámara que ocupó en El Escorial D. Felipe II, el rey que más me interesa en la Península, y ponerme una zorra de lírico azul con Manuel Machado; tengo además gran ilusión por tornar a ver a Belmonte, trágico y sangriento en el caso como un cristo del Greco. Y sin embargo, antes de resolverme a instalarme en un trasatlántico con el señor Caballero, lo hubiera pensado seriamente, pero muy seriamente. Qué pena al llegar a España, de verse obligado a soportar sin protesta las sonrisas irónicas del último revistero taurino, la gente más iliteraria que existe en las burlas de Gay de Silva, el poeta que menos me interesa. Decididamente, hubiera desistido de cruzar el charco.

El envío del señor Caballero bate el récord de una fantasía tropical.

Es como si al cura de mi pueblo se le ocurre mandar al sacristán a la canonización de Juana de Arco.

LOS PRESTIGIOS DEL NOMBRE EN LAS OBRAS DEL GENIO *

Una actriz dramática inglesa, Justina Wayne, según se lee en un cable publicado recientemente en "El Universal", deplora la escasa atigencia de Guillermo Shakespeare para bautizar sus dramas y comedias con títulos poco interesantes. En su concepto, las piezas de Shakespeare tendrían un éxito redondo en el público si llevaran otros nombres más sugestivos, a semejanza de las modernas películas cinematográficas, cuyos autores no son remisos para crismar con títulos asaz tremebundos o de sobra humorísticos, los argumentos que agrava el gesto trágico de Alla Mazimova o que regocija la gracia picarueta de la de Daniels. Los nombres llamativos, así se refieran a personas o cosas, tienen una importancia decisiva. Una vez se me anunció la visita

* RAFAEL LOPEZ, "Los Prestigios del Nombre en las Obras del Genio", *Hebdomadarias de El Universal*, 23 de noviembre de 1919, Año IV, Tomo XIII, No. 1131, p. 3.

de un señor que se llamaba Asuero Delgadillo; me apresuré a recibir a dicho caballero, haciendo caso omiso del patronímico que estrangulaba en su trivialidad toda ilusión y me confié sin titubeos a la prestigiosa simpatía del hombre de pila; detrás de este Asuero imprevisto, el hombre de más tarda imaginación veía el feudo asiático decorado con un artístico despotismo oriental, y aquella Esther de carne macerada en aromas para delicia de la mesa del rey, preparada como un vino lleno de sabores, exactamente como nuestros aborígenes acomodados diluyen almendras y otras delicadas confituras en los zumos destilados por la reina Xóchitl en nuestros tinacales históricos, para deleite de sus paladares eruditos. Excusado nos parece añadir que nuestro Asuero contemporáneo, no respondió ni remotamente al sortilegio del nombre evocador.

Otra vez, atraído por la elocuencia del nombre compré un libro de versos que llevaba por título "Poemas del Mar, de la Montaña y del Aire". En realidad los versos eran insignificantes; pero eso importaba poco; muy disgustado debería ser el lector que no se sintiese desquitado con la latitud del título que imponía necesariamente el empleo de una carabela, de una indumentaria alpina y de un aeroplano. No es posible negar la influencia que los nombres tienen en las personas y en las cosas.

Y en esto ha de haber pensado la actriz inglesa cuando surgió un cambio de nombres para las obras de Shakespeare, por el tenor siguiente: "¿Cómo pudiste Tú, Julieta?" en vez de "Romeo y Julieta"; en lugar de "Otelo", pondría: "Estrangulada en la cama", "La Princesa Loca", en vez de "Hamlet"; "El Puñal" en vez de "Julio César" y "Rayos de Luna y Madreselva" en substitución de "Sueño de una Noche de Verano".

Ignoro como sería recibida esta proposición de la actriz inglesa en los círculos literarios y en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes de Londres, pero tratándose de Shakespeare y de los títulos de sus obras más célebres, se me ocurre pensar que no exigen un cambio de nombre para seguir privando la conciencia artística de la humanidad con los privilegios que son exclusivos de las inimitables creaciones.

Desde luego "¿Cómo pudiste Tú, Julieta?" en lugar de "Romeo y Julieta", me parece una infortunada substitución para rebautizar la tragedia del amor pero del amor todopoderoso y entero, involuntario y soberano, sin temores y sin corrupción, tal como florece en el alma y la carne de los inmortales amantes. Después que el autor de "Romeo y Julieta" encerró las adorables figuras en círculos de oro y de sangre patética, después de que la sonrisa amorosa se nubla en la decoración de lágrimas, como la mirada de la estrella apagada en un nubarrón, frente a la doble tumba en que los infelices amantes reanudaron el beso in-

terrumpido sobre el balcón de Verona, los nombres de Romeo y Julieta suenan juntos en el odio de los hombres. “¿Cómo pudiste Tú, Julieta?” se antoja un regaño de aya, de dama de compañía, muy a propósito para que la alondra que decía místicamente el epitalamio en el misterio de la madrugada nupcial, se rodara sin vida de los hombros blancos de la aurora.

“Otelo”, el sombrío esposo de Desdémona, ha pasado a todas las literaturas como la viviente personificación de los celos; al uxoricida más modesto se le señala con el nombre del implacable Moro de Venecia; tal intensidad de ceguera de cólera, de brutalidad puso Shakespeare en el corazón de este personaje, que su nombre trae forzosamente aparejado el de la tremenda pasión que le da vida permanente en la potencia del símbolo, tanto valdría inventar otros vocablos para significar el amor, la piedad, la ambición. “Estrangulada en la cama”, en vez de “Otelo” es, además, una falta de consideración y de respeto para Desdémona, la pura creatura de Shakespeare, toda hecha de nardos y lirios pero de nardos espolvoreados de luna y de los lirios que cortan las manos de los martires y de los santos en los jardines del Señor.

“La Princesa Loca”, por “Hamlet” es otro hallazgo de la actriz inglesa que tampoco me entusiasma. La Señora Wayne me echa a perder completamente el monólogo del príncipe lunático con el cambio de este nombre. Hamlet es nuestro padre y nuestra hermano desde que salimos de la puericia nos hemos acostumbrado a conversar con él, a confiarle nuestras miserias y nuestros quebrantos, a llamarlo como testigo de nuestros desfallecimientos. El es quien con una sonrisa un poco metistófica nos cava el sueño para que zozobremos en el agujero de la duda y para manchar de la tierra los ideales más adiamantados. Es un compañero burlón y de mal humor, pero con el privilegio de interesarnos con su infinita experiencia de la vida y del mundo; casi le perdonamos la muerte de esa pálida Ofelia que como la eterna ilusión de los hombres, “Cortando flores y cantando pasa”. Decididamente no; no me gusta el título de “La Princesa Loca”. Pues, además de todo lo apuntado aquí en México este título daría lugar a confusiones de nuestra política local. Así llamaban los chinacas de hace sesenta años a la viuda sonámbula de Maximiliano.

En nombre de “Rayos de Luna y Madreselva”, para “El Sueño de una Noche de Verano”, es quizá la sustitución más discreta. Puck Titania y Obregón, Tela de Araña y Grano de Mostaza no perderán ciertamente nada de su aérea levedad, bajo la nueva etiqueta. Un rayo de luna no es un bridón despreciable para que en sus lomos alucinantes viaje el ligero Puck y un macizo de madreselvas, es un palacio de encanto para acariciar a Titana. Siempre creo que habría que consultar la opinión de todos estos genios de Shakespeare, inquietos, tornadizos, incoercibles como el pensamiento.

Y ello sería algo difícil, habiendo sido forjados por la mano del gran poeta, con la divina sustancia con que se hacen los sueños y las demás cosas aladas que nos ayudan generosamente a vivir.

Por todo lo cual, nos permitimos opinar que las obras del trágico inglés sigan viviendo con los nombres que les puso su creador y que ya están consagrados por la veneración de los siglos.

Por supuestos, salvo la opinión de los londinenses.

UN DOMINGO COMO HAY POCOS *

Este domingo es realmente excepcional para los vecinos de la buena ciudad de México. Tal es la cantidad de fiestas y distracciones en que los ciudadanos pueden emplear las horas alegremente, hay una perspectiva tan agradable en los polvosos horizontes de nuestro valle, que ciertamente este domingo no parece de cuaresma, tiene todo el aspecto risueño y brillante de cualquier joven aturdido Domingo de Pascua; casi se impone, para celebrarlo dignamente adelantar los tradicionales estrenos indumentarios del Jueves Santo y echarse en los bolsillos los ahorros que nuestra previsión asaz imperfecta, reserva para los días en que repican recio. Vaya si se repicará recio ahora; los sacristanes no van a estar ociosos y los sonoros bronces ametrallarán al aire con sus truenos inofensivos. En verdad os digo —lo repito con convicción— que valdría la pena de lucir un jaquet de corte discreto, o cuando menos un pantalón a rayas sabiamente p'anchado para atenuarle las rodilleras.

Desde luego hoy entra la Primavera. El viejo sol abandona sus palacios de invierno y vuelto zagal, torna a recorrer prados y campiñas a barcajadas sobre el carnero, bien asido a los destumbrantes toisones, como un dios Para sideral de sueto. Cuando yo era muchacho, la entrada de la Primavera me tenía sin cuidado; prefería al viejo diciembre cuyas oarbas de heno se estrellaban con las luces de navidad y presidía con su bordón de peregrino los clásicos bailes de las posadas semejante a un bastonero senil, pero benévolo. La hermosa estación me dejaba indiferente con sus cielos claros y sus mañanas azules y no daba importancia a la cabellera de la bugambilia que escandalizaba una ventana de la casa con la ostentación de su tocado rojo. Otras cabelleras interesan más en esa edad. Es lógico que en la juventud no se haga caso de los equinoccios ¿no se lleva por ventura, así en los sueños como en las arterias, todo el esplendor de un abril sostenido por la gloria solar? Me sonreía yo de los rosales de San Angel, al lado de esos otros que florecen en las doradas mañanas del corazón.

* RAFAEL LOPEZ, "Un Domingo Como Hay Pocos", *Hebdomadarias* de El Universal, 21 de marzo de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1251, p. 3.

Ahora es distinto, los huesos se cansan, la sangre circula con más lentitud, los reumatismos acechan tras la hojarasca que no ha dejado de amontonar la ventisca de la vida, se convalece el azote reinante y las digestiones se presentan laboriosas. En estas condiciones, se considera el retorno a la Primavera, con el alivio que despierta la llegada de la lavandera, trayéndole a un cilente de escasos recursos, camisas y cuellos pulcros, bien olorosos a limpieza, llevándose al mismo tiempo la ropa sucia. Son forzosos los cansancios y ciertos achaques inherentes al vivir para hacerse solidario de la Naturaleza y bendecirla cuando viene regando flores, destapando perfumes, hinchando con la canción de la vida las gargantas de los pájaros y los trémulos senos de las fuentes. Frente a estas cosas, los más viejos cobran esperanzas en un posible rejuvenecimiento. Cuando los senos palpitan se ha observado que hasta los valetudinarios se conmueven y los hipocóndricos sonríen.

He aquí por que decía yo que este domingo disimula mucho lo cuaresmeño; más bien parece un gentil enamorado en cuyo brazo juvenil se apoya la linda primavera como colegiala maliciosa que va de paseo con un galán.

No para aquí la fiesta. Además de la recepción de la Primavera, que corre por la cuenta exclusiva del Zodíaco, hay que prepararse para recibir al señor ingeniero Bonillas, candidato a la presidencia de la república. Un amigo mío, que está decepcionado de la política desde que ha visto las insuperables dificultades que existen para conseguir un modesto empleo público, aunque fuera de conserje en cualquier oficina clausurada, me ha dicho reiteradas veces que no cree en el sufragio ni en la bondad de las revoluciones; él se imaginaba que se había hecho el plan de Guadalupe para sus necesidades personales; de aquí su error. En cambio esa misma persona se cree en las recepciones pues me ha confesado con un acento en que se concilia hasta donde es hacedera la franqueza con el pudor, que se prepara en esta mañana para asistir a la llegada del candidato. Mi amigo es padre de numerosa familia, gana con dificultad el sustento y desde que establecía su hogar se ha visto condenado a mudarse de varios alojamientos, no por amor a la novedad sino por su reconocida fidelidad a retrasarse en el pago de los alquileres.

Y bien, este político aguarda con entusiasmo contagioso el momento de la recepción; cuenta con una entradita extra que le permitirá nivelar su abismo económico y a este pensamiento respira fuerte, con la irrefrenable alegría que suscita el contacto con la esperanza. Mi amigo tiene fe en el triunfo y cree que ahora si no le marra el golpe tiene la impresión de que la susodicha conserjería que tuviese curda. Es en vano que se le aduzcan argumentos históricos, demostrativos de la ingratitude característica de la política, inútil que se le presenten numerosos ejemplos del olvido en la que concluyeron sus días otros partida-

rios tan sinceros como él; mi amigo tiene una fe ciega en las recepciones y —cárguenle la tinta, muchachos— dice a quienes les están pintando unos vistosos cartelones donde se enumeran los méritos del candidato —que se lea bien claro ahí donde dice “democracia”—.

Una cosa queda en pie en todo esto y es que nuestra democracia será todo lo turbulenta que se quiera, pero a generosa nadie le gana. Con el sistema de recepciones bien organizadas, es posible que se arregle eso de la sucesión presidencial, que en cada período reaparece como un lobanillo invencible, en el cuello de nuestra democracia, afeando su hermosura de virgen. En todo caso, hay que hacer votos porque así sea.

Y aún no termina la prodigalidad de este domingo, más fastuoso que un manirroto. A los que no interese de la venida de la Primavera, ni la entrada del señor Bonillas, todavía puede desquitarse en Tlalnepantla aplaudiendo un estoconazo de Sivveti o una verónica de Pastor. La contemplación de las verónicas es pertinente en tiempos de cuaresma.

¿Verdad que el domingo este, no carece de distracciones?

ESTAMPAS VIEJAS *

Oh mi jueves santo provinciano tan puro, tan austero, tan piadoso, lleno de entusiasmos catecúmenos e inocente como la fresca mirada infantil que aún no ha regado con sus aguas claras ninguna adelfa de maldad.

Oh mi jueves santo adorablemente místico, juvenil y bobalicón, florido de rosas limpias de la montaña natal, sin la mala hierba de Strauss y los otros antipáticos heresiarcas, sin que Martín Lutero, ni Calvino, ni Zwingli, empañaron con su vaho opaco, la gloria de la Eucaristía brillando suavemente en las custodias rutilantes de gemas, ni ese elegante señor Renan, tan peligroso con sus sentenciosas cortesías, se sonriera discretamente ante los mantos imparciales que lucían en los gajos del ábside los evangelistas, dejados allí por el optimismo de un pincel ingenuo Oh Jueves venturoso y manso, fiesta sagrada de mi religión entonces inconsútil como la vestidura de Cristo; con que auténtica melancolía te recuerdo en esta ruidosa babilonia cuyo férvido oleaje no se cansa de interrumpir tu quietud.

Desde la víspera se gastaba el tiempo en ocupaciones religiosas y profanas ambas relacionadas con las solemnidad del día siguiente. Eran

* RAFAEL LOPEZ, “Estampas Viejas”, *Hebdomadarias de El Universal*, 4 de abril de 1920, Año V, Tomo XIV, No. 1265, p. 3.

las primeras en hacer el último ensayo al piano de vetusta obertura del "Poeta y el Aldeano" que debería de tocarse en la visita de los altares; las segundas consistían en cerciorarse con una mirada postrera de que allí estaba listo el traje y los zapatos nuevos, el sombrero recién salido del almacén, la corbata de nudo hecho que se ocultaba hipócritamente sus dibujos chillones, envueltos en un pedazo de papel.

Si la familia era copiosa —como suele suceder a menudo en los patriarcados de las provincias fecundas,— iba por esas calles de Dios, a la visita de los siete altares, detallando su nota monótona, aunque conmovedora. Los tres o cuatro varones vestían de la misma tela que el progenitor; las tres o cuatro niñas eran otra síntesis de la indumentaria materna. El mayor de los herederos llevaba a cuestas con fingida naturalidad, el primer jaquet adolescente, y lo llevaba con una indiferencia que no carecía de bravura; era una prenda digna de ser decapitada no digo por Brummel, que cuando más se hubiera muerto de risa al verla; el propio Cromwell, que a pesar de ser cervecero iba vestido por un buen sastre de Londres, hubiera levantado dos patibulos incontinenti, uno ya se adivina, para Carlos I y el otro para el extraordinario jaquet. Confiemos en que el alma de mi sastre decadentista y mi amigo del símbolo, disfrutará de una gloria eterna por la exquisita colaboración que aportaba a las emociones de ese día memorable.

El más chico de la casa cargaba los papeles de música; desde tiempo inmemorial la cuerda se revienta por lo más delgado; mas como el pequeño ignoraba las leyes físicas, no dejaba de manifestar su protesta y de fruncir el ceño levemente, creyéndose víctima de una arbitrariedad. Este fue el primer indicio que se conoció de su alma rebelde, pues andando los tiempos ese pequeñuelo pasó lista de presente en las batallas de Celaya y León.

Cómo se calienta el espíritu con la evocación de estos recuerdos, algunos pueriles, como el helado napolitano que refrescaba con sus mixturas frutales, el clásico bochorno de ese día. Con decir a ustedes que aquel centro minero no contaba con más de una dulcería cuyas parcas neveras sólo funcionaban en jueves santo, comprenderán la coluptuosidad infantil, al jugarle una momentánea traición a la nieve de limón y de leche, saboreando con rústico paladar un exótico helado de Nápoles.... confeccionado en Guanajuato. Todo era maravilloso y atractivo entonces; lo único que dejaba una sombra en esta lozana Jerusa'em palpitante de palmas y de flores, era la asistencia a la Hora Santa, ceremonia que se efectuaba de once a doce de la noche y en la que se tenía que permanecer de rodillas ese tiempo, sufriendo los góteronés irónicos de una cera bromista que se burlaba del jaquet nuevo. El ceremonial era estricto en la rica ciudad minera y no hacía concesiones a la pereza ni al cansancio. Después de visitar las siete casas, después de haber tocado la expresada obertura otras tantas veces, después de ha-

ber domado con recóndita heroicidad las molestias inherentes al calzado nuevo, con la tristeza de un Getsemaní y la desolación de un Calvario. Pero que se iba a hacer; no todo había de ser helados napolitanos.

En este jueves santo de la metrópoli quisimos resucitar la pura visión de aquellos días. Vano empeño. A parte de nuestras personales de moralizaciones el ambiente moderno es refractario al florecimiento de la piedad y al respeto de la tradición. En la mañana de este día estaba anunciado un "extra keno" de a doce pesos y por la noche, es decir, a continuación del Lavatorio, las pelotas de Oscariz esperaban impacientes en el frontón. Tiene razón Fray Xavier el haber fustigado desde el púlpito de El Universal, el escándalo de las costumbres; está convencido prácticamente de los males que acarrearán, como el mismo miércoles santo perdimos en el keno abominable, nada menos que seis cartones cada uno, él por su reconocido espíritu de tolerancia y yo con el deseo más mundano, de comprarme siquiera una corbata para no perder la costumbre del estreno en día tan preclaro.

Yo tuve que refugiarme en una humilde iglesia de barrio conforme a mis piadosos propósitos y a fe que no me arrepentí. En lugar de las interminables muchedumbres que desfilan por los principales templos, encontré un verdadero reposorio a mis fatigas y un consuelo a mis añoranzas. Allí estaba un reflejo del monumento provinciano, sencillamente embellecido con los adornos las líricas de la creación, los pájaros y las flores. Allí mis viejos amigos: el canario y el clarín de selva, preludiaban en oscarinas, un canto llano en loor de su creador; allí el trigo cuyos hilos de oro envuelven el pan místico de la Eucaristía, se ostentaba en cristalerías y platones domésticos, sustraídos a las católicas vajillas tradicionales; allí las azucenas regando su perfume tras su palidez de monjas clarisas; allí los claveles, doblando sobre su manto cardenalicio, las perfumadas testas. Una luz que ya crecía apagada por los huracanes de la vida y gastada en las obscuridades de la noche, volvió a arder en la llama de las ceras litúrgicas, con el fervor sin intermitencias de mis jueves santos provincianos.

Y por esto me choca Lutero, Calvino y demás figuras de la Reforma; con la supresión de las ceremonias religiosas que ellos predicaron, nos quitan esos bellos recuerdos que son los más hermosos de la vida.

Decididamente yo podré morir libre pensador, pero hugonote... pal gato, como decimos en algún giro familiar.

LOS RIPIOS DE SANTOS CHOCANO *

* RAFAEL LOPEZ, "Los Ripios de Santos Chocano", *Hebdomadarias de El Universal*, 30 de mayo de 1920, Año V, Tomo XV, No. 1320, p. 3.

El nuevo gobierno de Guatemala, que acaba de derrotar la interesante dictadura de don Miguel Cabrera, ha condenado a muerte, según dicen, al poeta José Santos Chocano, cuya inspiración vuela y canta por los cielos de España y América espléndidamente; ya es cosa de sobra sabida que si sus alas son condorinas, su música es semejante a la del ruiseñor de la selva.

Ignoramos la responsabilidad que tenga Chocano en algunos actos de la tiranía cabrerista, ni a nosotros, poseedores del teponaxtle ancestral un poco utilizado por la influencia de la civilización cristiana, nos importa saberlo. Parece que los consejos de última hora dados a don Manuel para que se resistiera en La Palma y desde allí bombardeara la capital, han comprometido gravemente la situación de Chocano; él fue el autor de esta idea y el que animaba con su entusiasmo lírico, los postreros rescoldos semiapagados en las cenizas de la dictadura. Si por un lado la actitud es heroica, por el otro puede tropezarse con una condena de muerte. Por mucho menos se pierde la lira durante las revoluciones. Nunca se entiende, una lira tan sonoramente armoniosa como la del jugoso poeta de "Alma América" en cuyos cordajes se abrillanta el humo del Chimborazo y se espacia el trueno de Tequendama.

Se ha dicho que el poeta más importante del Perú, estaba ligado a Estrada Cabrera por lazos de parentesco, lo que explicaría su devoción al régimen caído. Eso es inexacto. Guatemaltecos distinguidos residentes en México, nos informan que ni sólo Chocano era extraño al linaje del dictador, sino que tenía motivos para estar quejoso de aquél, hasta cierto punto.

A creer a nuestros informantes. Chocano sólo recibía de Estrada Cabrera una protección bien mediocre, una tolerancia benévola, como la que dispensas a los poetas la mayoría de nuestros gobernantes, proporcionándoles lo estrictamente necesario para que esos infelices no se mueran de hambre. Esto es justamente lo que me hecha a perder la tiranía de Estrada Cabrera, honrado con mezquindades de económica ama de llaves, a una de las glorias más brillantes del Continente.

Los tiranos en general motejados por los historiadores, en vista de los abusos que cometen en el orden político. Pero las tiranías de principados italianos que justamente con el poderoso despotismo papal hacen resaltar en un fondo de viva escariata la época del Renacimiento, nos son simpáticos por el favor que otorgaron a los artistas. El puñal y los venenos que nunca estuvieron ociosos en las manos de los Borgias, de los Médicis de los Orsini, para vengarse de sus enemigos políticos, se trasmutaron en dádivas y prebendas tratándose de los artistas, esto es, de los hombres que siendo iguales que los demás por las debilidades y por las pasiones, con un poco diferentes por la facultad que poseen para exaltar la vida con los siempre derrumbados y los siempre erguidos espejismos de la ilusión. Hay que convencerse que

una cantidad de ilusión, aún dosimétrica, no es inútil para atenuar en algo la amargura de vivir. Los tiranos de antaño, sin ponerse de acuerdo tenían una clara conciencia de esta necesidad y gracias a la generosa ayuda que tuvieron para favorecer las Bellas Artes, los discípulos en su tendencia de cultivar las más artes del atropello y del asesinato.

Estrada Cabrera fue, en consecuencia, un tirano a medias y los historiadores no tendrán por donde cogerlo. No favoreció a los artistas en proporción de su mérito, ni en relación con los desmanes de su tiranía. Arevalo Martínez, el poeta más grande de Guatemala, murió siendo un modesto secretario de la Oficina Internacional Centroamericana; Arevalo Martínez, que en su sagrada cantidad de quetzal, hubiera merecido vivir en un templo de ágata y lapizlázuli, en el corazón de una montaña patria, viendo duplicarse sobre los lienzos fugitivos de un río, la pedrería de sus alas verdes. En cuanto a Chocano, era mucho poeta para la minúscula tiranía de Estrada Cabrera. Quién sabe que prosaicos apuros económicos, llevaron al arruinado heredero de la lira de los tesoros de los Incas, a desterrarse del mundo en ese despotismo claudicante.

Triste condición a la de los poetas sin recursos pecuniarios, dueños de plata de la luna y del oro místico de las constelaciones, metales que por su misma naturaleza divina, no se cotizan en los mercados ni en las jugadas de Bolsa. Con los correos repietos de estas riquezas, Chocano atravesó el Continente escribiendo loas a Carranza, a Villa, a Estrada Cabrera, todo ripio. El derrumbe de este señor lo ha sorprendido en Guatemala y amenaza tragárselo sin remedio. La musa del poeta, como la suntuosa mujer de Pedro Alvarado, está a punto de desaparecer en las fases unionistas del terremoto. La justicia de los hombres, que suele ser imperfecta, quiere activar los ripios en la obra de Chocano, sin tener en cuenta las excelcitudes. Y para ser un poco justos, hay que fijarse más en éstas que en aquéllos.

Condenar a muerte a Santos Chocano, equivale a deshacer una reunión de átomos y de celdillas que difícilmente volverá a integrar la Naturaleza en sus misteriosos laboratorios. ¿Quién después de él nos dará el reflejo de este continente en su selvática y majestuosa grandeza? ¿quién como él podrá posarse de un salto en los picachos de los Andes, haciendo desfilar las sombras históricas del pasado entre las razas tumultuosas del presente, señalando con el signo del vuelo, el ideal que parece soñar en las brumas del porvenir? ¿quién podrá seguir enriqueciendo la vida con las exultaciones de su poesía brava, gentil y fuerte, como una leche eficaz que brotase de los propios senos juveniles de esta América nuestra?

Convengamos en que la justicia guatemalteca no podrá con la sangre ilustre de esta víctima infortunada, pero siempre glorioso. Solicitudes de París y de España han llegado a los vencedores de Estrada Ca-

brera, abogando por Santos Chocano. Entre nosotros la Liga y Centro de Empleados de Comercio de la República Mexicana, acaban de suscribir otra solicitud semejante. Esto es sorprendente. Nunca se hubiera pensado que los comerciantes fueran más admiradores de Chocano que nuestros literatos. Bien dicen que no hay peor cuña que la del propio palo.

Pero no lo matarán. Caída la tiranía de Estrada Cabrera y muerto Arévalo Martínez, pierde todo interés la vecina República. Suprimidos estos casos, se siente de antemano derrotada la curiosidad del turismo.

Con el fusilamiento de Santos Chocano, habría el temor de que los volcanes guatemaltecos, tomarán cartas en el asunto con una inesperada explosión.

DIPLOMACIA Y LITERATURA *

Nuestra diplomacia ofrece actualmente un porvenir risueño a la juventud literaria. La carrera de diplomático, antes del señor Madero era una carrera muy difícil de hacer; desde luego se necesitaba ser miembro de familia distinguida y estar emparentado con los próceres del Gobierno, para tener la representación del país en tierras extranjeras. Los "attachés" eran hijos de millonarios o generales que habían suscrito el Plan de la Noria o el Plan de Tuxtepec; los candidatos a diplomáticos estaban obligados a presentar un examen en el que patentizaban sus conocimientos sobre derecho internacional. Por todos estos requisitos, los jóvenes literatos se veían alejados de la diplomacia, viéndose constreñidos a terminar su lírica existencia, de covachuelistas, con sesenta pesos mensuales sobre el pupitre de cualquiera oficina.

Los literatos y poetas que eran jóvenes hace veinticinco años, no tenían, por su parte, aspecto de diplomáticos. Aunque la cancillería a cargo de don Ignacio Mariscal hubiera sido con ellos menos desdeñosa, el modo de ser de los artistas de entonces no se prestaba, o se prestaba poco, para aprovecharlos en tan delicado ejercicio.

Los jóvenes poetas de aquella época no sólo hacían sus versos llenos del más puro romanticismo, sino que vivían románticamente con un retraso de otro cuarto de siglo respecto de las modas literarias de Europa. Hasta los trajes se resentían de esa obsesión; yo todavía alcancé a poetas ilustres llevando trágicamente un negro vestón de terciopelo, un sombrero de bandido calabrés y una corbata de suficiente longitud para ahorcar con ella a todos los Juanaljeanes de la escuela.

* RAFAEL LOPEZ, "Diplomacia y Literatura", *Hebdomadarias de El Universal*, 20 de junio de 1920, Año V, Tomo XV, No. 1341, p. 3.

Con ese indumento algo estrafalario y caprichoso, apenas hubiera podido representarse a la patria en las célebres grutas de Luigi Vampa o en los dominios del no menos celeberrimo Hernani.

Pero vivir románticamente se entendía entonces carecer de casa y sustento. Los gatos poseían en propiedad un tejado donde encaramaban el lomo de amor bajo las miradas clementes de la luna. El perico de la vecindad tenía asegurada la sopa de chocolate que la quintañona, enamorada de su oratoria, le ofrecía a las siete de la mañana. Menos felices que los gatos y los pericos los románticos feniseculares sufrían las burietas de la luna a lo largo de las calles indiferentes y estaban reñidos con toda clase de desayuno, aún de la naturaleza más sintética. En relación con estas rudimentarias costumbres hubieran sido considerables las economías del ministerio del ramo; unos diplomáticos de poco apetito han de resultar excelentes para aliviar la carga del Presupuesto.

Los románticos eran, además, poco sociables: eran amigos de la soledad y del silencio; preferían los jardines abandonados, los sitios desiertos, las calles poco frecuentadas. Parece que la contemplación de la naturaleza pierde algo de prestigio donde hay mucha gente. Solía verseles, eso sí, en el bar, sonriendo anacrónicamente a la musa verde del poeta francés, que yacía enterrado en Montmartre en la fosa que le cavaron los parnasianos. Esto era de poca monta para nuestros antecesores que seguían adorando en el fondo de una copa de ajeno, la amarga voluptuosidad que halló de Musset en los besos de Aurora Supin, asaz conocida en la literatura francesa con el nombre de George Sand. Los románticos eran poco sociables; por eso les gustaba departir con fantasmas y dialogar con sombras sobre la mesa de una taberna. Encuentro más lógica a la lírica contemporánea que se empeñó en burlarse de la muerte entre sorbo y sorbo de cognac.

Y como poco sociables, nuestros mayores no servían para la vida mundana. No tenían hábitos cortesanos; no eran amables; carecían de esa elasticidad espiritual que desarrolla el trato y la compañía de nuestros semejantes. Más bien eran tímidos, con una timidez que generalmente es máscara del orgullo o de la tontería. Cuando por compromiso alguno de ellos se veía obligado a asistir a una comida onomástica, efectuada en un comedor de confianza, se atutullaban con el mole irónico, que les presentaba un alón, ahogándose en una laguna bermeja, llena de géiseres imprevistos, como los fjords escandinavos. Los románticos sufrían la pena negra. Jamás se las habían visto más gordas; ni cuando se enjugaban con el paliacate de una oda, el llanto de sus inagotables dolores o cuando encerraban en el estuchito de un madrigal el seco perfume de una flor difunta. La diplomacia exige a sus adeptos, la necesidad de hablar seriamente del buen tiempo, del estreno teatral, de los cambios de la moda, del último escándalo; ¿qué menos puede

pedírseles a los representantes internacionales. puesto que están condenados a no decir esta boca es mía en las cosas que interesan a los países? Y bien, los literatos de la época estaban en las reuniones más callados que un muerto, demostrando con eso que se excedían demasiado en el difícil arte diplomático de ser discretos.

La caída de don Porfirio, puso fin, afortunadamente, a este triste destino de nuestra literatura irredenta. La revolución ha sido generosa con los escritores y empieza a mandarlos a las legaciones. He aquí un bello estímulo para que nuestros poetas se regularicen en sus costumbres, se vistan como el resto de los humanos y adelanten en el arte de la conversación y la sociabilidad. El uso de las melenas era otro inconveniente bastante serio para que la lírica ingresara a la diplomacia:

*“Mi alma, que os sueña entrevistos
entre los leves inciensos,
bajo las naves serenas
ama esos rostros de Cristos.
ama esos ojos inmensos
ama esas largas melenas”...*

Al revés de estas simpatías de Nervo, en la actualidad no solamente nadie ama las melenas, sino que no se encuentra una mediana por ninguna parte; hasta los leones del circo las desdennan, a juzgar por las que ahora ostentan los que aquí se exhiben. La última digna de mención que conocí, fue la de José D. Farias y ya la perdió en una peluquería de tantas, persuadido seguramente que al toisón poco aprovecha en esta ciudad de los ventarrones y las polvaderas. La melena —sobre todo las lacias— eran en consecuencia un obstáculo para la diplomacia. así lo han comprendido nuestros escritores que por bucle más o menos largo, no van a prescindir de un viajecito tan interesante como agradable, y hacen bien; ya se fueron los tiempos en que la fuerza residía en los cabellos; ahora reside en la inteligencia, en el estudio, en la laboriosidad. Tengo algunos barruntos de que esta última virtud no es muy necesaria para el desempeño de un cargo diplomático; pero de esto no tienen la culpa nuestros representantes y a la postre, siempre hay que felicitarse de que se prefiera en esos puestos a la juventud inteligente y culta, corrigiendo de esta manera a los imitadores que ha tenido Calígula, el cual, si hemos de creer a Suetonio, hizo Cónsul a su caballo.

L A T O M A D E L A B A S T I L L A *

Cuando yo era pequeño, el solo nombre de la Bastilla me ponía la carne de gallina. La lectura de la Historia de los Girondinos, escrita en cantos poemáticos por la lírica pluma de Lamartine, me había hecho

* RAFAEL LOPEZ, “La Toma de la Bastilla”, *Hebdomadarias de El Universal*. 11 de julio de 1920, Año V, Tomo XVI, No. 1362, p. 3.

considerar a la célebre fortaleza como un símbolo irreprochable y perfecto de la tiranía absoluta. Frente a ese sombrío monumento que nos pinta el poeta con sus ocho torres macizas, ennegrecidas por el tiempo, con sus raras ventanas cubiertas por espesos barrotes de hierro y su amplio foso lleno de agua verdosa, la alhóndiga de Granaditas, con sus muros descarados por la heroica cuanto glorriosa pedriza de 1810, se me antojaba una risueña quinta de recreo. Se comprendía fácilmente que Santerre hubiera abandonado sus utilidades de cantinero pacífico, para lanzarse, encabezando a sus parroquianos, a la toma de la temibles prisión cuya amenazadora arquitectura se acrecía con el aire de misterio con que la monarquía rodeaba tradicionalmente al castillo. Los encarcelamientos únicamente se efectuaban de noche; apenas se adivinaba en las sombras el paso de un flacre atravesando los puentes levadizos que luego volvían a alzarse; si alguno moría en prisión era igualmente enterrado de noche; en el silencio salía un ataúd de la torre acompañado por unas cuantas personas, sombras vagas que en el medroso reflejo de la antorcha hacía vacilar sobre los negros muros.

Si por casualidad se encontraba algún ex-prisionero, respondía a toda pregunta; que al ser puesto en libertad, había firmado la promesa de no revelar lo que había visto. Un silencio absoluto cerraba la boca de los carceleros. Se explicaba con semejantes antedecentes, el pueblo de París haya destruido en la fecha correspondiente a este aniversario, construcción tan peligrosa y que los demás pueblos, devotos de la libertad, se unan a los heroicos franceses celebrando el notable suceso. No hay alegoría, emblema o símbolo que sintetice con más elocuencia un período de despotismo, como un rudo castillo medieval, de espesas paredes, de ocho torres y puente levadizo, es un símbolo que entiende cualquiera, porque aduna la consistencia a la sencillez; un hermoso símbolo de cal y canto y hierro, propio para que sirva de plinto indestructible al a diosa vencedora de la libertad.

Es lástima que yo no me haya quedado en la Bastilla de la tradición y de la leyenda, en la que decoraron con espantables horrores los románticos de la Historia. Así hubiera seguido admirando con inmarcesiliquia del feudalismo, y con simpatía positiva, el esfuerzo de sus asaltantes en el 89. Pero la Historia como la Poesía, tiene sus fases y hora estamos bajo el reinado razonable de Hipólito Taine, perfeccionado por los concienzudos trabajos de Funck Brentano, de Medelin, de Mandal, de tantos más que han reconstruido la Historia en nuestro tiempo, con datos sacados directamente de los archivos y con nuevas noticias provenientes de documentos originales de indudable autenticidad.

La Bastilla ha sido calumniada, nos dicen estos modernos historiadores. Jamás un individuo del pueblo pasó por un puente levadizo. El burgués que en el tiempo de los Luises violaba la ley, tenía otras prisiones de menor cuantía como el Fuerte de Obispo; los ladronzue-

los, los ladronazos y los vagabundos perniciosos, tenían Bicetre y el Chatelet. Para ser alojados en la Bastilla, se necesitaba ser mariscal como Basompierre, derrochador en grande como Fouquet, escritor y satírico insigne como Voltaire, duque como Richelieu. Aunque hubiera llamado a las propias puertas de esa prisión el criminal más hazñoso, se le hubiera dejado en la calle, si no muestra buenos cuarteles de nobleza.

Uno de los detenidos que dio más brillo a la motejada fortaleza, fue justamente el célebre y joven duque de Richelieu, el cual fue encerrado allí —pásmense ustedes— porque no amaba a su mujer. El galante gentilhomme estuvo bajo los cerrojos varias semanas, hasta que vio abrirse la puerta de su celda, para dar entrada a la joven duquesa, que se le presentó radiante de elegancia y de gracia, adornada con sus atavíos más insinuantes. He aquí un amable papel de componedora, un poco difícil de sospecharse en el gesto ceñudo de la cruel Nemésis de piedra.

No paraba allí la desconocida bondad de esta prisión. Richelieu era el don Juan de la Regencia y la Bastilla el mirador de sus amores. A horas determinadas el hermoso duque se paseaba en lo alto de las torres, donde las crónicas lo muestran de “peluca rizada y casaca bordada”, o bien en “bata de seda rosa, adornada con listones blancos”. Las maravillosas más en boga detenían sus carrozas junto a los fosos y adornaban sus vehículos para contemplar al prisionero, enviándole sonrisas y suspiros. “Yo cansaba los labios —escribe Richelieu— los ojos y las manos, en devolver a mis bellas afligidas sus miradas, sus sonrisas y sus saludos; pasaban por la calle en tal número de carrozas, que les era preciso ajustar el paso y entrar en fila como en el paseo”.

Los prisioneros, además, recibían la visita de sus amigos y se veían entre sí formando agradables tertulias. Como tampoco faltaban prisioneras —alguna que otra marquesa víctima de un pasajero disfrazado de real—, se hablaba de amor y se arreglaban idilios digno del pincel de Watteau y de la gracia pastoril de Boucher. “No deseaba otra libertad —dice en sus memorias la adorable baronesa de Launay, entonces prisionera en la Bastilla por una conspiración:— no creía que hubiese otro mundo fuera de estos muros; es el tiempo más feliz que he pasado en mi vida. ¿Quién hubiera dicho que la felicidad me esperaba en la Bastilla?”

Véase ahora, por lo que respecta a la alimentación, la forma verdaderamente regía, con la cual eran tratados los prisioneros. Se les servía un excelente potage, un buen trozo de ternera, otro de rocino privilegiado y chícharos, cresones, espinacas, duces, e^l todo rociado con una botella de viejo vino de Borgoña y un superior café de Moka. ¿Verdad que excepción hecha del café de Moka, porque aquí lo tomamos caracolillo de Uruapan, la lista anterior parece un menú de Silvayn?

Con semejante régimen se comprende la opinión de la gentil baronesa, y lo que cuesta trabajo es explicarse como una fortaleza tan benévola y pródiga, ha cargado ella sola con todas las lacras de la tiranía.

En ella se gozaba de placeres y comodidades que no solían tener los príncipes en sus palacios. Estar allí era un favor particular y una distinción especial del rey. Bastará añadir que en el Interior había una pastelería mejor surtida que la del Globo. En vez de ser la terrorífica prisión que nos pintaron gentes mal informadas, la Bastilla, en los tiempos dorados de la monarquía era uno de tantos castillos del rey, donde de vez en cuando, ofrecía hospitalidad a algunos de sus súbditos; hospitalidad forzada sin duda, pero hospitalidad real. ¿Qué hubiera dado el pueblo por tener este alojamiento en la época de la tiranía? Todavía falta que los historiadores de mañana, nos expliquen la toma de la Bastilla por el pueblo, justamente porque éste no pudo tener acceso a la privilegiada prisión, durante el reinado de los Borbones. Así quedará explicado igualmente la frase que algún chusco compañero de Santerre, escribió en los muros de la vencida fortaleza: "Aquí se baila", rencorosa alusión quizá, a las horas alegres que no se gozaron.

Sea todo esto dicho en homenaje a la verdad histórica, sin disminuir por ello la reverencia que debemos al glorioso pueblo, cuya sangre selló magníficamente la conquista de los Derechos del Hombre, simbolizándolos en las palabras de Libertad, Igualdad, Fraternidad, tres flores supremos que continúan brillando en la conciencia de la humanidad y en la fecha del 14 del julio como un deslumbrador espejismo.

V I V A G U A N A J U A T O *

Viva Guanajuato —gritó un público rugiente de entusiasmo el último domingo, al ver aparecer en la arena a su torero predilecto, mozárabe y jarifo. Gaona, después de siete años de ausencia, pasados en las universidades al aire libre de la torería, regresaba a la patria con su grado de doctor bien remachado en las borlas de la montera.

Y la recepción fue solemne. El comercio, la agricultura y la industria enviaron sus más distinguidos representantes al acto. La intelectualidad, lo mismo miembros eminentes de las principales sociedades científicas y literarias estuvieron presentes. Las Cámaras colegisladoras se dieron cita en las primeras barreras. Hermosas mujeres regaron su gracia y su lujo en la policroma de sus tendidos. A las tres de la tarde la plaza se venía abajo de público. Había concurrentes hasta en las manecillas del reloj que marcaban con irónica lentitud, la hora suprema. Fuera del bullicio inherente a una asistencia entusiasta y heterogénea, porque no estaba exenta de una hamponería aseleada y rui-

* RAFAEL LOPEZ, "Viva Guanajuato", *Hebdomadarias de El Universal*, 28 de noviembre de 1920, Año V, Tomo XVII, No. 1502, p. 3.

dosa, cualquiera habría creído que se hallaba en la recepción académica del mariscal Foch, después de haber alzado una cosecha de gloria en los sectores de Verdún.

Guanajuato fue siempre almásigo de grandes hombres y parece que continúa siéndolos. Mi hermosa tierra desdeña las medias tintas en el trozo de las figuras eminentes que no se ha cansado de clavar en los sólidos marcos de la Historia. Ninguna tampoco tan variada para dar a luz notabilidades de toda especie. Sin contar los héroes de la Independencia que forman legión, un desfile de grandezas de todo género, cruza los campos Elíseos de las efemérides nacionales, cuya fama rebasa las mohoneras guanajuatenses y se extiende por el resto de la República.

Así tenemos un historiador como Alamán, cuya respetable autoridad no ha perdido su prestigio a pesar de los prejuicios de su época y de su espíritu conservador y aristócrata. Entre los liberales es descolante la atizada personalidad de don Ignacio Ramírez, el de la pluma atea mojada en el tintero de Voltaire para preparar el triunfo de la Reforma. Fue el fundador, con el doctor Mora —otro guanajuatense ilustre— de la Biblioteca Nacional, ahora custodiada por la culta vigilancia de mi amigo el doctor Mestre Ghigliazza.

Entre la diplomacia tenemos a don Manuel Doblado, deshizo con sonrisas la formidable Tripartita en las conferencias de la Soledad. Figurémonos como le hubiera ido a México si hubiera intervenido en dicha negociación un político de menor fuste, aún suponiéndolo de la estatura de don Cándido Aguilar.

De los guerreros nos acordamos de don Santos Degollado, que, aunque conocido en la Historia con el epíteto del “Héroe de las Derrotas”, es venerable por su ardiente patriotismo y su amor por la libertad. Citemos también al general Sostenes Rocha, sostenedor del Gobierno de Juárez con los memorables triunfos de Lodeovejo y la Bufa.

El campo de los conservadores no queda huérfano tampoco. Allí está don Francisco Ramírez, Limosnero Mayor de Max en los blasonados días del Imperio. Allí el virtuoso Obispo Solalno que formó parte de la Asamblea de Notables y que fue un teólogo profundo. Allí monseñor Montes de Oca, también amigo del príncipe de la barba dorada, pero más amigo de los clásicos griegos y romanos y de los insignes latinos con cuyas versiones ha inmortalizado las mayúsculas de su misal y las páginas de su antifonario. Allí finalmente, c primeramente, es homenaje a la jerarquía, don Juan Cayetano Portugal, el único cardenal “in pectore” que ha dado esta tierra chinaca y heterodoxa.

Si de la religión pasamos a las artes, nos tropezamos con el inolvidable Tres Guerras, glorioso arquitecto cuya celebridad continúa diciendo los poemas de piedra que construyó con las estrofas de la hoja de canto y de la columna corintia. Con Antonio Plaza, poeta un poco renegado y violento, al que don Justo Sierra calificara de una especie

de "Baideaine inferior" y a quien Verlaine podría haber puesto en uno de los sótanos del palacio que edificó para alojar a sus poetas malditos, mas no por esto es menos popular y conocido en todas las ciudades del país. Sus versos "A una Ramera" constituían el evangelio que hace cuarenta años recitaban los catecúmenos del placer para cortar con las manos ansiosas, las rosas ardientes de la orgía.

Dediquemos en esta brillante lista guanajuatense, un lugar a Juventino Rosas, también nacido en al generosa tierra, y al cual le bastó un vals son de criollas melodías para que su nombre rodara por el mundo e hiciera vibrar el aire sagrado hasta la armoniosa Germania; nada menos que ese aire sinfonizado por el divino sopro beethoviano. Y bien, el valsecita de Juventino realizó este milagro. Sabido es que las damas teutonas en estado de merecer, se lanzaban sin dificultad a las delicias de la danza, envueltas en los mágicos giros de la melodía mexicana, arrulladora como una paloma zaura, bella como una cita romántica, dulce como una noche de estío. Esta será acaso la única vez, en que los gnomos guardianes del oro del Rhin hayan salido tantos a tantos con los nahuales del río Lerma. Y, sin embargo, no nos infautamos.

Hasta en el despilfarro y en el "savoir vivre", Guanajuato ha tenido figuras de cuerpo entero y con toda la barba, que si desde la altura de una moral estricta resultan empequeñecidas, vistas con tolerancia amable recuperan su tamaño habitual. Entre estas se encuentra aquel segundo Conde de Valencia en cuyas manos se fundía el oro de la célebre mina bajo el sol de las exquisitas concupiscencias. El Conde que blasonaba sus armas con el oro y la plata de las ricas betas guanajuatenses, venía a México periódicamente y lo alegraba con encerronas de leyenda. En los archivos nacionales, en hermosa letra cursiva del siglo XVIII, está el proceso que se entabló por jugador exímio e incomparable manirroto. Sólo en un año derrochó cerca de cien mil pesos en el juego y en el amor. Y que pesos: algo más consistentes que los acuñados por los troqueles de Luis Cabrera. La mamá del señor Conde tuvo que acercarse a la mamá de los Revillagigedo para que éste influyese en los derroches del rumboso heredero. Pero fue inútil. El Conde de la Valencia tenía oro para ceñir el planeta con un cinturón más rutilante que el de Afrodita.

El Marques de Rayas, otro hijo afortunado de Guanajuato: era el único que podía competir con tales derroches. En las fiestas de la Presa es fama que echaba sobre las ondas, algunas "onzas" de "patitos", también mayores que los esmirriados aztecas que hoy nos encantan y nos desesperan. No sirven ni para ganarse el cielo ni el infierno. Lo mismo disgustan a San Luis Gonzaga que a Margarita Gautier.

Natural era que de tierra tan prodigiosa, viniera un matador de Toros que resucita en su escuelas las excelencias de Rionda y de Córdoba. Es indudable que Gaona es el último grande hombre guanajua-

tense. A una ciudad simplemente obrera como la de León la exalta a categoría de Califato. El mismo es interesante y soberano como Harúm-Al-Raschid. Hay que repetir el grito unánime de la plaza: Viva Guanajuato.

Después de todo para la economía del zodíaco quizá es lo mismo el Tratado de la Razón Pura, que la ejecución de una gaonera.

J E S U S U R U E T A *

Urueta muerto. Y la noticia se ceba cruelmente en nosotros, como una fiera que nos atacase en un desierto. Buscamos a Valenzuela, Othón, Nervo, Tablada, Balbino Dávalos, Ruelas, Izaguirre. La gloriosa legión trunca y dispersa por la muerte o la ausencia. —otra muerte pequeña— se funde poco a poco en horizontes ahogados de crepúsculo. Quisiéramos que los que quedan se juntasen en el funeral, silenciosamente y vestidos de penitentes, como los frailes sin rostro que custodian la tumba de Felipe Pot.

Que distinta la sombra de esta hora negra, de aquella mañana de oro que el pincel de Ruelas desfleca sobre la espuma de un mar reidor y sonante. A la playa llega don Jesús Luján, el mecenas de la Revista Moderna, caballero de un unicornio de fábula. Allí le espera Valenzuela, soberbiamente animalizado por el pintor en un centauro de pecho potente y cabellera riza como una selva. Urueta es un ofidio el cual con alas transparentes que al pie de un árbol devora como un rito sacro y misterioso, las mágicas manzanas de oro. Quizás ese árbol es del paraíso y uno de los espléndidos frutos muestra la fatal mordida que le dio Eva con su ardiente boca de tafetán. Tal vez otra manzana por encima de la clava de Hércules se la tendió la más dulce de las Hespérides, para hacer su palabra de miel. Quizás otra se la quitó a Atlanta después de haberla vencido en la carrera, para alivio de los labios secos y voraces. Tal vez otra se le rodó a Venus la bella de la mano soberana, llevándole en su pulpa terrible todas las ansias de la pasión y los misterios de la voluptuosidad sorprendidos en la radiante cintura divina. Nunca fue más penetrante, más expresivo, más simbólico el inolvidable pincel de Ruelas que cuando encarnó la elocuencia de Urueta en la línea elegante de ese ofidio emblemático, devorador de manzanas de oro, a la orilla de un mar donde se enconcha la luz y juguetea entre las ondas como una ociosa sirena.

Entonces conocí a Chucho. En plena juventud y en plena gloria. Era un sugestionador, un animador, un demiurgo, un encantador. La magia de su palabra reflejaba el cielo y la tierra como una fuente de puro cristal. Después de sus discursos, esta ciudad tradicional de azte-

* RAFAEL LOPEZ, "Jesús Urueta", *Hebdomadarias de El Universal*, 12 de Diciembre de 1920, Año V, Tomo XVII, No. 116, p. 3.

cas y conquistadores perdía sus contornos y se esfumaba en lontananzas borrosas. Quedaba en su lugar Atenas o París. Atenas con sus mitos y sus leyendas, con sus dioses y sus héroes, sus artistas y sus poetas. Chapultepec se nos antojaba al Partenón y don Porfirio el más tratable de los treinta tiranos. Zeus privaba en la Catedral y a cualquiera dama católica que encontrábamos camino de la misa a las once de la mañana, la confundíamos con Palas, la diosa de los ojos claros o con Juno la de los blancos brazos. Cualquier poeta con anteojos nos parecía Homero y Aquiles cualquier general sin batallas. Pedíamos el desayuno con un exámetro de la Iliada y la cena con otro de la Odisea. Y para cruzar en alguna alegre jira los inocentes canales de Xochimilco llevábamos una provisión de cera para taparnos las orejas a la manera del prudente Ulises.

¡Ay! Siempre el canto de las sirenas fue más agil que la perezosa previsión juvenil. Algunos hay que se quedaron convertidos en cerdos por haber oído a Circé.

Y París con sus ajenjos, su parnaso y sus melenas locas. Después de un discurso de Urueta, cualquier callejón de Peraviño era el Barrio Latino y Chat Notre la tequilera más humilde. Cualquier poeta desaseado se creía Paul Veriaine, una silla desvensijada se tomaba por un sitial de Luis XV, un baile de vecindad por una recepción en el ojo de Buey, salpicada de cabelleras empolvadas y tacones rojos. Teníamos entonces la serenidad de la literatura parnasiana que había suprimido el dolor de la corteza terrestre como un limo infecundo y de mal, más olorosas que una judía sin bañarse y más bien pintadas, que nuestra historia, de nuestra tradición, de nuestra leyenda. Escribíamos como Leconte de L'Isle y soneteábamos como Heredia. Habíamos hecho el viaje a la India de Baudelaire y nos embriagaban sus flores del mal, más olorosas que una judía sin bañarse y más bien pintadas, que la piel de las panteras.

Y esas maravillas las debíamos a la palabra de Urueta, la única moneda que se burló del señor Limentour y que hizo visible la dictadura. Recordamos aquel discurso inmortal que dejó en la inauguración del Hospicio de Niños. El gran orador se burló entonces del afortunado autor del Plan de Tuxtepec, de las florecientes finanzas del país, de las honorables damas que asistieron a la fiesta. Con frase del seráfico San Francisco, puso de relieve la orfandad infantil, el abandono criminal del niño sobre los mármoles de los palacios edificados por la matrona porfiriana, constructora y arquitecta como el compás de la rosa-cruz, Y los animales lloraron y las piedras se conmovieron. El mito orférico se repetía en el camino de Tlalpan, con la eficacia que presenciaron las mañanas de la antigua luz.

Recordamos las palabras que fueron la escala de Jacob por donde Gutiérrez Nájera y Manuel Othón ascendieron a la inmortalidad; el homenaje a Santos Chocano cuando este poeta levantó junto a nuestro

Popocatépetl las nieves ilustres del Chimborazo; su exaltación ante los prestigios del héroe o las bondades del artista. Viviendo Urueta, la República tenía la evidencia de que los visitantes ilustres eran agasajados como reyes y de que los muertos dormirán satisfechos el sueño eterno, sobre los tumultos de oro y ágata que él alzaba en la eternidad con el poder de sus acentos.

Tuvo el amor del niño, de la flor, y de la mujer. El sabía que sobre estas cosas descansa la armonía del mundo y no las traicionó jamás.

La mujer fue su Antífona y su Medea. A sus pies deshojó las rosas más espléndidas y su guirnalda.

Y fue porque sabía que si Eva perdió al género humano, éste fue redimido por la Virgen María, la que sosiega bajo sus plantas ingravidas la rotación del planeta, con la bendición de sus manos que todo lo perdonan.

Descanse en paz el genial orador, el gran poeta, el literato exímio que nunca se escatima al dolor ni al placer para entender al misterio de la vida y descifrándolo con belleza y magnificencia.

El esqueleto lamentable del divino Chucho, de mi querido Chucho es todo el oro, y la República lo envolverá en su bandera para que duerma en el riñón de una patria enaltecida y glorificada con la armonía de su voz.

M U Y F E L I Z A Ñ O *

Ya tenemos aquí al nuevo año con sus viejos dibujos de esperanza brillando en sus ropones de príncipe azul. Es un peligroso bebé a quien le presentamos melosamente un biberón, temeroso de que nos vaya a morder la vida, a semejanza Hércules niño cuyos ingratos diente-cillos se clavaron sin empacho en los gloriosos pezones de Yuno.

Nosotros mismos contemplamos con ojos poco infantiles la insasible felicidad, suspensa de los celestes personajes que lo envuelven, como las sonajas de colores colgadas sobre la cuna de los recién nacidos. A las estrellas que esmaltan con su indiferente pedrería la mitra sideral del Papa Silvestre, les pedimos en muda imploración un pequeño anticipo de las alegrías del paraíso, y en la duda de que las estrellas permanezcan sordas a nuestros anhelos quisiéramos comprometerlas con la manifestación de ese deseo de ser felices que nos invade periódicamente el primer día de los eneros.

Mas las estrellas están muy altas y no ven vuestras actitudes suplicantes. Están, además, muy ocupadas en sus eternas correrías para dedicarse a complacernos individualmente. Cada ser tiene un concep-

* RAFAEL LOPEZ, "Muy Feliz Año", *Hebdomadarias de El Universal*, 2 de enero de 1921, Año VI, Tomo XVIII, No. 1537, p. 3.

to de la felicidad diverso del de su semejante. Lo que es satisfactorio para uno resulta cosa sin importancia para otro. Quien se propusiera ser proveedor de dicha humana necesitaría un surtido variado hasta lo infinito; unos juguetes de felicidad más abundantes que los infantiles que ya vienen por los caminos de oriente en los camellos de los Reyes Magos.

Sí. La felicidad es innumerable y diversa como las estrellas del cielo y como las arenas del mar.

Cuando decimos feliz año al octogenario que ya se despidió de todos los placeres del mundo y que no conserva en sus arcones ni los vestigios de la tenaz esperanza, es que le deseamos unos días de temperatura templada, a fin de que un catarro imprevisto no lo presente con la muerte, esa paciente y lívida enamorada que nunca se cansa de esperar. No conozco a gente más miedosa que a los ancianos para cumplimentar esta cita indeclinable. Aunque hayan sufrido los mayores desengaños, aunque lleven el cuerpo y el alma llena de costurones con las cicatrices de una vida pérfida y cruel, no quieren abandonarla. Se aferran a ella con la desesperación de sus pobres manos temblorosas y ya sin fuerzas. Quizás tienen razón. No han podido comprar la existencia sublimar con otra y se atienen a lo que conocen. Con todo y los defectos que adolece no les parece del todo mala. No les convence aquella consoladora frase inventada por los griegos para disimular la impotencia del hombre ante su desagadero en la nada de toda ilusión y de todo deseo, de que "los amados" de los dioses mueren jóvenes. Los viejos se sienten muy contentos con que los dioses no los amen y su única idea es que el calendario del nuevo año no traiga un día destinado al pago del forzoso tributo. La felicidad para un viejo consiste en que no le haga daño la sopa de fideo y en que el mal tiempo no le avive la tos. Es una felicidad relacionada con la farmacopea. Si traduce en una receta de bótica y en un específico contra el asma.

En cambio, el feliz año de cualquier joven con aspiraciones va por muy distintos caminos. Los jóvenes no creen en la muerte y por eso la afrontan sin miedo, en todas partes y a propósito, así de las cosas menos interesantes, como de los instintos más nobles. Esta actitud es irreprochable y digna de estímulo, porque funda una condición de progreso. Si los jóvenes creyeran en la muerte hace mucho tiempo que la civilización se hubiera oxidado en sus inmóviles rodajes. No tendríamos ni ciencia, ni industria, ni bellas artes que constituyen la suprema distracción de la vida. La fórmula de la felicidad para un joven que cultive la ciencia sería en consecuencia de carácter rigurosamente científico; por ejemplo, darle el poder de descubrir el verdadero origen del tipo exantemático. Para el industrial, enseñarle el secreto de las múltiples aplicaciones que puede tener el uso de las anilinas y para el artista la realización de una bella estatua de una luminosa pintura, de un perfecto poema. Al desearles a estos útiles obreros de la vida un feliz

año, ellos piensan en un favor de la fortuna, bien alejado del que espera el comerciante con la cabeza inclinada sobre sus libros de cuentas. El feliz año para éste consiste en una utilidad permanente de cincuenta por ciento sobre el valor de sus mercaderías. Esta felicidad es de carácter bursatil y no muy difícil de alcanzar si se sostiene la paz pública y las comunicaciones no se interrumpen.

Mas sucede que la felicidad no viene por ninguna parte y todos se ven burlados en sus esperanzas, de cualquiera naturaleza que sean.

Allí tienen ustedes, por ejemplo, el caso de Gabriel D'Annunzio, representando un papel tan eminente en la historia italiana, que sin esfuerzo se le comparaba a los héroes de Homero.

Desde la guerra mundial, el gran poeta ha de haber pensado caer gloriosamente en los campos natales, como un epílogo digno de la gran aventura de su vida. Sin embargo, el destino lo economizo entonces para agigantarlo desmesuradamente en el apasionante episodio de Fiume. El mundo entero estaba fijo en sus deslumbradoras presillas de capitán. Hubiera sido una felicidad suprema para él, sellar con su sangre el poema más fundamental y sonoro de su obra. ¡Qué bello verlo arrebatado a la vida a semejanza del fundador de su egregia Roma, en los brazos de una fulminante centella!

En lugar de eso, el defensor de Fiume sigue viviendo, después de su incomparable hazaña. Los cables nos dicen que una señorita que ni siquiera se llama Casandra, sino Baccará, como la amiga predilecta de Rocambole, le ofrece su mano en matrimonio. El divino D'Annunzio va a divorciarse para poderse casar con Baccará. La tragedia se resbala al vaudeville y Esquilo resulta derrotado por Vital Aza. El año que acaba de pasar no pudo haber sido más irónico con el alado guerrero que se cansó de desafiar a la muerte desde su invencible aeroplano.

Y todo esto sucede porque las estrellas no refrendan con su sonrisa de oro, los votos que formulamos por la dicha humana.

Hecha esta salvedad, yo deseo a mis inteligentes lectores un feliz año.

R A M O N L O P E Z V E L A R D E *

Me parece verlo todavía con sus 33 años ricos de salud espiritual y física, hondamente plantado en el corazón de la vida como un joven encino en el corazón de la selva.

Me parece verlo desgarbado y risueño, enlutado y cordial con su juventud recoleta echada como una hija de María en el lecho concuspiciente de la Ciudad. Una hija de María que tuviese el pecho cubierto

* RAFAEL LOPEZ, "Ramón López Velarde", *Hebdomadarias de El Universal*, 3 de julio de 1921, Año VI, Tomo XIX, No. 1719, p. 2.

de escapularios y los ojos suspensos en todas las curiosidades aún de las más acerbas.

Me parece verlo con su plumaje de pájaro oscuro pasado en la ilusión de la hora hasta hundir en ella el pico agudo y antojadizo, todavía endulzado con la miel de las frutas que el Sr. Cura bendijo en las huertas de la provincia.

No era masón ni caballero de Colón. Aunque arquitecto no usó otra escuadra y compás que los que con un gesto irónico puso en sus manos el destino para levantar adoratorio a Nuestra Señora de la Muerte. Gesto irónico porque la Virgen que priva en los altares de este máximo enamorado de la vida acólito de sus inquietudes y catecúmeno de sus placeres, es la muerte: la todopoderosa y pontifical, la amante incontenible o inmovil que lo esperaba en la noche de junio para desposarse con él y que llevada de una coquetería cruel, cortaba azahares de una luna de jueves santo, para la fiesta de las bodas.

Tampoco era Caballero de Colón. Tenía la lírica para las sociedades y los Ateneos. Se reservaba su religión de católico para saborear mejor la voluptuosidad del remordimiento cuando ceñía desoladamente las ánforas eternas de Afrodita con asperos cilicios de penitencia. Como el rudo monje del desierto, cuántas veces azotaría con el hisopo los flancos de la reina de Saba, después de haberla acariciado.

No era frívolo, y la flor de las elegancias bulevarderas, corría riesgo de marchitarse a la sombra de su borzalino. Nunca habría necesitado para sus guantes dos obreros como Brummel que exigía uno solo para el pulgar. Se escandalizaba de mis corbatas vivaces y de mis chalecos optimistas. Los contemplaba con cierto curioso asombro semejante al que sintiera un misionero de la Conquista, viendo por primera vez un quetzal indignado contra su lúgubre pergeño que me parecía amortajar prematuramente el mérito de su corazón florido, le decía yo entre amistosas bromas: Prende a tu juventud un manto real como si fuera hija de rey; mímalala como a la amante mas hermosa por fugaz de la vida; cómprate un canotier, córtate un terno claro, ponte un diente de oro. El se reía de mis consejos. Su lujo era más profundo y su elegancia menos superficial. Estaba en la aristocracia de su pensamiento, burlador de las cuadrículas vigentes y en exquisito son de su lira, desdeñosa de lisonjear al vulgo letardo. Cada vez que la mano de López Velarde empujaba un poema a la plaza pública aparecía un lucero en el cielo del arte entre el espanto de los literatos moderados y el desconcierto de las literaturas asustadizas. Los cenáculos babeaban, los críticos caían enfermos de ictericia y cambiaban de forma algunos recallosos cráneos académicos. No; no era un frívolo este "payito" de paso cancano, que atravesaba las avenidas apretando contra su pecho una estampa de la Virgen de su pueblo, mientras enaltecía y glorificaba el trivial paisaje provinciano con la sutil paleta de Góngora y los en-diablados pinceles de Licofrón.

Venía de la provincia: de la provincia ubérrima en virtudes donde está encajada la espina dorsal de la patria. Generalmente hablando, en la provincia se forjan los mejores ciudadanos, los hombres más útiles, los más conscientes artistas y los poetas más grandes. La Lámpara del hogar provinciano está cargada con aceites más limpios para alumbrar los deberes, y hacer visible la señal del misterioso destino. De la provincia vino Herrán a incorporar en sus telas de sombra el color de los indios y a engastar en sus bermeliones ilustres, el cuerpo caliente de los criollos dorados como la piel de los pumas bajo la gloria de nuestro sol. De la provincia vino Díaz Mirón, como desprendido del regazo de Onfalia, a sacudir en el Pendón Nacional, su armoniosa cabellera de color de jacinto. De la provincia vino Nervo, a aplacar las marejadas del mundo con su gesto franciscano, aprendido en el aula mansa de su Colegio de Jacona. Y de la provincia vino López Velarde, todavía con el pie juvenil de su musa, enrojecido por las bravas puntas de la peña zacatecana.

Musa complicada y sencilla; ingenua y paradójica, periférica y central, como él mismo decía. Con la ansiedad de Margarita de Borgoña para extenuar a las innumerables amantes y con cantidades de la Virgen María para salvar a todos los predicadores. Musa que aunque pasara por la fiebre de la ciudad, pintada y ojerosa, extendiendo las manos ávidas y en además irrefrenable al rosal de la v.da, llevaba en los cabellos olientes a flor de durazno, la bendición de la provincia. Viéndole bien, el arrebol de sus mejillas pertenecía al tocador de las auroaras, de aquellas que besan con santa luz el campanario del terruño. Y las ojeras sólo eran un reflejo de las hiedras que no pudieron profesar y que se quedaron esperando su turno en las tapias del convento, ya con los cabellos cortados bajo sus tocas azules. Y todavía, la musa provinciana, a través de la falda y el refajo de seda, hacía crujir las blancas ropas almidonadas y fieles a la pulcritud de los arcones solariegos.

Por eso le bastó la evocación de la provincia en todos sus aspectos, para dejarnos su "Suave Patria", en que con las cosas más íntimas, más nuestras, más puras y más profundas de la mexicana vida, hizo un canto bendito de belleza y de amor que a mí me gustaría repetir como un himno guerrero, en los momentos supremos de nuestro vivir nacional.

Los que lo quisimos tenemos que consolarnos con haberlo entregado a la tierra dignamente. Gracias al corazón alerta y a la inteligencia de Vasconcelos, le hicimos funerales de príncipe, como lo que era, dejándolo amorosamente dormido en los brazos fríos de Fuensanta.

D I A L O G O D E D O S H É R O E S *

Ayer hizo cuatrocientos años que esta ciudad cayó en poder de

* RAFAEL LOPEZ, "Diálogo de Dos Héroes", *Hebdomadarias de El Universal*, 14 de agosto de 1921, Año VI, Tomo XX, No. 1768, p. 3.

los conquistadores. Bien conocida es la aplastante epopeya; la sangre azteca la grabó para siempre en la frente de los volcanes claros. Es el indomable valor de los indios se finca la gloria de sus dominadores. Si Cortés merece que los platillos de la Historia toquen en su honor un himno triunfal, el nombre de Cuauhtémoc es digno de tejerse en el oro de una constelación. Todo él era de obsidiana y las puntas de sus saetas parecen templadas por su terrible dios en la lumbre de la divina fragua solar.

Recordando estos memorables sucesos, ayer hubo peregrinaciones votivas al sitio en que según se afirma, fue hecho prisionero el héroe. De allí se trasladó el cortejo al monumento de la Reforma, donde el gesto glorioso se perpetúa en la eternidad del bronce; tampoco fue olvidado don Hernán, en algunos templos se efectuaron ceremonias fúnebres, rezando misas por el eterno descanso de su alma y también por el descanso de todos los que perecieron en la jornada.

Impresionado por la fecha ilustre, llegué a mi pueblo señorial de Popotla donde el Arbol de la Noche Triste se antojaba, con sus viejos ramajes en que se abre la flor de una leyenda trágica, un arrugado crespón bien prendido en el brazo de la conquista. El sitio era evocador. La noche mansa y rica de luceros. Me senté un rato cerca del árbol a cuya sombra parecía perfilarse espectros heroicos.

De repente, en un hueco del tronco, advertí que esos espectros se corporizaban; alcancé a ver el cabrillo de un casco junto al brillo muy tenue, de un airón de plumas. Un confuso murmullo, que poco a poco se fue aclarando, llegó hasta mí. Las sombras hablaban en forma amistosa y cordial, más allá de los odios y las pasiones terrestres. He aquí lo que me pareció oír, sin responder de absoluta veracidad, ya que en las transcripciones suelen someterse algunos errores.

El de airón: Buenas noches Mainche ¿estarás muy satisfecho de la conmemoración?

El del casco: A medias; mis admiradores me glorificaron con honras fúnebres y misas de réquiem, como si se tratara de un duelo o de una cosa triste. Figúrate; para mí no hay fecha más alegre que la de ayer, en que logré triunfar del valor y la entereza de ustedes. Todavía si se quisiera solemnizar la noche en que pasé tan desmoralizado por esta calzada, o bien mi desgraciada expedición de las Hibueras, vaya; pero venirme con responsos en fecha tan fausta, no lo entiendo. Yo creo, sin pretensiones que estaba indicado un Tedeum.

El del airón: Lo que me ha llamado la atención, es que esas misas se apliquen también por los indios, ¿pues cómo pueden serles valederas si murieron justamente por oponerse al triunfo de la Cruz? No te asombre que ahora entienda de estas sutilezas; desde que no nos vemos he leído a los Santos Padres y conozco a otras muchas materias. ¡Oh! si cuando nos conocimos hubiera poseído las experiencias que ahora tengo.

El del casco: Realmente, no me lo explico habrá que consultarle al padre Olmedo.

El del airón: A él le debo precisamente mi afición por el estudio. Todavía cuando me izaste en la ceiba de Tabasco, tenía ideas muy confusas sobre la transubstanciación. El padre Olmedo se empeña en atraernos a la fe de Cristo, pero lo hacía con argumentos de teólogo que nos dejaban en babia. Por esto nos resultaba un poco cargante, no obstante su natural bondad de la que conservo un grato recuerdo. Esa ignorancia me cerró las puertas del empirio.

El del casco: ¡Cómo! ¿No estás en el cielo?

El del airón ligeramente sañado: Yo no tengo otro cielo que el cielo de mi propia gloria... Y tú ¿estás allá?

El del casco, ligeramente mortificado: No hagas preguntas indiscretas. (Luego de un silencio) Hablemos de otras cosas. A tí, ¿te ha satisfecho el día de ayer?

El del airón: Para ser franco, estoy más asombrado que satisfecho. He visto que vinieron a honrarme delegaciones indígenas de Texcoco, de Tacuba, de Atzacapotzalco, de muchos pueblos vecinos. Todos esos fueron traidores en mi tiempo y se unieron a mis enemigos para aniquilarme. Tu fuerza consistió en juntarlos para ese fin. El imperio azteca era poderoso y nuestros dioses exigían una copiosa contribución de sangre que era preciso exprimir de las otras tribus. En el momento de la prueba me vi aislado en medio de mi reino y así te fue más fácil, sojuzgar a Tenochtitlán. Esos que ahora han cubierto de flores mi monumento, son directos descendientes de aquellos que me desconocieron. Interpreto esta conducta como un acto de arrepentimiento para desagraviarme y a este título la acepto.

A propósito, lamento que mis amigos me atribuyan palabras que no dije que no podía decir, en los momentos supremos de mi infortunio. En la invitación que ayer circuló firmada por discretos historiadores, leo: "Valiente General: he hecho en defensa de mis súbditos cuanto exigían de mí el honor de mi corona y el amor de mis pueblos; pero los dioses han sido contrarios a mi resolución, y ahora me veo sin corona y sin libertad; disponded como gustéis de mi persona... Y poniendo la mano en un puñal que Cortés traía en la cintura le dijo... quitadme la vida con este puñal, ya que no he podido perderla en defensa de mi reino —Cuauhtémoc"

Los historiadores como ves —continuó el airón—, me hacen hablar exquisitamente como si fuera un Luis XV educador por la Pompadur. ¿Qué sabía yo de la nomenclatura militar de ustedes y los grados jerárquicos en los ejércitos de Carlos V. La verdad es que yo no te di otro nombre que el de malinche, como tú mismo lo comunicaste a tu rey, cuando mi aprehensión y como la repite el parlero Bernal en sus crónicas. Simplemente dije: "He hecho cuanto podía por defenderme a mí mismo y a mi pueblo. Pero me veo traído a la prisión en que estoy; vos Malintzin, podéis hacer de mí lo que queráis. Regístrate el puñal que llevabas a la cintura añadí corajudo: "Mátame con éste y

quítame de una vez la vida"; mas no te parece por esto mismo que es más conmovedora.

Igualmente, cuando lo del tormento, algunos historiadores, también madrigalescos, cambian mi comparación del deleite o bañado por el lecho de flores. Se los agradezco y me lo explico. Siempre fue la imaginación una de las fuentes más serias de la historia.

El del casco: Acabas de evocar un recuerdo que enlutece la brillantez de mi gloria, pero tal vez no ignoran que Alderete me sublevó a los muchachos y había que complacerlos. A propósito ¿tenías o no oculto el tesoro de que se trataba?

El del airón, enigmático: Lo creo, pero no insistas, quiero cancelar

El del casco: ¿En dónde?, comprenderás que dada mi situación actual esta pregunta la dicta sólo la curoisidad.

El del airón, enigmático: Lo creo, pero no insistas, quiero cancelar la posibilidad de que resucites únicamente para buscarlo. Aquí estamos bien, curados de los deseos y de las esperanzas que tanto engañan.

El del casco: Dices bien, buenos dolores de cabeza padecí allá, para pensar en volver. Despidámonos.

El del airón: Una pregunta, malinche, ahora que hablas de disgustos, me acuerdo de la Marcaida ¿qué pasó aquella noche?

El del casco: Nada hombre, tonterías, una escenita de celos conyugales que me obligó a emplear un pescozón de fatales resultados, para la señora. No creí lastimarla. Esto lo digo aquí en confianza, pero si quieres otros datos, te obsequiaré la obra de mi buen amigo el historiador don Francisco Fernández del Castillo cuya opinión no es enteramente favorable.

El del airón: Gracias. Todavía no leo bien el castellano. Aunque si te empeñas, envíamela; le encargaré a Ixtlixóclitl que me la traduzca. Y adiós, Malinche siento haberte tenido tanto tiempo en este árbol que es para tí de tristes recuerdos.

El del casco: No tengas cuidado, Guatimocin. El verdadero árbol está allí atrás. En unos terrenos que creo se llaman ahora de Santa Julia. Dios te guarde.

El del airón: El te acompañe.

LOS JUEGOS FLORALES *

Los juegos florales continúan a la orden del día; se aclimatan fácilmente entre nosotros con la espontaneidad de ciertas plantas que echan flor en tierras cálidas y frías de igual modo. A lo largo de la Mesa Central perfumada eglantina de Clemencia Isaura como en los claros días de Provenza. La Flor Natural, asume durezas de oro, en sus

* RAFAEL LOPEZ, "Los Juegos Florales", *Hebdomadarias de El Universal*, 18 de septiembre de 1921, Año VI, Tomo XX, No. 1796, p. 3.

pétalos de seda, más vigorosos que los cereales resisten triunfalmente las ventiscas de la mala estación y las heladas del corriente otoño. La Flor Natural está por encima del mal tiempo y no la interesan las discusiones petroleras. Me alegro por los poetas afortunados que tienen la suerte de embriagarse con su glorioso perfume en la noche lírica y por los que entrevieron su fulgor de remota estrella en las penumbras del accésit. En cuanto a los desdichados que apenas alcanzan una mención de la armoniosa justa, hay que consolarlos cristianamente hablando mal del jurado, para que no pierdan la esperanza del desquite; y para que no se desanimen, es piadoso ocultarles la fortuna de Sófocles, en los certámenes. Sófocles, al decir de sus biógrafos, obtuvo algunas veces el primer premio, varias el segundo y nunca el tercero. Bien es verdad que no todos pueden disponer del talento que hizo excelso al segundo trágico de Atenas. Por lo que respecta a los poetas absolutamente infelices, cuyos poemas cayeron al cesto como las cabezas cercenadas bajo la cuchilla de Sansón, allí están bien; no hay que tocarlos en la dramática inanidad de su estado insignificante.

En una contribución fatal como el derecho de peaje que pagaban como los comitantes de la Edad Media, el suscribir versos para la tribuna cívica y para los concursos que suelen efectuarse en fechas faustas. Raro es el escritor mexicano que no haya saludado con retóricas tricolores las sombras heicicas y que no haya perseguida la perfumada eglantina con la concupiscencia del abejorro hambriento atraído por la miel de una corola abierta. Una de las cosas que me persiguen, con el remordimiento de un pecado de juventud, es no haber sabido sustraerse a la tentación de esas guías inútiles y que no cuentan para nada en el desarrollo de la obra poética, más pura mientras más lejos se encuentra de toda clase de protocolos. Yo también discurrí a la sombra de los olivos provenzales y probé a aspirar el aroma de la gloriosa flor que en las fiestas de las liras, unas bellas manos me pusieron a la altura del corazón. Escogí entonces a la muchacha más espléndida en hermosura y fortuna, para que presidiera las cosechas del laurel, con el dulce encanto de su belleza y el soberbio esplendor de su lujo. No concibo que Don Quijote rompa una lanza por Aldonza Lorenzo, si ésta no viene ataviada como las magnificencias de Dulcinea. Y la primera decepción me esperaba como un réptil escondido en la propia flor, ayuna de aromas; era un camelia marmórea, perfecta y glacial como una estrofa de Leconte de L'Isle.

La segunda fue la pérdida del vencedor, de bronce que me obsequió el dictador y que me hubiera valido; llegado el caso, una sonrisa de cualquier hotel de ventas. Un bello día se derrumbó del librero el artístico bronce partiéndose por los riñones; era que estaba hueco, a semejanza del régimen que parecía indestructible. A veces tienen las estatuas el raro don de las profecías. Para concuir con el captivo de los desengaños, añadiré lo que en otra irónica tarde, me dijo Díaz Mi-

rón, a propósito de mis versos premiados. El gran poeta iba como so-
lía, en su carro de marfil tirado por una piéride alada y triunfal como
una victoria. Y de él descendió para decirme con el ceño fruncido: “En
donde tenía la cabeza ese jurado que te ha premiado los versos más ma-
los que te conozco? No vuelvo de mi asombro. Ni ya tampoco, maestro
—le contesté, lleno de doble pena, por mí y por el jurado y me alejé
sintiendo crecer en el tallo de la rosa lírica, una espina póstuma de de-
licioso escozor.

He necesitado doblar el “puente de los suspiros”, de los cuarenta
años, para sonreírme moderadamente de los concursos. Sin prejuicios
de creer que estos perjudicarán fundamentalmente a los jóvenes, y has-
ta a veces enriquecen la lira con un rico festón de líneas armónicas, co-
mo el bello poema de Jaime Torres Bodet, que dio a éste un triunfo que
creo merecido en los juegos de la Universidad. Los jóvenes son los
únicos aptos para disputar con gallardía en los estudios y para tender,
al pie de las reinas, una alfombra de triunfos. Yo desearía que la Flor
Natural viniese en lo futuro, como ahora, aparejada con buenas mone-
das; estas permiten a los vencedores cuando son pobres, imitar momen-
táneamente a Alcibiades, que se acercaba a los pórticos del amor, mace-
rado en perfumes asiáticos y envuelto en una clámide de escarlata. La
gloria amonedada, debe correr locamente en una hora de vida intensa,
por las manos que aún no se preocupan del porvenir, puesto que es su
cómplice y son dueños de un presente huérfano de neblinas. Cuando se
ha traspuesto el arco de triunfo de los treinta años, los productos de la
gloria suelen emplearse en específicos contra la obesidad. Nada más la-
mentable. Tengo un amigo que, entendiéndolo así, ennoblece honorarios
de origen prosaico empavesando la barca de Citera, bajo la inquietud
del misterio nocturno con ademán de hijo pródigo. Con más razón los
honorarios de la gloria, dignos de quemarse sobre el ara de mármol,
manchada por un sacrificio de palomas.

Por estas consideraciones, recomiendo a los jóvenes el culto de la
lírica, en estos tiempos bonancibles, en que las hojas de laurel, ocultan
las riquezas de Aladino.

J U A R E Z Y O B R E G O N *

Dos fechas y dos hombres se enlazan y se unen a través del tiem-
po: 17 y 18 de julio; Obregón y Juárez. La Revolución halla en los
dos puntos básicos principales en su trayectoria; dos referencias. La
Revolución en su sentido amplio e intemporal, considerada como un
camino del espíritu hacia la libertad de los pueblos, como dice Hégel;
pensada como un proceso total y profundo que viene desde nuestros
orígenes perfeccionándose poco a poco, retrocediendo a veces, trope-

* RAFAEL LOPEZ, “Juárez y Obregón”, El Nacional, 11 de julio de 1935, Año
VII, Tomo XX, No. 2239, p. 144.

zando y volviendo a levantarse. La Revolución sentido como una lejana y actual voluntad de justicia. que entre zozobras y contingencias de los más diversos tipos se tiene que ir reaizando lentamente, aferrada a esos duros clavos humanos, a esos ejemplos que da la historia en unos cuantos de sus predilectos.

Mientras la discusión se apaga en torno de Juárez y se da sitio a la consagración, todavía da vueltas alrededor de la figura del vencedor de Celaya, mordiéndolo a veces en los talones y a veces elevándolo a alturas irrespirables. Si para establecer un juicio sobre Juárez se cuenta con la fértil alianza de los años que se van sumando con el florecer de su obra política, con el fruto de la magnífica generación de la Reforma, cuando se habla del General Obregón todavía están demasiado a flor de tierras las pasiones, y el juicio se bambolea y se rompe por la exaltación positiva o negativa; el propio cuadillo, jefe u hombre de estado se borra en las candentes brumas de sus deturpadores o panegiristas incondicionales.

Si queremos acercarnos al gran indio de la Reforma, si queremos tocar la recia humanidad de Juárez, y encuadrarla en el brillante marco de su triunfo, podemos hacerlo con más libertad y tranquilidad; pero si pretendemos, igualmente, acercarnos al gran manco, nos hallamos cortados por las naturales barreras que pone la contemporaneidad a sus hechos. Así es que para hallar, dentro de cierto esquema que pretende ser verdadero, es necesario hacerlo impersonalmente, y tomar a los revolucionarios como índices sociales, como significaciones puras de deseos colectivos. Y de esta manera es como se dan la mano Obregón y Juárez, sobre el puente de la Reforma.

Juárez, separando la Iglesia y el Estado que habían vivido en funesto vínculo hasta entonces, y poniendo en marcha bélica las ideas de los constituyentes, luchando contra la traición de dentro y fuera, en patético exilio y en invadido territorio, es como el germen de todo posterior movimiento revolucionario, como la raíz de la tradición. Las clases desheredadas se vieron automáticamente protegidas, se tendió a acabar con ciertos privilegios y se dieron acertados golpes al fanatismo religioso y a los viejos privilegios eclesiásticos. Días de lucha interna y externa, como Maximiliano y los franceses dentro de México, con el clero urdiendo intrigas, con el despedazamiento anterior del país. Días de enconada y continua tarea ennoblecida por las rachas teóricas de Ramírez, de Altamirano, de Mora, de Gómez Farías. La revolución, cuyo antecedente estaba en el deseo de restituir las tierras desde la Independencia, y cuyas brotes espontáneas y asiladas habían sido sofocadas en mil ocasiones, tomó cierto perfil definitivo. El paso central y que había de conducir a la consolidación del régimen, estaba dado y Juárez, símbolo de esos grandes tramas literarios, había cumplido su misión.

Giros de la clépsidra, marejadas del triunfo y ansia de encontrar el sentido de la justicia social que vuelve a madurar hasta la Revolución de 1910. Entonces, al lado de Carranza, y después sólo, se presenta Obregón, guerrero y político, alentando la tradición que emana desde cien años atrás. Se levantó por el Constitucionalismo, es decir, por la legalidad, y en ese instante la Constitución ofrecía la mayor esperanza de vida popular. Sus campañas y tacto político lo condujeron al poder, y en él realizó una obra histórica cuyo juicio está pendiente todavía.

Pero ese enlace, es un eslabón en la cadena revolucionaria de México, es un hecho evidente y simple. Por eso, en el panteón de la historia, tiene simbólicamente, dos nichos cercanos el prohombre de la Reforma y el soldado de la Revolución.

UNA ESTATUA A MORELOS*

En una isla del Lago de Pátzcuaro, paraíso de los monarcas tarascas, cabe la bella Tzintzuntzan, señora de pájaros y salpicada de colibris, se alzaré una estatua al gran Morelos, arrullada por la canción del agua y escoltado por las caballerías de las o'as. Sinuoso y eminente el panorama, como las campañas del Cura; ondulante y lleno de sorpresas como él mismo también en su salto de puma sobre las patrullas realistas. La arcilla de su Estado deja ahora las formas graciosas de su cerámica y se vuelve piedra para elaborarlo, y en el marco florestal de ese recinto legendario, erige a su gloria el galardón que demanda; una estatua enorme, signo y señal de su grandeza, faraónica muestra de su poderío y de su vuelo.

En la lucha de la independencia, Morelos, que bautiza con su nombre un Estado y una ciudad, y con su sangre la causa libertaria de 1810, se destaca en más de un palmo sobre la estatua de los demás héroes. Después del espaldarazo de Hidalgo, cuando le dio la tarea de despertar al sur dormido en la molición del clima, a la sombra de las cumbres agrestes, lo vemos desatarse como una tormenta, cruzar las montañas llevando huracán en su puño, desbaratar las filas del virrey y derrocar sus ejércitos como un ares nativo. Había nacido para caudillo y jefe. Sin esfuerzo podría verse en la conducción de sus recuas entre México y Acapulco, un secreto símbolo que se iluminaría después. En sus manos se modelaba su ejército con la docilidad de un místico retoño y más de una anécdota lo sorprende en los bastidores de la historia, en la que la bondad del pastor se confunde con el heroísmo del paladín.

Hay en la laguna tarasca nombres sonoros que en sus últimas sílabas parecen arrastrar un himno; sonos que alcanzan el frenesí y la violencia hasta llegar a la altura del ditirambo. La vida de Morelos es

* RAFAEL LOPEZ, "Una Estatua a Morelos", Crónica Facilitada por la Familia del Autor.

un relámpgo que taja los muros de la noche con su espada fulgurante. Es torrente despeñado de las serranías para convertirse después en río que fecunda los valles. Destructor como al ira divina hasta que llegó a Chilpancingo. De ahí, solo la desgracia es la muda verónica que lo acompaña hasta el cadalso. Por eso más de un historiador, incluso el aristócrata Alamán, le consagra los elogios que se admiran en las estelas levantadas al Macedonio. En verdad que en estas tierras pocos se cuentan con tal madera de estrategas. El verso del Cid: más de un vasallo hubo grande por tener tan gran señor", Morelos lo hizo posible.

Sólo precias que en su estatua no queden olvidados Matamoros y Galeana. Ambos son a su lado como el complemento de un friso, como esos guerreros que se ven en los decorados egipcios junto al carro de los reyes. Al mismo tiempo que son alabanzas forman parte integrante de la figura.

El Lago de Pátzcuaro, con sus mínimas rebeldías de mar, que agregan a la sinfonía de su nombre el rumor sordo y eterno de su choque, dará un pavimento de zafiros para que se levante Morelos en su pedestal de bronce. Si careció de armadura cuando recorría los campos de batalla, que ahora se encarguillen en eso las rocas del monumento, una grebas y un plectro y un casco fraguados en los talleres azules del lago, para recordar los de Aquiles, ya que el merecimiento del caudillo está a la altura de un rapsoda.

Cuenta la vieja leyenda que a la llegada de la aurora, la estatua de Mermnon despedía hermosos sonos, como saludándola.

Para las generaciones venideras, la estatua del gran Morelos será como la Mermnon. Sólo que entonará un canto épico, que levante el ánimo de los cruzados.

L A B A T A L L A D E C H U R U B U S C O *

Las palabras del General Anaya en la caída del Convento de Churubusco resuenan todavía. No se apaga el eco de la jornada heroica, ni se mueren aún los ejemplos vivos de 1847. Cada vez que un día nublado pone una pared de niebla alrededor de las piedras solemnes, se repite la imagen de la gran batalla; se ven ensombrecerse las almenas con el fuego y se siente el hábito patriota saliendo de los muros. "Si hubiera parque no estaría usted aquí", es como el grito de una nacionalidad indefensa ante el ataque organizado de un país extranjero, es como la exclamación desesperada del hombre que se halla imposibilitado de obrar según su decisión y creencia. La Patria nace más grande y alta de estas palabras dichas cuando la emoción bélica contraí los labios del defensor de Churubusco, y nos hace sentir a nosotros, a casi

* RAFAEL LOPEZ, "La Batalla de Churubusco", El Nacional, 22 de agosto de 1936, Año VIII, Tomo XV, No. 2626, 2a. Sección. p. 1.

cien años de aquel momento en el que hizo crisis nuestra vida nacional, la permanencia de un sentimiento que nos liga y une a través de todas las vicisitudes.

En ocasiones en que la conmoción alcanza su mayor tono, es cuando se obtienen estas revelaciones de una fuerza oculta. La tranquilidad y la dicha adormecen la capacidad de sacrificio y heroísmo que cada quien guarda en su fondo y sobre todo, la clara conciencia del suelo y de la tradición propias. Sólo el desorden, o la amenaza exterior, o el peligro, traen a flor de labio las frases conmovidas o ponen el fusil en la mano; sólo los movimientos que se han originado en un choque hondo de dos ideas o direcciones, producen ese acuerdo general de los pueblos, dan margen a esa unión a la obra colectiva.

Sin embargo, estas palabras brotadas en horas de desastre para México, junto con otras que los representativos de cada tiempo han dejado grabado el sentido de la Patria, cabalgan sobre los días y forman cadena, mientras encerradas en sus eslabones de bronce transcurren las épocas de calma. Cada vez que un héroe salta y toma la antorcha, se establece un enlace con aquel que tuvo actitud semejante hace cien, doscientos o trescientos años. Y esta línea de nombres cobija bajo su ala protectora todas las pequeñas colinas de los acontecimientos cotidianos.

La defensa de Churubusco indicó, de una vez para siempre, la voluntad de México de oponer la más fuerte resistencia a la violación de su soberanía, a la invasión armada. Y parece que un signo celeste guiaba a los defensores de la nacionalidad a ampararse en las paredes tres veces centenarias de Churubusco, en los muros que habían levantado los españoles a raíz de la Conquista. Es como si el mestizaje hispánico, como si la cultura que se originó del cruce de dos razas, se opusiera a las formas contrarias de los sajones. En ese instante se combatía por una victoria militar, pero ésta llevaba aparejada un trastorno en las raíces de lo nuestro. Porque hay una invasión —no precisamente armada— de todas aquellas costumbres, ideas, usos, que rompen el ritmo y que nos hallábamos acomodados, y que no son siquiera parte de una concepción profunda del mundo, sino aspectos de un pensamiento general inferior. Es cierto que a medida que transcurre el tiempo los pueblos se unen más y se proyecta la unidad de la cultura en ellos. Pero esta unidad tiene que resultar de una fusión justa y superior de las actuales corrientes. No en la sustitución de una idea clásica de la vida por una pequeña idea que nos viene del Norte. Y contra esta penetración debe alzarse vigilante la cultura hispánica, ya que es necesario consolidar primero el perfil —dijéramos latino— de América, para poder después tratar de incorporarnos con países extranjeros.

El elocuente heroísmo del General Anaya en Churubusco lo ha inmortalizado la epopeya popular, los cantares sobre la hazaña. Pero tiene incluso el heroísmo de representar la resistencia de una tradición a la sustitución ligera por otra impropia y ajena. Por eso la ceremonia de hoy debe considerarse como un llamamiento a la comunidad nacional.

EL ARBOL DE SANTA MARIA DEL TULE *

Mil frondas de un bosque, con las ramas tendidas hacia la prehistoria como lazos de un gigante eterno que abarcan las edades, es el árbol de Santa María del Tule. La admiración turística y la admiración sabia y ponderada de los hombres de estudio se aparejan ante esta pequeña catedral, ante esta construcción de una naturaleza milagrosa.

Matusalen venerable del reino vegetal, su follaje cubre probablemente el tiempo en que se levantó el laberinto de grecas de Mitla, el zócalo de pirámides y tumulos de Monte Albán. Ya era milenario hace cuatro siglos y la colonia pasó sobre él sin alterarlo apenas, como unas cuantas capas de su corteza siempre renovada e incesante. Si se pudiera ir levantando una tras otra las cubiertas que lo envuelven como un manto periódico y recreando sin cesar, podría también leerse una historia que ni siquiera se ha sospechado; pero unas tras otras, también, van las épocas superponiéndose, y así como en su tronco que parece una fachada no pueden leerse sino las postreras inscripciones de los últimos viajeros, así también no se sabe sino lo reinante, lo que esta a flor de piel, lo que no ha ocultado todavía ni borrado la savia que lo alimenta.

Miles de años le calculan los especialistas en plantas. Más bien debían ser estudiado por un geólogo ya que es una pequeña montaña en su dureza y en su resistencia. Miles de años que no han decolorado el verde viviente de sus hojas, que no han atenuado la frescura de su enorme sombra de animal mitológico. Sus raíces deben estar bebiendo una linfa divina como la que nutría a los personajes del cuento griego, ya que los otros dos ahuehuetes enormes que le sirven de guardia en el valle, resultan débiles y pequeños junto a él, que parece ser un compendio de selvas.

La iglesia que está a su lado es una guardia. Da la impresión de haber sido hecha para refugio, porque junto al Arbol del Tule dan unos vagos deseos de huir, como se huye de un monstruo infantil pero no por eso menos imponente y grandioso.

Su magnitud no se alcanza a ver completamente. Como un monumento, sólo puede examinarse de un lado, y hacer un corto viaje a su alrededor, para ver siempre un nuevo rostro de madera. Quizá en aeroplano parezca la verde bandera del valle, flotando en mástil de siglos. Pero en la tierra se está condenado a una sola perspectiva y únicamente alejándose de él se aprecia mejor. Este árbol sin paralelo en su género es como la misma historia; sólo a lo lejos puede valorarse, a muchos años de distancia o a muchos metros, como un acontecimiento trascendental o como una montaña.

* RAFAEL LOPEZ, "El Arbol de Santa María del Tule", Crónica Proporcionada por la Familia del Autor.

Cada excursionista se lleva una placa de este árbol que apenas podría abrazar un regimiento. Pero ninguna se da cuenta del tesoro que guarda silenciosamente este centinela de las culturas y los pueblos; que está ahí desde antes de los edificios y cuando de éstos no queden sino ruinas; que se muestra como un dios extraño y ceñudo a toda investigación; que encierra finalmente en las armaduras sucesivas de su corteza, ya el paso del Barón de Humbolt, ya el florecimiento zapoteca, ya la declinación de las razas indias.

No sería remoto que alrededor del Arbol del Tule, y para rendirle culto, se hubieran agrupado los primitivos, como ante una roca grandiosa, ante una catarata o ante cualesquiera de los fetiches de las primeras épocas.

El Arbol del Tule es una reliquia que funde a todas las de Oaxaca, por su absoluta obscuridad y misterio, por su existencia aparentemente desligada de todo, por su soledad sin penetración.

A su sombra florecieron las civilizaciones indígenas hasta disolverse en la muerte, y él sigue en pie. Solemne gigante vegetal, en cuyas barbas verdes pueden cantar los pájaros del mundo.

L A G U E L A G U E T Z A . *

El cerro del Fortín se abre como un anfiteatro sobre el valle de Oaxaca que se extiende bajo la colina. Desde ahí, en una plataforma semicircular se desatan las tierras labradas de los alrededores, los plantíos maduros, los campos dorados por el viento del otoño. Es un sitio como un mirador y desde él Morelos en su estatua custodia sus antiguas posesiones. El Cerro del Fortín es un balcón que mira a la ciudad, plana y disuelta bajo él. En este estadio natural que hicieron los temblores tuvo lugar la Guelaguetza, ceremonia indígena que encierra las tradiciones oaxaqueñas, que las funde y unifica. Aunque proveniente de tiempos remotos guarda todavía un sentido permanente y eterno en los pueblos que la recuerdan como un viejo uso que no se atreven a romper y que mantienen vivo y fresco. En verdad, pocas de las costumbres indígenas de toda la República tendrán el color que ésta, su sentido plástico, su música, su sensualidad en el sensual escenario donde fue revivida. Exótica como una tapicería oriental y como ella brillante y luminosa. Como un cofre de joyas, los vestidos del istmo, de la sierra, de la costa, los trajes nativos, las encajeras, los peinados, se volcaban en esa gran tarde de una pintura veneciana que auspició la fiesta nativa.

Oaxaca está dividida desde antiguo en siete regiones principales, con sus siete usos y costumbres, con sus siete culturas ya petrificadas

* RAFAEL LOPEZ, "La Guelaguetza", Crónica Proporcionada por la Familia del Autor.

pero que es sostienen en un estado de inmutabilidad como ruinas de civilizaciones desconocidas y lejanas. Número cabalístico como los de los cuentos que aquí cierra también para hilar un maravilloso tejido de sonos y ofrendas. Siete pequeños estados que vienen a la ciudad con sus regalos, como las caravanas que esperaban a Cortés, como los emisarios que rendían a Moctezuma el tributo de señoríos remotos. La Guelaguetza, según el uso ancestral, no es sino la ofrenda que cada miembro de una tribu hace a uno de las otras, cuando se ha hecho acreedor a ella. Es un uso hospitalario y bueno, una generosidad ejercida sin límite. La Guelaguetza es en general cualquier regalo que se hace a una persona de nuestra estimación. Y la que nosotros vimos por el privilegio de estar en Oaxaca en este Primer Congreso de Historia, fue una ofrenda excepcional y pocas veces vista, una delegación de prodigios que desfilaron de las regiones de este estado. El trabajo de los carrizos, de los tapetes, las frutas, daban una idea oriental del espectáculo; una revista de melodías tristes y monotonas, profundamente mexicanas.

Si bien brilló entre todos el envío del istmo, por los trajes tehuanos con sus encajerías de filigrana que hace aparecer a las mujeres pisando espuma o venus saliendo de unas aguas apenas agitadas, por la Sandunga que prende su frase voluptuosa y lánguida, su frase salomónica entre el resto de tonadas melancólicas, por la mezcla de razas extranjeras que crea tipos especiales y únicos, el resto de las provincias tuvo también a sus mejores representantes. Cada una de ellas, que en su propia música halla su más adecuada expresión y realización, trajo, ya del mar, ya de los crestones de la Sierra Madre, ya de los centros donde la cultura antigua se marchitó después de vivir como un triste en las ruinas de Mitla, lo absoluto y perfecto de ellas y tan curioso e impresionante era el desfile de chamarras de hombres que se envuelven en pieles de venados, como faldas retumbantes e ingenuas de las indígenas más rudas, o las arabescas estilizadas de los huipiles surianos.

Impresionante y conmovedor esta fiesta de la patria alacena y pasajera del gran poeta; de la patria nuestra cuya riqueza y maravilla es un filón inexhausto y siempre descubierto, cuyo misterio sale más a la luz en la medida que se le penetra. De nuestra patria que nos permite detrás de cada ciudad un paisaje nuevo y una nueva danza o una estrofa sentimental. Porque México está ahí, a pesar de la europeización que pudiera señalarse en las representaciones, en la mezcla confusa y viva de tantas fuerzas encontradas.

B I B L I O G R A F I A

Directa - *Indirecta*

Directa de Rafael López

- Poema en la *Revista Moderna*, julio de 1899, Año II, No. 6 al 5 de octubre de 1913, Año VI, No. 4.
- Poemas y prosas en *El Mundo Ilustrado*, 10 de noviembre de 1912, Año XIX, Tomo II, No. 19 al 14 de septiembre de 1913, Año XX, Tomo II, No. 10.
- Con los Ojos Abiertos*.—México, Biblioteca Atenea, 1913.
- Crónica semanal.—*Revista de Revistas*, México, del 31 de octubre de 1915, Año VI, No. 288 al 16 de septiembre de 1917, Año VIII, No. 385.
- Siluetas*.—Prólogo de Rafael López a la obra de Salvador Díaz Mirón, México, 1918.
- Alas Nómades.—*El Universal Ilustrado*, México, del 28 de septiembre de 1917, Año I, No. 21 al 28 de agosto de 1919, Año III, No. 121.
- Hebdomadarias.—*El Universal*, México, del 24 de septiembre de 1919, Año VI, Tomo XII, No. 1061 al 25 de diciembre, Año VII, Tomo XXI, No. 1892.
- Prosas Transeúntes*.—México, Biblioteca Cultura, 1925.
- Introducción por Rafael López.—Estado general de las fundaciones hechas por don José Escandón en la Colonia del Nuevo Santander, Costa del Seno Mexicano. México, 1929, Tomo I.
- Introducción por Rafael López.—*Crónica de Michoacán*.—Pablo Beumont, México, 1932, Tomo I.
- Introducción por Rafael López.—*Palestra Historial*.—Francisco de Burgoa, México, 1934, Tomo I.
- Introducción por Rafael López.—*Documentos inéditos relativos a Hernán Cortés y su familia*.—México, 1936, Tomo I.
- Boletín del Archivo General de la Nación*.—Director Rafael López, septiembre de 1930 a diciembre de 1941, Tomo I al XII.

- Poemas*.—México Biblioteca Cultura, 1941.
Obra Poética de Rafael López.—Prólogo y texto de Alfonso Reyes, Edición de la Universidad de Guanajuato, 1957.

De obras consultadas

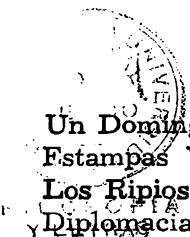
- Argüello Santiago.—*Modernismo y Modernistas*.—Guatemala, Colección Guatemalteca, mayo de 1935, Tomo I y II.
Anderson Imbert.—*Historia de la Literatura Hispanoamericana*.—México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954, (Breviarios" No. 89).
Bernaola de San Martín, Pedro.—*Literatura Preceptiva*.—Madrid, Editorial Ibérica, 1928, Tomo I, II y III.
Cabrera de Tabalada Nina.—*José Juan Tablada en la Intimidad*.—Con cartas y poemas inéditos, México, Imprenta Universitaria, 1954, (Serie de Letras, No. 15).
Colín Eduardo.—"La Estética de Rafael López".—*Revista de Revistas*, 1 de agosto de 1943, Año XXXIV, No. 1730.
Colín Eduardo.—*Verbo Selecto*.—México, Ediciones México Moderno, (Biblioteca de autores mexicanos modernos).
Carrillo, Emilio.—*El Romanticismo en la América Hispánica*.—Madrid, Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1957.
Darío Rubén.—*Cuentos Completos*.—Ediciones de Ernesto Mejía Sánchez. Estudio preliminar de Raimundo Lida. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1950, (Biblioteca Americana", No. 12).
De la Parra, Gonzalo.—"Ha muerto un poeta".—*El Universal*, 22 de julio de 1943.
De Onís Federico.—"Panorama de la poesía Hispanoamericana".—*Cuadernos* No. 21, Noviembre-Diciembre de 1956.
Díez Canedo, Enrique.—*Conversaciones literarias*.—Primera serie 1915-1920, México, Editorial Joaquín Mortiz, S. A., 1964.
Díaz Plaja, Guillermo.—*Modernismo frente a la generación del 98*.—Madrid, Espasa Calpe, S. A., 1951.
El Independiente.—"Nuestros poetas y literatos: Rafael López", 12 de mayo de 1913, Año I, No. 80, p. 6.
El Pueblo.—"Lectura de un libro de Lázaro P. Feal", 15 de agosto de 1916. Año III, Tomo I, No. 645, p. 3.
Escarpit, R. G.—"*Historia de la literatura francesa*".—México-Buenos Ai-

- res, Fondo de Cultura Económica, 1947 ("Breviarios", No. 4).
- Excélsior.—"Rafael López falleció ayer".—17 de julio de 1943, Año XVII, Tomo IV, No. 9489.
- Excélsior.—"En el cementerio Español se efectuó el sepelio de R. L.".—18 de julio de 1943, Año XVII, Tomo IV, No. 9490, p. 3.
- Fernández Mac Gregor.—*Carátulas*.—México, Ediciones Botas, 1935.
- González Peña, Carlos.—*Historia de la Literatura Mexicana*.—México, Editorial Porrúa, cuarta edición, 1949.
- Granjel, Luis.—*Panorama de la Generación del 98*.—Madrid, Ediciones Guadarrama, 1959, (Colección Panoramas).
- Gutiérrez Nájera, Manuel.—*Cuentos Color de Humo*.—Prólogo de Francisco Monterde, México, Editorial Stylo, 1948.
- Henriquez Ureña, Max.—*Breve Historia del Modernismo*.—México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Henriquez Ureña, Pedro.—*Las corrientes literarias en la América Hispánica*.—México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954 (Biblioteca Americana No. 9).
- Jiménez, Juan Ramón.—*El Modernismo*.—Prólogo y notas de Ricardo Gullón y Eugenio Fernández Méndez.—Madrid, México-Buenos Aires, Edición Aguilar, 1962.
- Jiménez Rueda, Julio.—*Historia de la Literatura Mexicana*.—México, Ediciones Botas, tercera edición, 1942.
- Lanson G.—*Historia de la Literatura Francesa*.—Barcelona, Editorial Labor, S. A., Traducción de Juan Petit, 1956.
- Las Cien mejores poesías Mexicanas*.—Escogidas por A. Castro Leal, Manuel Toussaint, Alberto Vázquez del Mercado, México, Editorial Porrúa, 1914 (Biblioteca de la Sociedad Hispánica de México).
- Leduc Alberto.—*Diccionario de Geografía, Historia y Biografías Mexicanas*.—México, (Librería de la Vda. de C. Bouret, 1910).
- Marnello Juan.—*Sobre el Modernismo*.—Polémicas y definición, México, Imprenta Universitaria, 1959 (Colección Filosofía y Letras No. 46).
- Martínez, José Luis.—*El Ensayo Mexicano Moderno*.—México, Fondo de Cultura Económica, 198 (Colección letras mexicanas No. 39).
- Martínez, José Luis.—*La Literatura*.—México 50 años de Revolución, La Cultura, Tomo IV, Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Medina Hermosillo, Miguel.—*De Díaz Mirón a Rubén Darío*.—Santiago de Chile, Editorial Nacimiento, 1940.
- Meza Fuentes, Roberto.—"Rafael López y su obra".—*El Independiente*,

- 22 de diciembre de 1913, Año I, No. 304, pp. 6 y 8.
- Paz, Octavio.—“El Caracol y la Sirena”.—Revista de la Universidad de México, diciembre de 1964.
- Nervo, Amado.—“Los Modernistas Mexicanos”.—*Madrid, Ediciones Aguilar, S. A., 1951 (Obras Completas, Tomo II)*.
- Revista Azul.—“Protesta Literaria”.—México, 14 de abril de 1907, Tomo IV, No. 2, p. 8.
- Revista de Revistas.—Homenaje a Rafael López.—1 de agosto de 1943, Año XXXIV, No. 1730, p. 5.
- Ramos, Leopoldo.—“Rafael López”.—*Excélsior*.—19 de julio de 1943, Año XVII, Tomo IV, p. 4.
- Reyes Alfonso.—“La poesía de Rafael López”.—México, Fondo de Cultura Económica, (Obras Completas, Tomo I).
- Ruano, José María.—*Lecciones de Literatura Preceptiva*.—Bogotá, Editorial Librería Voluntad, S. A., quinta edición, 1942.
- Salazar Mallén, Rubén.—*Temas de Literatura Mexicana*.—México, 1947.
- Sánchez, Luis Alberto.—*Escritores Representativos de América*.—Madrid, Editorial Gredos (Biblioteca Románica Hispánica).
- Tablada, José Juan.—“Con los ojos abiertos”.—*El Mundo Ilustrado*, 8 de diciembre de 1912.
- Torres Rioseco, Arturo.—*Nueva Historia de la Gran Literatura Hispanoamericana*.—Buenos Aires, Emecé editores, 1960.
- Torres Rioseco, Arturo.—*Precursores del Modernismo*.—Madrid, Talleres Calpe, 1925.
- Universal.—“Murió Rafael López”.—17 de julio de 1943, Año XVII, Tomo CVII, No. 9696.
- Urbina, Luis G.—*La vida Literaria de México*.—México, Editorial Porrúa, 1946 (Colección de Escritores Mexicanos, Tomo No. 27).
- Urbina, Luis G.—*Cuentos vividos y crónicas soñadas*.—México, Editorial Porrúa, 1946 (Colección de escritores Mexicanos, Tomo I. No. 35).
- Valbuena Briones.—*Literatura Hispanoamericana*.—Barcelona, Editorial Gustavo Gili, S. A., 1962.
- Vela Arqueles.—*Teoría del Movimiento Modernista*.—México, Ediciones Botas, 1949.
- Zavala, Jesús.—“El alma lírica de Rafael López”.—*El Universal*, 18 de julio de 1943, Año XVII, Tomo CVII, No. 9697, pp. 4 y 7.

INDICE DE ARTICULOS

	<i>Pág.</i>
Holocaustos	117
Al Derredor de los Niños	120
Tardes grises	122
Relieves Aztecas	123
Los Domingos de los Mercados	125
Los Aguiluchos	126
16 de Septiembre	128
El Sucesor de Rubén Darío	129
Un Recuerdo Glorioso	131
Querétaro	132
Ruinas Históricas	134
Un Libro Sincero	136
La Epoca de los Médicis	138
La Sonrisa de la Revolución	139
El Balcón de Verona	141
Aguas de Meditación en Rocas de Silencio	143
Las Carabelas de Colón	144
La Divina Inquietud	146
La Bestia del Apocalipsis	149
El 18 de Julio	151
El Domingo Electoral	153
El Nuevo Circuito	155
Con el Cabello Gris me Acercó a los Rosales del Jardín	157
Los Volcanes Claudican	159
Tepozotlán	161
La Fiesta de la Raza	164
Los Prestigios del Nombre en las Obras del Genio	166



	Pág.
Un Domingo Como Hay Pocos	169
Estampas Viejas	171
Los Ripios de Santos Chocano	173
Diplomacia y Literatura	176
La Toma de la Bastilla	178
Viva Guanajuato	181
Jesús Urueta	184
Muy Feliz Año	186
Ramón López Velarde	188
Diálogo de Dos Héroes	190
Los Juegos Florales	193
Juárez y Obregón	195
Una Estatua a Morelos	197
La Batalla de Churubusco	198
El Arbol de Santa María del Tule	200
La Guelaguetza	201